

PEDRO L. VERGES VIDAL

Primer Premio Juegos Florales Hispanoamericanos 1940



ANACAONA

(1474 - 1503)



EDITORIA MONTALVO

Ciudad Trujillo, R. D.

1 9 4 7



17244¹⁰
DUG

11

AMORAMA



11

PEDRO L. VERGES VIDAL

Primer Premio Juegos Florales Hispanoamericanos 1940

ANACAONA

(1474 - 1503)



EDITORA MONTALVO

CIUDAD TRUJILLO, R. D.

1 9 4 7

Reg. No.

000294



2-11-73

CD
1973-42
Verges

17244-10
D/S

BNPHU
PO_RV
R0963.44
V496a
D/S

AMOCANA

Printed in Dominican Republic.

Impreso en la República Dominicana.

Portada de Príamo Morel.

182000



DEL CONCURSO DEL CENTENARIO

El Jurado que tuvo a su cargo el estudio de los trabajos concurrentes al tema IV (Prosa), integrado por los distinguidos historiógrafos don Vicente Tolentino Rojas, doctor Guido Despradel Batista y don Luis E. Alemar, opinó acerca de esta obra:

“Nos complacemos en declarar que es un trabajo de méritos indiscutibles por su corrección y por lo bien documentado”.

Ciudad Trujillo,
15 de febrero de 1944.

Papeles correspondientes al *Certamen del Centenario*. Legajo Núm. 4,
prosa. *Archivo General de la Nación*.

EL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

en premio al "valor literario e histórico" de
este libro, recomendó su adquisición a la

Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes

PEDRO L. VERGES VIDAL

Laureado en los "Juegos Florales Hispanoantillanos" celebrados en 1933; Galardonado con el Primer Premio en los "Juegos Florales Hispanoamericanos" de 1940; Miembro de Honor de la Sociedad Cultural "Luz y Progreso"; Miembro Fundador de la "Sociedad Dominicana de Estudios e Investigaciones Históricas"; Ateneísta, etc.

EL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

en reconocimiento al "valor literario e histórico" de
este libro, recomendó su adquisición a la

Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes.

PEDRO L. VERGES VIDAL

Lanzado en los "Juegos Florales Hispanoantillanos" celebrados en
1933; Galardonado con el Primer Premio en los "Juegos Florales
Hispanoamericanos" de 1940; Miembro de Honor de la Sociedad
Cultural "Luz y Progreso"; Miembro Fundador de la "Sociedad
Dominicana de Estudios e Investigaciones Históricas"; Academia, etc.



*A la memoria
de mis Padres*

DON PEDRO VERGES IRIZARRI

y

DOÑA RAMONA VIDAL MEJIA

*Ellos alimentaron
en mi corazón de niño
el amor al Estudio.*

OBRAS DE VERGES VIDAL

(PUBLICADAS)

- 1.—“*Adelina*” (Novela), Editorial “La Cuna de América”, Santo Domingo, 1927.
- 2.—“*Sandino*” (Política internacional americana), Editorial “El Progreso”, Santo Domingo, 1928.
- 3.—“*Evolución Política*” (Prólogo de Don Alberto Font Bernard), Editorial “Venezuela”, San Juan, Puerto Rico, 1928.
- 4.—“*Biografía de Meriño*” (Prólogo del Lic. Félix María Nolasco), Editorial “Dios y Patria”, Santo Domingo, 1933.
- 5.—“*Una Generación Suicida*” (Prólogo del Doctor Manuel de J. Troncoso de la Concha), Editorial “Dios y Patria”, 1933.
- 6.—“*España, Madre espiritual de América*” (Conferencia en el Centro Español de Ponce), Editorial Carrasco, Ponce, Puerto Rico, 1934.
- 7.—“*Juana de Sotomayor, heroína dominicana*” (Premiada en los Juegos Florales Hispanoantillanos de 1933). Primera edición, imprenta de don Manuel Tavares Saviñón, Santiago, 1935. Segunda y tercera, Editorial “Caribes”, Ciudad Trujillo, 1936-1938.
- 8.—“*Batalla del 30 de Marzo de 1844*”, Editorial “Caribes”, 1937.
- 9.—“*Quisqueya Primitiva*”, Editorial “La Estrella”, Ciudad Trujillo, 1939.
- 10.—“*La Epopeya Colombina*” (Galardonada con el Primer Premio en los Juegos Florales Hispanoamericanos de 1940), Editorial Pol Hermanos, Ciudad Trujillo, 1941.

INTRODUCCION

MUCHAS centurias antes que el genio de Colón y la comprensión española sacaran a la luz de la civilización un Mundo nuevo, ya existía en el continente meridional (extendida en la costa de Venezuela —la Coquibacoa de los indios—, desde el golfo de Paria hasta el Marañón o río de las amazonas) una Familia que se conoce en la historia con el nombre de *Aruaca* ¹.

De ese tronco, fortalecido por las penalidades de que estaba rodeada aquella vida primitiva y salvaje y por las maravillosas tonalidades que ofrecía a la vista humana el palpitar de la naturaleza entonces inviolada, fué de donde brotó, encarnando una bondad y un heroísmo sin límites, el habitante de *Quisqueya* ².

El prístino dueño de esta tierra ³ era ágil, esbelto, de ancho pecho que le permitía respirar con toda la fuerza de sus

1. *Aruaca* equivalía al Hogar, la Patria de nuestros abuelos.

2. "En todos sus usos son (los aruacas) como los de La Española" (*Carta del Almirante a los reyes, fechada en Jamaica a 7 de julio de 1503*).

3. La población diseminada en la Isla a la llegada de los españoles, no ha podido ser fijada con exactitud. Unos afirman que se elevaba a un millón; otros a dos millones. A cinco millones la han querido elevar los últimos. Estas apreciaciones carecen de verisimilitud, a juzgar por el selvático estado nuestro hace cuatrocientos años. Los poblados indígenas eran 105, repartidos así: Jaraguá, 26; Marién, 14; Maguá, 24; Higüey, 21; Maguana, 20. Si asignamos 4000 habitantes a cada uno de estos caseríos, tendremos que la población total no pasaba de 420 mil. Pero nosotros

pulmones, como el griego de que nos habla Duruy⁴; bien formado y de aspecto agradable⁵. La piel de color canela, pero tirando al amarillo oliváceo, como si dijéramos bronceado, que hizo a Colón llamarle de la *color de los canarios*; a Oviedo decir que era *loro* (cetrino) y a Las Casas anotarle el color *moreno*. El aborígen procedente de las tribus aruacas, naturalmente sencillo y cordial; sus características más resaltantes, "había perdido mucho, con la influencia intertropical de la zona antillana, del fondo rojo fundamental del tronco étnico americano".

La influencia local en el hombre, por el aire que respira, el frío o el calor que le rodea y penetra, el suelo que habita y los alimentos de que se nutre: teoría del anciano Hipócrates (de Cos), fundador de la *medicina científica*, cuyas ideas expuso en lenguaje claro y sencillo el enciclopedista Cornelio Celso (la "teoría transformista" popularizada por Darwin en el *Origen de las especies* y la *Ascendencia del hombre*): esa doctrina, que aceptaron Las Casas⁶, Duruy⁷, Hertzberg⁸, Claus⁹, Humboldt¹⁰, los hermanos Reclus¹¹, Montesquieu¹², Rousseau¹³ y otros, se hallaba confirmada entre los aruacas insulares. Diversos matices

queremos convenir en la realidad de medio millón, fiados en la existencia de aldeorrios cuyos nombres están consignados en las obras de Colón, Pedro Mártir, Oviedo, Las Casas, Herrera, etc. A fin de acercarnos a la verdad histórica, debemos aceptar esas cifras. Lo contrario, sería colocarnos al margen de lo verosímil.

4. *Historia de los Griegos*, t. I, pág. 12.

5. Colón, *Diario de bitácora*, viernes 21 y sábado 22 de diciembre de 1492.

6. *Historia de las Indias*, t. V, pág. 422.

7. *Historia de los Griegos*, t. II, pág. 282.

8. *Historia de Roma* (t. VI de la *Historia Universal* por Oncken), pág. 10.

9. *Historia Natural*, t. II, págs. 188 y 189.

10. *Cosmos*, t. II, pág. 36.

11. *Geografía Universal*, t. I, págs. 38 y 41.

12. *Del Espíritu de las Leyes*, t. I, pág. 328 y siguientes.

13. *La desigualdad entre los hombres*, pág. 96.

(blanco, negro, amarillo pálido, amarillo bronceado, cobrizo y aceitunado) se han comprobado entre los pobladores del nuevo Mundo, así como la marcada variedad de sus estaturas.

* * *

Refiere Oviedo¹⁴ que el conquistador Diego de Ordás (segundo de Hernán Cortés en la homérica aventura de Méjico), nombrado gobernador de Paria por el emperador Carlos Quinto, seguido de sus impetuosos tenientes Alvaro de Herrera, Agustín Delgado y Gerónimo de Ortal y algunos soldados, remontando el Orinoco en mil quinientos treinta y dos, llegó a un lugar que los naturales llamaban Aruacay; población de unos doscientos bohíos redondos y grandes, gobernada por Naricagua, el régulo principal, con nueve caciques a sus órdenes: que todos sus vecinos “vinieron de paz” ante el caudillo español, pero que éste “los trató muy mal”.

Poco después de su arribo, a cuatro leguas de aquel sitio, en la provincia de Baratubarú, porque “no quisieron dar casabí a algunos christianos”, el conquistador cometió toda suerte de crueldades contra ellos. Pero a pesar de esto, los naturales, para quienes no existían el rencor ni la venganza, tampoco alimentaron en aquella ocasión el sentimiento de protesta; coyuntura aprovechada por Ordás para llevar a cabo sus designios exterminadores... Todavía en nuestros días—escribió a fines del siglo pasado el doctor Coll y Toste¹⁵—, pueden encontrarse los pacíficos aruacas representados por los guaraúnos de los deltas del Orinoco; y con el mismo nombre de aruacas se hallan también en la sierra de Santa Marta de la república de Colombia. Estos indígenas son los despojos de un gran pueblo, que, en el período del Descubrimiento, venía ya de derrota en derrota bajo el formidable empuje de los audaces y crueles caribes¹⁶.

14. *Historia General*, t. II, pág. 219.

15. *Prehistoria de Puerto Rico*, págs. 67 y 68.

16. Estaban pobladas las Antillas por dos pueblos diferentes. El pueblo *aruaco* —gentes tímidas y pacíficas— poblaba las Grandes Antillas; y el pueblo *caribe* —guerreros conquistadores de los primeros— las pequeñas



Bondadoso, el aruaca se acogió al lado del invasor, buscando en los nuevos hombres apoyo y alianza para hacer frente a su terrible e irreconciliable enemigo.

Colón mismo se refería con frecuencia a la mansedumbre casi infantil, pero honrosa, de Guacanagarí¹⁷.

El adelantado Diego Velázquez no halló en Cuba una marcada o sistemática oposición de parte de los siboneyes y guanacabeyes¹⁸; ni Juan Ponce, en Puerto Rico, entre los boricueños¹⁹; ni el Almirante en Jamaica, de parte de los jamaíquinos²⁰.

antillas y costas de Tierra Firme. Colón, *Diario de bitácora*, viernes 12 de octubre; Alvarez Chanca, *Carta al Ayuntamiento de Sevilla* (Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 200); Pedro Mártir, *Fuentes Históricas*, t. II, pág. 28; t. IV, pág. 331; Oviedo, *Historia General*, t. I, pág. 34; Las Casas, *Apologética*, pág. 539; Fernando Colón, *Historia del Almirante*, t. I, págs. 147 y 156; López de Gómara, *Historia General*, t. I, pág. 44; Irving, *Vida y Viajes*, pág. 73.

17. *Diario de bitácora*, martes 25 de diciembre.

18. Lo demuestra el recibimiento que dispensaron en Bayamo, Camagüey, Habana, Carajate, Sabaneque y otros pueblos a sus capitanes Juan de Grijalva, el desventurado amante de doña María Cuellar, esposa (por siete días) de Diego Velázquez; y Pánfilo de Narváez, no obstante la matanza que éste había permitido se realizase en la provincia de Caonao, gobernada por el cacique Caguas, de origen quisqueyano. Idénticos sucesos encontramos en las relaciones de los viajes de Alonso de Ojeda (1499-1502-1509), Vicente Yañez Pinzón (1499), Pedro Alonso Merino—Niño— (1499), Cristóbal Guerra (1499), Diego de Lepe (1500), Rodrigo de Bastidas (1500), Juan Ponce (1508), Diego de Nicuesa (1510), y Vasco Núñez de Balboa (1511), muy en particular los que tuvieron por escenario la costa norte del continente meridional.

19. Tanto Agüeybaná, cacique principal de la isla, como Aymamón, que dió la bienvenida al ex-gobernador de Higüey; y la hermosa cacica Yuisa (bautizada con el nombre de Luisa); Arasibo, Aramaná, Guacabo, Caguas, Guayaney o Guaraca, Mabó (cuyo conuco con 1090 montones de yuca y batata fué vendido por el conquistador —12 de octubre de 1510— a Hernán Sánchez, Alonso de Cuellar y Pedro Alonzo, para los gastos de la colonización); Guamaní, Majagua, Canóhana, Orocobis, Humacao, Yuquibo y otros, fueron amigos de los españoles; por lo menos, mientras las circunstancias no hicieron obligado el enfriamiento de sus relaciones.

20. Cuando, agotadas las provisiones, y acosados por el hambre más espantosa, creían todos llegada la hora de una muerte inminente, encomendó el Almirante a su fiel capitán Diego Méndez de Segura una recorrida por el interior. Para sorpresa suya, le fué dispensada muy buena acogida en la comarca gobernada por el poderoso Ameiro, después de haber celebrado pactos comerciales con los caciques de Aguacadiba y de la actual Melilla, quienes le ofrecieron el envío de pescado, casabe, frutas, aves, etc. Diego

Y cuando Alonso de Ojeda ("el más intrépido de los conquistadores españoles", como le llama HARRISSE), tras de su fracaso expedicionario, a fines de mil quinientos nueve, se vió obligado a saltar en playas cubanas, los aborígenes del pueblo de Cüeybá, "que era muy grande y de mucha gente" establecido cerca de Camagüey, no sólo les dieron víveres a él y a los que le aprisionaban²¹, sino también el cacique de Macaca puso a su disposición una canoa que utilizó el valiente Pedro de Ordás para ir a Jamaica, donde solicitó y obtuvo de su gobernador Juan de Esquivel, la ayuda que tanto necesitaban los náufragos, disponiéndose el despacho de una carabela con instrucciones su capitán de recoger a Ojeda y a sus compatriotas.

En las treinta leguas castellanas de bosques y pantanos cubanos pereció la mitad de aquellos desdichados cuyo número alcanzaba a setenta. "Descalzos, con las ropas y las carnes destrozadas", escribe el doctor Ramiro Guerra²², "los famélicos sobrevivientes de aquella peligrosa aventura inspiraban profunda lástima".

* * *

Los indígenas de Cuba, Quisqueya, Boriquén y Jamaica, posesionados de territorios fértiles, que les proporcionaban en abundancia los medios para la subsistencia, sintiendo satisfechas sus necesidades, no tenían que apelar a rapiñas violentas en ajeno territorio; los de las pequeñas Antillas, menos favorecidos por la naturaleza, debieron envidiar la situación holgada de sus convecinos: de aquí el empeño invasor para arrebatarles codiciosamente su bienestar, para sustituirlos en la posesión del terruño productivo o para hacerlos, por lo menos, sus tributarios.

Méndez mismo hace constar en su *Testamento* (Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 357): "...y plugo a Dios que hallaba la gente tan mansa que no me hacían mal, antes se holgaban conmigo y me daban de comer de buena voluntad".

21. Bernardino de Talavera, vecino de Yáquimo, al frente de un grupo de desalmados, tripulantes de una embarcación que se vió en peligro de desaparecer.

22. *Historia de Cuba*, t. I, pág. 161.

¿No impulsa la envidia, en el *Génesis* mosaico (o de Moisés), el brazo fratricida de Caín, apenas creada la humana especie? ¿No registra la historia en todos los tiempos y países, guerras invasoras y luchas intestinas, interminables, informadas por ese mismo rastrero sentimiento?

Pues bien puede admitirse móvil idéntico, abriendo campo a los instintos bravíos de ciertos isleños antillanos, para lanzarse a combatir contra los otros, ejercitándose para ello constantemente en las armas; emponzoñándolas para agravar sus mortíferas consecuencias; aplicándose a la navegación, para recorrer velozmente los canales interinsulares y caer, por nocturna sorpresa, sobre los aduares enemigos, arrasándolos rapazmente, tomando mujeres para saciar lascivos apetitos y apresando vivos a los hombres para ofrecerlos, como holocausto, en antropofágicos banquetes, a deidades fatídicas o hacerlos víctimas de graves, monstruosas supersticiones....²³.

* * *

Indudablemente, los progenitores del indio quisqueyano eran de tendencias reñidas con la maldad, el egoísmo, el crimen.... No anteponían a la justicia la violencia, como en las sociedades bárbaras, generalmente primitivas.

Los indios que *mayores daños* causaron a los europeos en las grandes Antillas: Quisqueya y Boriquén, en particular (porque la conquista de Cuba—no obstante el suplicio de Hatuey en Baracoa—y la de Jamaica—a pesar de los iniciales aprestos guerreros—carecieron de los desesperados esfuerzos bélicos frecuentes entre quisqueyanos y boriqueños); esos caciques eran de origen caribe: Caonabo y Mairení, actores principales en la destrucción del fuerte Natividad; Cotubanamá, el aguerrido jefe de Higüey (o "lugar por donde sale el sol"), que motivó el segundo viaje de Juan de Esquivel a sus dominios, debido a la matanza que de castellanos hiciera en la villa o fortaleza fundada en aquellas regiones por los conquistadores, para vengar el

²³. Brau, *La Colonización de Puerto Rico*, pág. 12.



ultraje inferídole por Martín Villamán y su gente; Guatiguaná, que tiene la gloria de haber sido el primero en advertir la necesidad de una estrecha unión para la defensa del terruño invadido, dando el grito de protesta en mil cuatrocientos noventa y cinco, cuando se consideró salvador un frente único: que si bien era verdad que no conseguiría, como no consiguió, el afianzamiento total y definitivo de aquel ideal, salvaje, pero elevado, como todos los ideales, por lo menos logró estampar un sello de dignidad a los momentos que precedieron a la extinción de nuestro aborígen: Güeybaná, el Caonabo puertorriqueño, que dirigió con Mabodamaca y Bayoán la rebelión de mil quinientos once; y Guarionex²⁴, soberano del Utuado, cuya acometividad al frente de tres mil guerreros, hizo posible el incendio y destrucción de la Aguada, villa que llevó el nombre de Cristóbal de Sotomayor.

Resumiendo: los pobladores de esta tierra eran mansos en unas comarcas (Marién-Maguá-Jaraguá) y guerreros en otras (Maguana-Higüey); pero generalmente, como hemos dicho, de suavísimas costumbres: dueños de esa "nativa ingenuidad" de que nos habla Miguel Eyquem (o Montaigne).

El robo, rarísimo entre ellos, era castigado con la pena de muerte, como en Roma (Ley de las *Doce Tablas*) y en la Atenas del legislador Solón, pues entendían que todos los hombres tienen contraído el deber de trabajar; y que quien se dedica a ésta, la más elevada orientación humana ("fuerza bendita", al decir de Rodó), no puede justificar el apoderamiento de lo que no le pertenece. El ya citado Las Casas refiere que en los primeros tiempos de la colonización no usaban llaves ni cerraduras en las casas, y que jamás faltó un granillo de oro, ni una ropilla, ni objeto alguno²⁵.

Una orientación *sui géneris* alimentaban en el Perú, donde "a ninguno se permitía que comiese pan sin ganarlo con el sudor de su frente, a no ser los decrepitos y los enfermos". La Ley

24. También en Quisqueya existió un cacique de este nombre. (Véanse las notas 86, 89 y 91 en la *Introducción*).

25. *Historia de las Indias*, t. V, pág. 488.

peruana, como muy bien afirma Prescott²⁶, "consideraba el trabajo no sólo como un medio sino como un fin". ¡Profunda filosofía social la de aquellos "salvajes" moradores del nuevo continente!

* * *

Los quisqueyanos se adornaban en su mayoría con aros (taguagua y caracurí) que usaban en las orejas y narices; piezas de oro bajo en forma de lámina (guanín) que solían llevar al cuello, iguales o parecidas a las que usaban los indios de Venezuela, doradas "con gran primor, por un procedimiento desconocido"; coronas en la cabeza y brocheletes en los brazos y piernas, recamados de conchas y pedrezuelas que completaban sus raros y preciosos arcos. Sus armas eran la flecha, el hacha de piedra o manaya y un fuerte garrote de cuatro palmos²⁷ de largo, hecho de la corteza de la palmera real o palma de yaguas, que llamaban macana²⁸.

Desconocían el uso doméstico de la sal; pero en cambio, les eran familiares las ventajas del fuego (guatú), que producían por fricción, "haciendo girar, con suma rapidez, la extremidad de un trozo de madera especial, muy fuerte, del grueso de una saeta, por entre la juntura de dos palillos ligeros, atados reciamente a sus extremidades", cuyo descubrimiento implica un paso extraordinario de avance en las edades prehistóricas, ignorado en algunas islas del Pacífico, a principios del siglo décimosexto, según consta en la *Relación* del viaje de Magallanes (mil quinientos veintiuno), escrita por Francisco Antonio Pigafetta.

A medida que ese elemento de progreso se extendió entre nuestros antepasados, las substancias alimenticias se acrecentaron

26. *Conquista del Perú*, t. I, págs. 68 y 70.

27. Distancia que hay desde la punta del dedo pulgar de la mano hasta el extremo del meñique, abierta y extendida.

28. Pedro Mártir, *Fuentes Históricas*, t. I, pág. 35; Oviedo, *Historia General*, t. IV, págs. 593 y 603; Las Casas, *Historia de las Indias*, t. V, pág. 331; Fernando Colón, *Historia del Almirante*, t. I, pág. 395.

con el ingreso de cereales y las legumbres que la cocción hizo comestibles, surgiendo de aquí la idea de los cultivos para satisfacer las necesidades del consumo.

Para neutralizar el ardor mortificante de los rayos del sol, para defenderse de las picaduras de los insectos (moscas, jejenes, maringuinos, mayes, mosquitos) y para "embellecerse", se frotaban la piel con el zumo oleoso de un grano rojo denominado bija, que todavía usan nuestros campesinos para colorear algunos manjares.

Su lenguaje (el lucayo, generalizado entre los indios antillanos), "se distinguía de los otros dialectos que poseían, en la sonoridad, riqueza y fluidez de sus términos radicales, la sencillez del artificio de sus raíces y el fácil mecanismo de la formación de sus derivados. Despojado de la dureza de los acentos consonantes, y superabundante de vocales, unidas por lo común en diptongos y triptongos, la dulzura y cadencia de sus construcciones le hacían no menos a propósito para la poesía, que lo era por la variedad de las conjugaciones de sus verbos y por la facilidad con que sus nombres se deslindaban", como el jonio en la Grecia primitiva ²⁹.

Al Almirante, cuyas descripciones de los primitivos pobladores del nuevo Mundo han sido catalogadas por Alejandro de Humboldt, Marcelino Menéndez Pelayo y Vicente Blasco Ibáñez (*En busca del Gran Kan*), entre las mejores obras literarias de su tiempo; al Almirante, decimos, no escapó semejante verdad, cuando dice que el lenguaje indo-antillano aruaca era rico en vocales y de muy dulce conversación ³⁰; y a cuyo estudio han consagrado bellísimos trabajos los hermanos Hernhutes de Zittau, el misionero Theodoro Schultz, el doctor Sagot y otros.

* * *

Existen además muchas obras de arte: demostrativas del adelanto que habían alcanzado en la escultura, la pintura, la

29. Duruy, *Historia de los Griegos*, t. II, pág. 6.

30. *Diario de bitácora*, domingo 16 de diciembre.

música y la literatura; evidenciando de esa manera, en lo que a ellos se refería, la razón que asistió al obispo de Chiapa cuando afirmó que los indios estaban adornados de todas las condiciones que son propias a la especie humana.

Que nuestros aborígenes hacían uso de la piedra, trabajándola, puliéndola cuidadosamente: colocados ya en los umbrales de la industria, nos lo demuestran el Almirante en su *Diario de bitácora* ³¹; Pedro Mártir (de Angleria), el disciplinado secretario de Carlos Quinto, en la correspondencia a su erudito maestro Julio Pomponius Lactus, cuando dice (*Carta CLVI* fechada en Alcalá de Henares a 1º de enero de mil cuatrocientos noventa y cinco): "Hierro no tienen, pero de ciertas piedras de río forman instrumentos fabriles" ³²; y el doctor Diego Alvarez Chanca (compañero de Colón en el segundo viaje): "Todas estas gentes destas islas que fasta ahora se han visto, no poseen fierro ninguno. Tienen muchas ferramientas, así como hachas é hazuelas hechas de piedra, tan gentiles é tan labradas, que es maravilla cómo sin fierro se pueden hacer" ³³.

El alcance que en la vida del quisqueyano tienen las precedentes afirmaciones, está robustecido por estas frases del sociólogo Manuel Sales Farré: "Ningún pueblo ha llegado al grado de cultura necesario para dar testimonio de sus hechos sin haber adquirido antes el uso del hierro, pero nos equivocáramos si indujéramos de aquí que la entrada de los pueblos en la historia ha sido consecuencia forzosa de la aplicación del hierro en la industria". En la "*Relación del oro, é joyas, é otras cosas, que el señor Almirante ha recibido, después que el Receptor Sebastián de Olano partió de esta Isla Española para Castilla*", fechada a diez de marzo de mil cuatrocientos noventa y cinco, figuran "siete collares de piedra" pertenecientes al cacique Caonabo ³⁴.

31. Lunes 29 de octubre: "Hallaron muchas estatuas en figuras de mugeres, y muchas cabezas en manera de caratona (carátula, careta, mascarilla), muy bien labradas".

32. *Fuentes Históricas*, t. I, pág. 35.

33. *Carta* (Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 240).

34. "Los señores y los demás compraban a los padres las hijas que habían

En el año mil ochocientos cincuenta y cuatro, el ilustre americanista puertorriqueño don Jorge Latimer ofreció a la vista pública en la primera "Exposición de la Industria, Agricultura y Bellas Artes" celebrada en San Juan, la populosa y acogedora "ciudad de las aguas", como la llamó Evaristo Rivera Chevremont, una interesante colección de objetos arqueológicos, entre los cuales se hallaban algunos demostrativos de esa laboriosidad de nuestro indio. En la *Lista* que de ellos nos ofrece Coll y Toste, encontramos: "un ídolo de mármol negro, jaspeado de verde, hallado en una cueva de la isla de Santo Domingo".

Y después de detallar cada uno de estos recuerdos, "oráculos del pasado", anota el acucioso historiador: "Entre estos despojos arqueológicos, hallados en Puerto Rico, hay que tener en cuenta, que algunos son exóticos, traídos a Boriquén en la época indo antillana; ya mediante las relaciones comerciales que sostenía el indígena boricano con sus vecinos los quisqueyanos, o ya dejados en esta isla por los caribes de Barlovento en algunas de sus piráticas incursiones"³⁵.

Las figuras de animales, los objetos diversos con que adornaban sus sepulturas y el hallazgo de Descourtils, referido por Carbonell Rivero³⁶, consistente en una especie de sirena con monstruosa cara y pechos de mujer, tallada en piedra dura, es otro exponente valioso del arte escultórico indiano en la tierra predilecta del Descubridor.



En la fitología o botánica hallaron primero y encontraron después un auxiliar efectivo para combatir las enfermedades³⁷.

de ser sus mujeres, enviándoles por paga ciertas sartas de cuentas que llamaban *cibas*, por excelencia, como cosa que tenían por muy preciosa y de gran estima". (Las Casas, *Historia de las Indias*, t. V, pág. 495).

35. *Prehistoria*, págs. 31 y 38.

36. *Las Bellas Artes en Cuba*, pág. 319.

37. Las siguientes plantas endémicas eran utilizadas por ellos en esta labor: la malva, el palo de cruz, la anacahuita, el piñón, la alquitira, la trementina, el acibar, el jengibre, la canela cimarrona (canela alba), la consuelda, el ajay, la túa-túa o tabaya, la nuez moscada, el armácigo, la

Tenían sus augures, curanderos o magos, llamados bojiques, cuya práctica no era otra que la que el psiquiatra norteamericano Farrar ha llamado *medicina precientífica*, en que los sacerdotes cuidaban el cuerpo y el alma, como si hubiese sido su norte la sentencia de Aristocles (Platón): “Los médicos no obtienen buen resultado en la mayor parte de las enfermedades, porque tratan el cuerpo sin el alma; no hallándose todo en buen estado, es imposible que la parte se mantenga bien”. Pensamiento que habría aprobado el célebre médico de Cos. El enfermo, escribió el doctor Stahl ³⁸, “no era abandonado a su desgraciada situación, sino atendido y curado de la manera que los conocimientos especiales de los bojiques permitían hacerlo; guardaban cama y reposo, asistidos por sus parientes, encargados y amigos, y tratados por sus médicos, ya fuese sorprendido por una enfermedad interior del orden patológico, ya resultara herido o lesionado en el combate o accidentalmente”.

Cuando sentían la abrasadora tortura de la fiebre, hacían lo que la ciencia aconseja y practica en nuestros días: introducían al paciente en agua fría.... La dieta (genitura hipocrática) era practicada con magníficos resultados por los quisqueyanos. Y se asegura que los siboneyes atravesaban el Paso del Viento para procurarse medicamentos confeccionados por Anacaona, a quien se atribuían “amplios conocimientos” en la materia, especialmente en la tocología o análisis y curación de enfermedades infantiles. Aprovechaba maravillosamente las virtudes que a la naturaleza atribuía el centenario maestro de Cos.

Los rudimentos médicos de aquella gente no debe ser causa de sorpresa para nosotros, ya que, todavía en la época en que iniciaba su carrera el célebre cirujano galo Ambrosio Pare, “los heridos sufrían mucho más de las manos de sus cirujanos que de las de sus enemigos”.

brusca, la borraja, el cardo santo, el cupey, la cañafistola, la higuiereta, la astringente feregoza, el guanábano, el llantén, la hija, el guayacán, la guásima, con cuyos frutos se preparaba una bebida para engordar; la guajaba, la verdolaga, el maravellí, la osúa y otras. Las Casas (*Historia de las Indias*, t. V, pág. 320) hace mención de algunos “bejucos que servían a los indios como cuerdas y para medicarse”.

38. *Los Indios Borinqueños*, pág. 144.

Para contener la hemorragia originada por las heridas de bala, se recurría al bárbaro expediente de cauterizarlas o curarlas con aceite hirviendo o con un hierro candente. Cuando era necesaria la amputación, se efectuaba con un cuchillo enrojecido al fuego.... para desesperación de los más graves algesiólogos. Y el doctor Lafora ³⁹ nos recuerda a aquel "famoso curandero" de Avignonet (Francia), llamado Juan Beziat, que hace apenas un cuarto de siglo decía curar a los demás absorbiendo sus enfermedades....: método idéntico al practicado por nuestros aborígenes....

En Grecia misma, conocidos ya Esculapio, Podaliro y Machaón, "la medicina se asemejó durante largo tiempo a la de los hechiceros africanos. Practicábanse en los asclepiones con ayuda de algunos simples, muchos sortilegios, largos ayunos, apariciones nocturnas, sueños provocados, que influían en la imaginación de los enfermos, y que a veces curaban a alguno" ⁴⁰, Refiere Aristófanes en *Plutos*, la curación de este dios ciego, cuyos párpados lamieron dos serpientes llamadas para ese fin por Esculapio. Todos los orígenes están rodeados de misterio. En la cima de lo que vive, individuos y pueblos, está sentada una esfinge muda, impenetrable....

* * *

Las reglas del tiempo, aunque en forma muy oscura, no les eran desconocidas; y para su oportuno aprovechamiento se valían de la luna, que nombraban caraya ⁴¹. Contaban sus apariciones hasta el número veinte, para formar su año, dividido en cuatro estaciones cuyas épocas conocían por los raros signos y figuras que trazaban en la superficie de piedras convenientemente preparadas.

Algunos historiadores han querido atribuir al indígena quisqueyano tendencias a rendir culto a las criaturas celestes:

39. Gonzalo Lafora, *Don Juan*, pág. 73.

40. Duruy, *Historia de los Griegos*, t. II, pág. 279.

41. Los caribes la llamaban *nonúm*.

sol, luna y estrellas. Nosotros no hemos encontrado en Las Casas ⁴² dato alguno que se refiera a estas creencias. "No conocen ninguna secta; ni idolatría, salvo que todos creen que las fuerzas y el bien están en el cielo" (monoteísmo), según expresión del Almirante en sendas cartas fechadas en Lisboa a cuatro y catorce de marzo de mil cuatrocientos noventa y tres, dirigidas al escribano de ración de los reyes Luis de Santángel y a Rafael Sánchez, tesorero, respectivamente ⁴³.

Los indígenas de las Antillas (aruaicas, caribes, taínos, ciguayos, lucayos, siboneyes y guanacabeyes) llamaban al cielo turey, pero sin rendirle culto alguno, ni a ninguno de sus luminares. Respecto a los astros, fray Román Pane dice a Colón en su célebre Informe (*Creencia é idolatría de los indios é como observaban sus dioses*): "Saben de dónde tuvo origen el sol y la luna". Y más adelante trasmite la leyenda en torno a la procedencia de los luminares celestes, manifestando que los naturales decían que "el sol y la luna salieron de una cueva que está en la tierra del cacique Maosía Siboés, y que a la cueva la llamaban Jobobaba, y la tenían en mucha estimación, pintada sin figuras, a su manera, adornada con follajes y cosas semejntes" ⁴⁴. En esta cueva había dos cemíes ⁴⁵, de piedra, del tamaño de medio brazo, muy venerados y a los cuales pedían la lluvia, la salud, el matrimonio y otros bienes ⁴⁶. A uno de los ídolos le llamaban Boiniaés y al otro Marojú. De modo que también los datos del eremita benedictino y los de su compañero fray Juan Borguñón, *el Bermejo* (suministrados en su casi totalidad por el cacique

42. *Historia de las Indias*, t. V, pág. 434.

43. Navarrete. *Viajes de Colón*, págs. 191 y 205.

44. Fernando Colón, *Historia del Almirante*, t. II, pág. 53.

45. Dioses de la tierra (los lares y penates de los romanos), protectores de la tribu, la familia y la hacienda. Estaban representados en figuras de piedra, de algodón y maderas finas.

46. "Preguntando yo a los indios algunas veces ¿quién es aqueste cemi, que nombráis?, respondíanme: el que hace llover é hace que haya sol é nos da los hijos é los otros bienes que tenemos". (Las Casas, *Historia de las Indias*, t. V, pág. 468). "A unos —le piden— agua, a otros maíz, a otros salud y a otros victoria" (López de Gómara, *Historia General*, t. I, pág. 66). Significa "señor de la tierra".

cibaeño Majubiatibirí y el intérprete Güay Sabana) son contrarios a la astrolatría de los indo-antillanos ⁴⁷.

Parece indudable que se quiso atribuir al primitivo habitante nuestro algunas creencias alimentadas por los incas, quienes rendían culto supremo al sol y a la luna, "el grande y el pequeño luminar del ciclo", como les llama Goethe por boca de uno de los personajes del *Fausto*. De esos astros se creían descendientes. "El más antiguo de los muchos templos dedicados a esa divinidad (el sol), estaba situado en una de las islas del lago Titicaca, de donde se decía que habían salido los regios fundadores de la dinastía peruana".

Y en un fantástico santuario, materialmente considerado como una mina de oro, había sido levantada una capilla consagrada a la luna, "la deidad que más se veneraba después del sol, como madre de los incas". El astro del día era representado en gigantescas planchas de oro; y la luna en planchas también de gran tamaño, pero de plata, "según convenía a la pálida y plateada luz del hermoso planeta".



Nuestros aborígenes (entre cuyos amuletos domésticos había dioses y diosas, al decir del misionero galo fray Raymundo Breton) se dividían en tribus gobernadas por caciques; vocablo que desconocían los españoles en la época del Descubrimiento, cuyo origen es indo-antillano y no árabe como han querido demostrar algunos⁴⁸; y al igual que otros conglomerados, creían

47. Desempeñando la luna un papel tan importante en la preparación y desarrollo de sus labores agrícolas, era natural que el quisqueyano la admirase; pero sin llegar a rendirle adoración como los incas, los floridianos y otros pueblos.

48. Iremos en el *Diario de bitácora* (lunes 17 de diciembre): "Vieron uno, que tuvo el Almirante por gobernador de aquella provincia, que lo llamaban *Cacique*". Y el martes 18: "Este vino a la nao, después del rey, al cual dió Colón algunos rescates, y allí supo que al rey llamaban en su lengua *Cacique*". En la *Carta de Alvarez Chanca* (Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 238), se lee: "Vienen aquí continuamente muchos indios e *caciques* con ellos, que son como capitanes dellos, e muchas indias. Las Casas dice *cacique*. Oviedo (*Sumario*, pág. 481 e *Historia General*, t. II,

en la existencia de Dios (Yucajú⁴⁹ Gran Señor), creador del Mundo, cuya residencia era el turey o tureyro, cielo⁵⁰, adonde iban los buenos, mientras los malos purgaban sus culpas en el caibai, purgatorio⁵¹.

Como los egipcios tenían sus dioses tutelares: de la agricultura en Menés, Osiris e Isis; los griegos y romanos en Ceres (o Cloe), que había sembrado el trigo; Fauno, deificado por haber enseñado a los hombres la agricultura; Triptolemo, el dios serpiente, inventor del arado; y los latinos o habitantes del Lacio en Juno y Saturno, los quisqueyanos adoraban su dios bienhechor (ni sol, ni luna ni estrellas) en la *Yucajú Bagua Maorocoti*, según Las Casas⁵²; y cuya traducción nos la ha ofrecido Coll y Toste en estas palabras: *Blanca Yuca, grande y poderosa como el mar y la montaña*⁵³.

Aceptaban lo verisímil, real, en contraposición a la en ocasiones desconsoladora inverosimilitud de lo Desconocido....

* * *

pág. 25), escribe: "E allí salió el Almirante con toda su gente, y luego vinieron a habla e conversación con los chrystianos muchos indios de paz de aquella tierra, la cual era del señorío del rey Guacanagarí, que los indios llamaban *Cacique*, así como los chrystianos decimos rey". Y Pedro Mártir: "Llamaban al rey *Cacique*". El doctor Alonso de Zurita, oidor que fué de la Real Audiencia de Méjico, no sólo corrobora las afirmaciones precedentes: asegura que "cacique es vocábulo de la Isla Española". Según Las Casas (*Historia de las Indias*, t. V, pág. 484) había otras categorías: *Matunjeri*, equivalente a capitán; *Bajari*, a teniente y *Guaogerí*, a alférez. "No eran títulos de nobleza" —aclara Coll y Toste, *Prehistoria*, pág. 94—, "ni mucho menos; pero, sí expresiones de aprecio y distinción para establecer cierta categoría social entre ellos".

49. Corrompiendo ésta su verdadera acepción, se ha escrito *Loquo*.

50. *Dios naboria daca* (yo soy siervo de Dios), dijo al morir un indio llamado Guaticaba, según el Padre Pane (*Las Casas, Historia de las Indias*, t. V, pág. 476 y Fernando Colón, *Historia del Almirante*, t. II, pág. 79).

51. En su *Informe* al Almirante, dice Pane: "Creen que hay un lugar adonde van los muertos, que se llama *Coaibai*" (Fernando Colón *Historia del Almirante*, t. II, pág. 54).

52. *Historia de las Indias*, t. V, pág. 434.

53. El poder atribuído por nuestros abuelos a la yuca, lo demuestra el Obispo de Chiapa (*Historia de las Indias*, t. V, pág. 471) cuando dice que al Cemí de Buyaihá, quemado por los conquistadores, "le nacieron otra vez los ojos y le creció el cuerpo", gracias al zumo de este tubérculo con el que le lavaron.

Sus ocupaciones principales consistían en pescar, cazar y cultivar. Para la última, cuyo papel en su desenvolvimiento era altamente significativo, los aborígenes se valían de toscos instrumentos. Sus labranzas, conocidas entre ellos con el nombre de kunuco, ha pasado a nosotros con el mismo significado: conuco. "Hacían", dice Las Casas⁵⁴, "unos montones de tierra, levantados del suelo, é tenían en contorno nueve ó doce pies: un montón estaba separado de otro dos ó tres pies, todo por su orden: rengleras de mil ó dos mil o diez mil de luengo; é otros tantos de anchura, según la cantidad que determinaban poner"; lo que nos evidencia su prometedor conocimiento de la geodesia.

De los utensilios que les servían para la realización de ésta su más importante ocupación, formaba parte, con prioridad, la coa, que hacían con un palo tostado al fuego, cuyo papel era el de la azada de nuestros días.

Entre sus industrias se hallaba el tabaco (coiba), con el que se embriagaban⁵⁵, especialmente en aquellas ceremonias durante las cuales los raros movimientos a que sometían sus cuerpos necesitaban excitantes para amilanar en parte el cansancio que les producían. También se embriagaban con los fuertes licores (asúa y joba) extraídos del maíz tostado y del mismo grano tierno⁵⁶.

Para tejer los faldellines que usaban las mujeres casadas, los taparrabos masculinos, las hamacas, las redes, las esteras, las mantas y unas especies de pulseras que llevaban en los brazos y tobillos, industrializaban el algodón (sarobey) y la daguita (daili), cordel delgado de una especie de majagua; la cabulla o el guano, que teñían con colores muy vivos obtenidos de la bija, la tuna, el jikilete y la jagua. Esta labor era practicada

54. *Historia de las Indias*, t. V, págs. 305 y 307.

55. "...cuando han de adivinar y responder a lo que les preguntan, comen una hierba que llaman coiba, molida o sin moler, o toman el zumo délla por las narices y con ello salen de seso y se les presentan mil visiones". (López de Gómara, *Historia General*, t. I, pág. 67).

56. Esta bebida era preparada por las mujeres, del modo siguiente: "cogían granos de maíz verde y los mascaban lentamente, escupiendo el jugo en una vacija, en la cual lo cocían más tarde, y finalmente lo colaban". Utilizaban la saliva como agente de fermentación.

con mayor entusiasmo en Jaraguá, donde constituía la producción más apreciable⁵⁷, contrario a las regiones del interior, en donde toda o casi toda la riqueza se hallaba subordinada, con inmediata posterioridad al Descubrimiento, a lo que produjera la búsqueda de metal aurífero: hasta tal punto que, cuando el Adelantado de las Indias visitó (en mil cuatrocientos noventa y seis) a Bohechío Anacauchoa y a Anacaona, no recibió presentes de oro ni de plata, sino utensilios y cosas tocantes al uso humano, como asientos, platos, bacias, cazuelas de madera muy tersa, negra y reluciente, fuentes, hamacas y ceñidores: "todos artefactos admirables por su fina malla y su blancura⁵⁸, hechos en la islita Guanabo o Guanábana⁵⁹, cuyas breñas sirvieron de último refugio para muchos indios después de la matanza de occidente.

Con el algodón que se le dió como tributo llenó el hermano del Almirante una de las casas más grandes de Yaguana; y con el casabe, un barco, mandado a buscar para su transporte a Isabela.

Tan prometedores eran el método y la perseverancia con que se dedicaban a la agricultura, que en Yáquimo, Azua y Jaraguá, comarcas en donde las lluvias no eran muy constantes, se recogían las aguas en grandes acequias o pantanos, distribuyéndolas luego por los sembrados "con no menos idea que los habitantes de Cartagena y Murcia", de acuerdo con la autorizada afirmación del cronista angleriano⁶⁰. "Tales usos no pueden atribuirse a la infancia de la vida; el progreso que revelan conviene a un período de elevación intelectual que no corresponde a los embriones sociológicos".

* * *

Además de lo que al quisqueyano producían la caza y la

57. Las Casas, *Apologética*, pág. 516.

58. Pedro Mártir, *Fuentes Históricas*, t. I, pág. 248.

59. Los objetos encontrados en las numerosas grutas existentes en esta región, constituyen, junto con los enumerados, motivo que justifica ampliamente el prometedor empeño quisqueyano.

60. *Fuentes Históricas*, t. II, pág. 444.

pesca (palomas torcaces, tórtolas, garzotas, neblíes buenos, halcones, patos, yaguazas, gallinuelas, cotorras, pericos, higuanas, jutías, tiburón carite, anguilas, tortugas, guabinas, biajacas, dajaos, jureles, camiguamas, camarones, langostas, cojobo o carne de caracol y hasta insectos despreciados de los españoles), para alimentarse tenía la yuca, sustento de casi todos los habitantes del nuevo Mundo, con la que según el licenciado Juan de Echagoian (*Relación de las cosas de la Isla Española*), se hacían potajes muy sabrosos; el maíz⁶¹ o trigo de las nuevas tierras, que comían generalmente tostado, como asegura Las Casas, cuya siembra se practicaba en los primeros días de la luna nueva⁶²: labor continuada por los agricultores españoles y transmitida a nuestros campesinos; el maní, las batatas dulces (que dejaban madurar al aire, porque así resultaban más agradables), en sus cuatro variedades (guanaguás, blanca; guanagüey, morada, guanara, morada y blanca; aniguamar, estimada como la mejor); la yautía, el frijol, los lerenes y tomates, el mapüey, la guáyiga o guayaro y otros tubérculos que utilizaban para extraer harinas con las que fabricaban agradables tortas, entre ellas el casabí, tan común hoy entre nosotros con el nombre de casabe. También cosechaban, sin cultivo, las frutas silvestres de los montes: mamey, guayaba (dos especies o variedades), anón, jobo, guanábana, pitajaya, guama, tuna, jicaco, caimito, cajuil, guibaras o uvas de playa, piña o ananá, etc. Y si bien es cierto que Plutos (o Mammon) no había derramado sobre esta tierra el cuerno de la abundancia, no es menos aceptable que existía lo necesario para aquella gente, cuyo estado social los alejaba de esas complicaciones que tan funestas han sido y siguen siendo a la vida civilizada...

61. El maíz (amarillo, blanco, rojo, morado, cariaco), cuya misión única consistía antaño en servir de alimento al hombre y sus animales, le sirve hoy a los químicos para gran diversidad de productos industriales. Derivados del maíz se emplean en la fabricación de rayón, laca para automóviles, pinturas, colores en polvo, jabones, glicerina, esparadrapo, etc. Y la maicena fermentada se la transforma en acetona, alcohol, hidrógeno, bióxido de carbono, etc.

62. Desconociendo el uso del arado, "limitábanse a desmontar el terreno por medio del fuego, abriendo luego con un palo aguzado, a distancias iguales y en hileras, hoyos de poca profundidad donde arrojaban la simiente, cubriéndola ligeramente de tierra con un hábil movimiento de pié".

A la llegada de los españoles, el habitante de Quisqueya no tenía, ni ñame, ni plátano, ni mangó, ni aguacate, ni naranja.

* * *

En los actos fúnebres empleaban flautas hechas con una caña que se produce en las riberas de los ríos, acompañadas de cánticos y alaridos: en los bailes usaban una especie de arpa formada con una vara de jigüero figurando medio arco, un calabazo en uno de sus extremos, "con una escopleadura de a pulgada, y cuerdas que partían de éste al otro extremo, hechas con la pita de una especie de palmera que llamaban corajo".

* * *

Para reunir combatientes y marchar a la lid, se servían de tamboriles; y trompetas hechas de un caracol que llamaban güamo. Cantaban areitos (bélicos, lastimeros, amorosos) y batocos. Y sus flechas eran untadas con la leche ponzoñosa de un árbol llamado güao, cuya raíz asada utilizaban para blanquearse la piel.

* * *

Jugaban a la pelota (que hacían con fibras y resinas de ciertos vegetales: maguëy y cupey, entre ellos, resultando de notable consistencia), en sitios que denominaban batey. Las Casas⁶³ describió así estos sitios y los juegos que en ellos se practicaban: "Tenían una plaza, comunmente ante la puerta del señor, muy barrida, tres veces más luenga que ancha, cercada de unos lomillos de un palmo ó dos de alto; y al salir de los cuales la pelota era falta. Poníanse veynte ó treynta indios de cada parte, á lo largo de la plaza. Cada uno ponía lo que tenía.... Echaban la pelota é rebatíala el que se hallaba más á mano. Si la pelota venía por alto, la rechazaba con el hombro; si venía por bajo,

⁶³. *Historia de las Indias*, t. V, pág. 507.



con la mano derecha. De la misma manera la tornaban hasta que alguno caía en falta ⁶⁴. Era alegría verlos jugar cuando encendidos andaban, é mucho más cuando las mujeres unas con otras jugaban o rebatían la pelota con las rodillas é con los puños cerrados”.

* * *

Los quisqueyanos alimentaban relaciones comerciales (permutas) con sus vecinos de Cuba, Boriquén y Adamanay (Saona), para lo cual se servían de grandes canoas que construían pacientemente con enormes troncos de cedro, yagruma, pino, mariá, seibos y jabillos ⁶⁵. Desconocían los medios de navegación de los europeos y sus embarcaciones eran movidas por un instrumento que llamaban naes, según Oviedo ⁶⁶, equivalente a remos ⁶⁷.

* * *

El ramo judicial estaba representado por los nitainos ⁶⁸ o árbitros sociales y los ancianos que formaban una especie de consejo que se convocaba cada dos lunas. Esta institución era sagrada; las decisiones de los primeros, fortalecidas por los últimos, que eran a manera de asesores, adquirían fuerza de ley irrevocable.

Similar procedimiento seguían los aztecas; en Méjico tenían los monarcas el poder ejecutivo, pero los tribunales de justicia,

64. ¿Precursores del actual *volibol*? Indudablemente.

65. Véase la nota 1. (Capítulo primero).

66. *Historia General*, t. I, pág. 170.

67. También usaban velas de algodón, en opinión del autor de *Las Quinquagenas*.

68. Del *Diario de bitácora*, domingo 23 de diciembre, copiamos: “Dicen otro nombre por grande, que llaman *nitayno*, no sabía si lo decían por *hidalgo, gobernador o juez*”. “Había en esta isla (La Española) o en cada reino délla, muchos nobles e estimados por de mejor sangre que los demás, e tenían cargo sobre otros como de rejillos e guiallos; e estos, en la lengua común de esta isla, se llamaban *nitaynos*” (Las Casas, *Historia de las Indias*, t. V, pág. 484).

al revés de lo que ocurre en este siglo nuestro, de la "civilización" y de las "luces", funcionaban con independencia sin que de sus sentencias pudiera apelarse ni al emperador. En cambio, en el Perú hallaron los conquistadores una monarquía absoluta, hereditaria, despótica (la de Méjico era electiva), donde las actuaciones judiciales se consideraban poco menos que nulas, a pesar de haber sido levantada en su capital una magnífica sala denominada Sala de la Justicia....

Hasta tal punto era ilimitado el poder del Inca, que, de acuerdo con testimonio del conquistador-cronista Pedro Pizarro, no necesitaba sino mandarlo para que un peruano se lanzase a un precipicio, se ahorcase o pusiese fin a su vida del modo que se lo mandara....

* * *

Al igual que sus vecinos (excepto los guanacabeyes, raza ictiófaga que ocupaba una extensa región cubana), el habitante de Quisqueya a la llegada de los españoles, había abandonado la gruta como vivienda.

Moraba en rústicas cabañas que construía sólidamente (con troncos de palma al exterior e interiormente con un solo actinal o estante hasta la cumbre), unas veces en forma de pabellones y otras en forma de barracas, distinguiéndose las de los caciques en el "lujo" con que las fabricaban. Estas viviendas estaban abiertas por sus cuatro costados o herméticamente cerradas, en cuyo caso tenían una puerta pequeña por donde se entraba y un agujero en el techo, reservado para dar salida al humo que despedían los fogones. Todavía la actual casucha de nuestros campesinos conserva mucho del primitivo bohío indio. Es ley de la Historia que el vencedor no hace desaparecer por completo, en un país, las huellas del pueblo vencido.

No tenía otros ajuares para amueblar sus habitaciones, sino los asientos en que descansaba de día y las molestas camas en que dormía de noche. Los primeros consistían en trozos de madera o piedras labradas más o menos toscamente; las segundas estaban reducidas a la hamaca, tejida de sogas o algodón, y la

barbacoa ⁶⁹, que formaba con tablas de palmas colocadas sobre cuatro postes con atravesaños. “Disponía de un surtido completo de vasijas de barro cocido, en forma de tinajas, ollas o cazuelas, burenes, tazas, potizas —canari—, cofres y platos para conservar el agua potable, cocer y servir los alimentos, y completaba el ajuar la variedad de vasos y cucharas de diferentes tamaños a que reducía las impermeables conchas de las frutas del calabazo y del jigüero, cuando no la ahuecaba simplemente por un agujero para convertirlas en vasijas destinadas al transporte de agua”.

En sus horas de ocio disponía para el descanso, de la hamaca, o se tendía debajo del verde quitasol de la copuda ceiba o a la fresca sombra brindádale por un grupo de palmeras de yaguas; muy lejos, no obstante, de esa holganza, de esa *dolce far niente* que le atribuyen algunos cronistas, y a la que rindió culto ferviente el griego, igualando casi el reposo con el trabajo ⁷⁰. Los persas, según Hamelot, llamaban padre a Cyrus, porque los acostumbraba a la molicie....

De sus viviendas primitivas se conservan algunas; siendo una de las más dignas de mención aquella gruta (“manto de verdura y de flores”) que sirvió de solaz y esparcimiento a Anacaona (la “poética y gloriosa reina”, como la llaman José María Asencio y el Conde Roselly, cuyo recuerdo, contrario a la Semíramis de los asirios, nos llega rodeado de detalles tan ciertos como encantadores), en la villa de Yaguana (cerca del lago grande de Jaragua hoy *Enriquillo*), capital del cacicazgo, bajo cuyo techo entonces salpicado de palpitantes estalactitas, vibraron de sublime emoción las fibras más sensibles de su alma....

Y fué allí en donde, algunos años después, sintiendo gravitar sobre su corazón el peso de una viudez prematura, buscó un refugio amigo, interesada en ocultar su dolor y su vergüenza a Alonso de Ojeda (el primer español con quien entabló relaciones

69. En premio al gran número allí existente, hasta hace poco llamaban *Barbacoa* a un poblado en las cercanías del lago *Enriquillo*. No había casa donde no hubiese una o más *barbacons*.

70. Duruy, *Historia de los Griegos*, t. II, pág. 20.

de amistad), llegado el cinco de septiembre de mil cuatrocientos noventa y ocho a las costas occidentales, y quien trató de verla, inútilmente....

* * *

De cazadores y pescadores errabundos, habían pasado (en razón ascendente desde sus genitores) a agricultores e industriales, como hemos visto. De la horda y la incipiente familia (de forma patronímica); del clan, de la fratria, habían avanzado a la tribu. "Como atravesaban todavía el segundo período de la piedra, no conocían el uso de los metales útiles, pero vivían mezclados en pacífica sociedad, rendían culto al derecho de propiedad, acataban la idea de la subordinación civil, atendían al cumplimiento de sus deberes religiosos, y respetaban los vínculos del matrimonio, base de la familia". Es práctica corriente atribuir a la mujer india fatigosa laboriosidad y suponer al hombre holgando en la hamaca, en tanto no daban espuela a su indolencia los atractivos de la caza y los azares de la guerra; y sin negarle su cualidad de hacendosa ni desconocer la condición precaria de su estado, ha de considerarse exagerada semejante apreciación, mediante el estudio detenido de los hechos relatados por unos y otros cronistas.

La ejecución de los trabajos domésticos por la mujer, es una práctica vieja como el mundo. Las hijas de los reyes, en Grecia, iban a buscar agua a las fuentes, como la hermosa Nausicaa, y como Polixena, hija de Príamo. Andrómaca daba el pienso a los caballos de Héctor, Helena trabajaba en maravillosos bordados, y Penélope ("el tipo de la perfecta casada, en quien el amor conyugal se sobrepone a todo"), no dominaba la impaciencia de los pretendientes sino mostrándoles la última prenda que preparaba para el anciano Leartes; aquel velo que tegía de día y que deshacía por la noche....

* * *

Tenían jefes (caciques), sub-jefes (nitainos) y casta sacerdotal (bojiques). El "mío" y lo "tuyo" (directa consecuencia del trabajo individual), que servía de norte a las relaciones de los

blancos de Europa, no eran conocidos de nuestros abuelos. La idea del bien y del mal dominaba en sus manifestaciones religiosas. El siguiente detalle nos lo demuestra: se hallaba una hermosa quisqueyana arrodillada ante un altar católico, orando; y en el mismo instante en que exclamaba:

—*Guakta baba bo-matúm* ⁷¹,

fué solicitada de amores por un compatriota. Ella vió una profanación, un sacrilegio, en semejante pretensión, y rechazó al enamorado con estas palabras:

—*Toiteca, toiteca, teketa sinatu Guamiquina* ⁷².

A lo que contestó indignado:

—*Guaibá, synatu makabuca Guamiquina* ⁷³.

* * *

Era natural entre ellos, que al morir un cacique, algunas de sus mujeres, vivas, se enterraban con su cadáver, de la misma manera que entre los tracios primitivos de quienes nos habla el grave Heródoto y entre los galos, germanos y habitantes de las orillas del Indo descritos por Chateaubriand en *Los Mártires*, “las mujeres se enterraban con sus esposos”. También se observaba esta práctica entre dinamarqueses, japoneses, madagascarenses y otros pueblos ⁷⁴.

Como un ejemplo digno de ser recordado, diremos que cuando murió Bohechío, la más hermosa de sus treinta mujeres ⁷⁵, llamada Guanajatebenekena ⁷⁶, y dos compañeras más “fueron enterradas vivas con el célebre cacique”, a pesar de las instancias de los monjes de San Francisco, educadores del cacique Enriquillo,

71. “Grande y generoso es nuestro Padre”.

72. “Estáte quieto, estáte quieto, que el Señor de tierra y agua se enojará mucho”.

73. “Véte, ¿qué me importa que el Señor de tierra y agua se irrite?”

74. Montesquieu, *Del Espiritu de las Leyes*, t. II, pág. 164.

75. Las Casas, *Apologética*, pág. 521.

76. Pedro Mártir, *Fuentes Históricas*, t. II, pág. 443.

que trataron por todos los medios de evitarlo. Según Oviedo⁷⁷ y López de Gómara⁷⁸, los indios llamaban *atebeane nequen* a la india que viva, se enterraba con el cadáver de su rey y señor. "Era el amor ciego y consecuente más allá de la tumba. Era la hembra fiel, siguiendo a su macho a lo desconocido. (Laodamia, Alceste, Evadné). El amor violento y brutal arrojando toda clase de peligro. Hoy pasa lo mismo con distinta morfología. La mujer, más sensible que el hombre, siempre está dispuesta al sacrificio". Tan levantada disposición de ánimo en la mujer quisqueyana ante el cacique muerto, es el más noble ejemplo de indisolubilidad del matrimonio... estampada con caracteres indecibles en el Libro de los libros y popularizada por el Redentor....

Entre los incas, la ceremonia del enterramiento de los emperadores era más espeluznante. Veamos cómo la describe Prescott⁷⁹: "Cuando un inca moría, o, como decían ellos, *cuando volvía a ser llamado a la mansión de su padre el Sol*, celebrábanse sus funerales con gran pompa y solemnidad. Extraíanse al cuerpo los intestinos y se depositaban en el templo de Tampú, como a cinco leguas de la capital. Enterrábase con él una gran cantidad de sus alhajas y plata labrada, y sobre su tumba se inmolaba gran número de sus criados y concubinas favoritas, habiendo caso en qué, según se dice, llegó a mil el número de sus víctimas".

Cuatro mil víctimas de estas, en opinión de Juan Sarmiento, lo que es quizás una exageración, "adornaban los funerales de Uayna Capac, el último de los Incas antes de la llegada de los españoles".

* * *

Las mujeres quisqueyanas, como las venezolanas, de cuyas "gracia y hermosura" nos habla fray Pedro Simón; o como las que admiró en Tumbes un compañero de Francisco Pizarro llamado Alonso de Molina, eran famosas por los encantos con

77. *Historia General*, t. I, pág. 134.

78. *Historia General*, t. I, pág. 69.

79. *Conquista del Perú*, t. I, pág. 49.

que la Madre Naturaleza las había dotado; y sobresalían entre ellas: Anacaona⁸⁰, que significa *Flores de Oro*; Anaibelca, Onaney, Iguaniona, Guanajatebenekena, Bema, Mayagumaca, Iguamota, heredera del cacicazgo de Jaraguá (más tarde doña Ana de Guevara); Oscma (después doña Catalina de Miguel Díaz); Aináicua (favorita de Guacanagarí) e Iguagua, esposa del indio Diego Colón⁸¹.

La delicadeza y sentimientos del verdadero amor no eran conocidos de nuestros aborígenes, debido al estado de cultura inferior en que se hallaban; y sin embargo de esa poligamia (aceptada sólo entre los caciques, pues generalmente se practicaba la monogamia); de esa deprimente condición moral de la mujer: más aceptable, no obstante, que la preconizada siglos después por Napoleón en su *Memorial de Santa Elena*, no había adulterio entre ellos, ni ningún indio forzaba a mujer alguna⁸². "Y era, que por ninguna manera tomaban por mujer ni avían acceso carnal con su madre, ni con su hija, ni con su hermana"⁸³. Montesquieu⁸⁴ y Rousseau⁸⁵ tratan el asunto de la poligamia geográficamente, y deducen que es propio de los climas cálidos el tener varias mujeres.

* * *

Al iniciarse la conquista, la Isla se hallaba dividida políticamente en cinco grandes cacicazgos⁸⁶:

80. Véase la nota 8. (Capítulo primero).

81. Las Casas (*Historia de las Indias*, t. V, pág. 394) dice que conoció en La Vega y en Santiago indias casadas con españoles, que eran "de mirable hermosura y cuasi blancas, como mujeres de Castilla". "Hobo y yo ví un lugar o villa que se llamó de la Vera Paz, de sesenta vecinos españoles, los más déllos hidalgos, casados con mujeres indias naturales de aquella tierra, que no se podía desear persona que más hermosa fuese". (Las Casas, *Historia de las Indias*, t. V, pág. 394).

82. Las Casas, *Historia de las Indias*, t. V, pág. 486.

83. Oviedo, *Sumario*, pág. 479; Oviedo, *Historia General*, t. I, pág. 136.

84. *Del Espíritu de las Leyes*, t. I, pág. 332.

85. *La desigualdad entre los hombres*, pág. 82.

86. "Cinco reyes había grandes, de cinco principales reinos y provincias que en esta tierra hay; el uno se llamó Guacanagarí, la sílaba última aguda, el cual reinaba en la provincia que se llamaba Marién, que es donde

Jaraguá, que llevaba también el nombre de *Aniguayagua*. Estaba situado al oeste y suroeste. Sus comarcas eran Yáquimo, Anigaria, Yaguana (residencia del cacique); Bainoa ⁸⁷(interior), Caiguani, Baoruco, Guacayarima, Cajaya, Aibamoca, Aramocao, Baraonda, Barhasía, Buyacaguera, Cajay, Coayo, Guanarei, Duan, Igueguasí, Ibocoa, Jagua, Locayo, Macaoquico, Miraguaña, Neiba, Sabanaquito, Suyabey, Samanines y la isleta Guanabo. Su régulo Bohechío Anacauchoa, apellidado el Néstor de los caciques ⁸⁷.

Marién, dividido en catorce departamentos, con sus correspondientes nitainos: Bayajá, Bainoa ⁸⁸, Caribata, Caobanicú, Caoba, Dajabón, Guayubón, Jatiés, Guajaba, Yaití, Jaibón, Mauní, Bohío e Iguamucú. Su cacique Guacanagarí, amigo del Almirante, primero; sincero colaborador de los españoles, siempre.

Maguá, gobernado por el discreto Guarionex ⁸⁹, apodado "gran cacique de la Vega Real". Este cacicazgo comprendía veinticuatro departamentos; en uno de los cuales, el de Samaná, vivían los ciguayos, que "atacaron" a Colón durante su viaje de regreso ⁹⁰: Batey, Cubao (Macoris de arriba), Cabanacoa, Coroiay,

comienza la Vega Real, teniendo las espaldas al norte, por donde la descripción de esta Isla comenzamos y que fué la primera tierra que desta Isla el Almirante viejo descubrió; el otro rey fué Guarionex, la última sílaba luenga, que en la Vega Real reinaba, y este fué gran señor; el otro se llamó Caonabo, la misma sílaba también larga, que en la provincia reinó de la Maguana, donde se sentó después una villa de españoles que llamaron San Juan de la Maguana, luenga la sílaba penúltima, y esta tierra raya hacia la parte austral; este fué muy valeroso y de mucha gravedad y austeridad, y a su manera muy esforzado. Fué el cuarto rey Bohechío, la penúltima luenga también, que reinó en el reyno de Jaraguá, la última aguda y este en corte y polidez y otras humanas calidades a todos los demás exedió y esta cae a la parte de esta isla más occidental. Era el quinto reino en la provincia de Higüey, la penúltima luenga, que es al oriente, cuya tierra, viniendo de Castilla a esta isla, es la primera que topamos, y en esta reinaba en mi tiempo una reina vieja llamada Iguanamá, la última sílaba aguda". (Las Casas, *Historia de las Indias*, t. V, pág. 355).

87. Se le ha llamado así en memoria de un personaje homérico de este nombre, que se distinguía por su cordura y su experiencia.

88. En él se halla el puerto de *La Concepción*, donde Colón tomó posesión de la Isla.

89. Las Casas, *Historia de las Indias*, t. II, pág. 162.

90. Véase la nota 35. (Capítulo segundo).

Cotuí, Bonaó, Cibao, Ciguay (aduar principal de los ciguayos); Majagua, Macorís (de abajo), Moca, Mayorís, Maguey, Manyico, Yaguac, *Yabajayucú, Juma, Macao, Guaybamoca, Goacoa, Guaricano ⁹¹, Jánique y Marién.

Higüey o *Iguayagua*, situado al este y suroeste, estaba dividido en las poblaciones siguientes: Cayacoa o Agüeybaná ⁹², Maniés, Azua, Bonaó, Cayemú, Macao, Ycayagua, Boyá, Agara, Ayalibis, Bocaiguá, Cayaroa, Curiamá, Dajao, Guabos, Guaurabo, Guayagan, Abacoa, Sairabón y Jiaguata, donde se fundó nuestra Capital. Fertilizado por la ría Ozama y los ríos Macorís ⁹³, Iguamo, Casuí, Chavón, Duey, Yabiquí, Maguá, Yamasá, Soco, Guabamico, Yabucoa, Anamuya, Jima y Sabita, tenía de cuarenta y cinco a cincuenta leguas a la mar y veinticinco tierra-adentro. Fueron sus régulos: primero, Cayacoa ⁹⁴: la anciana Isabel de Iguanamá (encomendada a Luis García Mohedas cuando el repartimiento de mil quinientos catorce), más tarde; y por último Cotubanamá ⁹⁵, que murió en la horca bajo el cielo de la cien veces histórica Ciudad de Santo Domingo de Guzmán, después de haberse defendido fieramente en Adamanay ⁹⁶.

Maguana, llamado la "vega menor", comprendía veinte distritos con los nombres siguientes: Abayagua, Aguaybó, Alcobasa, Ayaguana, Azua, actual provincia de su nombre fundada durante el gobierno de Ovando, hacia mil quinientos

91. La capital, residencia de Guarionex. Allí se fundó (en la orilla izquierda del río Camú) la primitiva Ciudad de Concepción de La Vega. (Las Casas, *Historia de las Indias*, t. III, pág. 352)

92. Gobernaba esta provincia el cacique de su nombre. Francisco de Agüeybaná estuvo al servicio de los colonos en las labranzas que entonces se iniciaron para el mantenimiento de las fortalezas y pueblos españoles. También en Boriquén, como hemos visto existió un reyezuelo de este nombre. Era el cacique principal de aquella Isla cuando la visitó Juan Ponce (de León) en 1508.

93. Véase la nota 4. (Capítulo primero).

94. Según Oviedo. (*Historia General*, t. I, pág. 65), murió en las primeras guerras con los conquistadores.

95. Las Casas, *Historia de las Indias*, t. III, pág. 89.

96. Esta isleta ("granero de Santo Domingo"), estaba poblada por caribes.

cuatro (a orillas del Bía) por un gallego apellidado Mariscal, con el nombre de Azua de Compostela; Baní, Niti o tierra poblada (residencia habitual del cacique); Bánique, Bonaó, Careybaná, Coroso, Guana, Guamanea, Jayacú, Jagüey, Macabonaó, Nisao, Nisinao, Sabana y Yaguana. Lo gobernaba Caonabo, reyezuelo de origen caribe⁹⁷; "hombre de gran saber y agudísimo ingenio", según Fernando Colón⁹⁸; y una de las figuras más interesantes en la Historia del Nuevo Mundo, por lo admirable de su rebeldía, por la pureza de su patriotismo....

97. Véase la nota 9. (Capítulo primero).

98. *Historia del Almirante*, t. II, pág. 34.

CAPITULO PRIMERO

UNA INVASION DE LA TUREYQUERI

UN grito extraño, formidable, lanzado en la costa oriental de "la tierra más elevada de los valientes", seguido de febriles e inarmónicos golpes de tambor, anunció una madrugada de diciembre álgida y medrosa, la partida de un fuerte conjunto de canoas ¹ "hermoseadas en popa y proa con desemejantes labores y pinturas", conduciendo guerrera muchedumbre de ambos sexos ², ansiosa de feroces aventuras....

La escena se desarrollaba en la isla conocida con el nombre de Tureyqueri entre los indios caribes que la poblaban: denominada Santa María de la Guadalupe el cuatro de noviembre de mil cuatrocientos noventa y tres, fecha de su descubrimiento por Cristóbal Colón.

Guadalupe, Dominica, Trinidad, San Vicente, Santa Cruz y Marigalante formaban un núcleo caracterizado por las continuas manifestaciones bélicas de sus temidos moradores, cuya ferocidad se asemejaba a la de los güaycures, que habitaban el Gran Chaco; a la de los panches, apellidados "fieras indomables" y a la de los cachites, prolongación racial de aquellos valientes muscogulgos y seminolas de la Florida o Bimini, que tanto daño causaron a las huestes de Juan Ponce (de León), el "romántico caballero", como le llama Prescott, durante su esfuerzo por encontrar el fantástico río al que

(*) Para las notas ver el fin de la obra.

atribuían la magia de metamorfosear la pobre contextura humana y devolver el tesoro de la juventud.

Diferentes de los aruacas, los indígenas de las tierras barloventinas eran guerreros infatigables, según hemos demostrado, y tenían por costumbre ir a "cazar hombres" para saciar la crueldad de sus instintos, mientras los primeros alimentaban tendencias pacíficas, aunque sin acercarse a las fronteras de la sumisión en las que algunos han tratado de colocarles.

—*Kalipina guaraiuna abaka makurkia luku uburia* ⁸, decían los pobladores de las costas norte y oriental de la América del sur.

* * *

Después de largos y penosos días de navegación: "secundados" en sus designios por la tranquilidad-cómplice del mar, habían consumado el "saqueo" de los caseríos establecidos en las cercanías de la costa suroeste de Boriquén, no obstante la consanguinidad manifiesta entre los jefes expedicionarios y güaybaná, el férreo caudillo del Güaynía; y después también de haber comunicado sus propósitos al nitaino que gobernaba en la islita Amoná (actual Mona), situada entre Quisqueya y los dominios de Agüeybaná, donde se hicieron de una gran provisión de agua potable, pescado y casabe; y al régulo Arabos (emparentado con el cacique de Higüey), cuyo establecimiento se hallaba próximo a la embocadura del río Macorís ⁴; hecho lo antes referido y dejada a popa de las ligeras almadías (*in extenso*) la banda meridional, hacia mil cuatrocientos setenta y cuatro arribó al Gran Tablazo de Guanabo, jurisdicción del cacicazgo de Jaraguá, aquella expedición, suma considerable de embarcaciones, cuyos atrevidos tripulantes eran vecinos de las islas de Barlovento ya citadas.

No quisieron pisar tierra en Yaguana ni en la islita Guanabo; y remando nuevamente a vista de las

escarpadas costas de Guacayarima, tornaron al mediodía, (en la provincia de Aniguayagua), desembarcando entre Yáquimo y Baoruco: serranías estas que ahogaron seis lustros más tarde el grito postrimero (rebeldía y dolor) de Guarocuya, una de las víctimas patibularias⁵ en aquella tragedia digna de la pluma de Esquilo, para quienes el ocaso de su raza fué algo así como una llamarada que iluminó (¡efímera luz!) sus corazones....

Dirigían a estos aventureros, tres hermanos: bravos y temerarios guerreros⁶, entre los cuales se destacaba como figura principal uno de nombre Manicaotex o Manicabés, cuya entereza, años adelante, había de decidir en favor de la raza que representaba, diversos acontecimientos: ya en los azarosos días de la guerra o en los dulces instantes en que la paz reinaba....

Como eran temidos: hasta el punto de asegurarnos Pedro Mártir⁷ que diez de ellos podían triunfar de un ciento de quisqueyanos o de cualesquiera otras ramas de los aruacas continentales, para los caribes constituyó obra sin dificultades la de conquista que había motivado su arribo a estas playas.

Tras de efectuar su desembarco en el lugar que los naturales llamaban Gioachemo (el puerto del brasil de los españoles), causando una desesperación fatal entre los pacíficos y laboriosos vasallos de Bohechío Anacauchoa, que se "rindió sin gran resistencia merced a las previsoras razones expuéstale con el valor y la serenidad que demandaban las circunstancias por su tierna hermana, la preciosa e inteligente, la ingeniosa y prudente Anacaona⁸, cuya edad imprimía en su cuerpo y en su espíritu el sello del vigor y lozanía de la virgen naturaleza que la rodeaba, las huestes exóticas se establecieron en el montañoso territorio de Yáquimo, cerca del valle Cayguani, donde "hay un lago salado, amargo y horrible", célebre hoy por el nombre que lleva: *Enriquillo*; sitio desde el cual mantenían sus operaciones encaminadas a conseguir el

respeto y la distinción de los indígenas de esa región gobernada por el cacique Guanabo.

En aquellos tiempos, con más de cuatro centurias lejanos, el extenso cacicazgo del centro y del oeste, contrario a lo que fue más tarde, según el Barón Emile Nau: "una diadema frágil y una sombra de soberanía" (cuando al morir el venerable Néstor de los caciques, arrasados de lágrimas los ojos, lo entregó en el año mil cuatrocientos noventa y seis a la discreción de la ex reina de Maguana, ya para entonces inclinada bajo el peso de los más amargos sufrimientos, a seguida de un acuerdo entrambos que hace doblemente indigno el recuerdo de Ptolomeo Dionisio y de Cleopatra); en aquellos tiempos, la región occidental se había convertido en blanco de las ambiciones de sus vecinos seducidos por el "esplendor" a que daba vida la consagración de sus habitantes al trabajo, sin el cual, escribió Aristófanes de Bizancio, toda prosperidad desaparece. "El nombre de Jaraguá brilla en las primeras páginas de la historia de América con el mismo prestigio que en las edades antiguas y en las narraciones mitológicas tuvieron la inocente Arcadia, la dorada Esperia, el bellissimo valle de Tampé, y algunas otras comarcas privilegiadas del globo, dotadas por la naturaleza con todos los encantos que pueden seducir la imaginación, y poblarla de quimeras deslumbradoras".

* * *

La presencia de los caribes, lejos de generar el cuadro de exterminio que los jaragüeños esperaban, contribuyó más bien a evitar en parte las acometidas de que eran objeto los vecinos de occidente; al extremo de que el "señor de gran territorio" considerase beneficiosa para él y los suyos una alianza con Manicaotex y sus hermanos. Y antes que ese pensamiento llegara en vías de cristalización hasta sus sub-jefes, ya en diferentes

ocasiones, hablando con su hermana, había llamado guaitiao (amigo) al capitán de los hijos de la Tureyqueri.

Entre los hermanos del jefe expedicionario había uno cuya edad apenas pasaba de los treinta años; pero esa juventud no constituyó obstáculo insuperable para que se hallase rodeado de una envidiable aureola de admiración y de respeto. Le llamaban Caonabo⁹. Las noticias de sus hazañas guerreras habían llegado a oídos de Anacaona, dando vida en su inocente corazón a la llama de ese sentimiento por el cual oficiamos sin temor en el altar del sacrificio: de ese divino sentimiento que nos convierte en "esclavos" de la persona admirada....

Sin conocerle, Anacaona amaba en silencio al joven caribe; y complacida se daría a la empresa de unir al suyo su destino....

* * *

Una noche....

Una de esas noches en que la casta y hermosa luna, recorrida la mitad de su carrera, parece abarcar la deslumbrante plenitud de su hermesura (dijérase ataviada para visitar a Éndimión); y cuyos rayos se filtran al través de las ramas de los árboles, imprimiendo en las cosas un sello de mágico esplendor, la reina de Jaraguá, tierna y dulce como la cacica del Abacoa, seguida de una de sus favoritas, se puso en camino con dirección a su sitio predilecto de recreo. Algunos pajarillos, al percibir las notas argentinas de su risa, poblaron el ambiente de arpegios que brotaban de sus gargantas privilegiadas en armonioso conjunto....

Y Anacaona, inspirada tal vez por el sublime aliento de Euforión o de Las Gracias, entonó el areito de los *Amantes Dichosos*¹⁰.

* * *

Distante algunos pasos de aquel sitio, las glaucas, murmuradoras aguas del Camín habían formado en un recodo de su ruta una poza que servía de recreo a las mujeres de la corte. Sus aguas refrescaban perfumando aquellos cuerpos de escultura, en cuyas morbideces resplandecientes no había inyectado aun su veneno el áspid de la Lujuria....

Anacaona; y Cucú ¹¹, que así llamaban a su favorita, llegaron a la orilla del remanso, fresco y apacible como los que formaban las aguas del Peneo; y mientras Cucú se entretenía jugando con algunas pedrezuelas y ciguas (caracolillos de las costas) que había amontonado encima de la suave arena, alfombra del líquido elemento entonces en reposo, Anacaona inclinaba su cabeza de azabache, seducida por el multicolor reflejo de la linfa.... Aprisionados en las redes sedosas de su cabellera llevaba algunos cocuyos; y sus luminares, al retratarse en el cristalino espejo de las aguas, ofrecían un cuadro encantador, fantástico....; sobre todo en aquellos instantes durante los cuales la brisa acariciaba la superficie tranquila....

En ese feliz minuto de su vida: en que su espíritu se deleitaba en dulce consorcio, hermanado al maravilloso paisaje que la naturaleza ofrecía a sus grandes ojos negros, la real doncella sintió que recorría su cuerpo un estremecimiento; y lanzó un grito, un profundo grito de terror..... Cucú al infante corrió a su lado, segura de que algo desagradable había ocurrido a su señora; encontrándola tendida en la hierba húmeda, sollozando.... E internándose luego en el bosque, regresó transcurridos algunos minutos, frotando nerviosamente entre sus manos algunas hojas de anamú y de guanábano, cuyo zumo, de notable efecto antiespasmódico, acercó a las narices palpitantes de la desmayada, iniciándose en ésta una tranquilidad consoladora; abriendo al fin los ojos; temerosa....

¿Qué sonido, misterioso, había llegado a oídos de la virgen?

¿Qué fantasma, terrífico, habían visto sus retinas asustadas?

¿Qué soplo, asfixiante o glacial, había herido la epidermis, suave como un género de Damasco, de la inocente paseante nocturna?

¿Qué invisible sacudimiento: en la tierra, en el aire o en el agua, había producido en el espíritu de Anacaona el fenómeno que dió vida a la confusión de que se sintió presa y a aquel grito que repercutió en el corazón adormilado de la selva cercana?

—¡Maboya! ¡Maboya!¹²—exclamó la joven reina después de algunos minutos—.

—¡Yucajú! ¡Yucajú!¹³—articuló, temblando, la favorita—.

Y, huyeron, como perseguidas de un enemigo invisible, con dirección al caserío de Yaguana, donde refirieron en parte, sin detalles, trabajosamente, lo que les había ocurrido en la orilla occidental del Camín.

Inútiles fueron las preguntas que se le hicieron a Anacaona para que dijese lo que había visto. Cualquiera pensara que una fuerza de atracción imponderable hacia lo desconocido, mantenía indecisa a la asustada joven en relación con un suceso acerca del cual hubiera podido tejer una leyenda....

* * *

Las hostilidades había cesado y una entrevista acordada entre los jefes, caribes y quisqueyanos, se celebraría de un momento a otro, interesados en conseguir que las diferencias entonces en pugna tomaran un curso beneficioso para todos. Esta situación, alimentada tanto por Bohechío como por Manicaotex y sus hermanos, se

debía en parte a las diligencias practicadas, secreta o públicamente por Anacaona, cuya tendencia a combatir la guerra constituía su mayor preocupación: preocupación que era a modo de martilleo interminable en su cerebro....

Cerca de la villa de Yaguana, en las inmediaciones del lago Asüey (hoy del Fondo), escogieron un viso (maestra obra de arte decorada por el pincel de la naturaleza) para iniciar los arreglos precursores de paz: y hacia allí se encaminó, una mañana espléndida, de enero, seguido de algunos jefes inferiores, de sus mujeres favoritas (luciendo "naguas fasta los tobillos") y de algunas doncellas, todas desnudas, el régulo del cacicazgo de occidente. A la hora convenida y en el lugar indicado estaban Manicaotex, Caonabo; Mayrení, Uxmatex y otros caciques subalternos; y a pocos pasos distantes, como tigres en acecho, dos compañías formadas por hombres dispuestos a convertir aquel escenario de la cordialidad en un campo de Agramante, a la menor señal que ejecutaran sus pintorreados jefes.

El hecho de que hablasen lenguas en parte distintas¹⁴, no fué óbice para que se entendieran, pues los guerreros que desde el combate inicial habían caído en poder del enemigo, familiarizados con la conversación de aquellos bajo cuyo poder estaban, pudieron explicar, no sin dificultad, las aspiraciones respectivas.

Anacaona, por su parte, había experimentado una emoción inexplicable, al ver en todos sus feroces lineamientos, el rostro de Caonabo. Y refirió a su hermano: que una silueta de idénticas proporciones era la que ella había visto reflejarse, como un meteoro, aquella noche inolvidable, en el agua de la laguna.... Pero a pesar de la fealdad bestial del cacique guadalupeño, la delicada reina se había prendado de él, seducida por su arrojo y valor inigualables. (¡Con cuánta rapidez cambiaríamos de parecer, si nos fuera dado ahondar en el misterio que hay más allá del horizonte de la vida!).

Y mientras se celebraba aquel congreso de "salvajes", Anacaona no cesaba de contemplar el raro conjunto de su futuro dueño....

¿Cuál misterio más profundo que el misterio del amor?

¡Ni el misterio mismo de la muerte!

¡Oh Eros!....

* * *

En uno de los consejos que más tarde se celebraron, Bohechío se refirió a la necesidad de concertar una alianza con sus vecinos los caribes, seguro de las ventajas que de ella derivarían.

A la pregunta formulada por sus sub-jefes o lugartenientes respecto de si era susceptible de saberse a cambio de qué se conseguiría la proyectada alianza, todos los presentes guardaron silencio ante la hierática disposición adoptada por los dos personajes que ocupaban sitio de preferencia: Bohechío y Anacaona.

Manitú, el más viejo de los bojiques de Quisqueya, inclinó al suelo la cabeza, como si pidiera alguna merced a su dios protector. En ese momento, la esbelta figura de Anacaona, cuya desnudez de estatua era indiferente a los hombres que a su lado estaban, se irguió resuelta:

—Poco, muy poco exige el valiente caribe —dijo—. Una parte de nuestro inmenso territorio y el immaculado corazón de la mujer que os habla....

—Sí —corroboró ceremoniosamente Bohechío—. ¡El corazón de la hermosa, discreta e inteligente Anacaona! A pesar de que es grande pérdida para mí, cederé. Cederé, porque aun cuando carezca de la fuerza irresistible del sentimiento que nos convierte en parte integrante del ser que a nosotros se une para siempre, este enlace nos proporcionará la tranquilidad y el reposo que necesitamos. Ella, y yo espero que así suceda, al unirse

debajo de un mismo techo con el guerrero que no ha mucho trajeron a nuestras playas las canoas de la Tureyqueri, logrará conseguir el fortalecimiento de nuestro reino amenazado....

—Todo lo contrario, querido hermano —interrumpió Anacaona—. Esa fuerza indefinible a que te refieres, cuyo centro debiera estar en lo íntimo de nuestro ser, esa fuerza, digo, es la que me lleva a proceder de la manera que lo hago. De otro modo, traicionando mis naturales inclinaciones, no conseguiría más que labrar mi propia desgracia y la de los que me rodean confiados en que habré de proporcionarles el bien que de mí esperan. ¡Merecería el castigo de los dioses tutelares si de otra suerte procediese! Un sano y profundo convencimiento, alimentado por la admiración y el respeto que me inspira el fuerte guerrero de esa tierra que sus hijos, orgullosos, llaman “la más elevada de los valientes”, me lleva como de la mano, con la decisión que precede a las grandes cosas, en pos de la salvación de nuestra raza. ¡Seré su compañera; oficiaré a su lado en el altar del amor, de un amor que no conocerá fronteras, segura de que es la única manera de conseguir la felicidad a que aspiramos! Constantes arras nacidas de mi sinceridad, mantendrán viva en su espíritu esa imitable disposición del mío.

—¡Que el Gran Señor del turey lo apruebe!
—exclamaron todos los presentes, como si en aquella ceremonia hubiesen visto la iniciación de algo funesto en la vida de la joven reina—.

* * *

Nuestro aborígen estimaba un suceso tan común la unión del hombre y la mujer (sin rendir culto a lo amoral), que en el acto del matrimonio no se celebraba ceremonia ninguna entre ellos, según Las Casas¹⁵; a ningún festival se entregaban con tal motivo¹⁶.

De suerte que el enlace nupcial entre la reina de Jaraguá y el cacique de la Tureyqueri, se hizo sin movimientos aparatosos, sencillamente. Bohechío, después de haber estimado su resolución como una necesidad para el mantenimiento de la unión de sus dominios, entregaba Anacaona como mujer de Caonabo, a quien se donaron algunas leguas de territorio colindante con el cacicazgo de que era régulo el hermano de su primera favorita descendiente de quisqueyanos. Pero el victorioso caribe no limitó sus ambiciones de expansión a esas tierras, sino por el contrario, se inició en una lucha sin tregua contra los vecinos de Marién y Maguá, logrando nuevas posesiones ¹⁷.

Como Tupac-Inca-Yupanqui ("señor rico en todas las virtudes"), en el corazón de los incas, Caonabo ("señor del oro"), guerrero infatigable, extendió en Quisqueya las fronteras de su cacicazgo, logrando rodearse del estado de predominio en que le hallaron los españoles en las postrimerías del año mil cuatrocientos noventa y dos.

CAPITULO SEGUNDO

DESTRUCCION DEL FUERTE NATIVIDAD

HECHO realidad el Descubrimiento del Nuevo Mundo el doce de octubre de mil cuatrocientos noventa y dos, la nao Santa María y las carabelas Pinta y Niña habían llegado sin inconveniente al término del viaje. “Cuando amaneció (el jueves seis de diciembre, según consta en el *Diario de bitácora*), se halló (Colón) a cuatro leguas del puerto; púsole nombre Puerto María (San Nicolás), y vido un cabo hermoso al sur, cuarta del sudueste, al cual puso nombre Cabo del Estrella (San Nicolás), y parecióle que era postrera tierra de aquella isla hacia el sur, y estaría el Almirante veintiocho millas. Parecióle otra tierra ¹⁸ como isla grande al leste, y estaría dél cuarenta millas. Quedábale otro cabo muy hermoso y bien hecho, a quien puso nombre Cabo del Elefante ¹⁹, al este, cuarta del sueste, y distábale ya cincuenticuatro millas. Quedábale otro al lesueste, al que puso nombre Cinquín; estaría dél veintiocho millas. Quedábale una gran escisura o abertura o abra a la mar, que le pareció río ²⁰, al sueste y tomaba de la cuarta del leste; había dél a la abra veinte millas. Parecióle que entre el Cabo del Elefante y el de Cinquín había una magnífica entrada ²¹, y algunos de los marineros decían que era apartamiento de la isla; aquella puso por nombre isla Tortuga. Aquella isla grande parecía altísima tierra, no cerrada con montes

sino rasa como hermosas campiñas, y parecía toda labrada o gran parte délla, y parecían las sementeras como trigo en el mes de mayo en la campiña de Córdoba. Viéronse muchos fuegos aquella noche y de día muchos humos, como atalayas, que parecían estar sobre aviso de alguna gente con quien tuviesen guerra”.

Y después de haber fondeado en una linda bahía, en las inmediaciones del promontorio que avanza al Estrecho de Maisí o Paso de los Vientos, bautizada con el nombre de San Nicolás, por ser día de este santo, Colón siguió adelante, desembarcando el ocho en la de Mosquito, a la cual por el mismo respeto a que obedeció la denominación precedente, llamó de La Concepción. Allí procedió el doce al ceremonial de la toma de posesión de la Isla, bautizándola con el nombre de *La Española*²² o pequeña España, según Moreau de Saint-Mery, por la semejanza de los bosques que tenía a la vista con los de algunas privilegiadas provincias del Reino que la adquiría, y plantando una Gran Cruz en lugar vistoso cabe la banda occidental del puerto, “en señal de que vuestras altezas” —dice— “tienen la tierra por suya, y principalmente por señal de Jesucristo Nuestro Señor, y honra de la cristiandad”²³. El viernes catorce reanudó la navegación, explorando la costa norte de la isla Cainí, denominada de la Tortuga; pero contrariado por los vientos, tuvo que volver a su punto de partida, saliendo de nuevo el quince para fondear cerca de la boca de un río que bautizó con el nombre de Guadalquivir, mereciendo la hermosa vega por entre la que serpenteaba, la denominación de Valle del Paraíso, a causa de su placidez y de la inocencia y mansedumbre que al huir demostraban sus habitantes.

El domingo dieciseis se hizo de nuevo a la vela y fondeó muy temprano en una tranquila playa junto a la cual se levantaba un aldeorrio: habiendo tenido la suerte de recoger cerca de ella a un indio que en frágil piragua

era juguete del alborotado mar, al que hizo vestir y agasajó, enviándolo a tierra al cuidado de tres hombres. Agradecido, persuadió a sus paisanos a que se acercaran e iniciasen tratos con los recién venidos, concurrendo a bordo de la nao el cacique de la comarca, joven de unos veintiún años, quien visitó a Colón rindiéndole homenaje, por lo que llamó de Paz el puerto donde se hallaban ²⁴.

La descripción de esta visita a la Santa María, demuestra la agradable impresión que ella dejó en el espíritu del Almirante: —“En el momento que el cacique pisaba el barco —escribe—, estaba yo comiendo en popa. Vino apresuradamente hacia mí, sentóse a mi lado, y no permitió que me molestase en lo más mínimo antes que hubiese terminado de comer. Pensando que le agradaría probar nuestros manjares, mandé le sirvieran, pero sólo gustó de la carne y los otros manjares lo estrictamente indispensable para no faltar a la etiqueta, enviando el resto a su servidumbre, que lo devoró con gran contento. Hizo lo mismo con las bebidas; apenas humedecía sus labios con ellas cuando ya se las enviaba a su séquito. Todo lo hacía con exquisita dignidad. Hablaba muy poco, pero en lo que decía demostraba acertado juicio y meditación. A sus pies se habían sentado dos hombres de edad, de los cuales uno parecía ser su consejero y el otro una especie de preceptor. Ambos escuchaban atentamente cada palabra que decía, y cuando hablaban lo hacían con respeto. Terminada la comida, uno de los hombres de su servidumbre entregó al cacique un magnífico cinturón, el cual me regaló éste acompañado de dos pedacitos de latón. Como observé que le había gustado mi juego de cama, se lo regalé, así como también algunas bolitas de ámbar, una botellita de agua de azahar y un par de zapatos de color, viendo claramente lo mucho que le habían halagado estos presentes. Repetidas veces demostró su sentimiento por no podernos entender bien uno al otro. Al anochecer ordené llevarle a su barco tributándole grandes honores, y mandé disparar algunos

tiros de arcabuz. Una vez en tierra, acomodóse en su litera; a su hijo, por el contrario, lo llevaba auestas un indio de los más principales, y detrás de ellos seguía el acompañamiento, que se componía de no menos de doscientas personas”²⁵.

En aquel lugar permaneció el Almirante dos días, dejándolo hacia la segunda vigilia²⁶ del diecinueve, para arribar el veinte al sitio por él denominado Puerto de la Mar de Santo Tomás, paraje en donde tuvo la satisfacción de iniciar las negociaciones amistosas a que lo convidaba por medio de su hermano Osichabar y otros emisarios, Guacanagarí²⁷, el Aymamón quisqueyano, reyezuelo soberano de la región: el primero en practicar en el Nuevo Mundo esa ciencia o conocimiento de los intereses y relaciones de unas potencias con otras, la diplomacia.

Por contrariedad de los vientos no pudo Colón salir de allí hasta el veinticuatro para dirigirse al puerto del Guarique, donde se hallaba la “mansión” del pacífico reyezuelo; y no obstante lo apacible que se mostraba el tiempo, tuvo la desgracia de que por descuido de sus subalternos durante la noche, la Santa María, impelida por la traidora corriente fué a encallarse en un banco de arena formado enfrente de la punta occidental donde comenzaba la bahía, acabando de inmovilizarse en pocas horas²⁸; acudiendo a socorrerla por la mañana los vecinos de la costa con sus ligeras canoas y piraguas tan pronto como fueron avisados del desastre por Diego de Arana, Pedro Gutiérrez y el escribano Rodrigo de Escobar, enviados a tierra con esa misión.

Gracias a tan eficaz ayuda pudo el Almirante salvar del naufragio el maderámen, así como todos los efectos que se hallaban a bordo; y habiendo obtenido (a veintiseis de diciembre) el consentimiento del cacique, al que aseguró la protección de los reyes contra sus enemigos, hizo construir en nueve días, a legua y media de la villa residencia de Guacanagarí, en la margen

izquierda del río Guaraguey, en el Guarique, un bastión al que dió el nombre de Natividad²⁹, para rememorar el día en que había estado en tan inminente peligro; y de triste recordación más tarde, por la suerte que le cupo....

Fué allí en donde se escribió con caracteres de tragedia, la primera página sangrienta de la historia americana....

Antes de ausentarse con destino a España³⁰, tras horas angustiosas que pusieron a prueba una vez más su serenidad, su valor y su entereza, el Almirante dispuso que algunos de los noventa y cuatro hombres que se hallaban en tierra³¹ se quedasen al frente de la recién construída obra de fortificación, como un avance de la civilización europea en el seno del inmenso territorio que habían comenzado a explorar.

Y aquellos revoltosos quedaban alegres y confiados, sin pensar, ni remotamente, que pudiera ser un hecho la impiadosa muerte que les esperaba....

* * *

Aun no se había efectuado el anclaje de la primera embarcación que arribó, al oeste de la actual Puerto Plata³², cuando un suceso inesperado detuvo por algunas horas la marcha normal de las cosas.

Cerca de la playa y a poca distancia del sitio que exploraban, se veían algunos ciguayos pescando; seis hijos de la selva, a cuyos oídos había llegado ya, bastante abultada, la noticia del atropello cometido por el capitán (Martín Alonso Pinzón) y la marinería de la Pinta contra dos muchachas y cuatro hombres³³ a quienes encerraron en oscuro rincón de la nave, en el lugar que Colón bautizó con el nombre de Puerto de Gracias o de Martín Alonso³⁴, donde éste permaneció rescatando oro por espacio de dieciseis días.

Entre ellos (entre los pescadores) había una mujer, diestra en el manejo de la flecha, según lo demostró

momentos después, cuyo nerviosismo hizo posible en el ánimo de sus compañeros la resolución quizás hasta entonces reprimida, de iniciar el primer "ataque" contra los "hombres blancos de la raza nueva", que dijera Zorrilla de San Martín, cuyos afanes tenían por finalidad única la posesión de un territorio que a los primeros tocaba desde época perdida en la noche de los tiempos....

Onaney llamaban a esta mujer. Anacaona decía que era "la virgen más bella del norte"; sabiéndola su rival en el corazón de Caonabo.

* * *

Y el "ataque", fué....

Los tripulantes de la Pinta ("aparición submarina" para los indios, según afirma con mucha propiedad el Almirante), que se había adelantado la primera favorecida por la circunstancia de ser "la más velera", sintieron seis golpes casi simultáneos en la cubierta humedecida por el agua que constantemente la bañaba. Seis flechas se habían clavado, como otros tantos pedazos de acero....

A esta inesperada "agresión" correspondieron los "hijos del cielo" con la descarga (ruído, humo y arenas) de un pedrero que hizo blanco en la indefensa piragua, hundiéndola; pero sin apreciar la gravedad de que podía ser génesis aquella disposición precipitada en extremo.... Pues ¿qué daño podían causarles las "armas" (el obispo de Chiapa diría "armillas") de los naturales, disparadas a distancia? De ahí nació la "encarnizada oposición" que pocos días después (el domingo trece de enero) presentaron los ciguayos o indios de cabellos largos a los expedicionarios en la Bahía Rincón³⁵, junto a cuyas fértiles riberas se levantaba el caserío residencia de la cacica Iguaniona y el gigantesco Tululao, hermano de Mayobanex, soberano del noreste.

Horrorizados, confundidos, desconcertados ante la magnitud del peligro, los seis náufragos se iniciaron en una lucha desesperada con el líquido elemento, hasta que, transcurridos algunos instantes que debieron de parecerles interminables, no empuce su brevedad, dos de ellos lograron ganar la orilla que se ofrecía a sus cansados brazos como el único puerto para su salvación. Y mientras llegaban a la tierra acogedora, después de haber desafiado temerariamente a la muerte, aquel pedazo de mar iba tiñéndose de rojo, de un rojo sangre.... Quizá por vez primera en la historia de los hijos de Quisqueya, su carne había servido de alimento al cajaya ³⁶, insaciable morador del monstruo voluble....

Salieron a la mar en busca del sustento para su existencia (pues los naturales del norte practicaban el “deporte de la pesca” como una necesidad de vida), y hallaron la opositora única a nuestras aspiraciones de bienestar y de grandeza....

* * *

Mientras en la costa se desarrollaban tales sucesos, el corazón de la selva misteriosa se estremecía por obra de un fatídico y prolongado ruido de tambor: rústico instrumento que servía al aborígen para anunciar la celebración de sus fiestas, así como para preparar el ánimo colectivo en los prolegómenos de la ejecución de algún ser humano (el “miembro gangrenado” de que nos habla Montesquieu), por el único delito que se castigaba con la última pena: el robo....

El alma, salvaje pero incontaminada de los naturales, se entregaba a una de sus diversiones favoritas, cuando fué recibida la noticia de que en el norte se desarrollaba un acaecimiento no visto, pero sí presentido por ellos: el arribo de las embarcaciones conduciendo los nuevos argonautas a playas quisqueyanas, donde la mar, siempre

rumorosa, con el vaivén agitado de sus olas, había iniciado una canción que aún nos arrulla después de cuatrocientos años....

Así andaban las cosas ya el cuatro de enero.

E inmediatamente después que las dos carabelas³⁷, cuyas arboladuras, a causa del viento largo que comenzó a soplar, apenas si podían sostener el velamen desplegado, iniciaron su navegación hacia el oriente, los hombres que habían quedado en tierra se dedicaban a explorar en las cercanías de la improvisada construcción que les servía de recinto militar. Pero fué ésta una exploración de funestos resultados, motivados por los abusos que cometieron con los indígenas, sin tomar en cuenta su sexo ni su edad³⁸.

La posesión de cada una de aquellas vírgenes que exhibían la magestad de su persona en la completa desnudez de sus carnes frescas, era motivo de un desmán, de un atropello, de un escándalo.... ¡A tales excesos habían llegado los conquistadores en sus apenas iniciadas relaciones con los naturales!

Esto ocurría cerca de la costa, repetimos; y tierra adentro se fraguaban los planes que habían de culminar en una horrible matanza.

A sesenta leguas del sitio que sirvió de escenario a los sucesos iniciales de la conquista, recibió informes detallados de lo sucedido el cacique de Maguana.

¡Y pensó en Onaney, la mujer que había aprisionado en sus redes tejidas con un salvajismo embrujador, su rebelde corazón caribe!

* * *

El asiento del gobierno de Caonabo se hallaba en Niti, población irregular de hasta quinientas casas, cercada de bosques que podían servir de muralla y defensa³⁹. En una altura también rodeada de árboles,

destacaba su rara silueta la residencia del jefe caribe, dividida en diez compartimientos y labrada de nudosos troncos; en las extremidades de muchos de éstos y en el dintel de la puerta principal se venían a modo de trofeos, cráneos y otras osamentas. La pieza de entrada o vestíbulo estaba en gran parte enchapada de oro, así como los largos escaños que ocupaban los lienzos laterales. En el fondo, a los lados de la puerta de comunicación interior, había dos nichos conteniendo igual número de ídolos disformes (a semejanza de los alrunes o dioses lares de los antiguos romanos), hechos de ébano, con los ojos, las orejas y las lenguas de oro. Uno de estos ídolos era el cemí familiar del soberano: el otro era el dios tutelar de la tribu. Detrás de ambos había unos camarines donde estaba prohibido entrar, bajo pena de terribles suplicios, a toda persona, excepto el cacique, sus hermanos y sus bojiques. Más adentro se encontraban a un lado, las habitaciones reservadas a las mujeres, y al otro las que ocupaban Caonabo y sus lugartenientes.

La estancia del temido caudillo era de forma oval y acababa en una especie de cúpula, construída con maderos y hojas de guano; formaban el adorno de sus muros, hachas de piedra dura cuyo color negruzco, semejante al hierro, estaba en muchas de ellas manchado de sangre; varios juegos de arcos y carcajes con flechas cuyas puntas eran de huesos y dientes de pescados; lanzas formidables por su altura y firmeza; clavos y espadas de madera de palma, sin filo y de cuatro a seis dedos de grueso. Alternaban con estas armas, como trofeos guerreros, varios cráneos de caciques vencidos, que conservaban ceñidas sus diademas de oro....

En medio de este bárbaro aparato, y más repugnante a la vista que los objetos que le rodeaban, se hallaba sentado el régulo principal. Su corpulencia extraordinaria, a pesar de sus cincuenta años de edad, lo prominente de sus músculos endurecidos por el sol y la fatiga, la fealdad

nativa de su rostro, centuplicada por las pinturas marcadas en él, como en otras partes de su cuerpo, y más aún por la expresión de sus instintos sanguinarios, que lo hacían considerar como a un ser nacido para inspirar terror....⁴⁰.

* * *

Debajo del techo de un caney⁴¹ reunió el “señor del oro” toda su gente: y después de explicarle el motivo de esa esperada actitud suya (convencido, quizás, de que “la pérdida de la libertad” —como afirma hoy Ramón Pérez de Ayala—, “sólo es llevadera cuando se ha perdido por ganarla”), exigió de todos los presentes un solemne juramento de venganza contra los extranjeros a quienes calificaba de intrusos, porque habían invadido su territorio; violando de esa manera el *Derecho de Gentes*, que, o “existía” entonces, o no ha existido nunca....

Como el sicambro Chalderico, Caonabo no quería más que combates y sangre....

Y al igual que Arminio, el férreo caudillo de la Germania primitiva e inexorable “raptor” de Thusnelda, luchaba por la libertad de su tierra.... con la amarga desesperación de un convencido....

En aquella asamblea memorable (a semejanza de las que tenían lugar en Grecia, cuyos estados se sabían independientes entre sí, pero uno solo, una patria común, frente a cualesquiera extrañas amenazas); en aquella asamblea memorable estaban representados todos los pobladores de Quisqueya, excepto los de Marién: por Caonabo, jefe de Maguana; Bohechío, rey de Jaraguá, cacicazgo éste que en la época del Descubrimiento ocupaba (con Bainoa, Guajaba y Jatiés, pertenecientes a Marién), el territorio de la actual república haitiana (una tercera parte del tamaño de la Isla), según los mapas diseñados por el geógrafo galo D’Anville (publicado por Charlevoix) y el cartógrafo dominicano Casimiro Nemesio

de Moya; Guarionex, jefe superior de la "grande y admirable", de la "grande y bienaventurada" llanura de la Vega Real; Uxmatex, el nitaíno bizco o bisojo, capitán general de Caonabo y conductor de "diez y seis mil hombres de pelea": tan valiente, afirma Oviedo, "que le temían todos los otros caciques de la Isla"; Baní, el astuto; el valeroso Guarién; Guatiguaná, el inquieto y arrojado tributario de Maguá, cuyo cuerpo de gladiador romano sepultaron en mil cuatrocientos noventa y cinco las turbias aguas del Bao o Cibao, afluente del Yaque del norte; Manicaotex, tan esforzado como de buen corazón; Cotubanamá, soberano de Higüey: "señor de tan señalada disposición", escribe Las Casas, "que todos los españoles de velle se admiraban"; Guarocuya, hijo de Bohechic; y Mairení, lugarteniente del soberano de Cibao, "la región de las montañas de piedra" ⁴².

Presentes se hallaban además las veinte mujeres que formaban el "harén" de Maguana, distinguiéndose por sus plumajes y collares, así como por las pinturas que adornaban las redondeces de sus cuerpos de escultura, y entre las cuales se destacaba la favorita del jefe caribe: Anacaona, que lucía por todo adorno "su manto azul y blanco, ceñido a través del pecho, y una hermosa corona de flores rojas naturales".

(Crónicas antiguas nos hablan de algunas tribus—los salios, los sicambros, los brúcteros y los cattos—, integrantes del primitivo *franco* (que significa *libre*, según el abate Dubos y Chateaubriand; *poderoso*, en opinión de Montesquieu), "verdadero origen de los franceses", cuyo poder, dividido entre diferentes reyes, se concentraba en la mano de uno solo, Faramundo, jefe de los primeros, cuando un peligro inminente amenazaba su libertad). Tal era, trasladado a Quisqueya, el cuadro que aceptamos en aquella época.

Cerca del sitio en donde se hallaban Caonabo y sus hermanos: armados con mazas, flechas y lanzas de madera

dura templada al fuego, como los demás guerreros, había sido colocado el extraño cemí que guiaba los pasos de aquellos hombres incansables, ante el cual se detuvo en disposición ceremoniosa el más anciano de los bojiques de la tribu, y levantando un tamboril de madera ahuecada que a sus pies estaba, dió en él tres golpes que retumbaron en toda la extensión del batey.

Después que este hubo terminado, avanzó el jefe supremo seguido de sus subalternos inmediatos, quienes en marcial actitud colocados, cantaron el areyto bélico *Exterminio salvador*⁴³, seguido de una muchedumbre de gritos que infundían espanto....

* * *

Silenciosa y extraña ceremonia siguió a los cantos y gritos de aquellos guerreros ávidos de ver sangre enemiga en repugnante mezcla con el detrito de la tierra.... Sólo una, entre todos los congregados, estimaba aquel acto como un paso gigantesco hacia el exterminio que se empeñaba en evitar: Anacaona. Sólo ella pensaba: "no debemos lavar con sangre las manchas a nuestro honor impresas por los que mal nos quieren; no es honor matar, ni lava el honor la tragedia consumada...." ("El crimen es el mayor de los males", dice un personaje de Schiller en *La Novia de Mesina*, acto IV, escena última). Se oponía con toda la fuerza de su espíritu a que se abrieran abismos entre ellos y sus enemigos. Su ambición (¡oh Hatasú!), su suprema ambición era "tender" un puente de amor para que por él pasasen, aunque dejaran impresas las huellas de sus férreos tacones, los conquistadores; interesada en evitar a los suyos las calamidades profetizadas por el oráculo de Delfos al ser consultado en cierta ocasión por los atenienses. ¡Quizás se hubiera conseguido armonizar en parte las orientaciones en pugna! Para ello era necesario, era indispensable que se escudaran todos detrás de la dulzura del amor. De un amor *sui géneris*.

fatalmente impelido por las circunstancias a alejarse cada vez más de aquellos que necesitaban de él....; de ese amor que en los encantos de la paz elogió Camulógenes.

Anacaona consideró la guerra como una "monstruosa estupidez", siglos antes que Jiddu Alcyon Krishnamurti llegara a esa "conclusión definitiva".

Los latinos dejaron sentado en sus códigos: *jus. est are boni et aequi* ("el derecho es el arte de lo bueno y de lo justo"). Pero ¿qué puede el arte de lo bueno y de lo justo, frente al "derecho" que en todo tiempo se ha arrogado la fuerza, destruyendo inexorable el sueño de color de rosa de los teóricos?

¡Y Anacaona, para tortura de su corazón, no ignoraba la intervención, siempre desmoralizadora o fatal, ejercida por el "derecho de la fuerza" sobre los que intentaron defender la "Fuerza del Derecho"!

* * *

A tan marcado período de violencia llegó aquella "fiesta", que resultaron algunos muertos y heridos. Y fué en la culminación de ese instante cuando el soberano de Maguana anunció que hablaría Baybrama, el cemí del pueblo de Buyaibá⁴⁴, célebre por su influencia protectora. Un silencio de sepulcro reinó entonces....

—“¡La ira del cielo, justamente indignado por vuestra molicie —dijo el cemí—, ha traído sobre este país la plaga de los hombres blancos! La esclavitud y la muerte aguardan a los cobardes; sólo el valor intrépido salvará de su ruina nuestra patria. ¡Guerra de exterminio, guerra sin tregua y sin perdón a los hombres del oriente!.... ¡Guerra, según lo manda Caonabo, el salvador de Quisqueya!....”

Anacaona, para quien la presencia de su regio hermano constituía arma poderosa en su empeño contra la destrucción total que les amenazaba a manera de

torbellino; Anacaona avanzó resuelta, magestuosa, saturando el ambiente con el delicado perfume que dejaba su cuerpo, seguida de su hija Iguamota, "más bella que la luz que despunta por el oriente", como Cimodocea, la noble y pura descendiente de Melesígenes (príncipe de los poetas helénicos), el Homero⁴⁵ de las leyendas griegas.

¿Qué iba a hacer la favorita del jefe caribe? ¡Silencio! Puso las torneadas rodillas en tierra; su cabeza, inclinada en disposición sumisa, quedó por algunos minutos oculta entre las redes de su espléndida cabellera de ébano.... Sus ojos estaban arrasados de lágrimas y una convulsión febril invadía su cuerpo. Luego:

—¡Yucajú, poderoso morador del turey: Ser que sujetas a tus fuerzas ocultas, misteriosas, las ambiciones humanas, míranos.... háblanos.... exígenos, si lo estimas procedente! Pero ¡no permitas que sobre el fértil suelo de Quisqueya corra sangre de hermanos inocentes! ¡Háblanos, omnipotente Rey de los mortales: de las atrocidades de la guerra, de su funesto alcance en la vida de los pueblos!..... ¡Convéncenos de que podemos "someternos" sin que tengamos que contemplar inútil derramamiento de sangre!.....

Anacaona miró lívida, sudorosa, a su rededor, como si quisiese adivinar en los semblantes de sus vasallos algún reproche contenido; y a una señal acordada entre ella y sus compañeras (inspiración de Jano), veinte gargantas entonaron el más sublime de los areitos: el areito de la *Paz y el Amor*⁴⁶.

* * *

Para aquellos hombres (en cuyos rostros podía verse estampado con caracteres diabólicos todo el furor de Némesis), el discurso de amor y concordia de la genial pacifista: de la primera mujer que en el

Mundo colombino abominó de ese culto rendido por los "hombres" a Bellona, Marte y Atenea Promacos, divinidades protectoras de la guerra, constituyó un ultraje epilogado por un tumulto escalofriante.... El jefe caribe, nuevo Agamenón, en cuya arrogante figura se había concentrado la atención de todos: con la misma voz "terrible e iracunda" de que éste se valía para hablar al adivino Cálcas, así dijo:

—¡El poderoso cemí de Buyaibá lo ha dicho! ¡Guerra! ¡Guerra, en la que morirán los enemigos de Quisqueya y los traidores al honor que debemos defender a sangre y fuego!.... ¡Guerra! ¡Guerra!.... ¡El poderoso cemí de Buyaibá lo ha dicho...."

Y cuando hubo dispuesto que él (Caonabo) y Mayrení encabezarían el ataque sobre el fuerte y caserío de la Natividad, haciendo resaltar la necesidad de que se frotasen sus cuerpos con el zumo negruzco de la jagua⁴⁷, recomendó que "a cualquiera hora del día o de la noche que se presentara un mensajero llevando en la mano una rama de palma medio quemada, los caudillos todos concentrarían sus fuerzas hacia Maguana, retirando al mismo tiempo los ancianos, las mujeres, los niños y los enfermos a los bosques o a las montañas inaccesibles". Además, debían instalarse espías en los sitios más convenientes, a fin de que vigilaran los movimientos del invasor, en tanto se efectuaba el proyectado golpe.

La protesta se hallaba en pie. Y pronto, tan pronto como se les presentara la ocasión que esperaban, sus mortíferas flechas se clavarían en los hercúleos pechos de los conquistadores y las macanas destruirían sus cráneos.... Caonabo lo había decretado así. Y el cemí protector había dicho que era necesario seguir las orientaciones del soberano de Maguana....

Bellona, Marte y Atenea Promacos avanzaban, soberbias e irascibles, en sus carros de fuego....

No transcurrieron muchas semanas, pues, antes que el valor y el arrojo del más soberbio hijo de la Tureyqueri castigaran inmisericordemente a los revoltosos y confiados castellanos. La chispa guerrera prendía en todos los corazones, y las guasábaras⁴⁸ manifestaban su ansiedad por iniciarse en la tremenda lucha. Un afán, un anhelo incontenible de ver sangre de intrusos confundida a manera de argamasa bermeja con la virgen tierra, motivaba todas las actividades en que se empeñaban los inexorables moradores de la selva....

El patriotismo, para ser puro y consciente, no necesita de cultura ni de civilización, ha dicho una escritora sudamericana⁴⁹; el sentimiento tiene imperativos en el alma humana, y el indio es también humano, aunque el "civilizado" lo olvide. El amor y el patriotismo cantan sobre la humanidad, sin distinción de razas ni de clases, su eterna ansiedad....

Así lo demostraba la actitud de los "salvajes" quisqueyanos en aquella primera etapa de una lucha que sería en extremo sangrienta....; como todas las luchas cuyo móvil lo constituye la defensa de una libertad amenazada..... El ardor bélico contribuyó a que los acontecimientos se precipitaran, perjudicando (¡terrible paradoja!) a los que defendían su natural derecho: el *Derecho Natural*.

Pero a pesar de las disquisiciones precedentes, excepción hubo en la manera de pensar y de actuar de la generalidad. Como Güaybaná, Mabodamaca, Guarionex y Bayoán en Boriquén; como Hatüey y Caguac (ambos de origen quisqueyano), Yaguacayec y Guama, en Cuba, el régulo del cacicazgo que se extendía en las soleadas regiones donde se asienta hoy San Juan de la Maguana, desconfiaba de los hombres blancos. En cambio, como Agüeybaná, el Gran Sol de la tierra del Yukiýú, había quienes confiaran en la sinceridad de los "hijos del mar".

¿Era éste un obstáculo insuperable?

No hay dique lo suficientemente sólido hasta el punto de detener en su avance precipitado un líquido caudal, cuando su desbordamiento es el producto de una Ley emanada de lo Desconocido, que se cumple....

* * *

Una noche: álgida noche oscura y misteriosa; en que los bélicos arrebatos de los indios enfurecidos atronaban el espacio: en que las luces parpadeantes de miles de antorchas de guaconax —guaconejo—, coaba —cuaba—, tabanuku, umirí⁵⁰ y las de otros tantos cocuyos imprimían al batey en donde se hallaban reunidos el sello indefinible de las tragedias antiguas, una fuerte columna dirigida por Caonabo y Mayrení (que llevaban amarrados con fibras de majagua a la cabeza: éste, el cemí Taragubaol y aquél, el ya mencionado de Buyaibá), se encaminó lenta y silenciosamente con dirección al sitio que servía de asiento a la guarnición hispana, en cuyos alrededores y antes del "combate", dispuso Caonabo el reparto entre sus lugartenientes de sendos pedazos de vistosos tejidos de algodón que llevaban a manera de oriflamas. Esto acaecía más de un cuarto siglo antes que se iniciara (en mil quinientos diez y nueve) la lucha organizada y dirigida contra los españoles por Enriquillo en las abruptas montañas de Baoruco.

Las sombras proyectadas por los frondosos árboles que se levantaban a uno y otro lado del camino medio húmedo por el rocío, imprimían en los decididos guerreros cambiantes fantasmagóricos....

Al acercarse al sitio en donde han de dar vida a la horrible matanza, ya Caonabo, "bizarro campeón de otras contiendas", va el primero.

"Terrible, duro, con el ceño torvo,
fiera cual nunca la actitud y huraña,

lleva la noche, la infinita noche,
sin un rayo de luz en las entrañas”;

y a su espalda, el encrespado oleaje humano que le sigue, alentado por una confianza ciega en el triunfo del derecho que, aun a costa de ríos de sangre, se proponen defender....

Contrario a su natural inclinación tendiente a lanzar gritos extraños, formidables, en los momentos que precedían a los combates, la muchedumbre indiana llegó a los alrededores del solitario bastión levantado en la sierra costera del Guarique, en medio de un silencio de cementerio, alimentando una pasmosa desinquietud. Cualesquiera movimientos producidos por los arcos o las flechas, no importaba su imperceptibilidad, eran ahogados por el compañero más cercano de aquel que permitía que el ruido se produjese. Estimaban necesaria la consumación del terrible golpe, sin que el enemigo cayera en la más mínima cuenta respecto de la gran tragedia que a sus espaldas crecía, se agigantaba con proporciones indefinibles....

Procediendo de esa suerte creían ellos conseguir que la acción bélica en sus detalles iniciales quedase rodeada de un profundo misterio. Pero no sucedió así. Cuando las teas comenzaron a producir la conflagración que en pocos minutos convirtió en hoguera gigantesca el caserío de la Natividad (dijérase un homenaje a Cabires), los bravos y ya para entonces inquietos, desasosegados combatientes de la selva no pudieron contener el frenético impulso que los llevaba a un triunfo indubitable, y prorrumpieron en atronadoras y desesperadas voces, a semejanza de aquellos fieros sicambros llamados al campo del honor por Moroveo, el heredero de la espada de Feramundo, cuyo carro de victoria, cargado de horribles despojos, era arrastrado por tres bueyes ensangrentados, de cuyas astas colgaban pavorosos restos humanos....

(Antecedidos los designios quisqueyanos de circunstancias tan especiales, como eran el casi completo

abandono del lugar por los hombres de Colón y su consiguiente debilidad, Nicéfora había de ser su compañera desde el primer momento).

En vano pretendieron los españoles, "resueltos a vender cara la vida, apelar a las armas con el denuedo y la hidalguía que le son peculiares; ni nada hizo tampoco el leal Guacanagarí con acudir a la defensa de sus protegidos, poniéndose a la cabeza de los guerreros que en su real tenía de costumbre acuartelados. Arrollados unos y otros por el número de los contrarios, que no obedecían sino al grito aterrador de muerte y desolación dado por el feroz Caonabo al lanzarse el primero sobre la artillería", poco tiempo bastó para que el fuerte y los bohíos levantados a su rededor quedaran totalmente destruídos y exterminados sus "indefensos" pobladores.

Fué la relatada una tarea sin complicaciones para los tres mil guerreros que según Michael de Cúneo, encabezaban Caonabo y Mayrení, debido a que los nuevos hombres estaban separados unos de otros, por los denigrantes motivos que ya conocemos.

Esta matanza: pálida, si la comparamos con la que de indios hicieron más tarde Juan de Esquivel, Martín Villamán y Juan Ponce, de orden del gobernador Ovando, en Higüey, donde combatió contra los naturales el licenciado Bartolomé de Las Casas⁵¹, su futuro ardiente defensor; y por el mismo comendador en Yaguana, donde la hermosa pero infeliz princesa Iguamota estuvo a punto de ser pasto del voraz incendio que destruyó aquel coserío; esta matanza, decimos, ocurría en los primeros días de octubre de mil cuatrocientos noventa y tres, según testimonio del doctor Diego Alvarez Chanca, médico de la armada en el segundo viaje.

Los torturadores presentimientos que albergara el espíritu de Colón a mediados de noviembre, iban a situarse en el plano de una realidad para él aterradora....

CAPITULO TERCERO

ANTE LO IRREMEDIALE . . .

EN la mañana del miércoles 25 de septiembre de mil cuatrocientos noventa y tres, antes que el sol saliera; y obtenida del Padre Santo, que lo era entonces Alejandro Sexto (Rodrigo Borgia, genitor de César y Lucrecia), por bulas fechadas a tres de mayo del citado año, la “confirmación en el derecho” de posesión de las tierras ya descubiertas, los habitantes de la ciudad de Cádiz asistieron a un espectáculo magnífico: cinco grandes navíos y doce carabelas, “bien proveidas de biscocho, de vino, de harina, de aceite, de vinagre, de quesos, de herramientas, de yeguas, de caballos, etc.”⁵³, con una tripulación de mil quinientas personas⁵⁴ andaluzas, castellanas, extremeñas, vizcainas y gallegas, salían de aquella bahía o canal con rumbo a las Islas Canarias, al mando del Almirante de la armada del océano Cristóbal Colón, el Prefecto Marítimo, como le apellidó Pedro Mártir, a quien contemplaban admirados desde la orilla sus dos hijos Diego y Fernando, futuros pajes (con el más tarde director de los lavaderos de oro en La Española, alcaide de la Fortaleza del Homenaje, hacendado en Santa Rosa de Jaina y célebre historiador Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdéz) del infante Juan, único hijo varón y heredero de los soberanos españoles.

Desvanecida la duda respecto de la existencia de un

nuevo Mundo, escribe Salvador Brau⁵⁵; fortalecido el prestigio del marino genovés por el éxito de sus predicciones; exaltada la fantasía popular con la fabulosa riqueza atribuída al territorio descubierto; mal hallados con la quietud doméstica una porción de aventureros y soldados de fortuna que, extinguida la guerra de Granada, solicitaban campo a sus ambiciones y proezas; movidos los espíritus por una fe religiosa encarnada en el sentimiento nacional merced a siete siglos de lucha con el invasor mahometano, y sugestionado el genio impresionable de raza por lo maravilloso de una empresa en que la utilidad del lucro habría de valorarse por la magnitud del personal esfuerzo, ni el regio patrocinio dispensado a Colón halló contradicciones, ni a las medidas organizadoras se puso obstáculo, ni necesitó espuela el enlistamiento de expedicionarios, cuyo número hubiérase elevado fácilmente al duplo, a permitirlo la cabida de las embarcaciones.

Las prácticas religiosas usuales en tales ocasiones, según Guillermo Coma, miembro de la expedición⁵⁶, "fueron atendidas por los marinos: se dieron los últimos abrazos; los navíos estaban adornados con telas brillantes; numerosos gallardetes cubrían las arboladuras, y el pendón nacional flotaba en la popa de las embarcaciones. El eco de las trompetas y clarines resonaba en la playa. Descargas de artillería atronaban sobre las aguas. Varias galeras venecianas que llegaron al puerto, se unieron al júbilo general; y los clamores de naciones unidas ascendieron junto a las oraciones implorando bendición para los aventureros tripulantes".

Se iniciaba el primer viaje a las tierras recién descubiertas.

* * *

Ocho días habían transcurrido cuando el crucero aportó felizmente a la Gran Canaria, donde permaneció

algunas horas (desde el dos de octubre hasta la madrugada del tres) que aprovecharon en reparar un navío que hacía agua. Una tranquilidad de lago ofrecía el océano en otras ocasiones encrespado, atemorizante.

El sábado cinco arribaron a la Gomera, en la que estuvo Colón dos días, debido a la necesidad de proveerse de ganados, aves, semillas, agua, leña, refrescos, etc⁵⁷; y cuando hubo terminado esta labor se hizo a la vela el siete, llegando el trece a la última de las Canarias, o sea a la isla del Hierro.

Navegando hacia el noroeste, y después de veinte días⁵⁸, al amanecer del tres de noviembre, domingo de la octava de Todos los Santos, un marinero de la capitana lanzó al espacio este grito:

—“¡Arbricias, que tenemos tierra!”—, al tiempo que descubrían una isla conocida con el nombre de Cayrí o Queyrí entre los naturales, a la que el Almirante llamó Dominica, por haberla visto en domingo⁵⁹. El mismo día alcanzaron a ver una hermosa isla, cuyas riberas estaban cubiertas de frondosos árboles, a la que Colón dió el nombre de la nave capitana: Marigalante o María Galante. Como sus costas no ofrecían peligro para el anclaje, el Descubridor resolvió saltar a tierra con alguna gente. Así lo hizo, llevando la bandera real en las manos “para tomar posesión de esta isla y de las adyacentes, en forma legal autorizada con fe de escribano, a nombre de los soberanos de Castilla”⁶⁰. Marigalante no estaba habitada y el jefe no permaneció en tierra más que un par de horas.

Al siguiente, cuatro, divisaron al noroeste otra isla montañosa y “de gran magnitud”, distante siete u ocho leguas del sitio en donde se hallaban. Era llamada Tureyqueri por los indios caribes que la habitaban, como dejamos dicho en el capítulo inicial; y a la que denominó Santa María de la Guadalupe, por respeto al monasterio de este nombre en Extremadura, a cuyos religiosos había prometido Colón aquel obsequio.

Imposible fué para los españoles comunicarse con los naturales, pues que al ver a los hombres blancos, huyeron a los bosques. (Contrario a la disposición hostil en extremo adoptada en mil quinientos quince contra Juan Ponce y su gente).

En vista de esto y descoso el Almirante de conocer su *modus vivendi*, dispuso que "los que quisiesen salir a sé recrear en tierra y lavar su ropa, saliesen", y el martes cinco, muy de mañana, varios oficiales al frente de un apreciable y dispuesto contingente, dieron cumplimiento en principio a la "orden" recibida⁶¹. Diego Márquez, capitán de una de las carabelas, ansioso de aventuras, seguido de ocho compañeros, se internó selva adentro. Recorriendo la isla, vieron, sorprendidos, innumerables poblaciones de veinte o treinta bohíos, alrededor de una plaza, construídos en forma circular, con troncos de árboles derechos y altos y techumbres agudas, en forma de tienda de campaña, hechos con varales bien trabados, que cubrían con hojas de palma y de ciertos árboles semejantes, entretejidos de manera segurísima contra la lluvia.

La inesperada ocurrencia del capitán Márquez hizo que la armada permaneciera ocho días en las costas de Guadalupe. Extraviados en el corazón de la maleza (arabuku o manigua), en ella estuvieron durante cuatro días, al cabo de los cuales regresaron con el capitán Alonso de Ojeda, quien seguido de cuarenta compañeros había ido en su busca. Colón aprovechó aquella inmovilidad obligada de sus naves, para proveerse de agua y leña.

El once, proa al este y luego al noroeste, fijaron su derrota con dirección a La Española. Al siguiente, doce, descubrieron la Monserrate, "populosa y abundante en toda clase de cosas de comer", bautizada con ese nombre en homenaje a una montaña de Barcelona y por la tarde del mismo día avistaron otra isla. Algunos historiadores aseguran que fué la actual Santa María de la Redonda y

otros la conocida con el nombre de Nevis o Nieves, de donde zarparon el miércoles trece, alimentando grandes esperanzas, debido a que "la armada levó áncoras, sacando pedazos de coral pegados a ellas" y divisando ese día otra isla "harto grande", llamada por el Almirante San Cristóbal, la primera tierra por él descubierta bautizada con el nombre de su santo.

Ya para entonces comenzaba el genovés a externar sus deseos de llegar cuanto antes a La Española, pues presentía el desastre de que había sido escenario la Natividad ⁶².

Navegando siempre al noroeste, la armada descubrió el catorce la isla Ayay o Ay-Ay ⁶³, a la que llamó Colón Santa Cruz. Como la Guadalupe, estaba poblada por caribes. Allí bajaron a tierra veinticuatro hombres en una barca para indagar, de los naturales, dónde se encontraban. Lejos de huir, como los guadalupeños, los ayayanos resistieron a sus perseguidores, entablándose un "combate naval" del que resultaron un español muerto y otro herido de gravedad por las flechas envenenadas que lanzaba (con la destreza de Atalanta) una mujer ⁶⁴. Se constató también un indio mal herido.

Verificado este trágico balance, el crucero siguió rumbo noroeste; y el viernes quince descubrió un grupo de islas cuyo número pasaba de cuarenta, islotes en su mayoría, según Alvarez Chanca. A la mayor de todas, conocida actualmente con el nombre de Vieques, denominó Colón Santa Ursula, y a las demás Once mil Vírgenes ⁶⁵. Algunos de los naturales de la Guadalupe que iban en la nave capitana le aseguraron al Almirante que aquellas islas no estaban pobladas; pero las últimas investigaciones de los arqueólogos han demostrado lo contrario.

Durante los días quince y dieciseis la armada estuvo recorriendo sus costas: navegando primero al noroeste, después de este a oeste y más tarde al suroeste,

descubriendo el domingo diecisiete la isla llamada Boriquén (Pedro Mártir, Oviedo, Las Casas, Herrera, López de Gómera, Fernando Colón, Irving, Humboldt, Castellanos, Conde Roselly, Lamartine y Cronau): "tierra del valiente señor"⁶⁶, según Brau⁶⁷ y Coll y Toste⁶⁸, bautizada por Colón con el nombre del precursor de nuestra redención, San Juan (el Bautista); y cuyas florestas, en opinión de Castelar, eran muy parecidas a los jartlines de Murcia y de Valencia.

El veinte de noviembre, realizada una navegación a toda vela, merced a la oportuna intervención del Euro; y cuando comenzaban a extenderse las sombras precursoras de la parte oscura del día —en la claror postrera del firmamento—, divisaba Colón el cabo Higüey o del Engaño⁶⁹, cuya elevación fluctúa entre doscientos y cuatrocientos pies sobre el nivel del mar, al este, descubierta ya, como dejamos dicho, la isla Boriquén, hoy Puerto Rico⁷⁰.

Antes de arribar y después de haber llegado a las costas orientales de La Española, cubiertos los ciento tres kilómetros del Canal de la Mona, el Prefecto y sus compañeros estaban seguros de hallarse frente a tierra desconocida. "De esta tierra sobredicha (Boriquén) —dice Alvarez Chanca—, partimos una madrugada, e aquel día (veinte de noviembre), antes que fuese noche, hubimos vista de tierra, la cual tampoco era conocida de ninguno de los que habían venido el otro viaje"⁷¹. "Desde allí (desde Boriquén), según el Conde Roselly⁷², dirigióse el Almirante a toda vela a la Isla Española, hacia el fortín (Natividad) cuya guarnición preocupaba su ánimo. Divisóse una tierra de la cual nadie en la escuadra era conocedor. Los marinos que en el primer viaje habían estado ya en La Española, todos estaban inciertos de si era realmente aquella la isla que buscaban". .

Frente al cabo Engaño estuvieron hasta las primeras horas del jueves veintiuno, debido a que el jefe de la

expedición no consideró prudente navegar durante la noche cerca de aquella tierra cuyo desconocimiento ofrecía peligros, manteniéndose a la corda, al paio, o sea a poca vela; norma ésta seguida por el genovés cuando estaba próximo a tierra, y siguiendo rumbo noroeste al clarear este día en busca de la parte septentrional.

El viernes veintidos, según Pedro Mártir, Las Casas, Fernando Colón y el Conde Roselly, se hallaban en la "bonita bahía Rincón", donde permaneció la armada por algunos días. Ese mismo día los indios que lo acompañaban le aseguraron a Colón que estaba en aguas quisqueyanas; y queriendo convencerse de la verdad, resolvió enviar uno a tierra a fin de que informara acerca de aquel país y de los hombres que lo habitaban ⁷³. A este emisario, natural de Samaná, llevado a España ⁷⁴, le esperaron hasta el veinticuatro; pero en vista de que no aparecía, el mismo día ordenó el Almirante nuevos exploradores con instrucciones de que salieran lo más al norte posible para que se encontraran, debido a que seguirían costeano a lo largo de ese litoral. Estos individuos tuvieron la triste misión de enterrar en un apartado rincón de la costa, entre la embocadura de Caño Colorado y la del río Nagua, el cadáver del marino que resultó herido junto con un compañero en el "combate naval" librado en Santa Cruz con los caribes, muerto la noche anterior ⁷⁵.

A su regreso a las naves trajeron algunos vecinos de la costa que aseguraron pertenecer a la tribu de los ciguayos, gobernada por el comprensivo y noble cacique Mayobanex, grande amigo y colaborador de Guatiguaná: cuya actitud (que secundó Iguaniona) tendiente a remediar en mil cuatrocientos noventa y ocho las desgracias de Guarionex (errante por bosques y montañas en unión de su esposa Bema, tras de abandonar, bajo el peso de adversas circunstancias, sus dominios), no podrá ser sobrepujada por ningún "civilizado".

Esto convenció al Almirante de que navegaban

frontero de La Española, como le habían asegurado sus intérpretes, entre los cuales había un marinero de Palos de Moguer llamado Cristóbal Rodríguez, apodado *la lengua*, quien según Las Casas ⁷⁶, fué el único que manejó a perfección la que se hablaba generalmente en la Isla ⁷⁷.

Ya seguro de su posición y a pesar de tener en perspectiva la adquisición de considerables cantidades de oro por medio de transacciones comerciales, continuó el famoso navegante su viaje, proa al fuerte Natividad, "pues cuanto más se acercaba al sitio del desastre, más deseaba conocer la suerte de los españoles que habían quedado custodiándole" ⁷⁸.

El lunes veinticinco se hallaban a vista de Monte Cristi ⁷⁹, donde pensaba Colón establecer una nueva colonia, en las cercanías del Río del Oro (Yaque del norte), grande y hermoso como el Arimao, en cuyas riberas, lugar de Caraneo (establecimiento en gran parte de las haciendas y encomiendas de indios poseídas en común por el Padre Las Casas y el vizcaíno Pedro de la Rentería), encontró Diego Velázquez pepitas de oro finísimo: propósito del cual desistió el genovés a causa de la insalubridad del sitio ⁸⁰, "yendo a recalar", la noche del miércoles veintisiete, en las tranquilas aguas de la Punta Santa, para tomar puerto enfrente de la región donde había sido enclavado el bastión entonces en ruinas, a las tres de la tarde del día siguiente, jueves veintiocho de noviembre ⁸¹. Y a medida que se acortaba la distancia, los presentimientos del Almirante crecían, y sus nimias preocupaciones se reflejaban en su rostro demacrado por una constante vela....

La angustia del noble marino fué grande, cuando al amanecer del día veintinueve encontraron otros cadáveres ⁸².

El magnánimo navegante sentía como que le apretaban el corazón. Su ansiedad era horrible.... Por momentos temió seguir.... Pero avanzó....; convencido al

fin de que no debía externar síntomas de amilanamiento; inconcebibles en el hombre que había hecho posible el arribo de la vieja civilización europea a las desiertas playas de un Mundo desconocido....

* * *

A tres millas distantes de la costa se hallaban las embarcaciones, magestuosas, en una trágica y desesperante inmovilidad, con las velas amainadas "a la manera que una bandada de palomas viajeras plega sus alas para descansar en una playa hospitalaria", cuando divisaron una canoa de muchos remos, tripulada por el hermano de Guacanagarí y otros indios portadores de dos máscaras de oro, regalo del "rey virtuoso" a Colón, y cuya principal misión era comunicar a los castellanos el desastre de la Natividad y explicarles el lastimoso estado de ánimo de aquél.

Aunque seguro de que no aparecería por ningún lado señal indicadora de vida, de movimiento, de palpitación europea, el Almirante resolvió enviar algunos mensajeros a entrevistarse con el afligido cacique, quienes regresaron a las naves con esta respuesta:

—"Que siendo la Isla de maravillosa extensión, había otros reyes más poderosos que Guacanagarí; que dos de ellos (Caonabo y Mayrení), reuniendo, según costumbre, grandes ejércitos, y alterados por la noticia de la gente extraña, vinieron y, venciendo en el ataque a los españoles, los mataron a todos, quemando las defensas y las casas y cuanto en ellas había; y contaron que a él mismo (a Guacanagarí), porque se esforzó en auxiliar a los nuestros, le hirieron con una saeta" ⁸³.

La gente de Colón que fué a tierra, dice el autor del *De Nobo Orbe* ⁸⁴, "encontró en la villa residencia del rey de Marién varios reyes, unos más poderosos que otros, y estos más que aquellos, como leemos que el fabuloso

Eneas encontró dividido el Lacio entre varios, como Latino, Macencio, Turno y Tarconte, que estaban separados por estrechos límites, y todo lo demás se lo repartían los tiranos”.

Entre los tripulantes de la nave capitana había algunas mujeres boriquireñas llevadas por los caribes de Guadalupe, que quisieron aprovechar los barcos españoles para huir de sus temidos enemigos, y quienes experimentaron una marcada alegría cuando el dieciocho de noviembre vieron las costas de la tierra donde habían nacido ⁸⁵.

Una de ellas, la más hermosa, bautizada con el nombre de Catalina ⁸⁶, celebró mucho la visita del hermano de Guacanagarí; y como hablaban la misma lengua ⁸⁷, le fué fácil explicarle su deseo de fugarse de la embarcación ⁸⁸. “Al día siguiente, la misma Catalina, para recobrar su propia libertad y la de cuantas pudiera, se atrevió con un empeño mucho mayor que el de la romana Clodia, que, rompiendo las hataduras, se escapó del poder de Percena, pasando a nado el Tíber con las demás vírgenes que estaban en rehenes. Esta pasó el río en un caballo; aquella con otras nueve mujeres confiadas en la fuerza de sus brazos cruzó cerca de tres millas, de un mar poco tranquilo; pues esta era, según la opinión de todos, la distancia a que la flota se encontraba de tierra. Siguiéronle los nuestros con los botes más ligeros, guiándose por la misma luz que, vista en la playa, servía de guía a las mujeres, y alcanzaron cuatro de ellas” ⁸⁹.

Al aportar, en horas de la madrugada, las naos saludaron al puerto, pues las brumas no permitían distinguir hacia el mediodía.

Las bombardas, pedreros y falconetes atronaron el espacio, rompiendo la magestuosa calma reinante. Los ecos repitieron aquellas detonaciones. Mas el fuerte no respondió al saludo.... ¡Cómo iba a responder! Ya no saludaban desde las costas los indígenas jubilosos por

ver a los hombres venidos del cielo; ni se divisaba tampoco la esperada silueta de algún vigía castellano....

A aquella hora todo era inútil....

El sitio mismo en donde había existido la fortaleza trágica, estaba indicado entonces por informes y dispersos montones de escombros....

¿Quién podría pintar el sufrimiento de aquel gran marino y noble compañero?

¿Qué amargura mayor que su amargura?

¿Cuáles remordimientos más tenaces y crueles que sus remordimientos?

Toda la tripulación cayó en cuenta respecto de la situación y pedía justicia y venganza.... Y venganza también habían jurado los desnudos habitantes de Quisqueya....

De ahí surgió el choque violento, formidable, de dos razas puestas repentinamente una frente a la otra, que enrojeció con sangre de titanes el suelo americano..... ¡Oh Némesis! (¡Oh *el poder de los dioses*, de que nos hablan los filósofos antiguos!). Y mientras los primeros, llenos de indignación, se disponían a vengar a sus camaradas, el gran genovés, vacilando entre la duda y la esperanza, no cesaba de repetir con expresión amarga:

“¡Ah mis presentimientos! ¡Mis presentimientos!”

¡Cómo se alargan las horas para el que sufre! ¡Cuánto tarda en llegar la claridad del día para el insomne!

Estas exclamaciones, aplicadas a los tripulantes, reflejaban su estado de ánimo.

La alegría natural que el término de un largo viaje produce, no se manifestó en aquella ocasión. No pensaban en el descanso. Todos, hasta los religiosos, olvidando el profundo significado de la sentencia latina *summum jus, summa injuria*⁹⁰, se manifestaban animados de un febril deseo de venganza⁹¹. El Almirante mismo, aquel piadoso

cristiano, tuvo que sobreponerse a su indignación y calmar las ansias de represalia dominantes en la tripulación, evitando la precipitación de acaecimientos que no hubieran hecho más que agravar un estado de cosas, calmado momentáneamente.

* * *

“Desleída en las tintas de la aurora,
la luz se disolvió de las estrellas;
la risa de los cielos
despertó el himno de la tierra”,

y los primeros rayos del Astro de Oro, rasgando el velo que cubría la inmensa soledad, fueron la señal para la organización de la partida que aprovechando la pleamar había de desembarcar aquel día y reconocer el paraje en donde existió el bastión, y sus alrededores. Y ya a sus espaldas las embarcaciones ¿qué vieron aquellos hombres? ¿Qué encontraron?

¡Elocuente silencio, el que reina en tales ocasiones! El de aquella gente denotaba amargura, dolor, espanto, incredulidad, deseos incontenibles de venganza....

De lo que se llamó fuerte Natividad, sólo hallaron escombros y cenizas. De lo que fue viva esperanza de extender la civilización del continente viejo en aquellas selvas milenarias, no quedaba más que un recuerdo.... El recuerdo inenarrable de una gran tragedia....

Buscaron el pozo que Colón había ordenado se abriera para que asegurasen el agua potable en caso de ataque por parte de los naturales, y lo encontraron cegado. La rústica paterna, hecha de nudosos troncos, yacía medio quemada.... Y para completar aquel cuadro funesto; aquí, allá y más allá, cadáveres putrefactos, restos de los desdichados compañeros que un año antes eran a su vez viajeros y primeros descubridores de la tierra en donde

habían de inclinarse bajo el azote inmisericorde de una muerte trágica....

(El Almirante dispuso que las víctimas de la Natividad encontradas hasta entonces fueran enterradas "con solemnidades fúnebres y prácticas religiosas", pues consideraba una impiedad, como los griegos, dejar a los muertos sin sepultura).

Mientras aquellos hombres contemplaban el campo de desolación que se ofrecía a sus retinas, otras personas se veían a distancia, observando los movimientos de los recién venidos, como si quisiesen leer en su semblante, sus íntimos pensamientos. Eran indios, que, llenos de temor y de recelo, no se atrevían a acercarse a los conquistadores ⁹².

¿Se sentían culpables?

¿Fueron ellos los autores del "crimen"?

Si no lo fueron ¿qué grado de complicidad tenían con él?

¡Noble, elevada disposición la de aquellos moradores de la selva!....

¡Cómo sufrían al darse cuenta del dolor castellano!

* * *

Entre otras cosas, nos evidencia este cuadro la injusticia cometida por algunos historiadores al comentar el proceder del Almirante en sus relaciones con los indígenas, calificándolo de disociador o de inhumano....

¿No fué aquél un momento u ocasión susceptible de aprovechamiento (de haber alimentado el Almirante algún recelo contra sus estupefactos vecinos), para ejecutar actos que, aun cuando los hubiesen epilogado derramamientos de sangre, hubieran podido justificarse en parte ante el severo tribunal de la historia? ("En Grecia", afirma Montesquieu ⁹³, "los habitantes de una

ciudad tomada perdían la libertad civil y eran vendidos como esclavos”).

Es un hecho comprobado el envío por Colón de algunos indios a la Corte, especialmente en la armada que partió de la Isabela el veinticuatro de febrero de mil cuatrocientos noventa y cinco, capitaneada por Antonio de Torres; pero ello no justifica, no puede justificar los ataques que por este proceder suyo se le han formulado. “Lleno del deseo de ganarme la amistad y benevolencia de estos pueblos y convencido de que la conversión de los mismos debía alcanzarse más bien por amor que por fuerza, regalé a algunos de los indígenas gorras encarnadas y sargas de cuentas de cristal, con que adornaban su cuello, así como otras bagatelas que les proporcionaban gran alegría, y por los cuales nos ganamos con asombrosa rapidez su benevolencia”⁴⁴.

Así pensaba y actuaba el Almirante. Y las últimas circunstancias no habían podido inclinarle a obrar de manera que no estuviesen sus actuaciones en armonía con esta sentencia de Tito Livio Patavino: —*Plus pene parcendo victis, quam vincendo imperium auxisse*. A pesar de la gravedad del momento, Colón seguía siendo para los naturales el “arijuna guaitiao” (extranjero amigo), el “bo matum” (grande y poderoso) de los primeros días. (Conquistados por Alejandro, los persas lloraron a su muerte). “Ningún europeo de fines del siglo décimoquinto hubiera procedido con los indios más acertadamente que Colón”, dice el judío Wassermann⁴⁵, uno de los *biógrafos* del Almirante que más duramente le han tratado; “otros no tan enredados en la trama de sus sueños (sigue diciendo), ni tan enamorados de su hazaña, habrían mostrado un puño más brutal”.

El respetaba su razón y no le pedía nunca nada injusto...., como aconsejaba Demócrito.

* * *

Ante el cuadro aterrador que contemplaba, Colón dudó de Guacanagarí y de sus hombres, aunque por boca de los que se acercaron a las naves durante la noche del veintisiete, como hemos dicho, había recibido informes de quiénes eran los verdaderos culpables del desastre.

El curso lento y desesperante del tiempo y la circunstancia de no efectuarse la visita ofrecídale por el régulo del cacicazgo norteño, decidieron al Almirante encaminarse al sitio en donde aquel residía. Antes de acercarse a la aldea (compuesta de "fasta cincuenta casas", según Alvarez Chanca), el atormentado marino contempló nuevos detalles espeluznantes; mudos, pero elocuentes testigos de la tragedia.... Entre los escombros de algunas "casas" que habían sido construídas cerca del sitio de la destrucción, los expedicionarios encontraron vestidos, gorras, zapatos, alimentos, etc.

Todos estos indicios contribuían a hacer mayor la sospecha que de Guacanagarí y de sus indios se tenía. Pero el Almirante no olvidaba, no podía olvidar la noble y generosa disposición del cacique, con motivo del hundimiento de la Santa María. ("A este rey debió mucho el Almirante, por las buenas obras que le hizo", confirma Las Casas, *Historia de las Indias*, cap. LVII). ¡Y ya sabemos que Colón fué un eterno agradecido!

Al día siguiente, otros exploradores saltaron a tierra y reanudaron su tristísima misión. En esta oportunidad se tuvieron nuevos informes del atemorizado jefe indio que por medio de su confidente Osichabar, rogaba a los españoles se acercaran adonde él tenía su villa.

Por tercera vez exteriorizó sus deseos de ver al Guamiquina ⁹⁶; pero no fué sino en la madrugada del cuatro de enero, cuando Colón —llevado a tierra por dos bagarinos singando ⁹⁷— se encaminó al poblado residencia del soberano de Marién, al que encontró echado en cama, no "gravemente malo", como asegura el hijo del

Almirante, pero sí reflejado en su rostro de cera una tristeza muy honda y muy amarga....

El ilustre visitante llegó con gravedad, sosteniendo una terrible lucha interna, al acercarse al hombre a quien sus compañeros (los de Colón) estimaban en complicidad con aquellos que, "en un momento de ferocidad", habían detenido, al iniciar su marcha, el primer movimiento civilizador en tierra colombina....

Acompañado por un ciento de los más respetables españoles, ha escrito el testigo ocular Guillermo Coma, fué al sitio donde se vió el humo que salía de un poblado y vieron muchos techos. Con pitos y tambores en orden, en línea de batalla, marcharon hacia la residencia del cacique. Fueron recibidos por los oficiales y saludaron respetuosamente a Goathanarí (Guacanagarí) acostado en una hamaca, que parecía una malla hecha de algodón, tejida hábilmente. Obsequios afectuosos fueron dados y recibidos mutuamente y se hicieron promesas de amistad. El cacique expresó su gozo por la presencia de los españoles, por la renovación de su buena voluntad y por la confirmación de su amistad. El relató la historia de la matanza con una expresión de tristeza, y explicó los detalles con palabras penosas. Describió la furiosa embestida de los caciques que los atacaron, el poder aplastante del enemigo, los peligros del combate, y enseñó la herida que había recibido en la lucha. Cuando terminó, se levantó de su lecho, cogió una plancha de oro que llevaba sobre la frente, y se la dió respetuosamente al Almirante, y le puso en la cabeza como un bonete de algodón....; le dió más de una docena de cinturones hechos con arte admirable, algunos de ellos con pedacitos de oro.... Agregó a esta munificencia varias calabazas llenas de oro tal como lo cogieron en las minas. El Almirante, adornado con esas prendas de Guacanagarí, y cargado de obsequios, devolviendo el cumplido, dió al cacique una magnífica pieza de vestir bordada con arte

moro y adornada por múltiples colores. Le dió además una bañera y varias argollas de estaño; finalmente, reverentemente desplegó una imagen de la Santísima Virgen Madre, y le enseñó que debía quererla, adorarla religiosamente. Siguiendo el ejemplo de su jefe, los indios, cargados con mucho oro, invitaron a los españoles a cambiar regalos, y se permitió hacerlo solamente a los que podían dar alguna cosa, como botones, cuentas de vidrio, cascabeles....; en esa forma llevaron aquel día mucho oro, en cambio de baratijas ordinarias.... Mientras hacían estos cambios de regalos, y cuando Guacanagarí quedó satisfecho, su mujer, acompañada de doce doncellas completamente desnudas, examinaron sorprendidas las cosas de los españoles, mientras que sus amigos y sirvientes estaban en tierra según la costumbre de los indios....

A las preguntas del Almirante, Guacanagarí y su esposa Aináicua no hallaron palabras con qué expresar su dolor, protestando de la inocencia del reyezuelo (como de la suya protestaron más tarde en Cuba ante Velázquez los caciques de tierra-adentro Manatiguaauraguana y Caracamisa), e inculpando a Caonabo y a Mayrení, en la misma forma que lo habían hecho los indios a quienes él encargó visitar a Colón en las naves.

—“Creo en la sinceridad de tus palabras” —dijo Colón a Guacanagarí—. “Eres amigo de los cristianos, que sabrán corresponder a tu afecto”.

Para la realización de sus planes, convenía al Descubridor exteriorizar una disposición *sui generis*. En momentos tan difíciles y como medida de salvadora orientación, fingió creer en las reiteradas protestas de inocencia que el jefe de Marién hacía, y con el tiempo se convenció el noble genovés de la fidelidad del indio.

CAPITULO CUARTO

LA DIGNIDAD EN UNA REINA INDIA

CHICAGO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

DESTRUIDO el bastión Natividad; muertos sus amorales y revoltosos defensores; fracasada aquella primera tentativa de afianzamiento; y conocida la hostilidad de algunos caciques, decidió el Almirante encomendar a Melchor Maldonado con trescientos hombres la misión (que él —Colón— había iniciado inútilmente) de buscar un sitio de mejores condiciones para establecer una nueva colonia; pero ningún punto de los alrededores tenía las ventajas requeridas en tan críticos momentos, dirigiéndose a otras comarcas; y el azar les deparó uno cerca del mar, con buen puerto y defendido: de un lado por una muralla natural de rocas, y del otro por un bosque de cactus y otros arbustos impenetrables: en la provincia o cacicazgo subalterno llamado *Bohío*.

Colón no vaciló: iniciándose de una vez los trabajos para la fundación de la nueva avanzada en la conquista y colonización de La Española.

Muchos juzgaron bueno su sitio, escribe Fernando Colón⁹⁸, porque el puerto era muy grande, aunque descubierto al noroeste, y tenía un hermosísimo río (Bajabonico), tan ancho como un tiro de ballesta, del que se podían sacar canales que pasaran por medio de

la villa; además, se extendía cerca una muy ancha vega, de la que, según decían los indios, estaban próximas las minas de Cibao. Por todas estas razones, fué tan diligente el Almirante en ordenar dicha villa, que juntándose el trabajo que había sufrido en la mar, con el que allí tuvo, no sólo careció de tiempo para escribir, según su costumbre, diariamente, lo que sucedía, sino que cayó enfermo, y por ello interrumpió su *Diario* desde el once de diciembre, hasta el doce de marzo de mil cuatrocientos noventa y cuatro.

Así, precedida de los sucesos más angustiosos, comenzó a levantarse el diez de diciembre de mil cuatrocientos noventa y tres, la primera Ciudad europea en el Nuevo Mundo, a la que su ilustre fundador llamó Isabela⁹⁹, en honor de aquella augusta y magnánima soberana de quien él había recibido tantas mercedes, y a quien se debía —en parte principal— el Descubrimiento.

Rápidamente se construyeron, con la ayuda de los benévolos quisqueyanos, las rancherías que habían de albergar a los colonizadores: se edificaron las defensas, la casa que ocupó el Ayuntamiento; se levantaron almacenes, la muralla de piedra que rodeó toda la ciudad y se hizo una capilla, en donde se celebró el seis de enero de mil cuatrocientos noventa y cuatro la primera misa en las Indias Occidentales¹⁰⁰. Y aquí es de notar una circunstancia mil veces repetida, escribe Orellana¹⁰¹, que revela el espíritu noble y generoso, al par que la modestia, del gran navegante. Desde que descubrió tierra por primera vez, hasta que ya los años y las dolencias le obligaron a retirarse a morir¹⁰², en los innumerables puntos que exploró y en los establecimientos a que dió ser, jamás empleó su nombre como memoria de lo que era obra suya: los que dió a aquellos lugares recuerdan sólo sus afecciones religiosas y personales, o los objetos dignos de su gratitud: San Salvador, Isabela, Fernandina, Puerto del Príncipe, Jardines de la Reina, Guadalupe.

San Cristóbal; siempre, siempre aparecen los objetos de su veneración o agradecimiento; nunca, en ninguna parte el nombre de Colón. La región misma por él descubierta lleva el nombre de otro marino, que sólo siguió sus huellas: el de Américo Vespucio ¹⁰³, cuyos servicios utilizó el rey Manuel de Portugal por mediación de Juan Bartolomé Locondo, residente en Lisboa, navegando a partir de mil quinientos uno, bajo la bandera portuguesa.

Los expedicionarios se hallaban en un sitio pintoresco, rodeados de una Naturaleza que lucía en todo su esplendor, a diez leguas de Monte Cristi, en la embocadura del río Bajabonico, al oeste del puerto Martín Alonso ¹⁰⁴, donde se levantaba un poblejo cuyos habitantes vivían especialmente de la pesca, merced a las "grandes pesquerías" que según Las Casas ¹⁰⁵, tenía la caudalosa arteria fluvial.

Fácil nos será explicarnos la impresión que produjo en el ánimo de los naturales la magestad de diez y siete embarcaciones, tripuladas, como dejamos dicho en el capítulo anterior ¹⁰⁶, por mil quinientas personas, entre las que vinieron más de mil obreros manuales, mineros, carpinteros, labradores, albañiles, cerrajeros, sastres, zapateros, tejedores, etc. También llamaron la atención indígena, los corceles, los ganados (lanar y de cerda), los variados objetos, desconocidos para ellos, los sonantes cascabeles, que tanto atrajeron su curiosidad, y el tañido metálico de las campanas. "Era el primer contacto de un gran pueblo civilizador europeo con el autóctono antillano", escribió juiciosamente el doctor Coll y Toste; "pues el encuentro del primer viaje podemos considerarlo como un fantástico vislumbre de descubrimiento y de ligera exploración".

* * *

El sol: un sol de oro había iniciado magestuoso su carrera, cuando el Padre Bernal o Bernardo Boil o Buil,

Mínimo de San Francisco de Paula ¹⁰⁷, legado apostólico que tenía la representación religiosa suprema en la Colonia y a quien los reyes, en la *Instrucción* dada al Almirante ¹⁰⁸, citaban como la ayuda principal para la conversión de los indios a la fe ¹⁰⁹ anunció a los allí presentes, que iba a celebrarse el primer oficio religioso.

La escuadra se hallaba anclada en espera de que la tripulación pudiera presenciar, no el "simbólico sacrificio", sino el "real y verdadero sacrificio, ineruento (de la misa), porque Jesucristo, Sacerdote y Víctima, estaba allí presente real y verdaderísimamente", como afirma el docto fray Cipriano de Utrera; para regresar después a España doce de los barcos, al mando del capitán Antonio de Torres, hermano de la nodriza del infante Juan, y quien en opinión de algunos investigadores dignos de crédito, relató junto con Melchor Maldonado a Pedro Mártir los detalles que en la obra (*Décadas Oceánicas*) del ilustre hijo de Angleria, escrita en latín para enterar a Su Santidad el Papa, se relacionan con el segundo viaje. Las cinco embarcaciones restantes se quedarían aportadas bajo las órdenes del Almirante, para cualquier evento.

Al lado del Padre Boil oficiaban fray Román Pane ¹¹⁰, ermitaño de San Gerónimo, que aprendió la lengua indígena y por encargo del Descubridor redactó la célebre *Escritura* acerca de las antigüedades de los indios y sus creencias religiosas, con la cooperación de los frailes Juan Borgoñón, *el Bermejo*; y Juan Tisín o Cosín ¹¹¹, ambos de la Orden de San Francisco, quienes vinieron con Ovando en mil quinientos dos; fray Juan Pérez ¹¹², franciscano; fray Rodrigo Pérez ¹¹³, franciscano; fray Jorge, cuya Orden se ignora ¹¹⁴; y el astrónomo fray Antonio de Marchena ¹¹⁵, franciscano.

También estaban presentes en aquel trascendental momento histórico, rindiendo el arma, como es costumbre en estos actos, el Almirante con su hermano Diego, quien quedaba de gobernador cuando Colón iba por mar a

nuevas exploraciones; el comendador Pedro Margarite, de la Orden de Santiago, experto en el arte militar, jefe de las tropas, que con cincuenta y dos hombres aumentados a trescientos, quedó luego al frente del bastión Santo Tomás del Cibao; Francisco o Diego Peñalosa, criado de la reina, de quien se ha dicho sin fundamento que levantó el acta legalizando el segundo viaje, y Alonso de Vallejo, que tuvo la triste misión, dada por el gobernador Bobadilla, de llevar preso y aherrojado al revelador del Nuevo Mundo y entregarlo al corregidor de Cádiz; Pedro de Las Casas o Casaus, de origen francés, quien "volvió riquísimo a Sevilla en mil cuatrocientos noventa y ocho" ¹¹⁶, padre del licenciado Bartolomé, del mismo apellido ¹¹⁷, conocedor y defensor del *Ius Gentium* ¹¹⁸ antes que el jurisconsulto holandés Huig Van Groot (Hugo Grocio), y quien como él mismo dice, fué el primero en recibir las Ordenes Sagradas en el Continente; Pedro Hernández Coronel, nombrado Alguacil Mayor de la incipiente población; Miguel Díaz de Aux; Diego Márquez, hidalgo de Sevilla, el veedor; Pedro de Villa corta, el tesorero; Francisco Olmos Ayala, de la Orden de Santiago; Juan Rojas y Sandoval, de gran estimación en la casa del marqués de Denia; Bernal Díaz de Pisa, contador de los nuevos Estados; Melchor Maldonado, Gonzalo de Gallegos, Alonso Fernández Martel, Per Afán de Rivera, Francisco Valenzuela, Alonso Ortiz y Francisco de Zúñiga, caballeros sevillanos acreditados en la guerra de Granada; Sebastián de Ocampo ¹¹⁹; Diego de Nicuesa, el trágico fundador de *Nombre de Dios*; los metalúrgicos Girao y Fermín Cedó; Alonso Sánchez de Carvajal, regidor de Baeza (ciudad de la provincia andaluza de Jaén); los valientes Francisco Villalobos, Alonso Malaver; y Miguel de Toro, uno de los capitanes que habían de tomar parte en la conquista de Boriquén; García Alonso Cansino y Fernán Pérez de Luna, escribanos públicos; Rodrigo de Abarca, Pedro

Navarro, Juan de Aguado, Sebastián de Olano, receptor o tesorero de los derechos reales, en sustitución de Gómez Trello, que no pasó a las Indias; Francisco Roldán Jimenez, criado del Almirante, elevado por éste desde el puesto de escudero al de Alguacil Mayor de la Isla, y promovedor y mantenedor de una rebelión, que durante dos años produjo trastornadores desórdenes en la Colonia; el inquieto Alonso de Ojeda ¹²⁰, de músculos acerados, "cuyo carácter", según afirma Prescott, "no encuentran con qué compararse si no es en las páginas de Cervantes"; Hernando de San Miguel ¹²¹; el doctor Diego Alvarez Chanca ¹²², que en *Carta* al Ayuntamiento de Sevilla hizo una relación de la segunda gloriosa empresa del gran navegante; el intrépido Juan López de Luján, criado del rey y primer explorador de Macorís; el pulido Hernando de Guevara y el infeliz Adrián de Mojica; Diego Méndez de Segura ¹²³; Diego Velázquez, criado del Almirante, conquistador y poblador luego de Cuba ¹²⁴; el arrojado Juan de Esquivel, futuro gobernador de Jamaica, y los experimentados cartógrafos Andrés Morales, Pedro Anríquez y Juan de la Cosa, capitán este último de la carabela Niña, cuyos trabajos, se dice, utilizó más tarde Américo Vespucio; Ginés de Corvalán; Juan de Jerez, Giovanni de Umbría y Juan Quintero, pilotos auxiliares de Vicente Yáñez Pinzón, en agosto de mil quinientos, durante la exploración de Puerto Rico; Luis de Arriaga, que había de defender tan bizarramente el fuerte la Magdalena contra los ataques de Guatiguaná y Guanaoconel; Juan Ponce, que había sido paje o mozo de espuela (peón o soldado) del comendador mayor de Calatrava Pedro Núñez de Guzmán en las guerras granadinas, según el historiador Garcí Lasso Inca de la Vega, como lo era entonces de Colón; futuro explorador, conquistador y poblador de Puerto Rico; el notario Francisco de Garay; Alonso de Acosta; Gil García; Guillermo Coma, hidalgo aragonés y Michael de Cúneo,

italiano de Savona, quienes escribieron sendas relaciones del segundo viaje ¹²⁵; Juan de la Vega; Diego de Salazar, vencedor en mil quinientos once del bravo cacique Mabodamaca, el Manicaotex puertorriqueño, régulo del Guajataca; veinte escuderos de la *Hermandad de Granada* y muchos otros cuyos nombres no recogieron los primeros historiadores: todos "personificando el espíritu aventurero y gentil de aquel pueblo, que clavó con Pulgar (Hernán Pérez) el *Ave María* a la puerta de la mezquita de Granada; y cerrada la era de la guerra musulímica traía al Nuevo Mundo el genio de la conquista, encarnando en fibras de hierro, espada toledana al costado, puñal florentino al cinto, deslumbrante casco de vistoso plumaje, escudo cincelado, divisa amorosa o pía, pesado lanzón para el férreo puño, y el pisador andaluz con gualdrapa multicolor; Guerrero ágil, sobrio y apasionado, dispuesto siempre a arrojar el guatelete, dar un mandoble o romper una lanza...." Y allí, finalmente, la turba de indígenas, sin desconfianza alguna, con adhesión y aquiescencia, compartiendo junto a los invasores las alegrías de aquel gran festival religioso, ignorantes de su significación y trascendencia.

Cualquiera pensara que los naturales mostraban sin entender, su asentimiento....

* * *

Desde el primer momento advirtió el Almirante que le sería provechoso remitir a la Corte algunas muestras de las vírgenes riquezas de la colonia, a fin de contribuir por su parte a evitar los inconvenientes que pudieran presentarse en el envío de víveres de boca y de guerra y el material que exigía el completo desarrollo de las obras emprendidas.

Para esto dispuso la salida al interior de dos expediciones bajo las órdenes de los decididos capitanes:

Alonso de Ojeda, al frente de quince hombres, con rumbo a Macorís (de abajo), Dajabón, el Guatapaná indio (en cuya ribera oriental moraba la embrujadora Anaibelca) y Bayajá, jurisdicciones de Marién y Maguá; y Juan López Luján, con dirección a las provincias de Cibao y Haití, pertenecientes al cacicazgo de Maguana, en el corazón mismo de la Isla: quienes regresaron después de algunos días (Ojeda el veinte de enero y López Luján al siguiente), con apreciable cantidad de oro (tres o cuatro libras cada uno) y gratamente impresionados.

En su caminata, los expedicionarios encontraron diseminadas en aquellas extensas y fertilísimas regiones cultivadas por todas partes, cruzadas por multitud de arroyos, numerosas poblaciones residencias tranquilas, paradisíacas, de caciques y señores que se mostraban recelosos o admirados: siendo la más importante aquella en donde a la sazón se hallaba Anacaona, según se le informó a Ojeda; y a la que se encaminó sin pérdida de tiempo, cambiando el itinerario que les había indicado el Almirante.

Ojeda, intrépido y temerario, deseoso de acercarse al jefe de Maguana, cuya fama de valiente le era conocida por los informes que le habían suministrado los vecinos de Marién, se adelantó a López Luján; y cuando éste le hubo dado alcance, no sin sorpresa, en los momentos que Ojeda y los suyos vadeaban-caballeros el caudal en partes vertiginoso del Yaque del norte, en la dilatada llanura de la Vega Real, cerca del sitio en donde fué levantado en mil cuatrocientos noventa y cuatro el bastión la Magdalena, resolvieron de mutuo acuerdo que López se volviese, dejando libre el camino para que el otro jefe expedicionario siguiera hacia Careybaná, aldehuela de unos mil habitantes.

Todo se hizo de acuerdo con lo que había indicado el caballero de la Virgen¹²⁶. Y cuando los primeros recorrían las comarcas de Marién y Maguá, estos llegaban

a la villa residencia accidental de la esposa del férreo reyezuelo caribe, situada en la margen oriental del río Mao, aceptado con el Guayamuco (Artibonito) como línea divisoria entre Marién, Maguana y Jaraguá, en la región de Bánique.

* * *

Una feliz coyuntura que Ojeda pudo y supo aprovechar, se les presentó durante su salida inicial al interior. Caonabo se hallaba ausente de sus dominios; y el capitán español y sus compañeros estimaron no reñido con la prudencia acampar allí hasta el nuevo día: lo que hicieron en un caserío situado junto a un hermoso lago formado por la corriente magestuosa del Mao (el río Verde de Colón), sin que su presencia fuese motivo de hostilidad, pues que lo había impedido Anacaona, cuyo marcado interés por conseguir el acercamiento entre los dos conglomerados en lucha, usando de prácticas pacíficas, se había manifestado repetidas veces; colocándose merced a esa disposición de su ánimo, en un plano sumamente difícil cerca del régulo de Maguana, su señor, cuya ambición, única entonces, se orientaba en el sentido de conseguir avivar, muralla ígnea contra el querer de los hombres blancos, la tea de la guerra: de esa Furia que caracterizó antaño a los pueblos bárbaros y caracteriza hoy a las naciones que se precian de civilizadas en sus orientaciones tendientes a afianzar el predominio del fuerte sobre el débil, tan sincera y noblemente combatida cuatrocientos años antes de Jesucristo por el secundo Aristófanes.

Con el propósito ya referido: cual era el de sugerirles la necesidad de mantener la unión por ellos llevada a cabo en los primeros meses de mil cuatrocientos noventa y tres, para defenderse de la represalia castellana, que él consideraba inevitable; con ese objeto visitaba Caonabo

a los principales jefes de la Isla, especialmente a su cuñado Bohechío, en las lejanas y ásperas regiones de Jaraguá. Como Leonidas, había jurado morir, antes que ver su tierra bajo la tutela de otros hombres....

¿Obedecía a un prurito redentor el anhelo del soberano de Maguana? ¿O le guiaba la resolución de vengar el ultraje inferídole a una mujer amada?

El deseo manifiesto del turbulento caribe estaba fortalecido por dos sentimientos, los más elevados y los más poderosos: el del amor y el del patriotismo. El ultraje de que consideraba víctima a su pretendida Onaney y la ocupación de su tierra por los españoles, constituían sus más graves y más profundas preocupaciones.

* * *

Después de conseguir que no fuesen molestados los extraños visitantes, Anacaona (encarnación de Pirrha) logró acercarse a ellos sin ser vista. Y la casualidad hizo que se encontrara con el principal, a cuya presencia se llegó sonreída; mostrando a flor de labios la dulzura incomprendida de su alma....

Raros movimientos de sus miembros superiores constituyeron el saludo de Anacaona, al que correspondió Ojeda con una inclinación de cabeza, puesta su mano derecha en el lustroso casco de metal que la cubría. Y como si temiera que pasase el tiempo sin aprovecharlo: inclinada bajo el imperio de la misma timidez con que se llega a presencia de aquellos seres a quienes contra toda razón suponemos dotados de cualidades superiores a nuestras cualidades, la hermosa cacica ocupó un taburete junto a la barbacoa donde se había tendido el español en disposición reveladora de una indiferencia que estaba muy lejos de alimentar.

—La fusión de corazones, obedeciendo a elevados sentimientos de amor y de concordia, no producirá nunca

efectos lamentables —le dijo, interrumpiendo el corto silencio que siguió a su llegada—. Lo que de semejante orientación se logre, tendrá que ser siempre provechoso, no solamente para aquellos que lo ponen en juego, sino también para los que de manera indirecta alimentan relaciones con ellos. La orientación a seguir por nosotros en estos momentos decisivos para nuestras "razas", no debiera ser de venganza respecto de los hijos del Oriente...

Tras una pausa, durante la cual el hijo de Cuenca en Castilla la Nueva no hizo más que contemplarla, pues su imperfecto conocimiento de la lengua indígena (no obstante haberse empeñado en que el indio Diego Colón lo adiestrase en su manejo), le impedía comprender el discurso en todos sus detalles: tras una pausa, Anacaona continuó:

—Antítesis de las malas pasiones, entre nosotros debe prevalecer, debe servirnos de norte un patriotismo bien entendido y mejor practicado, capaz de contribuir a que nuestros mutuos problemas alcancen solución sin que para lograrla sea estimado una necesidad u obligación el derramamiento de sangre inocente, siempre inútil: pues que la savia por los humanos derramada (inmediata consecuencia de las guerras armadas), no ha podido nunca, no podrá jamás ser compensada por fenómenos más o menos efímeros, cuyos resultados siempre son funestos....

—Nosotros... allá donde tiene su trono el Guamiquina que gobierna el mundo, destruimos un poder levantado sobre un pedestal de siglos¹²⁷ —dijo trabajosamente Ojeda, interesado en propagar la magnitud del poderío español—.

—Las acciones guerreras —continuó Anacaona, como si no hubiese entendido las palabras del conquistador ibero—, no son otra cosa que puntos encima de los cuales sólo descansan sucesos dolorosos, su exclusiva consecuencia. Iniciada la guerra, pueden ir abriéndose las profundas huesas donde quedarán sepultadas nuestras

aspiraciones de bien colectivo: cuando no para siempre, sí por muchos años, por muchos lustros quizá.... Tal es la enseñanza del pasado, que constituye una verdad incuestionable hoy, y que mañana habrá de producir las más graves complicaciones entre los pueblos. Nuestros dioses no nos han dejado vestigio alguno indicador de que la destrucción entre hermanos sea provechosa.... Y todos somos hermanos. Por mi parte, hago realidad todo aquello que tienda a prolongar o a hacer más llevadera la vida. No existiendo ningún ser en nuestras regiones sin límites, cuyos instintos le inclinen a vivir a costa de la debilidad ajena (porque ni siquiera Caonabo, el más poderoso entre todos los caciques que se dividen el dominio de Quisqueya, trata con despotismo a sus vasallos), lo razonable es suponer que no se nos ha criado para que nos demos muerte como bestias feroces, unos a los otros, sino para que vivamos unidos; conociéndonos para comprendernos mejor, a fin de hacer menos escabrosa la senda que habrá de conducirnos a la realización de un amplio ideal colectivista.

—¡Qué noble eres, hija de los dioses! —exclamó el español—.

La regia visitante de Careybaná, creyendo ejecutado el propósito que había motivado su arriesgada visita al "campamento" de los enemigos de su raza: cual era el de exponer su pensamiento del modo que lo hizo en pocos minutos, explicó al escaso Guamiquina el peligro en que él y los suyos se hallaban: y no perdió tiempo en suplicarle se marchasen, por su propio bien, ya que su reducido número no era suficiente para defenderse con buen éxito en caso de ser atacados.

* * *

A la estatuaria belleza de aquella mujer casi desnuda se unía, en seductor conjunto, una inteligencia que no

escapó a Ojeda, quien al principio dudó de la sinceridad de sus palabras; pero cuando Anacaona, en un gesto capaz por sí solo de inmortalizarla, abrió las puertas de su corazón para referirle sus grandes esfuerzos encaminados a conseguir el cese de la lucha que en medio de tan fatídicos augurios se había iniciado: confundiendo esa elevación de su espíritu (cualidad demasiado noble para que pudiera ser aceptada en una "hija de la selva") con el sentir de alguno de esos seres eternos oficiantes en el altar de la mentira, prontos siempre a hurdir maquinaciones en la sombra, creyó ver en ella a un cómplice en el aprisionamiento de Caonabo.....

—¿Traicionar a mi esposo? —preguntó, sorprendida, cuando su audaz interlocutor se atrevió a situar la conversación en ese plano—.

El rostro de Anacaona experimentó una transformación de tan hondo arraigo: generadora de tal grado emocional, que no pudo ocultarla a los ojos del militar. Penetrada de su honradora responsabilidad de esposa, sabiéndose incapaz de violar el juramento de fidelidad conyugal formulado ante sus dioses al unir su vida tranquila y candorosa a la existencia turbulenta y por ende variable de un hombre que no era de su propia raza; y enamorada de Caonabo, como Penélope de Ulises, como Andrómaca de Héctor, como doña Jimena del Cid Campeador de Vivar, Anacaona se sintió herida en lo íntimo de su ser moral....

(Lo excepcional que había en el espíritu de la célebre quisqueyana, nada tenía que envidiar a las brillantes dotes con las cuales sobresalieron las romanas Octavia y Cornelia. La Naturaleza, "el gran libro" de que nos habla Oswald Spengler en *La Decadencia de Occidente*, con sus matices plenos de una virginidad cautivadora, suplía en Anacaona lo que el medio y las

circunstancias habían dado a la hermana mayor de Augusto y a la hija del gran Publio).

Y desde entonces, no habló más que para recordarle el peligro a que se hallaban expuestos, indicándole al propio tiempo que a la salida del poblado encontrarían un práctico orientado en el sentido de conducirlos por camino seguro hasta salir de los dominios de Maguana.

Inútiles fueron las súplicas del joven caudillo para conseguir que la noble india se quedase a su lado, deleitándole interiormente con el arrullo de su "voz de ruiseñor", que dijera Luis Lloréns Torres; y avivando en sus retinas (ansiosas de contemplar detalles saturados de emoción y de misterio) el fuego de una pasión naciente, con la esbeltez de su cuerpo de *madóna*. Inútil fué también su ademán para besarla....

Friamente, y sin que su condición de mujer hija de estas latitudes ígneas, experimentase inclinación hacia el hombre que juntaba sus carnes con las suyas, dijo:

—“¡Respétame, no soy libre: pertenezco a otro hombre: el único que puede juntar sus labios con los míos!”—, al tiempo que su diestra se interponía entre los dos, a manera de muralla infranqueable....

Levantada disposición que habla elocuentemente de la "gravedad de su carácter" y de lo "irreprensible de su conducta".

Ojeda, cuyo valor y decisión no le impedían ser prudente, comprendió lo inseguro del plano en que se movían y decidió marcharse. Así lo hizo; y media hora después, a sus espaldas quedaban, invisibles, ocultas detrás de la densa espesura de un bosque, las ordenadas "casas" del poblejo que acababan de visitar, aunque sin resultados inmediatos.

El esforzado servidor de Colón llevaba impresa en sus mientes la esbelta y cautivadora efigie de Anacaona, tal como se le había presentado: medio envuelta en un

manto de algodón artísticamente dibujado a cuadros de vivos colores, parecido a la estola de las matronas romanas; adornada su cabeza con una vistosa diadema; luciendo en sus brazos deslumbrantes brazaletes de oro y en sus gruesos y torneados muslos, dos hermosos ramos de flores cuyo perfume embriagó al apasionado castellano....

* * *

Los expedicionarios "caminaron todo aquel día por los parajes más fragosos de las montañas, deteniéndose en varios sitios, donde encontraron indicios de riqueza suficiente para contentar la codicia y satisfacer la afanosa curiosidad de sus compatriotas"; y habiendo reunido el oro de que hemos hablado, descendieron a la dilatada vega y se volvieron al puerto de Isabela, en cuyas construcciones se notaba un marcado movimiento, no obstante el descontento ya manifestado en un apreciable por ciento de los compañeros de Colón, pues creían —¡incautos!— que para hacerse ricos no necesitaban más que llegar a la Colonia....

Magüer este lamentable estado de cosas, existía el interés por levantar la ciudad. En una parte se veían edificios recién acabados: un templo, una enfermería; el edificio donde sesionó el primer Ayuntamiento o Concejo Edilicio del Nuevo Mundo; varios almacenes y algunas casas-viviendas, en otras se alzaban muros y se colocaban techos, y en otras se tiraban los trazados para edificar o se echaban los cimientos. Todo esto contemplaron optimistas Ojeda y López Luján, quienes dieron vida con su regreso a las más vivas demostraciones de alegría: entre los trabajadores, principalmente, al extremo de que abandonaban sus quehaceres para inquirir acerca de las impresiones recibidas.

—Como en los amenos Campos Elíseos —decían los expedicionarios—, en aquellas comarcas parece reinar una eterna primavera....

Pero en medio de los destellos de luz esplendorosa



que constituían las agradables noticias recibidas en relación con la explotable riqueza de las regiones visitadas, se alzaban dos sombras amenazadoras: Bernal Díaz de Pisa, contador, y Fermín Cedó, ensayador de metales, quienes perseguían la realización de vergonzosos planes disociadores.

A fin de dar vida a su perversa intención, Díaz; y Cedó (sustituído más tarde por el hábil metalúrgico Pablo Velvis) convinieron en divulgar entre sus amigos la farsa de que el metal obtenido por Ojeda y López Luján no era "oro nativo" sino "fundido y ligado con otros metales".

¡Cuántos artificios o engaños tiene a su alcance la meledicencia, para poner en juego sus funestos designios!

La pasión que corroía sus entrañas les impedía advertir que era nimio el oro cibaño y tan puro, tan valioso, como el mismo metal llevado en sus ondas por el Ebro de Tracia: en las mismas ondas-sepultura de la cabeza de Orfeo arrojada por las febriles adoradoras de Baco, a seguida de alguno de esos desatentados festines en que las frenéticas Ménades, mostrando serpientes alrededor de los brazos y en las manos el puñal o el tirso, sentían una suprema embriaguez a la vista de la carne palpitante cuya sangre bebían a grandes sorbos, señal inequívoca de que el "dios" (hijo de Júpiter y Seleme) obraba en ellas, consagrándolas sacerdotisas de su culto....

Colón, ignorando las maquinaciones que ya se alimentaban en su contra, no juzgó necesario consultar al ensayador respecto a la calidad del metal, no discutida por nadie; y no pensó desde aquel momento más que en remitir a los monarcas las gratas nuevas.

Esta disposición, estimada en sentido despectivo hacia los descontentos: en particular para el encargado de probar los metales, contribuyó a encender la hoguera de la discordia, cuyas llamas comenzaron a avivar los enemigos del orden....

CAPITULO QUINTO

LOS ENEMIGOS DEL ORDEN

OPUSCULO

DE LA

El dos de febrero de mil cuatrocientos noventa y cuatro se hizo a la mar en el puerto de Isabela, la expedición de retorno a España, bajo las órdenes del capitán Antonio de Torres, a quien acompañaban numerosos caballeros sevillanos, que, por no brindar campo a proezas bélicas la colonización, manifestaron deseos de regresar.

Torres era portador de varios pliegos, oficiales y particulares (carta del doctor Diego Alvarez Chanca al Ayuntamiento de Sevilla, escrita con posterioridad a las expediciones de Ojeda y López Luján; relaciones del Padre Boil, Sebastián de Olano, Pedro de Villacorta y Guillermo Coma), aparte de un *Memorial* para sus altezas, en el que reseñaba Colón los primeros vacilantes pasos de la marcha de la Colonia; daba cuenta de los morbosos efectos producidos ya por la aclimatación, y solicitaba con urgencia nuevos mantenimientos.

Y en tanto se procedía a tales cosas en la metrópoli, descubriáse aquí el germen de una sedición apoyada por el general descontento. Las molestias de la travesía, insoportables para gente no hecha a la vida marítima, juntáronse a la llegada con las graves deficiencias de la alimentación y la falta de habitaciones que, obligando a

los nuevos huéspedes a permanecer día y noche a campo raso en un clima ardiente y bajo la acción palúdica de los pantanos y las selvas centenarias, alfombradas por espesa capa de detrito vegetal, cuyos vapores en extremo nocivos deslizábanse "como fantasmas invisibles", al decir de Cronau, trajo por consecuencia el desarrollo de enfermedades que el propio Colón hubo de experimentar, y a cuya curación no era posible atender debidamente.

Las exigencias de la instalación, oponiéndose por otra parte el corporal descanso, reclamaron la aplicación de todos los brazos a trabajos cuya rudeza no estaban acostumbrados a soportar muchos de los inmigrantes, y a todo esto las deseadas riquezas (¡oh mandrágoras!) no se brindaban con la facilidad que algunos ilusos se prometieran.

Era aquello lo que cabía esperar en la grandiosa empresa acometida; que no es posible arrostrar el empeño de fundar un pueblo en tierra selvática, sin aceptar las consecuencias de una labor titánica y la privación de las comodidades que sólo el desarrollo de la cultura puede proporcionar. Pero la realidad era harto dura para los que en aquella expedición se alistaron inducidos por relatos fantaseadores: al abatimiento moral agregóse el enervamiento físico, y con la idea de haber sido engañados debió mezclarse en los espíritus el deseo de retornar a la Patria (la "dulce España" de que nos habla Cervantes en *Los baños de Argel*), tanto más querida cuanto más lejana.

La partida de las doce naves dió mayor estímulo a esta situación; el químico Fermín Cedó, negando la existencia de mineral aurífero en el país, tendía a desvanecer la última probabilidad de seguro y rápido enriquecimiento, y Bernal Díaz de Pisa, por animosidad personal o por considerarse preterido en la distribución de cargos, agrupando en torno suyo a los principales descontentos, propúsoles apoderarse de las cinco carabelas

surtas en el puerto, para llevar a España una violenta reclamación contra las imposturas de las que creían se les había hecho víctimas.

Sorprendida la conjura gracias a la oportuna intervención de Miguel Díaz, descubridor más tarde de las minas de oro de Jaina ¹²⁸, no llegó a estallar, pero dejó latente un sentimiento de hostilidad hacia Colón que en circunstancias posteriores debía mostrarse con mayor evidencia. Proponíanse esta vez ausentarse con destino a España, a bordo de la Niña, que en el segundo viaje había tomado el nombre de Santa Clara; la Cordera, San Juan y los otros buques anclados en la Isabela.

* * *

Sofocada la agitación, procesado Bernal Díaz de Pisa y castigados algunos revoltosos, el catorce de marzo de mil cuatrocientos noventa y cuatro, al frente de una columna de cuatrocientos hombres, con banderas desplegadas y a tambor batiente, inició el Almirante sus exploraciones por el interior; llegando al siguiente día (después de haber vadeado con dificultad el río Yaque), a un pueblo grande, del que mucha gente había huido a los montes, y la mayor parte se hizo fuerte en las casas, cerrando las "puertas" con cañas, como si esto hubiese sido una gran defensa. Según la costumbre indígena, nadie se atrevía pasar al interior por una puerta que así encontraba cerrada.

El domingo dieciseis entraron en las regiones cibaenas, admirando todos la magnífica llanada que apellidó Colón Vega Real, célebre más allá de las Indias Occidentales, donde obtuvo seguridad de los anuncios de Ojeda y López Luján en correspondencia con las minas de oro, cuya explotación dispuso bajo el amparo de un fuerte al que dió el nombre de Santo Tomás, a la orilla del río Jánico ¹²⁹, y del que nombró alcaide a Mosén

Pedro Margarite, con instrucciones especiales respecto al buen trato que debían recibir los naturales, y en el cumplimiento de las cuales estaba interesada la Reana ¹³⁰. En tanto, don Diego, en la Isabela, autorizaba otra cuadrilla expedicionaria bajo la dirección de Ginés de Corbalán, que recorrió fértiles comarcas pertenecientes al cacicazgo de Marién. Estos hombres regresaron alimentando las más halagadoras esperanzas en vista del posible desarrollo agrícola de dichas regiones, catalogadas entre las más sorprendentemente prometedoras del mundo.

Pocos días después, el jueves veinte tornó Colón a la Isabela, arribando el sábado veintinueve para comprobar entusiasmado el auge de la agricultura, a pesar del corto lapso transcurrido desde su partida ¹³¹. Inmediatamente organizó la administración pública bajo la dirección de su hermano ¹³², a quien designara su teniente. Pero, y no obstante el buen deseo manifiesto de Colón y del gobierno que acababa de inaugurar, el espíritu de revuelta de un puñado de advenedizos mantenía en constante desesperación los ánimos.

La necesidad de laborar unidos para hacer efectiva una tranquilidad salvadora; y el respeto que todos debemos a la Ley, no pasaba de ser para ellos un "deber" reñido con sus normas de vida....

* * *

El Almirante luchaba entre dos corrientes que pugnaban por aislarle del escenario de la Colonia: de esta fracción de las Antillas, en la que él cifró desde el primer momento todas sus esperanzas. Y en tanto la maldad y el egoísmo destruían o contribuían a hacer del estacionamiento de las actividades políticas y sociales un hecho de realidad desesperante, en el interior tenían lugar sucesos reñidos con las necesarias orientaciones de bien público.

Los indios, encabezados por Caonabo e irritados porque los conquistadores levantaron una casa-fuerte sin su consentimiento, comenzaron una intensa labor de preparación encaminada a conseguir la destrucción de esa defensa. Mientras tanto, el Descubridor preparaba una gruesa columna de fascinerosos capitaneada por Alonso de Ojeda, a quien dió órdenes de encaminarse al fuerte Santo Tomás (el nueve de abril), en vista de la resolución nada armonizadora de los quisqueyanos. Ojeda llevaba, además, la orden de construir, como se construyó en la margen occidental del Yaque, una fortaleza que bautizaron con el nombre de La Magdalena ¹³³.

Tomadas estas y otras providencias relacionadas con el saludable funcionamiento de la cosa pública, en el que estaban empeñados su buen deseo y el de los que seguían fieles a sus nobles anhelos, preparóse el genovés a continuar sus exploraciones marítimas, a cuyo efecto dióse a la mar el veinticuatro de abril de mil cuatrocientos noventa y cuatro, con las mencionadas embarcaciones ¹³⁴; y enderezando el rumbo con dirección oeste, tocó ligeramente en los puertos de Montecristi, Natividad y San Nicolás, cruzando el estrecho que separa La Española de Cuba, descubierta en el primer viaje y tenida por un continente ¹³⁵.

El día veintinueve divisaba la región oriental de Bayatiquirí (donde se halla enclavada la punta Maisí) y poco después hacía su desembarco en las playas cubanas del mediodía, siendo cumplidamente agasajado por los naturales ¹³⁶. Solicitando informes relacionados con minas de oro, indicáronle la existencia de una gran isla hacia el mediodía, y a ella se dirigió el tres de mayo, descubriendo la de Jamaica; y dando fondo en el puerto que lleva el nombre de Santa Ana, no sin imponerse antes por la fuerza a los indígenas que les hostilizaban ¹³⁷.

Bojeada la costa norte de la isla de Jamaica, hasta su extremidad occidental, el miércoles catorce retornó la

expedición a Cuba, encontrándose el dieciocho enfrente del cabo Santa Cruz, según Las Casas; cruzó luego por entre los Jardines de la Reina, avanzó hacia Trinidad, llegó a Bartabanó y prosiguió hasta la bahía Filipina. De haber continuado la navegación con aquel rumbo, presto se hubiera obtenido el convencimiento de que era una isla el territorio que se ofrecía a la vista; pero instado Colón por sus compañeros a no insistir en la exploración, por hallarse averiadas las embarcaciones y mermaos los alimentos, reconociendo la exactitud de la observación, apartóse de las playas cubanas el día trece de junio, manteniendo la errónea creencia de que era un continente lo que acababa de explorar y haciéndolo constar así en acta autorizada por Hernán Pérez de Luna, escribano que llevaba a bordo ¹³⁸.

Gobernando con dirección sureste, y después de incontables riesgos y trabajos que amenazaron el crucero, aproximáronse los buques a la isla de Pinos, la más grande entre las adyacentes de Cuba, de la que se alejaron el miércoles veinticinco para anclar, cinco días después en nuevo paraje apellidado Puerto de la Misa, por haberse celebrado allí, con toda solemnidad, el sacrificio eclesiástico, en presencia de los asombrados indios ¹³⁹. Agasajado, como dejamos dicho, por los cubanos, que les proporcionaron cuantos mantenimientos podían utilizar ¹⁴⁰, abandonó Colón las playas de la antilla hermana el dieciseis de julio, dirigiéndose a La Española. Vientos contrarios le obligaron a volver a Jamaica el veintidós, y explorando la costa de aquella isla se mantuvo hasta principios de agosto. Al apartarse de Jamaica fué avistado el cabo Tiburón, que bautizó con el nombre de San Miguel, sin sospechar el experto marino que se hallaba de nuevo en aguas quisqueyanas, de lo que fué advertido por algunos indios que acudieron a bordo ¹⁴¹.

Navegando entonces, por primera vez, a lo largo de la costa meridional de esta isla hacia el este, refugióse el

catorce de septiembre en el canal de la isla Adamanay, hoy Saona, donde contempló el raro fenómeno del eclipse lunar¹⁴², felizmente en situación distinta de la que le rodeaba cuando el eclipse del veintinueve de febrero de mil quinientos cuatro, en Jamaica¹⁴³. Aguardó allí las otras carabelas que iban rezagadas, y el veinticuatro, gobernando siempre al este, hizo alto en la pequeña isla Amoná, nombre que transformado en Mona es el que lleva aquel peñasco. Abrigaba el Almirante propósitos de continuar su exploración, dirigiéndose a conocer algunos puertos de Boriquén, pero los sucesos se impusieron a su voluntad: víctima en Amoná de súbita dolencia¹⁴⁴, efecto sin duda de la incesante fatiga, cayó en profundo letargo, y los que le acompañaban, temiendo por su vida, apresuráronse a tomar la vuelta de la Isabela, adonde arribaron el veintinueve de septiembre.

* * *

Al desarrollo creciente, fatal, de las enfermedades consiguientes a la aclimatación, agregábase la desafección de los indios que, en hostilidad abierta con los invasores, atacábanlos cuando solos o en grupos se alejaban de los poblados, y decididos a mermarles los productos del país que utilizaban para el consumo, habían suspendido sus labranzas: el hambre hacía sentir, hasta el punto de no bastar jutías¹⁴⁵, iguanas¹⁴⁶ y cangrejos para satisfacerla y ser forzoso recurrir a los perros mudos que había en la isla y sacrificar hasta los mastines traídos de España.

Este abandono de las labores agrícolas por parte de los indios con el que pensaban conseguir en principio la desocupación del territorio, en diferentes partes bajo la inmediata ingerencia de los conquistadores, constituyó para Anacaona un nuevo desesperante problema. El hambre no sólo hacía estragos entre los españoles, sino también mermaba diaria y considerablemente la

población indígena, al extremo que algunos historiadores elevan a cincuenta mil el número de quisqueyanos muertos a consecuencia de la escasez de alimentos naturales ¹⁴⁷.

Mientras Caonabo, inexorablemente, luchaba para que fuesen cada día más gigantescas las llamas de la guerra, su esposa, en disposición siempre conciliadora, laboraba en el sentido de generar un cambio honroso con respecto al orden de cosas establecido; y de cuyas fatales consecuencias eran culpables muchas veces los castellanos. Con sus desmanes y falta de comprensión del derecho ageno, daban vida a un crecido por ciento de sus actos ¹⁴⁸.

En tanto los aborígenes aptos para los azares de la guerra huían a los bosques y montañas o eran ocupados en la fabricación de toscos instrumentos exterminadores, las mujeres de Jaraguá y Maguana (encabezadas por la hermana de Bohechío, cuya ingerencia había criado raíces indestructibles en el alma de su pueblo, gracias a su carácter naturalmente bondadoso sin dejar de ser enérgico), se dedicaban al cultivo, interesadas en demostrar que la concordia y el trabajo eran las únicas orientaciones capaces de detener la realidad de su total desaparición.

* * *

Al malestar producido entre los conquistadores por las enfermedades y la miseria, agregóse la discordia entre don Diego y Pedro Margarite, debido a las barbaridades que éste y su gente, contrariando las disposiciones superiores, encaminadas a hacer efectivo un buen trato a los indios ¹⁴⁹, habían cometido, particularmente contra los súbditos del feroz Guatiguaná, a quien llamaban también el rey o cacique de Río Grande ¹⁵⁰. "Margarite introdujo en los nuestros la peste de la discordia, y ocasionó en los naturales un mortal aborrecimiento al nombre español" ¹⁵¹.

Discutida la autoridad de don Diego, acrecentóse con la insubordinación el desorden, y al llegar el Almirante hubo de acudir a contenerlo, castigando a los más alborotadores como en ocasiones anteriores. Ya don Bartolomé, en conversación con su hermano, había exclamado:

—“¡Dejémonos abofetear, y no tardarán mucho en llevarnos al calvario!”

Así habría sucedido, de no encontrar el Descubridor en su oportunidad la energía de aquél y el valor y audacia de Alonso de Ojeda, Diego Méndez y Miguel Díaz, sus más decididos y esforzados colaboradores.

Estas rivalidades entre los españoles en el comienzo de la conquista y colonización, fueron de tristes resultados para el progreso de la tierra recién descubierta, ya que la organización, la disciplina, en un conglomerado cualquiera, es el poderío y la vitalidad, mientras la falta de organización es la debilidad y a veces la descomposición y la muerte.... Pedro Margarite, el Padre Boil y trescientos expedicionarios más se apoderaron de las carabelas en que había venido don Bartolomé y huyeron para España. Esta ocurrencia dió vida a un casi general descontento. Cuando a don Diego le fué comunicado el suceso, dijo:

—“No lo siento por ellos, sino por los buques”.

El futuro Adelantado, en cambio, estimó más grave el instante que vivían; pues no ignoraba el efecto que en la Corte producirían los informes de los desertores, tratándose como se trataba, de hallarse encabezados por dos figuras representativas de la colonia, como eran el jefe militar y el representante de la religión.

Para apreciar el grado de insubordinación dominante en algunos espíritus con anterioridad al acto de la desertión, veamos la siguiente carta dirigida por el Padre Boil a Margarite, y la que muy poco dice de su ministerio:

—“Mi querido Margarite: Por consideraciones particulares que bien podéis conocer, he tenido que

rendirme a los deseos de don Diego, en la Junta de hoy, consintiendo en que se os escriba la carta que recibiréis de él: pero os aseguro que no lo hubiera hecho, a tener aquí fuerza que me apoyase, como tengo amigos dispuestos a sacudir el yugo de estos advenedizos. Si yo me hallase en vuestro lugar, bien me sé lo que haría; pero no me atrevo a dar consejos, cuando ignoro si los han de tomar: a falta de don Cristóbal (que se fué, y Dios sabe si volverá), nos ha venido un don Bartolomé de la misma cepa; el cual, sin autoridad de nadie hace y deshace, aconsejando a su hermano, y lleva trazas de alzarse con el mando y el palo. Yo creo que un hombre como vos debiera mirar por los suyos, en vez de someterse a las órdenes de gente llovida del cielo. Haced lo que sea de vuestro grado; pero tened entendido que de vuestra determinación depende el que contéis en ésta con muchos amigos o muchos contrarios. Soy de los primeros muy afecto servidor vuestro.—*Boil*" 152.

* * *

Indudablemente, los desertores habían asestado un golpe de resultados funestos tanto para el orden material cuanto para el moral, en la colonia y fuera de ella. La Iglesia quedaba sin cabeza, las tropas sin jefe, al borde de la anarquía, y la Junta de Gobierno falta de dos de sus más destacados miembros. Y para colmo de males, las salvajes huestes de tierra-adentro alimentaban en aquellos instantes angustiosos, decisivos, feroces anhelos de libertad e independenciam.

Este deseo manifiesto, incontenible de venganza, tuvo por escenario las fértiles regiones donde gobernaba el nitaino Guatiguaná, cuando diez españoles descarriados intentaron dar nuevos pasos en la senda de oprobios y desmanes en malhora iniciada..... Confiados en la real superioridad de su raza y de sus armas, dice Orellana ¹⁵³,

entraron en las primeras casas, pidiendo qué comer; o por mejor decir, tomándolo, y empezaron a jugar alegremente con algunas jóvenes. El juego entre soldados licenciosos y muchachas desnudas no podía menos que producir atrevimientos desagradables....

Para disipar su irritación, o mejor encubrirla, promovieron los parientes de las agraviadas una fiesta en la plaza del pueblo, a la cual invitaron a sus alegres huéspedes. Todo esto se hacía por disposición del cacique; y mientras los diez intrusos se solazaban, bailando con aquellas indefensas e inocentes criaturas a usanza de España, y procurando tal vez imitar de un modo grotesco y burlón las danzas quisqueyanas, sonó de pronto una especie de gaita, hecha con tubos de caña, y acto continuo aparecieron interceptadas por multitud de "salvajes" armados todas las salidas del batey. Los que, al parecer, tomaban parte en la fiesta, huyeron en todas direcciones, dando gritos significativos y dejando solos a los mofadores, que empezaron a comprender lo grave de su situación.

Los sorprendidos castellanos se precipitaron con arrojo hacia la calle donde tenían sus alojamientos; pero no pudieron trasponer la valla de gente armada; muy al contrario, se vieron forzados a retroceder a causa de los reiterados golpes de espada, clava y lanza, que llovían sobre ellos. Algunos, sin embargo de semejante posición, se abrazaban con sus enemigos, logrando arrebatarse las armas y defenderse con ellas. Pero sirviéndose de tales medios de defensa, no podían llevar más ventaja que la del valor personal; y en contra tenían el número infinitamente mayor de los naturales. Amontonados estos y sin orden se lanzaron contra los inermes soldados y pronto los acorralaron en un estrecho círculo.

Poco tiempo duró la lucha; y menester fué una heroica resistencia hispana, pues solamente cuatro de ellos habían podido hacerse de armas y los restantes paraban los golpes con sus manos. Todos sucumbieron

a una muerte lenta y penosa..... Sus cuerpos todavía palpitantes y llenos de vida fueron arrastrados y luego despedazados en medio de una infernal gritería..... Y cuando ya no quedaron de ellos más que restos informes, la frenética muchedumbre aclamó al cacique, pidiéndole nuevas víctimas, en su fiebre de sangre.... Guatiguaná se presentó entonces a su pueblo, cargado más que armado con las mejores armas de los soldados muertos; mandó traer las restantes, y las distribuyó entre sus principales guerreros. Los arcabuces y la pólvora los arrojó con temor supersticioso....

Era de noche: y aunque en el firmamento brillaba hermosa la luna, y a la luz de este astro se había ejecutado la matanza referida, quince o veinte indios acudieron a festejar al cacique con antorchas de cuaba y umirí. Mil gritos discordantes y diversos salían de entre aquella gente febril e inexorable, hasta que Guatiguaná, haciéndose levantar a hombros de dos guerreros, dominó el tumulto diciendo:

—El númen tutelar de Quisqueya nos favorece, y ya hemos visto que no son indestructibles los hombres de la blanca piel: sorprendiendo y atacando a unos después de otros, acabaremos con ellos. Yo sé donde se albergan cuatro veces diez ¹⁵⁴, que no tienen fuerzas para resistir. Caiga sobre ellos el exterminio, antes que recobren su vigor y puedan vengar a sus hermanos. ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra!

Los indios repitieron a grito herido la palabra ¡guerra!, siguiendo en tropel, precedidos de su jefe, a través de un bosque, hasta llegar junto a unos caneyes agradablemente situados al pie de las colinas que servían de base a las montañas del Cibao. Una galería cubierta y recientemente construída enlazaba dos de aquellas "casas", formando con ellas un extenso albergue que servía de hospital a los españoles. Allí dentro había más de cuarenta enfermos, asistidos por indígenas bajo la

dirección de un corto número de blancos: los cuales al oír el tumulto, salieron presurosos a informarse de lo que aquello era; y conociendo por los gritos y ademanes de los agresores, que peligraba su vida, huyeron a las montañas. Los enfermos, inermes, quedaron abandonados. Guatiguaná, seguido de un grupo formado por sus mejores guerreros, entró en el hospital como un tigre sediento de sangre; y no viendo a nadie que intentase oponerle resistencia, lanzó un profundo grito de alegría, y con una tizona que llevaba, descargó algunos tajos a diestro y siniestro, hiriendo a varios de aquellos infelices yacentes en el lecho del dolor....

Ufano de su hazaña, el cacique salió; y después de agitar una antorcha tres veces en el aire, la arrimó a la puerta principal del hospital, gritando a su gente:

— Sed testigos de que Guatiguaná sabe tomar venganza de los ultrajes hechos a los hijos de Quisqueya. Que arda este caney por todos sus costados y perezcan entre agudos tormentos los enemigos que hay dentro.

Mientras el soberano de Río Grande profería estas palabras, su antorcha comunicaba el fuego a las cañas, maderas y hojarasca de que estaba formado el "edificio". Los otros indios que llevaban teas, se apresuraron a imitar el ejemplo de su jefe, arrimándolas por diferentes partes a la "casa", que en pocos momentos apareció envuelta en llamas y negro humo....

Al siniestro resplandor de la conflagración, la muchedumbre indiana comenzó a saltar y bailar, haciendo mil extraños gestos y contorsiones. Era horrible aquel espectáculo, aumentado por los gritos de dolor lanzados por los enfermos, a quienes el voraz incendio tostaba y arrojaba de sus hamacas y barbacoas. Algunos, los más fuertes, se abalanzaban a las puertas, buscando aire que respirar y huyendo de la espantosa muerte que los amenazaba: pero unos eran rechazados violentamente por sus enemigos y caían en medio de las llamas; otros

sucumbían a los golpes repetidos que a modo de mazos de un batán, caían sobre sus cabezas.

Esta espantosa escena se prolongó hasta el amanecer; y en el sitio en donde antes se levantara el hospital de los españoles, el nuevo sol alumbró solamente un montón de ruinas humeantes, mezcla horrible de huesos calcinados y cenizas del edificio, amasadas con sangre en muchos puntos....

* * *

A la vista de este derramamiento de sangre española, el sentimiento de libertad creó nuevos bríos en el espíritu del vengativo cacique, iniciando al punto un desesperado ataque contra la gente de Luis de Arriaga, en la Maguana, cuyos resultados no fueron todo lo funestos que el caudillo cibaño esperaba, debido a la previsión adoptada.

Mientras esto acaecía en el fuerte levantado a orilla del Yaque, en las cercanías de Esperanza, Caonabo, seguido de un numeroso y decidido contingente, sitiaba a Ojeda y sus hombres en Santo Tomás, con posterioridad a su convencimiento de que le sería imposible conseguir una voluntaria inactividad de aquella guarnición: en cada uno de cuyos miembros, al decir de Quintana, tiene la historia un héroe de leyenda....

La situación era asaz difícil para los españoles.

Y convencido el jefe hispano de que el régulo de Maguana lograría su propósito exterminador, si se mantenían como hasta entonces, entre las paredes de la casa-fuerte, se dispuso a jugar el todo por el todo. Y abandonando los estrechos muros del recinto, seguido de Miguel Díaz, Diego Méndez y sus demás compañeros, Alonso de Ojeda se dispuso a defenderse de una muerte casi segura. Era verdaderamente una empresa temeraria la de aquellos hombres, comenta Orellana¹⁵⁵; pues por grande que fuese la superioridad de su valor y de sus

armas, iban a luchar, provocándolo en campo raso, con un ejército que no bajaba de ocho mil combatientes. Pero no era la primera vez que Ojeda buscaba al fiero Caonabo en su mismo campamento: así es que los soldados estaban animados del más vivo entusiasmo, y contaban ya con una victoria real.

Comenzaba a reir el alba, cuando se bajó la compuerta para dejar salir a Ojeda y a su reducido ejército: Miguel Díaz se colocó a retaguardia por mandato del caudillo, quien le dijo:

—No creáis que os señalo este puesto por considerarlo de menos valer. Tened entendido que el astuto Caonabo dirigirá sus esfuerzos a cortarnos la retirada; y en breve lapso, lo que ahora es retaguardia se convertirá en vanguardia. Para este caso, aquí os doy la mitad de los arcabuceros que abrirán brecha fácilmente; y en viendo arremolinarse y ceder el enemigo, no tenéis más que hacer, sino cargar con las espadas: pero no olvidéis nunca la cabeza de la columna.

Esta se deslizó silenciosa por el lado de la colina opuesta al río, y en poco tiempo estuvo en el fondo del valle, a poca distancia del campamento enemigo. Casi todos los indios dormían confiados a cielo raso; pues únicamente Caonabo, sus hermanos y principales jefes tenían tiendas, o por mejor decir, chozas de ramaje, adheridas a los troncos de algunos seibos, y agrupados en un corto trecho.

A este punto precisamente dirigía Ojeda su atrevido ataque. Una voz de alarma bastó para poner en conmoción el numeroso y decidido ejército indiano, que se alzó desordenadamente, atronando los oídos con una inmensa gritería. Caonabo apareció al instante en la puerta de su choza, blandiendo una maza de treinta libras de peso y guarecido con un largo escudo toscamente labrado de madera dura. El jefe español mandó hacer fuego a sus arcabuceros, pero economizando los tiros al fin de dar

tiempo a cargar entre unos y otros, y avanzó sin detenerse hacia Caonabo. Este dió un grito que fué repetido por otros jefes, atrayendo a su rededor una muchedumbre desordenada, la cual tomó bien pronto una organización regular. Multitud de flechas partieron de este centro hacia los españoles, que procuraron pararlas: quién con los escudos, quién con las espadas, rebatiéndolas en el aire. La seguridad del triunfo dependía del ímpetu del ataque. Así fué que Ojeda, despreciando la espesa lluvia de flechas, continuó avanzando a pasos acelerados, y no paró hasta herir con su espada en las primeras filas de los salvajes". La columna española evolucionó rápidamente al fin de encontrarse con aquellos cuerpo a cuerpo sin perder su formación compacta; de ese modo y en breve espacio luchaba entre dos murallas de hombres a quienes hacía frente a un mismo tiempo, y que cedían terreno a la fuerza de los templados aceros y a las armas de fuego.

Pronto se declaró entre ellos un terror pánico, que los precipitaba unos sobre otros. Caonabo hizo realidad el intento de unir sus fuerzas y encontrarse a mano con el caudillo invasor: pero el tropel mismo de su gente lo arrolló, alejándole gran trecho de su tienda. Ojeda marchó sobre el enemigo, que no cesó de huir hasta colocarse a bastante distancia y aperebirse con alguna seguridad. Entretanto, diez ballesteros se precipitaban en las abandonadas chozas, en busca de víveres, que esperaban encontrar allí. Con efecto, pronto volvieron conduciendo sacos llenos de provisiones, y se unieron a sus compañeros, ya organizados para rechazar un nuevo y más vigoroso ataque. Los indios se habían dividido en dos alas, de las cuales una atacaba por el frente y la otra se corría veloz, con intención manifiesta de cortar la retirada.

—Ya lo véis, amigo Díaz —gritó Alonso de Ojeda— E

preciso que esa gente no llegue a ganar la falda de la colina del fuerte ¡A ellos! ¡A ellos!

Miguel Díaz colocó todo el cuerpo de retaguardia en una línea diagonal, que sin presentar gran extensión vulnerable a los tiros del enemigo, pudiese dirigir los suyos con probabilidades aminorativas del impulso contrario. Pero esta disposición tendía a acortar, en apariencia, por lo menos, el número de los españoles, dando mayor osadía a los cibaños, que se precipitaron como un torbellino lanzando flechas, piedras y furiosos alaridos....

La lucha comenzó de nuevo; y aunque muchos naturales caían y otros se declaraban en fuga, el gran número de los que venían detrás suplía su falta y cerraba sus pelotones. Alonso de Ojeda peleaba como un león: sus compañeros le imitaban, y Díaz mantenía en jaque a la gran masa que intentaba envolverle. Mas a pesar de tanto esfuerzo, después de una hora de combate, los aborígenes lograron cercar al enemigo, que por algunos momentos creyó llegado su fin. Y habría sido inevitable sin un incidente inesperado que vino a sacarles de tanto aprieto, abriéndoles un paso para ganar la retirada.

Cuando más apiñados estaban los indios hacia la colina del fuerte, los españoles pudieron notar que se arborotaban y corrían en otra dirección, como si alguna fuerza los batiese por la espalda. Ojeda pensó que sus amigos del fuerte habían acudido a socorrerle. Pero estos no se habían movido, y sólo disparaban desde la muralla. Los aborígenes, en tanto, seguían atropellándose y huyendo, poseídos de un gran terror; y no tardó en aparecer el autor de aquella derrota: era el Babiaca de Miguel Díaz, que habiendo inutilizado las riendas, había bajado a la llanura y corría por entre la muchedumbre de gente enemiga, repartiendo patadas y bocados a diestro y siniestro....

Parecerá increíble que este animal solo, bastase para infundir tanto miedo a los "salvajes"; pero debe tenerse presente que ellos (al igual de los incas y los aztecas) desconocían estos cuadrúpedos y los miraban con natural superstición: lo que unido a la ferocidad instintiva de estos animales, si están avesados a la guerra, hizo que los aborígenes considerasen a aquél como a un enemigo sobrenatural, capaz de despedazarlos. Miguel Díaz no tardó en conocer su caballo, y llamándolo por su nombre (homenaje al héroe castellano vencedor del Rey Bucar), a cuya voz acudió sumiso, lo montó y comenzó a dirigir la retirada, abriendo paso a sus compañeros, y caracoleando en torno de ellos para alejar a los enemigos.

De este modo emprendieron el camino del fuerte; y aunque sin dejar de combatir, y sufriendo las reiteradas descargas de flechas, que afortunadamente no podían penetrar el hierro de las armaduras, lograron ponerse al abrigo de los muros, conteniendo a los "salvajes" con sus certeros disparos los que se hallaban dentro. Sin embargo de esto, no pudieron entrar antes que un pelotón de unos mil indios, más animosos que los otros, les alcanzase en su heroica retirada, y la lucha volvió a trabarse cuerpo a cuerpo en la entrada misma de la fortificación. Pugnaban aquellos por impedir a los españoles su desesperado propósito y arrojarlos de nuevo al valle; pero entonces Ojeda mostró cuánto era su valor y cuánto el vigor de su incansable brazo. Colocándose a retaguardia de sus soldados, abrazado al escudo con que ágilmente se cubría: ya la cabeza, ya el pecho, comenzó a descargar tajos y reveses con tal furia, que cada golpe tendía a un hombre a sus pies y llenaba de pavor a los más arrojados.

—¡Adentro! ¡Adentro, muchachos! —gritaba—.

Y como el paso era estrecho y habría sido casi imposible forzarlo, bastaban los estragos de su espada para contenerlos. A medida que entraban, Alonso de Ojeda retrocedía, y así continuó peleando, hasta quedar

de puerta adentro. Entonces fué preciso que todos los arcabuceros concentrasen sus tiros desde la puerta, interesados en desembarazar el puente, sobre el cual se habían agolpado los naturales. El estrago y el terror que les causaban las armas de fuego acabó de vencerlos, y la guarnición española pudo quedar encerrada dentro de los muros del fuerte.

* * *

En medio de la jadeante, sudorosa turba, como un ángel de bondad, parecía la figura esbelta y deslumbradora de Anacaona, llevada por Caonabo hasta el campo en que luchaban aquellos a quienes ella había tratado de indicar una senda de comprensión, de amor.

Conocida era ésta su natural inclinación; de manera que su presencia en el teatro de los acontecimientos, indicaba para la mayoría, sobre todo para los castellanos, mutabilidad en su carácter.

En un momento de obligado cese de las operaciones: y alejado Caonabo de la litera donde ella estaba, dió comienzo Anacaona a la tarea de hacer realidad un anhelo largo tiempo reprimido. A lo lejos, el estruendo de la artillería y los gritos desesperados de los aborígenes se juntaban en un consorcio aterrador, mientras la dulce compañera del jefe caribe, a la sombra de un seibo gigantesco, hablaba, o mejor dicho, profetizaba ante grueso número de oyentes, la suerte de los dos núcleos pobladores de la isla.

—¿Podría el legítimo Derecho que nos asiste, repeler esa otra “fase” del derecho, representada por la fuerza: y acerca de la que he hablado en ocasión menos grave? No. En muchos casos (y el nuestro entra en ellos), la Fuerza del Derecho ha sido arrollada por el “derecho de la fuerza”; y mientras los humanos contemplemos el desarrollo, vertiginoso o lento, de esos acontecimientos,

la felicidad a que aspiramos se hallará amenazada. Nuestra posición respecto de los hombres blancos, no puede ser más delicada. Y sin embargo de la conveniencia de actuar divorciados de las armas, nos servimos de ellas, para convertirnos en suicidas.... Sería error calificarnos de otro modo.... Conocemos, pero nos empeñamos en ignorar, para mayor desventura, la gravedad de los sucesos que han tenido lugar a nuestro alrededor, desde el fatal instante en que una mujer (al avivar con su acción el fuego carnal en nuestro señor), dió vida a un pasmoso derramamiento de sangre que bien pudo haber sido evitado. Yo, sin olvidar el amor y por ende el respeto que me inspira el hombre a quien me uní en honradora condición de esposa, para premiar los triunfos guerreros que contribuyeron a afianzar la tranquilidad de los habitantes jaragüeños; yo, repito, sería capaz de realizar el más amargo de los sacrificios, si estuviera cierta de lograr la unión que tan necesaria juzgo: hoy más que ayer, porque está más íntimamente ligada con lo que habremos de ser.... ¡El "amor" de una mujer! Caonabo, dirigente infatigable, vencedor en combates cuyo número sería imposible coordinar, se ha declarado en abierta y peligrosa rebeldía contra los hijos del Oriente. Pero esta manifestación suya hubiera sido menos comprometida y menos comprometedora si él no hubiese creído en peligro la honra o la vida de Onaney, de quien estuvo fatalmente enamorado. Miras de mayor alcance dentro del marco de lo moral, de más hondo afianzamiento de virtudes, deben inspirar nuestros pasos hoy inseguros....

Una gran emoción, reflejada en su rostro mate, decía del amargo dolor que torturaba su corazón. Y dos gruesas lágrimas, como un par de perlas, se escaparon de sus ojos, que en actitud de súplica no comprendida, miraban sin ver el firmamento de un pálido azul....

Aquel paréntesis, aquel instante de reposo que en la agitada vida de los naturales constituyó el génesis fatal

de una intensa, abrasadora lucha interna, propició en Anacaona el despertar de un sentimiento a pesar suyo dormido en el lecho de un temor supersticioso....

—¿Derivaremos algún beneficio de la guerra? —preguntó, bajo el dominio de nueva ansiedad—. ¿No? Pues bien: el único sendero capaz de facilitarnos la meta del soñado ideal, es aquel que no ha sentido jamás el estruendo huracanado, compañero de la muerte, generado por las armas de combate, en esos momentos durante los cuales el fantasma aterrador del exterminio se ha cernido no sólo amenazando la vida de los combatientes, sino amenazando también a quienes han debido mantenerse a distancia del teatro sangriento. Frente a la guerra, frente a su alcance desolador, no obstante la aceptación que nos merece esta verdad, seguimos siendo menos crédulos y más creyentes. Oficiamos en un altar cuyos cimientos se derrumbarán inevitablemente, por que su consistencia es nula; y a pesar de ello, no practicamos el esfuerzo llamado a alejarnos del efecto que habrá de producir su desmoronamiento....

Una solemne disposición de ánimo reflejaban los sumisos vasallos de la reina que hablaba. Sus palabras iban prendiendo en el espíritu de sus oyentes, a manera de semilla fresca en suelo abonado....

En aquellos momentos, una afiebrada muchedumbre de guerreros se acercaba. Era el régulo de Maguana, que, agitado, sudoroso, transfigurado por la cólera, seguido de sus compañeros en derrota, se acercaba al tranquilo sitio en donde se hallaba la célebre cacica.

—Algo desagradable ocurre —dijo—, cuando estuvo cierta de que Caonabo podía oirla.

—Síguenos con los que te acompañan —mandó el soberano—.

Anacaona se dispuso a cumplir el deseo de su señor, ordenando que seis hombres levantaran su litera.

—¡La profecía se cumple! —exclamó al punto que se alejaba—.

Y como si sus miembros se moviesen obedientes a un imperativo mandato del dolor y la pesadumbre que, figuras macabras, gesticulaban en el oscuro horizonte de sus vidas, aquellas legiones de vencidos, sombras de un presente dudoso, avanzaban con dirección a un porvenir incierto....; sintiendo gravitar, como una maldición sobre sus cabezas atormentadas, el desolador epígrafe que todos pronuncian con espanto, puesto en boca del temible caudillo galo que saqueó y convirtió en pavezas la ciudad de Roma, después de haber vencido a los romanos de Camilo junto al río Alia, afluente del Tíber, a dos millas de la entonces poderosa metrópoli del Mundo....

CAPITULO SEXTO

EL OCASO DEL REINO DE JARAGUA

A SI andaban las cosas en el interior. En la Isabela el descontento era cada vez mayor, terminando por nublar el regocijo que causó en el espíritu de Colón el encuentro con su hermano Bartolomé ¹⁵⁶, llegado el veinticuatro de julio de mil cuatrocientos noventa y cuatro, con tres buques cargados de víveres, para dar cumplimiento a lo estipulado en cédula real expedida el catorce de abril del mismo año. La visita de este hermano, escribe Washington Irving ¹⁵⁷, sirvió de imponderable alivio al Almirante, abrumado como se hallaba de atenciones, y rodeado no más que de extraños. No había tenido hasta entonces más simpatía ni verdadero auxilio que el del otro hermano, Diego, cuya disposición apacible y suave le hacía poco apto para los negocios de una turbulenta Colonia. Bartolomé era de diverso carácter; pronto, activo, de corazón impávido y resuelto, a sus determinaciones sucedía siempre una certera e inmediata ejecución, que no cejaba delante de dificultades y peligros. En su físico se reflejaba su alma; era alto, vigoroso, atlético, y con su sola presencia imponía su autoridad. Era tal vez, demasiado brusco y severo, formando su carácter contraste con la dulzura estudiada con que templaba Colón su arrogancia habitual. Añádase que era de genio áspero, y que su sequedad y despego le

atrajeron muchos enemigos. A pesar de estos defectos más bien aparentes que reales, era generoso y benévolo en su fondo, y no menos sensible que valiente. Era perfecto mareante, tan buen teórico como práctico, habiéndose formado hasta cierto punto bajo la enseñanza de Colón, a quien era casi igual en conocimientos científicos, y le excedía en el manejo de la pluma, según Las Casas, que tenía en su poder cartas y manuscritos de los dos. Sabía el latín; si bien parece que como su hermano debía más bien sus conocimientos a su natural penetración, asiduo estudio y propia experiencia, que a una educación esmerada. Tan vigoroso de ánimo como el Descubridor, pero menos entusiasta y de imaginación más fría, le aventajaba en sutileza y habilidad para el manejo de los negocios, comprendía mejor sus intereses, y poseía en más alto grado aquella táctica de hombre de mundo, que tanto interesa en los asuntos ordinarios de la vida. Su genio no le hubiera impelido jamás a entrar en aquellas arriesgadas especulaciones a que se debió el Descubrimiento de un Mundo; pero su sagacidad práctica hubiera sabido sacar muchas ventajas de este suceso.

Necesario fué que se armase Colón de una fuerza de voluntad superior a todos los reveses de la fortuna, "para no quedar completamente anonadado en presencia del cuadro desconsolador que por segunda vez ofrecía a su contemplación, después de una ausencia de pocos meses, la tierra en que tenía vinculadas todas sus esperanzas; la que estimaba cuna de su gloria inmarcesible y base de la colonización del Mundo que para bien de la humanidad había revelado". El egoísmo se cebaba en el grande hombre, al extremo de obligarle a dictar medidas que en el primer momento se consideraban arbitrarias. Empezaba a "cosechar los frutos" de su prodigiosa empresa.

Mientras la perversidad de sus "colaboradores" les hacía indiferentes a la adopción de una clase de vida en

armonía con la disciplina, con el ordenamiento, los sucesos del Cibao exigían de nuevo su presencia en aquellas regiones. Para ello reunió un considerable número de tropas, con las que se dirigió, resuelto a poner término al alzamiento de los indígenas, al fuerte la Magdalena, donde eran insoportables los apuros de Luis de Arriaga, constantemente acometido por Guatiguaná. Igual disposición hizo efectiva respecto de Santo Tomás, logrando librar a Ojeda y su gente, blanco de las feroces acometidas de Caonabo. Y cansado, enfermo moral y físicamente, volvió a la Isabela el veinticuatro de febrero de mil cuatrocientos noventa y cinco, convencido de que los cibaeños no serían aniquilados, según le había asegurado Alonso de Ojeda, mientras palpitara en la manigua quisqueyana el corazón todo rebeldía del jefe de Maguana....¹⁵⁸. Este convencimiento le hizo fundar en la Vega Real, durante los primeros meses de este año, una fortaleza que llamó de la Concepción¹⁵⁹.

Los planes fraguados en la Corte para obstaculizar a Colón, no eran menos perjudiciales que la situación mantenida por los indios y españoles en la Colonia.

Esa animosidad contra el Almirante, aunque lo parezca, no era improvisada, pues que al poco tiempo de su regreso del primer viaje, ya el rey pensaba que los contratos hechos con el ilustre navegador eran altamente incómodos para la Corona, porque le dificultaban en gran modo la explotación por cuenta propia de los nuevos países descubiertos. Sobre todo, la condición de que no se permitiese a nadie navegar por los mares de occidente y que estos fuesen sólo exclusivo monopolio del genovés, era decidido obstáculo para la propia explotación de las supuestas Indias.

Así, en mil cuatrocientos noventa y cinco (praeimática fechada a diez de abril), ya la Corte empezaba a autorizar expediciones; pero fué Alonso de Ojeda (que volvió a España con el Almirante en mil cuatrocientos noventa y

seis) el primero en elevar formal solicitud y en obtener permiso para dirigirse al Nuevo Mundo (gracias a la protección dispensádale por el superintendente de las Indias, Juan Rodríguez de Fonseca, a quien atribuye Humboldt "odiosa influencia" en los asuntos de Colón), donde tantas páginas inolvidables había escrito con su intrepidez y su audacia, deslumbrado por las noticias que enviaba Colón acompañadas de gran cantidad de valiosas piedras y objetos de oro¹⁶⁰. Y el veinte de mayo de mil cuatrocientos noventa y nueve se hizo a la mar desde el puerto de Santa María la flota de Ojeda, compuesta de cuatro barcos, bien aparejada.

En esta expedición salía por primera vez al Nuevo Mundo, en calidad de piloto y cosmógrafo, el marino florentino Américo Vespucio, quien hasta entonces había sido empleado del rico mercader de Sevilla Juanoto Berardi, amigo y confidente de Colón.

* * *

Los triunfos obtenidos en el interior y las noticias traídas de España por Antonio de Torres a mediados de febrero de mil cuatrocientos noventa y cinco¹⁶¹, dieron vida en el atormentado espíritu del genovés a un júbilo indecible; en particular una carta de los reyes fechada a dieciseis de agosto del año anterior, participándole que "habían sido arregladas amistosamente las diferencias que existían entre España y Portugal con motivo de los nuevos descubrimientos que ambas naciones venían realizando"¹⁶², y se le invitaba a ir allá o mandar en su lugar una persona capaz, provista de las cartas marítimas y mapas necesarios para asistir a la convención que debía determinar con precisión la línea entre los respectivos derechos. Colón autorizó a su hermano Diego, quien llevaba además instrucciones de contrarrestar las intrigas urdidas por el Padre Boil y Margarite¹⁶³.

La terrible lucha que había sostenido Anacaona, desde el primer momento¹⁶⁴, interesada en evitar la guerra jurada por su esposo, no terminó con la prisión de éste. Posteriormente a ese suceso que había producido febril conmoción entre los naturales, las aspiraciones alimentadas por la reina pacifista se estrellaban contra esa otra muralla de patriotismo, de dignidad y de soberbia encarnada en Manicaotex, hermano del famoso prisionero, y quien había asumido la dirección de los asuntos de Maguana.

El hecho de haber sido "inutilizado" Caonabo, lejos de debilitar a los indios, como se esperaba, levantó su espíritu. Los variados informes que llegaban a la Isabela, procedentes de todos los puntos de la isla, afirma Orellana¹⁶⁵, eran cada vez más alarmantes: los caciques de las comarcas montañosas se correspondían ya con los hermanos de Caonabo y aprestaban sus ejércitos para llevarlos a la gran llanura de la Vega, cuartel general designado por aquellos: Bohechío, soberano de Jaraguá, juntaba también sus huestes a las de Manicaotex y no pasaron muchos días sin que se supiese que había más de ochenta mil hombres reunidos en la llanura central, con ánimo de caer sobre la Isabela, sorprenderla y asesinar a todos sus habitantes¹⁶⁶.

La situación en la Colonia era sumamente grave: en aquel trance, sólo un esfuerzo arrojado y un triunfo ruidoso podían salvarla y asegurar a los españoles la tranquilidad para lo sucesivo. Tal fué el parecer del adelantado, a quien Colón consultó al mismo tiempo que a los demás caballeros de valía; y todos convinieron en que era preciso revestirse del carácter de conquistadores y aterrorizar a los indios con una enseñanza severa. Inmediatamente mandó Colón pasar revista a toda la gente apta para combatir, y determinó ponerse él mismo a la cabeza del ejército; cubiertas las guarniciones de los fuertes del interior, y la que era indispensable dejar en

la Isabela, resultaron doscientos de infantería disponibles, unos veinte caballos y veinte perros de presa; con los cuales se pensó suplir la falta de soldados.

Mientras se hacían los aprestos para la campaña, llegó al norte un refuerzo, que no dejaba de ser apreciable: Guacanagarí, fiel a su palabra, se presentó al Almirante con cuatro mil indios. Esta ayuda no podía servir de mucho, pues además de no llevar otras armas que las usadas en el país, los habitantes de Marién eran por su naturaleza y hábitos los menos belicosos de toda la isla. Sin embargo de esto, no dejaba de ser un bien tenerlos por amigos y auxiliares; y Colón los destinó a la reserva, para guardar los pertrechos, provisiones y utensilios que debía llevar el ejército, y para contener los ataques que pudiera éste sufrir por retaguardia.

El veinticuatro de marzo de mil cuatrocientos noventa y cinco emprendió su marcha con mucha ostentación de poder aquel reducido ejército. Iban en él casi todos los principales caballeros de la Colonia. Colón mandaba en jefe. El adelantado iba de segundo, aunque en realidad era el general efectivo, porque poseía mayores dotes militares que el Almirante. La caballería fué puesta bajo la dirección inmediata de Alonso de Ojeda, como el más conocedor en las artes de la guerra india; y la infantería se dividió en cuatro grupos, a las órdenes de los capitanes más experimentados: Miguel Díaz, Diego Méndez, Pedro Hernández Coronel y Miguel de Toro. Túvose especial cuidado en llevar muchos tambores, clarines y trompetas, sabiendo que el ruido era un elemento importante para combatir y amedrentar a los quisqueyanos. Los perros iban atraillados de cinco en cinco, en la forma acostumbrada para ir a caza de montería.

No tardó el ejército en dar vista a la Vega Real desde la cumbre ya señalada con el nombre de Paso de los Hidalgos ¹⁶⁷. Aquel magnífico y dilatado jardín, que un

año antes parecía a los ojos de los españoles como una promesa de bienandanza, se presentaba ahora como vasto palenque de enconadas iras. Descubriéndose por toda la inmensa llanura y entre los bosques muchas humaredas, que bien podían ser el indicio natural de la existencia de ciudades y aldeas, o acaso no eran sino señas con que los naturales se avisaban la llegada del ejército español ¹⁶⁸. Bajó éste a la llanura, y mandó Colón hacer alto para adquirir noticias del enemigo, antes de avanzar. Algunos indios de Guacanagarí se adelantaron recorriendo los pueblos inmediatos y procurando indagar el número, la situación y los planes de aquél. Los naturales también habían expedido ya sus espías para reconocer y calcular las fuerzas conquistadoras.

Los combatientes que había logrado reunir el régulo Manicaotex ocupaban una extensión de más de cuatro leguas de bosque, y estaban dispuestos para caer sobre los españoles, disparando sus flechas, y replegándose sin cesar, haciendo así nimio, infinito su número, y evitando los estragos que podían sufrir si se presentaban en grandes masas. Cuando el hermano de Caonabo tuvo reunidos todos los informes de sus exploradores acerca de la cantidad y disposición de las fuerzas castellanas, creyó asegurado el triunfo, y exclamó riéndose:

—¿Qué vienen a buscar esos hombres entre nosotros? Sin duda están locos o les ciega la vanidad.

Y no le faltaba razón para expresarse así; pues si no son muy exagerados los datos de escritores antiguos y modernos, eran quinientos indios los que allí se oponían contra cada español; es decir, cien mil nativos contra doscientos españoles ¹⁶⁹. Bartolomé, a pesar de su mucho valor y acreditado esfuerzo, consideró prudente adoptar precauciones para lanzarse a combatir aquellas enormes masas. Informado de las posiciones que ocupaban, aconsejó a su hermano distribuir las fuerzas en cinco

destacamentos, y que cuatro de ellos atacaran al enemigo por sus dos frentes, quedando el quinto, compuesto de la artillería, en reserva, para lanzarse sobre aquél, luego que se lograra desalojarlo del bosque.

Aprobado y dispuesto este plan de ataque, marcharon las cuatro columnas a pie con gran sigilo a ocupar los puestos que se les habían señalado, mientras el resto del ejército avanzaba más lentamente. Al dar vista al enemigo, rompieron a tocar estruendosamente los tambores y los clarines, a cuyo sonido contestó la inmensa gritería de los coaligados, junto con una descarga de flechas que necesitaron parar los españoles cubriéndose con los árboles. En seguida comenzó a tronar la arcabucería, cuyos fuegos oblicuos de ambos lados se cruzaban, destrozando el ramaje del bosque y abriendo instantánea brecha en las filas enemigas.

Sobrecogidas éstas de terror al sentir el cuádruple ataque, pronto olvidaron las instrucciones de su jefe, y se precipitaron en desordenada fuga sobre el gran cuerpo del ejército, que por espacio de media hora intentó conservar su posición. La infantería, en tanto, continuaba ganando terreno. Parecía a los indios que el bosque se incendiaba con los rayos del cielo, y su pánico acabó de comprimirlos hasta el punto de obligarlos a esparcirse de repente, corriendo en distintas direcciones. El mayor número se lanzó a lo más espacioso y despejado de la llanura, buscando naturalmente campo libre por donde correr; pero allí les acometió Ojeda con la caballería, comenzando a convertirse la lucha en espantosa derrota. Y como también la arcabucería no cesaba de ostigar a los que ocupaban el bosque, la masa de los fugitivos iba creciendo por momentos, y presentando un gran cuerpo vulnerable a las lanzas y a las espadas de los caballeros.

El miedo de la muerte hizo entonces las veces del valor; pues viéndose acosados, los indios, que obligaban a detenerse su misma compacta muchedumbre, hicieron

frente a los españoles; y con lanzas, espadas de palma y piedras, opusieron durante una hora la resistencia que en ellos era posible.

Sin embargo del desaliento que se notaba en las filas naturales, como viese el adelantado a los enemigos aglomerados nuevamente, aun cuando muchos sucumbían y otros se dispersaban como enjambres de insectos asustados, creyó necesario soltar los perros, para desbaratar aquellas masas imponentes.... Entonces se presentó una escena indescriptible. Los indios, que no conocían otros animales mayores que los conejos, al ver los feroces alanos, que ladrando les embestían y al sentir sus carniceros efectos, ya no pensaron en pelear ni en defenderse: atropellados unos a otros por escapar más a prisa, caían al suelo, donde morían pisoteados por los caballos o ahogados por sus aterrorizados compañeros. Los perros encabezados por el "célebre" Becerrillo, acometían con preferencia a los que estaban más desembarazados y ágiles para la lucha, o para la carrera, y nunca soltaban al que cogían entre sus presas, sino después de verlo rendido y muerto....

Pronto fué general la dispersión. Unos corrieron a esconderse en las selvas impenetrables; otros, los más, ganaron las asperezas de las sierras; y no considerándose seguros en ninguna parte, se detenían rendidos de cansancio, o se volvían para implorar misericordia.... Manicaotex logró penetrar en las montañas con muchos de los suyos. Bohechío se retiró del campo, antes que llegara hasta él la persecución; pues viendo la derrota de sus compañeros, conceptuó temeridad entrar en acción. Fué el único que logró sustraerse por entonces a las leyes del vencedor. Los demás caciques, y en general dos de la Vega perdieron mucha gente, y vinieron a postrarse a los pies del Almirante, impetrando, obteniendo su perdón ¹⁷⁰.

El golpe que acababan de recibir los desnudos

combatientes había sido fatal... El Descubridor así lo comprendió; y a pesar de la hostilidad manifiesta de algunos caciques, logró imponer un tributo que debía hacer efectivo cada varón mayor de catorce años, ya en oro, ya en algodón, de acuerdo con la categoría del contribuyente. Este lamentable estado de los vencidos, dió por resultado que un gran por ciento de los comprometidos al pago de esa contribución, se alzarán, buscando en el corazón de los bosques y montañas, un refugio que les permitiera aminorar el mal....

Y mientras las huestes del Almirante recorrían triunfalmente las fértiles llanuras cibaenas, los naturales, comprendiendo la inexorabilidad del hado que les perseguía, unían sus lamentos al de los pajarillos que volaban asustados, ciertos de que perderían lo que aquellos habían perdido: la libertad.

* * *

Después de los últimos sucesos: sometidos ya los cacicazgos de Maguana, Jaraguá, Maguá y Marién, si bien es verdad que no todos los directores se habían divorciado de su nobilísimo propósito redentor, el Almirante dispuso la construcción de algunos fuertes, entre ellos el que bautizó con la denominación de Santa Catalina, en las inmediaciones del camino que conducía de la Isabela a Santo Tomás, bajo la dirección de Fernando Navarro; y el que denominó Santiago, encomendado a García Barrantes, donde tuvo sus comienzos la hoy próspera Ciudad de Santiago de los Caballeros.

Asegurada de esta manera la defensa de las regiones del interior, inició Colón una nueva recorrida por los distritos sometidos, interesado en conseguir hasta donde fuera posible el pago del tributo. Mientras esto ocurría en el Cibao, la Isabela era teatro de un suceso desgraciado y feliz a un tiempo (si aceptamos la paradoja), que había

de facilitar un acontecimiento no presentido por los conquistadores: la fundación en la costa del mediodía de un centro urbano llamado a ser con el tiempo, la capital de una de las más prósperas Repúblicas del Nuevo Mundo: Santo Domingo de Guzmán ¹⁷¹.

Con los significativos acontecimientos referidos coincidía el abordaje al puerto del norte de los barcos en que arribaba nuevamente Juan de Aguado, esta vez con el elevado cargo de visitador o comisario regio, encargado de informar en relación con las imputaciones que Boil y Margarite habían formulado contra el Almirante y sus más cercanos colaboradores.

Desconociendo los límites de su destino o como afirma Muñoz: "con aquel orgullo y ayre de autoridad que suelen alimentar los hombres colocados en puestos superiores a sus méritos", Aguado inició una serie de actividades en pugna con su posición oficial, tanto más graves cuanto que eran realizadas en ausencia del jefe de la Colonia, a la sazón en el interior, y por encima de la autoridad de don Bartolomé.

Regresado que hubo Colón y deseoso el adelantado de asegurarse respecto de la orientación futura del cacique de Jaraguá, seguido de un fuerte grupo de soldados encaminóse a fines de mil cuatrocientos noventa y seis a las regiones occidentales, donde fué recibido con las mayores demostraciones de cordialidad y de respeto, sin embargo de que el ya para entonces achacoso hermano de Anacaona intentó oponerle resistencia, la que no hizo efectiva gracias a la disposición siempre armonizadora de la esposa de Caonabo, quien comprendiendo que sería difícil, cuando no imposible, resistir a los conquistadores, aconsejó a su hermano la transigencia: dispensando éste afectuosa acogida a los españoles ¹⁷².

Juiciosa desde su relativamente lejana adolescencia, Anacaona se daba perfecta cuenta de la inseguridad del plano en que se movían ella y sus vasallos: restos de un

pretérito hecho de tranquilidad y de reposo; dispersos e indefensos granillos de arena en la playa sin horizonte de la vida, azotados inmisericordes por las montañas volubles del mar de la muerte.... Todo cuanto palpitaba en aquella región de encantamiento, se acercaba a un ocaso irremediable....

Bohechío y su gente esperaron a los visitantes en las riberas del río Neiba (hoy Yaque del Sur). Y no obstante los razonamientos de su fiel hermana, temeroso de correr la suerte que había corrido hasta entonces Caonabo, se hizo acompañar de "un ejército de infinitos indios con arcos y flechas"; y sólo cuando el jefe hispano hizo señales de que su visita no obedecía a móviles guerreros, dió orden Bohechío de que avanzaran las mujeres de su corte encabezadas por Anacaona y Guanajatebenekena, dando comienzo a los juegos y bailes preparados y que ellos consideraban dignos de los recién llegados.

Palpitantes sus carnes de canela: desafiando inocentes los naturales arranques del sexo fuerte, con las mamas exhuberantes, "divinas ánforas de vida que la Naturaleza modeló sobre sus pechos", sin más prisión que las redes invisibles tejidas por la suave y perfumada brisa que las acariciaba, aquellas beldades de los bosques se acercaban a los conquistadores, como si, a pesar de su "estado", desconocieran los profundos misterios de la Vida....

Ya en presencia del adelantado, puestas las hermosas rodillas en el suelo, con esa postura un tanto ceremoniosa de Bacante, les entregaron las guirnaldas de polígamos que llevaban. Luego cantos y bailes; diríase un grupo de vestales adorando a un dios....

Después de la comida (casabe, jutías, pescado de mar y de río, batatas de diversas especies y frutas), los admirados visitantes, divididos de tres en tres, se encaminaron a los bohíos donde debían pasar la noche en cómodas hamacas, "muy hermosas, y, para lo que eran, ricas".

Don Bartolomé, escribe Las Casas¹⁷³, "con media docena de criados quedóse aposentado en la casa del rey Bohechío. Otro día tuvieron concertado en la plaza del pueblo hacerles otras muchas maneras de fiestas, y así llevaron al don Bartolomé Colón y cristianos a verlos. Estando en ella salen súbitamente dos escuadrones de gente armada con sus arcos y flechas, desnudos empero, y comienzan a escaramuzar y jugar entre sí, al principio como en España cuando se juega a las cañas, popo a poco comienzan a encenderse, y, como si pelearan contra sus muy capitales enemigos, de tal manera se hirieron, que cayeron en breve espacio cuatro déellos muertos, y muchos bien heridos. Todos, con todo el regocijo y placer y alegría del mundo, no haciendo más caso de los heridos y muertos que si les diera un papirote en la cara: durara más la burla y cayeran hartos más sin vida, sino que, a ruego de don Bartolomé y de los cristianos, mandó cesar el juego el rey Bohechío".

Fiestas y juegos de esta naturaleza se repitieron durante los días que permanecieron en Yaguana. Y cuando estos hubieron terminado, Anacaona, acompañada de su hija Iguamota; aprovechando un momento en que el hermano del Almirante podía escucharla sin que mediaran intervenciones indiscretas, lo interrogó en relación con la suerte que había corrido su esposo. Cuando don Bartolomé le dijo que Caonabo "había ido a vivir mejor vida en el valle de las sombras felices", exclamó, al tiempo que apoyaba en sus manos la cabeza:

—"Lo predije: bien sabía yo que el alma fuerte de Caonabo no podría resistir el cautiverio...."

Y dichas estas palabras, arrasados de lágrimas los ojos, abrazó a su hija y guardó silencio....

* * *

Después de ultimadas las negociaciones para el pago del tributo consistente en maguey, algodón y casabe, pues

los indígenas de Jaraguá no tenían oro, dispuso el adelantado su regreso a la Isabela, adonde llegó entrado el año mil cuatrocientos noventa y siete, encontrando los ánimos abatidos por las enfermedades y por la escasez cada día más alarmante de las provisiones que había traído Pedro Alonso Niño.

En vista de esto y de lo difícil que se hacía la comunicación con España, don Bartolomé dispuso el traslado de algunos enfermos a Santiago, cuyo clima era el más saludable, y la construcción de dos barcos para mejorar en lo posible esa anormalidad.

Realizadas estas actividades, convencido de que constituía una necesidad inaplazable el abandono del establecimiento del norte, atravesó de nuevo la Isla y construyó en la margen derecha del Yuna una fortaleza que bautizó con el nombre del cacique de aquel lugar: Bonaó; inspeccionó los trabajos de las minas de Jaina, terminando su viaje en la diminuta ciudad levantada al oriente de la Ozama, donde recibió la desagradable noticia transmitida desde el fuerte de la Concepción, relacionada con los nuevos alzamientos de indígenas, provocados por las tropelías de los castellanos, entre ellas el ultraje inferídole por un español de nombre Barahona a la hermosa Bema, favorita de Guarionex, logrando al fin sofocarlos con energía y clemencia.

De regreso en Santo Domingo, recibió el adelantado la grata nueva de hallarse preparado en Jaraguá el tributo, y hacia allí se dirigió sin pérdida de tiempo, seguro de que con esas provisiones conseguiría amilanar los estragos ocasionados por el hambre en la Isabela, calmando de ese modo los ánimos. Fué recibido por Bohechío y Anacaona con las mismas muestras afectuosas de la anterior ocasión ¹⁷⁴; pero esta vez las fiestas y juegos se celebraron en una poética aldea situada a tres millas de la costa, donde guardaba la viuda de Caonabo sus tesoros, consistentes en utensilios y cosas "tocantes al uso

humano", como asientos, platos, fuentes, bacias, cazuelas hechas de madera muy negra, tersa y reluciente y labrados con arte maravilloso.

Toda la primera noche la dedicaron don Bartolomé y sus soldados a admirar los raros dibujos con que los quisqueyanos de occidente adornaban esos instrumentos: rostros de los espectros que decían ver durante la noche, cabezas de serpientes, rostros de hombres, hechos con ingenio ¹⁷⁵. El sabio Pedro Mártir, al contemplar el arte y gracia revelados en su hechura, no pudo menos que preguntar:

"¿Qué piensas harían ellos, Príncipe Ilustrísimo ¹⁷⁶, si logran hierro y acero?"

* * *

Principiábase a considerar no sin razón asegurada la calma del vecindario de la Colonia, gracias al rápido avasallamiento de los cuatro cacicazgos a que nos hemos referido, cuando una nueva amenaza vino a oponerse a la iniciada marcha. Francisco Roldán Jiménez, a quien el Almirante había elevado desde la humilde condición de escudero al importante cargo de Alcalde Mayor, "concibió la idea de urdir una conspiración y apoderarse del mando, suponiendo a Colón retenido en la Corte por haber caído de la gracia de los soberanos". No se equivocó Nicolás Bernardo de Maquiavelo al asegurar que provoca su propia ruina quien ayuda a otro a hacerse poderoso. (*El Príncipe*, cap. III).

La ocasión no podía ser más propicia debido a que los colones, por su rectitud de carácter y sobre todo por su condición de extranjeros, se movían en un plano de inseguridad; rodeados de colaboradores que no podían trabajar a su lado honradamente. Pero Roldán, en quien vieron algunos españoles a un libertador, no hizo más que enfrascarse en chismes de baja estofa, como todos los chismes políticos, sin que sus escasas luces le permitieran

ampliar el horizonte de sus actividades; a pesar de hallarse asesorado por hombres como Adrián de Mojica, Pedro de Baldivieso, Diego de Escobar, Pedro Riquelme, Hernando de Guevara (más tarde una de sus víctimas), quienes, aún cuando no podían llamarse representativos, no eran tampoco de los últimos.

Don Diego, cuyo débil espíritu le imposibilitaba para la realización de muchas cosas, conoció a tiempo la conjura de Roldán, creyendo destruirla por medios persuasivos empleados de manera indirecta; no logrando con ello más que contribuir a engrosar las filas de los rebeldes. Con el pretexto de pacificar una muchedumbre de indios que se había alzado en los montes, puso aquél a disposición del Alcalde Mayor una fuerza de setenta hombres. Pero lejos de llevar a cabo la misión que se le había confiado como muestra de confianza, encaminó sus esfuerzos a conseguir para sí, para la realización de sus futuros planes, la fuerza armada de que entonces disponía. Hombres para quienes el axioma de Cicerón (*hommes legun servi sumus ut liberi esse possimus*) no pasaba de ser una terrible amenaza a sus afanes, cedieron fácilmente a las promesas de Roldán. Bajo sus órdenes, sin freno, al margen de todo lo que pudiera significar anhelos de engrandecimiento colectivo, se rodearían del bienestar económico cuyo alcance motivó su arribo a las playas del Nuevo Mundo. Y los indígenas, anhelosos siempre de aminorar la enorme carga que sobre sus espaldas de vencidos colocó la civilización, ofrecieron su cooperación al desagradecido funcionario, a cambio de liberarse del tributo.

Sin obstáculo el camino de sus iniquidades (a semejanza del Belial descrito por Milton en el libro primero de *El Paraíso Perdido*); sabiéndose respaldado por hombres dispuestos a consumir todos los agravios a trueque de su bienestar, Roldán violó la vigilancia de los exangües almacenes de la Isabela, apoderándose de lo

que estimó conveniente: pertrechos de guerra, vestidos y muchas cosas necesarias para la comida, que distribuyó entre los que le seguían.

Con esos refuerzos para él inapreciables: creyéndose en poder de lo que le era indispensable, inició sus correrías en las regiones de Maguá y Maguana, tratando inútilmente de apoderarse del bastión Santiago, defendido por su alcaide el capitán García Barrantes con treinta hombres. Igual designio alimentó contra la Concepción, pero su jefe, que estaba sobre aviso, se preparó a fin de repeler las pretensiones del caudillo insurrecto. Cuando el veterano Miguel de Ballester, a cuyo cuidado se hallaba esta fortaleza, le comunicó a don Bartolomé la disposición de Roldán en el Cibao, exclamó indignado:

—“¡Españoles!: el hombre que más debe a la generosidad del Almirante, el que de simple criado había sido elevado al cargo de confianza de Alcalde Mayor de esta Isla, Francisco Roldán Jiménez, a quien todos conocéis, acaba de cometer la más negra traición, rebelándose contra su bienhechor y contra la autoridad de nuestros reyes: un puñado de ilusos se ha dejado arrastrar por sus pérfidas sugerencias, y en este momento preparan la ruina de la Colonia con su desatentada conducta. No son tantos como aquí se ha dicho, ni podían serlo: porque siempre es corto el número de los hombres desleales. Cuento con vosotros para reprimir y castigar la rebelión; con vosotros, que no podéis ser contrarios a la bandera de España, puesta en mis manos por el Almirante, y cuya disposición veréis pronto confirmada por decreto de los reyes don Fernando y doña Isabel. Si reconocéis en mí la única autoridad legítima de la Colonia, seguidme, seguidme al grito de: ¡Viva España!”

—“¡Viva España!” —gritaron todos a un tiempo—.

Y emprendieron una marcha precipitada con destino a la región del Guaricano, en la Concepción, después de haber acampado en el pueblo del cacique subalterno

Marque. Lo primero que hizo don Bartolomé fué pedir información acerca de los conjurados; y cuando la hubo obtenido, se dispuso a escribir al rebelde:

—“A Francisco Roldán Jiménez, nombrado Alcalde Mayor de la Española por el Almirante de las Indias. Con mucho dolor he sabido que abusando de vuestra autoridad y atropellando los fueros de la Ley, no habéis tenido empacho en poneros a la cabeza de una banda de enemigos del orden y de la tranquilidad pública. Vuestra conducta no puede menos que ser reprobada por todo hombre honrado y de leales sentimientos: persistiendo en ella, sólo conseguiréis acarrear males inmensos a la Colonia y vuestra propia ruina. Para evitar uno y otro, antes que la fuerza de los acontecimientos me obligue a tomar medidas enérgicas, hago este llamamiento a vuestra lealtad, que no puedo creer haya degenerado, y os mando comparecer a mi presencia en esta fortaleza, para exponerme los motivos que os hayan impulsado a dar tan grave paso; prometiéndoo, bajo la seguridad y fe de mi palabra, que no se atentará contra vuestra persona”.

Roldán dió cumplimiento a la orden que había recibido, aproximándose al recinto en donde se hallaba el adelantado; pero lejos de colmar las aspiraciones que éste alimentaba, se vió obligado a escuchar los insultos del rebelde, y sin poder prenderle. “No obstante su indiscutible valor, tuvo don Bartolomé que anteponerse a las circunstancias y permanecer encerrado en la Concepción, porque no ignoraba que en la guarnición de ella no faltaba gente desafecta capaz de desertar si la sacaba y de traicionar si la dejaba de su vista adentro; y penetrado de que estaban comprometidos en la violenta insurrección algunos oficiales importantes de otros puestos, como Adrián de Mojica y Diego Escobar, alcaide este último a la sazón del fuerte la Magdalena, sospechaba que pudiera alimentar ramificaciones por otras partes, circunstancia que reduciría mucho las probabilidades de

éxito en su favor, si salía en persecución de Roldán con sólo las fuerzas que tenía a la mano, quedando éste por lo tanto en condiciones de seguir sus correrías por los campos engrosando sus filas con los descontentos y hasta aliándose con Manicaotex, el soberano entonces de Maguana, con quien se llamaba hermano".

Una mayor anormalidad, si cabe, se iba desarrollando por todo el país: no había destacamento español que no se hubiese contaminado con el ejemplo del disconforme y desagradecido Roldán Jiménez; los soldados pedían con insolencia la libertad y los goces que veían disfrutar a los rebeldes, los cuales, divagando por todas partes, eran dueños de cuanto querían y los jefes tenían que rebajar el rigor de la disciplina por temor de verse abandonados. En todas partes eran frecuentes las deserciones, y las quejas y el desorden aumentaban en proporción de la lentitud con que era forzoso tratar toda clase de excesos.

Había comenzado ya el año mil cuatrocientos noventa y ocho, e iban a cumplirse dos desde que partió el Almirante. Los recursos de España, mantenidos por la economía y hábil administración del adelantado, ya no existían: de los indios muy poco o nada se podía esperar: comenzaba una época de verdadera penuria para los colonos fieles, a quienes amenazaba el más completo desastre. Los de Isabela, en particular, padecían de enfermedades y hambre, sin que fuese posible remediar sus infortunios; y como no vislumbraban un solo rayo de esperanza, muchos cayeron en un abatimiento que obstinadamente les consumía, llevándoles al sepulcro convertidos en esqueletos.

La Colonia marchaba con creciente rapidez a su descomposición y ruina; y en tanto el adelantado de las Indias, careciendo de la confianza que todo jefe necesita alimentar en sus subordinados para mantener su autoridad, permanecía encerrado en el fuerte de la Magdalena, adonde habían llegado noticias de que los rebeldes aguardaban una coyuntura para asesinarle¹⁷⁷.

Mientras estos gravísimos sucesos tenían lugar en la Española, la situación del Descubridor se tornaba asáz difícil en la Corte, debido a los informes llevados acerca de las nuevas tierras. Se hacía imposible el enlistamiento voluntario; y Colón propuso a los reyes que se libertaran determinados presidiarios a truco de venir a establecerse en la Colonia; fatal orientación que no haría más que engrosar el germen de la discordia¹⁷⁸, convertido a través del tiempo en una endemia... El hecho de no haber alcanzado nosotros el progreso a que es acreedor el más viejo conglomerado descendiente de europeos en el Nuevo Mundo, ha tenido su génesis en las fatales turbulencias que convirtieron en niño insolente a un centenario... Somos un pueblo viejo que ha vivido poco...

* * *

El cisma reinante entre los españoles no había pasado inadvertido para los naturales: de manera que les fué fácil mantener su negativa referente al tributo. En tanto, quillas de barcos colombinos hendían las tranquilas aguas de la Ozama. Miguel Díaz le comunicó la nueva a don Bartolomé. Dos barcos portadores de soldados y provisiones habían arribado a Santo Domingo el día tres de febrero de mil cuatrocientos noventa y ocho bajo las órdenes de Pedro Hernández Coronel, Alguacil Mayor de la Isla. Don Bartolomé, confirmado en su posición política, delegó en Hernández Coronel la misión de entrevistarse con Roldán a fin de inclinarle a desistir de sus funestos propósitos. Todo inútil. "En esta criminal rebelión", afirma Prescott¹⁷⁹, "todos los intereses comunes fueron abandonados: las minas, que empezaban a dar buenas cantidades de oro, se dejaron sin labores; los infelices naturales se vieron sometidos a la opresión más inhumana; no había otra ley que la del más fuerte".

Declarados rebeldes y traidores, Roldán y su gente se establecieron en el cacicazgo de Jaraguá, lejos del

alcance de la Ley. Desde entonces aquella "venturosa comarca" fué escenario de las más graves y vergonzosas maquinaciones. Sin freno, obedeciendo únicamente a los dictados de sus perversas inclinaciones, aquellos hombres se convirtieron en verdaderos promotores de cuantos movimientos tendieran a convertir la tranquilidad y el orden en un mito...

"Apenas se habían marchado los rebeldes cuando una nueva insurrección se manifestó en La Vega. El cacique Guarionex, a instigación de Roldán y relevado en cierto modo, por los desmanes que seguían cometiendo los conquistadores en sus dominios, de la gratitud que debía al adelantado, se coaligó con otros caciques para sorprender simultáneamente todos los puestos militares y exterminar a los españoles que los guardaban; pero habiéndose anticipado al día señalado para dar el golpe uno de los conjurados, alertó a todas las guarniciones, las cuales, apercebidas a tiempo, resistieron tenazmente hasta que el jefe de la Colonia pudo llegar en su auxilio".

Una encarnizada persecución dirigida por don Bartolomé se inició contra el rebelde reyezuelo cibaeno, quien en compañía de Bema y sus demás familiares, huyó a las montañas de los ciguayos. Mayobanex los recibió con los brazos abiertos, ofreciéndole incondicional su protección. Algunos meses duró esta sangrienta lucha; al cabo de los cuales tanto el cacique del noreste como el de La Vega, habían caído en poder de las fuerzas que los persiguieron. Así terminó uno de los más heroicos episodios de la guerra de conquista....

* * *

Después de dos años y cinco meses de separación, se encontraron de nuevo el Almirante y don Bartolomé. Colón regresaba de su descubrimiento de la costa de Paria para asistir al trágico drama de la Colonia. Roldán y su gente seguían en su empeño disociador. De manera que

todos los esfuerzos del genovés se orientaron en el sentido de poner término a tan grave mal, por mediación de Alonso Sánchez Carvajal, Diego Salamanca y Francisco de Garay: primero en el Bonaó; luego en la Concepción. Por último se dispuso una entrevista en Azua, después de haberle escrito una carta de paz el 20 de octubre de 1498. El Almirante, acompañado del presbítero Juan Domínguez, Pedro Hernández Coronel, Miguel Ballester, Cristóbal Rodríguez, Alonso Medel y otros muchos, se trasladó al puerto sureño.

“En la villa de Azua fué que tuvieron lugar las conferencias memorables en que un delincuente engreído, no por triunfos conquistados a mano armada, sino por las vacilaciones que las intrigas políticas conducen comunmente a los gobiernos débiles, se sobrepuso a los que le combatían hasta el punto de dictar la ley a los que tenían el derecho de hacérsela respetar, imponiendo altanero nuevas condiciones, tan duras como insolentes, al Almirante Gobernador, quien atemperándose a la crítica situación en que se veía colocado, sin recursos de qué disponer, ni amigos con quienes contar, las admitió el 16 de noviembre de 1498, sin otra observación que la muy justa de hacer constar en una cláusula de las capitulaciones, que tanto las órdenes de los soberanos, como las suyas o las de las autoridades que él nombrase, debían ser firme y puntualmente obedecidas. En estas capitulaciones se estipulaba que Roldán podría mandar a España hasta quince de sus cómplices en los buques anclados a la sazón en Santo Domingo; que a los partidarios suyos que quisieran permanecer en la Isla, se les concederían tierras de cultivo en vez de sueldo real; que se le daría cumplida satisfacción, manifestando que todos los cargos que se le habían hecho eran hijos de la calumnia, inventados por los enemigos de su buen nombre y el poder de los reyes; y que se le repondría en las funciones de Alcalde Mayor perpetuo, con derecho al personal señalamiento de ciertas heredades en la Isabel.

Concepción de la Vega y Jaraguá, y facultades para servirse sin limitación de los indios de las numerosas tribus de Bohechío. A los parciales suyos que optaran por permanecer en la Isla, se les autorizó a hacerlo libremente y se les repartieron tierras y algunos esclavos, quedando por consiguiente, en mejor predicamento que los que se habían mantenido fieles al deber y a la disciplina".

De ese modo "solucionó" Colón uno de los más graves problemas. Más grave, sin duda, que las difíciles insurrecciones indígenas.

CAPITULO SEPTIMO

LA TRAGEDIA DE YAGUANA

CON la "solución" del gravísimo problema creado a las autoridades de la Colonia por Francisco Roldán Jiménez, no se había conseguido que reinase la calma deseada. Jaraguá, la tierra de encantamiento; el pedazo de Quisqueya caracterizado antaño por la dulzura y laboriosidad de sus habitantes, se había convertido en madriguera de aquellas serpientes humanas prontas a ahogar toda inclinación de acatamiento a la Ley y a la Justicia.

A esta anormalidad agregáronse las consecuencias del arribo de Alonso de Ojeda con cuatro bajeles por la costa de Yáquimo, el cinco de septiembre de mil cuatrocientos noventa y nueve. Destacado Roldán en su perseguiamiento, le sorprendió el veintinueve cerca de Yaguana. Abrigaba la esperanza el recién llegado de visitar a la dolorida viuda de Caonabo. Pero ya el corazón de aquella gran mujer, años antes enamorada de la cordialidad y la alegría; afligida por tantos infortunios, se oponía a todo lo que no fuese el consolador retraimiento que se había impuesto....

Vergonzosos en extremo resultaron los sucesos inmediatos: el regreso a España de algunos rebeldes con sus esclavos y mujeres indias; la adjudicación exclusiva a Roldán de grandes porciones de tierras en Jaraguá, con

derecho a servirse de los vasallos de Bohechío; las maquinaciones sucesivas en que tomaron parte Diego Escobar, Pedro Riquelme, Toribio Linares, Pedro de Arana, Adrián de Mojica y otros.

* * *

Pasaban aquellos hombres una vida ociosa y libre de cuidados, escribe Orellana¹⁸⁰: los placeres eran su ocupación, teniendo a los indios por siervos para cuidar de satisfacer sus necesidades, y seduciendo con halagos a las jóvenes más hermosas del país. Una entre ellas, sin embargo, y acaso la más bella de todas, había sido sustraída a las ávidas miradas de los españoles: Iguamota, a quien Anacaona alejaba cuidadosamente de la vista de los extranjeros. Sabía del influjo que ejercían en el corazón de las sensibles quisqueyanas, y temía que su hija se dejara dominar por sus brillantes atractivos, o tal vez fuese motivo de discordias y calamidades entre sus familiares.

¿Era esto un presentimiento muy natural en espíritu tan penetrante como el suyo? La previsión de Anacaona llegó a ser confirmada por el tiempo: quizás su amor de madre le revelaba los secretos de lo porvenir; veía en Iguamota una de esas criaturas a quienes parece que rodea una atmósfera de atracción, a cuya órbita es imposible acercarse sin dejarse arrastrar por su corriente magnética: uno de esos seres nacidos para ser amados, no tanto por su hermosura, cuanto por el placer indefinible que inspira su presencia, y que despierta en las almas deseos indomables.... Con razón temía verla envuelta en aquel torbellino de pasiones desenfrenadas....

Tenía la retirada en uno de aquellos rústicos santuarios, consagrados a sus dioses tutelares, cuyo acceso era difícil para quien no conociese bien sus entradas y salidas; pues se hallaba situado en una península formada

por la corriente del Camín y cerrado su istmo por una espesa selva, impenetrable al parecer.

No sabía la bella Iguamota el motivo o causa de su alejamiento; y aunque vivía contenta y siempre alegre, bien asistida por la anciana Loipa y viendo de cuando en cuando a su madre, vagos deseos de mayor libertad la importunaban a veces, y a menudo se la veía correr hacia los límites de su "mansión", cuando por acaso llegaban a sus oídos los gritos y la algazara de los cazadores españoles.

Aquel afán no pasaba de ser curiosidad infantil; ella había visto ya con agrado a los hombres blancos y deseaba ver también lo que hacían y por qué gritaban, al otro lado de la muralla de verde y florido ramaje. Contenía, sin embargo de ello, más aún que sus compañeras encargadas de guardarla, su timidez y pudor de virgen; pero llegó un día en que el amor rompió todas las barreras, enviando a su mediadora la casualidad.

Estaba Iguamota con dos de sus amigas, entretenida cogiendo flores en el bosque, a tiempo que un halcón, luchando en el aire con un ave de pintado plumaje, vino a caer a pocos pasos de ella. En esta ocasión ningún ruido había anunciado la proximidad de los cazadores; pero no transcurrió un minuto antes que se oyesen las pisadas de un caballo, y momentos después la exclamación de un hombre en peligro. Las compañeras de Iguamota huyeron asustadas, mientras ella, tras de permanecer indecisa un breve espacio entre el temor y la curiosidad, se dejó llevar de este último sentimiento y marchó hacia donde había sonado el extraño rumor.

A pocos pasos vió a un joven caballero cuyo semblante no le era desconocido, el cual luchaba para salir de un hoyo encubierto, donde su caballo se había hundido con él y estaba atollado. Aquel foso era el camino oculto por donde se entraba en el retiro de Iguamota. Quedóse ésta parada entre los árboles, semejante a una divinidad helénica. El joven lanzó una exclamación de gozo al verla.

y haciendo un esfuerzo, saltó fuera, dejando hundido su caballo.

Iguamota quiso huir, como si la asaltase un vago temor; pero sus pies no la obedecían. Sólo pudo proferir un grito inarticulado.

Así se conocieron la doncella indígena y Hernando de Guevara. Sin pensar, ni remotamente, que su ideal conocimiento pudiera ser causa de nuevos disturbios. Roldán, en acecho siempre de todo lo que acusase tranquilidad y bienestar, se opuso a sus relaciones hasta el punto de hacer prisionero a Guevara, consiguiendo su encarcelamiento en Santo Domingo.

* * *

Tras larga y visible repugnancia, la reina de España consintió al fin en el nombramiento de un comisionado para entender en el arreglo de los negocios de la Colonia. La persona que se nombró para este delicado encargo, con los títulos de pesquisador (o indagador), gobernador y juez de las Islas y Tierra Firme, fué don Francisco Bobadilla, un pobre caballero de la Orden de Calatrava. Diósele, en consecuencia, autoridad y jurisdicción suprema en lo civil y en lo criminal: debía procesar y sentenciar a todos los que hubieran conspirado contra la autoridad de Colón: traía facultades para tomar a su poder las fortalezas, naves, almacenes del Gobierno, y bienes de toda especie; para disponer de los cargos públicos, y para mandar, siempre y cuando lo creyera conveniente a la tranquilidad de la Isla, a cualesquiera personas, sin excepción de clase, que volvieran a España y se presentaran ante los reyes. Tales fueron en suma las extraordinarias facultades que se dieron a Bobadilla¹⁸¹.

No es posible averiguar cuáles motivos pudieron inducir a nombrar persona tan poco a propósito para un cargo de semejante responsabilidad. Parece que el nuevo representante de la Corona era hombre de alma pequeña

y arrogante; y se llenó de un orgullo desmedido e insolente con la pasajera autoridad que le había sido confiada.

Desde el primer momento miró con prevención al Descubridor, como a reo en quien debía hacer recaer la espada de la Ley. En consecuencia, apenas hubo llegado ¹⁸², y después de una ceremonia ostentosa para publicar su título y facultades, hizo comparecer a su presencia al Almirante, y sin ninguna formalidad de proceso mandó desde luego ponerle esposas y reducirle a prisión. Colón obedeció sin la menor resistencia, desplegando en este triste caso una magnanimidad que hubiera movido el corazón de cualquier adversario generoso.

Pero Bobadilla no dió señales de alimentar ese noble sentimiento, y después de reunir todas las calumnias frívolas e infames que el odio y la esperanza del favor pudieron arrancar, dispuso que se enviara a España aquel informe preñado de acusaciones, juntamente con el Almirante, a quien mandó que llevaran con grillos y en estrecha guarda durante el viaje, "temeroso sin duda", refiere amargamente Fernando Colón ¹⁸³, "de que pudiera por cualquier caso volver nadando a la Isla".

Mas este exceso de malicia sólo sirvió, como de ordinario acontece, para destruirse por sí propio. Tan enorme ultraje ofendió aun a los que más prevenidos estaban contra Colón. Todos consideraron una deshonra nacional que se cometiera tal indignidad con el hombre que, cualesquiera que fuesen sus imprudencias, había hecho tanto en favor de España y de todo el Mundo civilizado; con el hombre a quien, según las sentidas palabras de un escritor antiguo, "si hubiera vivido en los tiempos de Grecia y Roma, le habrían levantado estatuas, y dedicado templos, y hecho honores divinos como a los dioses inmortales ¹⁸⁴.

* * *

La génesis de su efímera administración, nos permite ahondar sin dificultad en lo que acaeció más luego. Aherrojados: el Almirante (a su regreso de Bonaó), el día primero de octubre; don Bartolomé (que se hallaba en Jaraguá), y don Diego, encargado del Gobierno a la sazón: puestos en libertad Hernando de Guevara, Pedro Riquelme y Adrián de Mojica; enterado de las dúctiles, acomodaticias revelaciones llevadas a su ánimo por el alguacil Juan de Espinosa, Francisco Velázquez y fray Juan de Tressierra; colocados al margen de toda manifestación pública los que habían permanecido fieles a Colón: Alonso Sánchez de Carvajal, Juan de Esquivel, Miguel Díaz, Rodrigo Pérez, Diego de Alvarado, Diego Méndez, Rodrigo de Bastidas y el intérprete Cristóbal Rodríguez; transformada la Ciudad de Santo Domingo en un hervidero de sujetos llegados de todos los puntos de la Isla en busca de mercedes; puestas en manos de los enemigos de la Ley y la Justicia las principales fincas de la Corona, arguyendo que los reyes no tenían necesidad de ser ganaderos ni agricultores, etc.

Poniendo en juego semejantes actividades, no podía esperarse nada provechoso. "Fué entonces cuando sonó la hora de la general desgracia para los cuitados indígenas: forzados a un ímprobo trabajo, al cual no estaban acostumbrados, y mal alimentados, muchos caían en tierra exánimes dentro de los surcos que abrían en las minas o en las labranzas, arrancándoles a veces su último aliento el látigo del capatáz que los llamaba inútilmente a incorporarse: no pocos se suicidaban, y había madres que por librar a los frutos de sus entrañas de los terribles padecimientos que les aguardaban, los sacrificaban en tierna edad".....

Así pasó por el revuelto escenario de La Española, la torpe administración del primer tirano de América.

• • •

Aunque los reyes determinaron sin vacilar un momento que Colón fuera restablecido en todos sus honores —escribe Prescott ¹⁸⁵—, creyeron sin embargo de esto conveniente diferir su reposición en el Gobierno de la Colonia hasta que, apaciguadas las turbaciones que existían, pudiera volver a ella con seguridad y ventaja. Resolvieron enviar una persona capaz, revestida de tal poder y fuerza, que pudiese reprimir todas las facciones y establecer para siempre sobre firme base la tranquilidad colectiva.

El sujeto elegido fué frey Nicolás de Ovando, Comendador de Lares de la Orden y caballería de Alcántara. Era Ovando hombre de acreditada prudencia y sagacidad, de maneras templadas, y diestro y político en su proceder. De mediana estatura, no mal parecido, de barba rubia, honesto en su persona y nada codicioso. Su posición en la Corte se prueba con sólo decir que fué uno de los diez jóvenes elegidos para educarse en compañía del príncipe de Asturias.

Diéronle una flota de treinta y dos velas, que traían a su bordo dos mil y quinientos hombres, muchos de ellos de las familias principales del reino, con abundancia de artículos de toda especie para el mantenimiento y futura prosperidad general; y habían sido ordenados todos los aprestos con tal lujo y magnificencia, que nunca se vieron iguales hasta entonces en ninguna escuadra destinada a los mares de occidente.

Recomendóse al nuevo gobernador de las Indias, que en cuanto llegara enviase a Bobadilla para formarle causa. Durante el flojo mando de éste, se habían multiplicado los abusos de toda especie hasta un grado espantoso, y en particular los naturales, como hemos visto, desaparecían bajo el nuevo e inhumano arreglo que se hizo de los repartimientos. La reina declaró libres a los indios, y terminantemente a las autoridades de La Española que los respetaran como buenos y leales vasallos de la Corona ¹⁸⁶. Ovando traía también especial encargo

de averiguar el total de las pérdidas sufridas por Colón y por su hermano, a fin de indemnizarlos y asegurarles para lo sucesivo el pleno y libre goce de todos los derechos y rentas que legítimamente les correspondían.

Así, provisto de las más amplias instrucciones acerca de este y otros puntos de su administración, Ovando se embarcó a bordo de su magnífica escuadrilla, y cruzó la barra de Sanlúcar el día quince de febrero de mil quinientos dos. No habría pasado una semana, cuando una furiosa tempestad dispersó la flota, y se dijo en España que toda había perecido. Los reyes, oprimidos de dolor por esta desgracia, estuvieron sin salir de su palacio por muchos días. Pero felizmente aquella noticia salió falsa: la flota había resistido a la tempestad, sin más pérdida que la de una nave, y a su debido tiempo llegó al puerto de destino ¹⁸⁷.

* * *

El Gobierno recién instaurado lo componían, aparte el gobernador: Alonso Maldonado, alcalde mayor; Diego Martín, veedor u observador; Hernando de Monrey, factor o encargado de la hacienda; y Pedro de Villacorta, tesorero. De las dos mil quinientas personas que formaban la escuadra, eran componentes su comisionado Andrés Velázquez Cuellar; su comandante Antonio de Torres y doce frailes franciscanos con su prelado fray Alonso de Espinal.

Sobre base al parecer incommovible, inició Ovando su gestión administrativa. Declaró la absoluta libertad de los naturales; puso fuera de embargo los bienes a los Colones; revocó todas las franquicias y licencias impropriamente acordadas por su antecesor, a quien sometió a un juicio de residencia determinativo de las responsabilidades en que había incurrido; dispuso la expulsión de Roldán y los elementos que consideró fatales a la tranquilidad pública

Un suceso desagradable, sin embargo de tan feliz comienzo, debía entorpecer la marcha normal de sus actuaciones. Colón había salido de Cádiz el once de mayo de mil quinientos dos, en su cuarto y último viaje al Nuevo Mundo, con cuatro carabelas tripuladas por ciento cuarenta hombres ¹⁸⁸. El mal estado de uno de los barcos le trajo a Santo Domingo: abrigando la esperanza de proveerse de uno mejor. Llegado que hubo, envió a tierra al oficial Pedro Terreros con el fin de explicar al gobernador el objeto de su arribo y solicitar al mismo tiempo autorización para resguardarse en la ría contra una tormenta que se aproximaba, no obstante hallarse el cielo claro y azul....

Negado el permiso y desoídas las predicciones o barrunto del genio, Ovando dispuso la salida de treinta embarcaciones. Y al segundo día (veintinueve de junio de mil quinientos dos), una tempestad (inexorable advertencia de lo Desconocido) sumergió (cerca de Cabo Engaño) casi toda la flota, pereciendo sus tripulantes y los pasajeros, entre los cuales se contaron Antonio de Torres, el tristemente célebre Francisco Bobadilla y el desdichado cacique Guarionex.....

Colón partió también con sus buques; pero no se engolfó en alta mar, sino fué a situarse en una rada el oriente de Santo Domingo, y aunque ofrecía muy poca seguridad, allí aguardó el terrible acontecimiento que había pronosticado.

La carabela del Almirante aferró velas quedándose a la capa en corto espacio: los demás buques siguieron haciendo iguales maniobras; pero no todos manifestaban la confianza de sus pilotos, permaneciendo cerca de tierra. El Descubridor, al contrario, observando los fenómenos de la atmósfera, creía que el huracán había de venir de aquella parte, y por consiguiente estimaba la tierra no como un peligro, sino como un resguardo.

La tempestad se declaró antes que ellos hubiesen

terminado las maniobras; pero durante aquella tarde y toda la noche, las descargas eléctricas, las rachas de viento, los repetidos chubascos y el movimiento rotatorio del mar, no fueron más que preludios del huracán. El día siguiente amaneció sin parecerlo, tan densa era la masa de las nubes que incesantemente aparecían inflamadas por el rayo hacia el sudeste. Más tarde se aclararon algún tanto por la parte opuesta del cielo. Fué entonces cuando se desprendió el torbellino asolador de los vientos. Obedecían éstos a dos causas, que siempre se combinan para producir tan terribles fenómenos: la electricidad atmosférica y el desnivel del océano. Gravitando luego sobre éste, agitaron sus ondas en breves momentos con un tumulto espantoso....

A pesar del seguro abrigo de la rada, las carabelas desaparecían a la vista unas de otras, para reaparecer enseguida tumbadas por el viento, en una agitación incesante.

Llegó la noche, y con ella creció la furia de los elementos. Repitió Colón sus señales para que ningún buque se desviase de tierra; pero el turbión de la lluvia y las profundas ondulaciones del mar, impedían verse unos y otros; y aquellas señales no eran atendidas. Los pilotos o capitanes de las embarcaciones, temieron la proximidad de la costa en tan espantosa noche, y sin ánimo de alejarse demasiado, se apartaron a alguna distancia. No fueron ya dueños de contrarrestar el furor de la naturaleza en desorden: el torbellino los arrastró mar adentro, y las olas encrespadas batían los costados de las débiles carabelas, pasando sobre ellas de banda a banda. Las rachas se sucedían rápidas e incesantes: el sordo estruendo del océano; los gritos de los pilotos y contramaestres tratando inútilmente de dominar la tempestad; la agitación y el movimiento de la marinería obediente a las voces de mando; la oscuridad profunda, rasgada por el rayo de tiempo en tiempo: todo ese

conjunto de horror, que no es dado reproducir fielmente a la pluma ni al pincel, porque es un cuadro que se siente y no se explica, estaba recargado aquella noche inolvidable con las más fuertes tintas que puede concebir la imaginación....

Entre todos los buques, ninguno peligraba tanto como el de don Bartolomé, por estar casi inservible para la navegación. Un golpe de mar le llevó el mayor de los botes de servicio, destrozándole una parte de la mura. Pero el valor y la pericia del hermano de Colón eran muy grandes, y suplían el mal estado de la nave. Sin embargo de ello, toda la noche fué una continua agonía para aquél y sus compañeros: el buque llegó a perder todas las velas de capeo, y comenzó a zozobrar por una vía de agua que se le abrió en la bodega.

Quien haya presenciado esas terribles escenas del mar, comprenderá la inquietud y el afán de aquellos hombres. Allí se luchaba por la vida, con todo el vigor que dan la desesperación y el instinto. Faltaban las fuerzas, y nadie sentía el cansancio. Morir ahogados o morir de fatigas, todo era morir; pero esto último ofrecía una esperanza de salvar la vida, y ante esa esperanza no hay tregua, no hay descanso, no hay siquiera reflexión: no hay más que instinto....

—¡Dios tenga piedad de ellos! —exclamó Colón—.

Y una lágrima corrió por su mejilla....

.....

.....

Colón buscó un sitio que le permitiera reparar sus averías, y lo encontró en el Puerto Hermoso o Escondido, al occidente de Santo Domingo, adonde por un azar afortunado fueron concurriendo, unos en pos de otros, todos sus compañeros. Cuando supo la catástrofe de la flota despachada por Ovando, su espíritu piadoso se

llenó de un reverente temor, considerando que aquella desgracia podía ser un terrible aviso de la justicia divina.

.....

.....

* * *

Pasado que hubo el natural desconcierto entre los moradores de la Ciudad devastada, se empeñó Ovando en levantarla de nuevo, esta vez donde hoy se encuentra ofreciendo al Mundo civilizado el espectáculo de una urbe con todos los lineamientos característicos de las grandes capitales.

Fundada la Ciudad de Puerto Plata en el sitio designádole algunos años atrás por el Almirante, después de tomar en cuenta su relativa proximidad a Santiago y a la Concepción, siguió el nuevo gobernador en una prometedor, útil campaña tendiente a conseguir que aumentase la población de la Isla. Hizo levantar en la capital muchas construcciones importantes (la torre del Homenaje, el hospital San Nicolás, San Francisco, su casa-morada y quince viviendas más, todas de piedras, en la calle "Las Damas", hoy "Colón"), de las cuales algunas se conservan. Pero.... no demostró tener el gobernador suficiente conocimiento de las flaquezas humanas, hasta el punto de verse envuelto en una trama por todos motivos indigna de un administrador de sus condiciones. Destacado Juan de Esquivel en persecución de los naturales de Higüey, murieron en la horca Cotubanamá e Iguanamá....

Las funestas maquinaciones urdidas en Yaguana, llegaron hasta el comendador. Lenguas vengativas, criminales, consiguieron aposentar en su ánimo la certidumbre de que los indios de occidente se rebelaban contra las órdenes gubernativas. Ovando no quiso aceptar que lo que sus aduladores llamaban rebelión, era sólo la natural protesta frente al desautorizado modo de

servidumbre a que los tenían sujetos. No dicen los historiadores en cuáles razones fundaba esta opinión. Ovando debió haber reflexionado antes de obrar. Debió haber considerado la improbabilidad de que acometiesen tal empresa los desnudos indios, contra una fuerza tan formidable de tropas cubiertas de acero, y armadas a la europea; y debió en fin, haber tenido presente el carácter bondadoso de Anacaona. El ejemplo repetido de Colón y el adelantado pudo haberle hecho conocer que era suficiente seguridad contra las maquinaciones indígenas apoderarse de sus caciques y retenerlos prisioneros.

Reunió más de cuatrocientos hombres de todas armas, que puso bajo las órdenes de Diego Velázquez y Rodrigo Mejiatrillo, encaminándose con dirección a Jaraguá en junio de mil quinientos tres.

* * *

El gobernador llegó a los dominios occidentales, muy penetrado de que aquella región era una mina próxima a explotar, cuya mecha estaba en manos de la inocente Anacaona. Recibióle ésta con halagos y visibles muestras de alegría, como en otro tiempo al adelantado, a pesar de haber decaído para entonces considerablemente su afecto a los españoles. Cien jóvenes hermosas, salieron al camino agitando palmas y ramas de flores, y cantando areitos armoniosos; y ochenta caciques, acompañando a la ilustre princesa, homenajearon al comendador. La presencia de aquellos guerreros, muchos de ellos parientes y súbditos de Anacaona, confirmó los recelos infundidos en el alma del suspicaz Ovando, quien creyó ver en sus demostraciones de respeto, los embozos de la traición.

Anacaona le cedió su propia casa por alojamiento, y algunas otras inmediatas para que pudiera albergar la mucha gente que traía. Ovando aceptó el homenaje, con la promesa de que ella y su hija permaneciesen debajo del mismo techo.

Durante algunos días la reina de Jaraguá se esmeró en obsequiar a sus huéspedes, procurando que no les faltasen los manjares más exquisitos, y divirtiéndolos con bailes, cantares y fiestas públicas, tanto que Ovando llegó a creer en la sinceridad de estas demostraciones: pero el espíritu maléfico encarnado en un grupo de malvados, desvanecía con sus pérfidos consejos toda impresión favorable, y llegaron a persuadirle que los caciques, dirigidos por Guarocuya, meditaban asesinar a toda su gente.

Por absurdo que esto parezca, tuvo acceso en el ánimo del comendador. Llamó a sus oficiales Velázquez y Mejiatrillo, y les dió instrucciones reservadas para el acto de un simulacro guerrero, que a ruego de la hermana de Bohechío pensaba celebrar. Tratábase de correr cañas y de otros ejercicios militares enfrente de la casa por ellos ocupada. A Ovando se le dijo que Anacaona descaba aquella ocasión para consumar el funesto golpe; y en consecuencia, se dispuso que los justadores llevasen lanzas agudas en lugar de cañas, y que la infantería se presentase con las armas cargadas....

Llegado el domingo señalado para la gran fiesta, encamináronse a la residencia de Anacaona sus parientes y amigos: cerca de noventa caciques de aquella y otras comarcas se hallaban reunidos, y en la plaza formaban círculo infinitos indios de diferentes sexos y edades. Comenzó el torneo con algunos ejercicios de fuerza y destreza. Ovando mismo se entretuvo jugando al herrón con sus oficiales, y habiéndose retirado a un lugar visible, dispuesto expresamente, aguardó que la caballería entrase a ejecutar sus evoluciones. Entonces se llevó la mano al collar que adornaba su pecho, sonando al punto un clarín de guerra. La suerte estaba echada.... Desplegada en dos alas, la infantería cercó la casa de la heroína quisqueyana, impidiendo la salida de cuantos había dentro: y la caballería se precipitó a modo de huracán

sobre el pueblo indefenso, haciendo en él una espantosa carnicería....

.....

.....

Imposible sería describir la escena que siguió a tan inesperada cuanto brutal acometida: hombres, mujeres y niños, atropellados por las cabalgaduras, en vano buscaban su salvación en la fuga. Las agudas lanzas y las cortantes espadas se cebaban en sus cuerpos desnudos, y los gritos de horror de las madres y el llanto de los hijos se mezclaban con los tristes ayes de los moribundos....

Entretanto, los agentes de Ovando, cerradas las salidas, ataban los caciques a los postes de la casa, o les agarrotaban los brazos; y dándoles cruel tormento, les obligaban a confesar su soñado crimen de rebeldía. Anacaona permaneció en el mirador contemplando la desgarradora escena de la plaza, y con los brazos extendidos hacia Ovando le gritaba pidiéndole cuenta de aquella injustificable crueldad. Iguamota huyó en los primeros momentos de la catástrofe, como si temiese un peligro directo, personal, y fué a ocultarse en un pequeño retrete, mientras su madre era reducida a prisión y encadenada.... ¹⁸⁹.

Conducida a presencia del gobernador e hincada de rodillas, sólo pudo decir con grave acento:

—¿Qué mal te hice, para que así me maltrates? Y si acaso te ofendí ¿por qué castigas a todo un pueblo inocente?

El interpelado no contestó.

¿Qué iba a contestar?

Mandó llevarla a una casa distante un buen espacio, mientras seguía oyendo las declaraciones arrancadas violentamente a los caciques.

El edificio donde se les tenía encerrados comenzó a arder por varios puntos; y como era todo de madera,

pronto lo invadieron las llamas con sus torbellinos de humo....

.....

.....

En medio de la espantosa conflagración, se escuchaban las hondas, penetrantes, desgarradoras lamentaciones de los infelices quisqueyanos atados al maderámen y condenados a morir, que se retorcían entre sus ligaduras, presa muchos de ellos del elemento devorador....

.....

.....

NOTAS

1. "Alguna destas canoas he visto con sesenta y ochenta hombres en ella é cada uno con su remo" (*Carta de Colón a Luis de Santángel*, fechada en Lisboa el 4 de marzo de 1493).

2. "Las mujeres caribes se batian lo mismo que los hombres, mezclándose con ellos en la refriega, siendo diestras en disparar el arco". (Irving, *Compañeros de Colón*, pág. 18).

3. "El caribe y el aruaca son de dos naciones diferentes".

4. Indebidamente llamado *Iguamo*.

5. "Y un sobrino suyo (de Anacaona) que se llamaba el cacique Guarocuya, se alzó en la tierra que dicen Baoruco, é el Comendador Mayor (Ovando) envió a buscarle é hacerle guerra ciento y treinta españoles que andovieron tras él hasta que lo prendieron é fué ahorcado". (Oviedo, *Historia General*, t. I, pág. 90).

—"Un señor llamado Guarocuya, la última luenga, sobrino de la reina Anacaona, que se escapó de allí (de Jaraguá) con los que le quisieron seguir, fué huyendo a las sierras de Baoruco..... prenden los de Diego Velázquez al señor y rey de Aniguayagua (Guarocuya) y hácenlo, por honra, luego ahorcar" (Las Casas, *Historia de las Indias*, t. III, pág. 56).

—"Pacificó (Ovando) la Xaragua con quemar cuarenta (¿.....?) indios principales y ahorcar al cacique Guarocuya y a su tía Anacaona" (López de Gómara, *Historia General*, t. I, pág. 75).

6.—Las Casas, *Historia de las Indias*, t. II, pág. 87; —Las Casas, *Brevísima Relación* (Fabié, *Vida de Las Casas*, t. II, pág. 224); —Las Casas, *Historia Sumaria* (Fabié, *Vida de Las Casas*, t. II, pág. 305).

7. *Fuentes Históricas*, t. I, pág. 241.

8. A continuación ofrecemos algunas de las principales obras en las que se hace mención de su nombre: Pedro Mártir, *Fuentes Históricas*, t. I, págs. 243 y 247; Pedro Mártir, *Idem. id.*, t. II, pág. 442; Oviedo *Sumario*, pág. 474; Oviedo, *Historia General*, t. I, pág. 60; Oviedo, *Idem id.*, t. I, pág. 65; Las Casas, *Historia de las Indias*, t. II, pág. 138; Las Casas, *Apologética*, pág. 15; Fernando Colón, *Historia del Almirante*, t. II, pág. 238; Herrera, *Indias Occidentales*, déc. I, pág. 24; López de Gómara, *Historia General*, t. I, pág. 75; Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 362; Pinilla, *Colón en España*, cap. XVI, pág. 399 (*Testamento de Diego Méndez*); Robertson, *Historia de la América*, t. I, pág. 188; Charlevoix, *Histoire*, t. I, pág. 484; Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, t. I, pág. 261; Asensio, *Cristóbal Colón*, o. II, pág. 221; Fabié, *Vida de Las Casas*, t. II, pág. 28; Lamartine, *Cristóbal Colón*, t. III, pág. 241; Julio Verne, *Historia de los Grandes Viajes*, pág. 99; Conde Roselly, *Vida y Viajes de Colón*, t. I, pág. 375; Mesa y Leompart, *Historia de América*, t. I, pág. 80; Irving, *Vida y Viajes de Colón*, lib. XI, pág. 127; Grégoire, *Diccionario Histórico*, t. I, pág. 81; Charles Maló, *Histoire de Saint Domingue*, pág. 37; Wassermann, *Cristóbal Colón*, pág. 165; Castellanos, *Elegias de Varones Ilustres*, pág. 36; Pi y Margall, *Historia de América*, t. I, pág. 706; Castelar, *Historia del Descubrimiento*, pág. 508; Fernández Duro, *Colón y la Historia Póstuma*, pág. 16; Orellana, *Cristóbal Colón*, t. II, pág. 16; Ortega Rubio, *Historia de América*, t. I, pág. 339; Espasa, *Enciclopedia Universal*, t. V, pág. 307; *Diccionario Enciclopédico*, t. II, pág. 124; Charcot, *Christophe Colom vu par un marin*, pág. 255.

9. "...é seyendo (Caonabo) un caribe principal, se vino á esta Isla como capitán aventurero, y por el ser de su persona se casó con la susodicha (Anacaona), é hizo su principal asiento donde agora está la villa de Sanct Juan de la Maguana, é señoreó toda aquella provincia" (Oviedo, *Historia General*, t. I, pág. 65).

—"...se pasó (Caonabo) dellas (de las antillas menores) acá, y por ser varón en las guerras y en la paz señalado, llegó a ser rey de aquella provincia (Maguana), etc." (Las Casas, *Historia de las Indias*, t. V, pág. 483).

"...uno de los cuales era el rey Caonabo, ya mencionado, el mayor y más bien reputado de aquella Isla (Quisqueya), porque no era natural de ella, sino del país de los caribes" (Fernando Colón, *Historia del Almirante*, t. II, pág. 101).

10. "Por la orilla del río
vaga pensativa
la hermosa Niona.
¿Por qué va pensativa?
¿Por qué está sola?"

"Los mancebos del pueblo
la siguen con la vista;
pero de lejos.
Todos la han dicho
palabras de amor..."

“¿A quién ama
la hermosa Niona?
La hermosa Niona
sólo ama las flores
y las aves que cantan,
cantan amores...”

“Por la orilla del río
viene un mancebo.
¿Quién lo conoce?
Nadie le ha visto nunca,
nadie oyó el nombre
del extranjero.
¡Ay, que la hermosa Niona
suspira al verle!
¡Ay, que su voz escucha;
y el arrebol del alba
sube a su rostro!

“Todo el pueblo es murmullos:
de envidia en las doncellas,
de celos en los mozos;
y cuando Niona vuelve
su madre le pregunta:

—“¿Por qué suspiras?
¿Quién es el extranjero
que habló contigo?

—“Es el que yo,
en mis sueños,
vi muchas veces:
el que ha de ser mi esposo.

—“¿De dónde vino?

—“Vino de las montañas;
de donde baja el aura
que refresca los valles;
de donde baja el río
con sus aguas azules...”

—“Tú, Niona mía, eres la hija
del cacique del valle.
¿Quién es el extranjero?
¡Nadie sabe su nombre!

“Todo el pueblo murmura:

—“Niona, la hermosa,
la hija del cacique
ama a un desconocido.

“Los jóvenes del pueblo
languidecen de pena.
¡Oh, qué desgracia!
La encantadora niña
no será del esposo
que ella ha elegido,
ni tendrá más amantes.
¡Pobre Niona!

“Llorosa está la niña
y encerrada en su casa:
ya no pasea
por la orilla del río.

“Ancianos bojiques
de las montañas bajan,
enviados de un cacique poderoso,
que pide por mujer
para su hijo
a la hermosa Niona.

“En la orilla del río
vaga triste un mancebo:
es el desconocido
de las montañas.

—“Volveos, bojiques, volveos:
la bella Niona tiene su esposo;
lo tiene en su corazón,
y no quiere otro...”

“Cuando sale la luna,
baja la niña al río
para ver a su amante.
Los bojiques les sorprenden.

—“¡Oh, qué desgracia!

—“¡Oh, qué fortuna!

"El extranjero es Matinao;
es el hijo del cacique
de la montaña...."

es ya fiesta,
alegría es todo:
Niona y Matinao
firman su dicha
con un abrazo...."

"Todo en el pueblo

11. *Cocuyo*. La habían bautizado con este nombre, en premio a la expresión maravillosa de sus ojos.

12. Espíritu maligno.

13. Espíritu protector.

14. Se diferenciaban en los modismos y variantes que se observan en todos los idiomas; y muy particularmente, porque eran conglomerados de ideologías diversas. En el vocabulario, de cuatrocientas palabras, atribuido a los naturales de esta Isla, se han reconocido, según los etnólogos y geólogos, trescientas "genuinamente caribes".

15. *Historia de las Indias*, t. V, pág. 495.

16. Todo se reducía a imponer en la cintura de la desposada una pieza de algodón (náguas, hoy enaguas), para indicar su nuevo estado.

17. Prístinamente el asiento del cacicazgo de Maguana comprendía desde los haitís, al noroeste, hasta el Puerto Hermoso de los Españoles o Escondido, actual Puerto de las Calderas, al mediodía, donde encontró el Almirante protección para su flota durante el huracán del 19 de julio de 1502.

18. La continuación de la costa septentrional.

19. Punta Palmista.

• 20. Puerto Escudo.

21. Canal de la Tortuga.

22. *Diario de bitácora*: 9, 11, 16, 24 y 26 de diciembre; 2, 6, 8, 16 y 18 de enero. El nombre de La Española subsistió hasta que en cumplimiento de Real Orden fechada a 6 de diciembre de 1508, fué cambiado por el de Santo Domingo.

23. *Diario de bitácora*, miércoles 12 de diciembre.

24. *Diario de bitácora*, domingo 16 de diciembre.

25. *Diario de bitácora*, martes 18 de diciembre.

26. Una de las cuatro partes en que los antiguos romanos dividían la noche, desde las seis de la tarde hasta las seis de la mañana. Cada vigilia equivalía a tres horas. La navegación colombina se reanudó, pues, entre nueve y doce.

27. La disposición conciliadora adoptada por los quisqueyanos en su mayoría, sobre todo la del cacique de Marién, respecto de los españoles, orientación de la que esperaban derivar algún beneficio, ha servido de punto de partida a algunos investigadores para atribuirles pusilanimidad. Este error quedó confirmado tan pronto como los naturales cayeron en la cuenta de que no eran seres sobrenaturales sus huéspedes, sin embargo de que desde el primer momento comprendieron el alcance de su superioridad. El conocimiento de esa fuerza en los hombres blancos, los llevó a ser sus amigos. De haber sido pusilánimes, no estuviera salpicada de tantos sucesos heroicos la primera etapa de la lucha que precedió a la extinción del aborigen: extinción que bien pudo haber sido menos sangrienta, menos precipitada, de haberse aceptado las insinuaciones de la reina y mostrado menos crueldad algunos caudillos hispanos (Margarite, Ojeda, Arriaga, Roldán, Bobadilla, Velázquez, Villamán, Esquivel, Ponce de León y Ovando). John Stuart Mill, el insigne propulsor de las reivindicaciones femeninas, ha dicho que "para los seres humanos es beneficioso que se les quiten las cadenas, aun dado el caso de que no deseen andar" (a). Infortunadamente, para casi todos los directores de la cosa pública en la Colonia, estas palabras de Stuart Mill, adelantadas por la soberana de Castilla, a quien la esclavitud horrorizaba, no pasaron de ser letra muerta ante el arrollador empuje de sus ambiciones.

• • •

No obstante la importancia del papel que desempeñó Guacanagarí en los primeros días de la conquista, no hemos podido averiguar la suerte que corrió. Los Cronistas de la época le pierden de vista en el momento culminante de la sangrienta campaña contra los españoles. ¡Sólo Dios sabe si la fidelidad que juró al Almirante, fué la causa de su muerte, a manos de algún feroz subalterno de Caonabo! Las Casas (b) dice que "murió huyendo de las matanzas y crueldades de los cristianos; destruido y privado de su estado, por los montes perdido". Frente a aquellas falanges interminables de guerreros ansiosos de libertad e independencia a cualquier precio, su bondad, su mansedumbre, constituyeron desde el fatal momento en que se inició la lucha, un obstáculo que era necesario destruir.... Así

debió de suceder; quedando sepultado en el más impenetrable de los misterios, la suerte del hombre que, por encima de las "salvajes" maquinaciones de la hora, supo mantener incólume la nobleza de sus sentimientos.....

• • •

La actividad puesta en juego por Guacanagari con motivo del hundimiento ocurrido en la Bahía Caracol la Nochebuena de 1492, es ennoblecedora por todos conceptos. Ella nos evidencia la elevación de espíritu del célebre cacique quisqueyano. Los golpes, las acometidas a mano salva, son casi siempre terribles en sus consecuencias; para asestarlos, no se necesita valor. Si el régulo de Marién hubiera sido pusilánime, como lo han considerado algunos, habría aprovechado aquella coyuntura que le ofrecía todas las ventajas para detener la marcha de los conquistadores. Destruída la embarcación mayor; sin rumbo fijo para los náufragos y sus compañeros, la carabela Pinta, solamente disponían de la Niña, la más escasa, amenazada de sozobrar a causa de la gran cantidad de agua que se introducía en su vientre. ¿Puede concebirse situación más desesperada? Guacanagari advirtió esa situación; y en vez de tratar como enemigos a los hombres blancos, desplegó su actividad y la de los suyos, para ayudar a aquellos desdichados, en quienes vió desde el primer momento a seres dignos de estimación. Para nosotros, Guacanagari no fué un pusilánime. Fué un hombre en cuyo corazón habían albergado los sentimientos de humanidad predicados y practicados por Jesucristo; aun cuando actuase a mil cuatrocientos años distantes del sublime mártir iniciador de una Era nueva para el género humano, siempre incomprendible....

(a) *El Gobierno Representativo*, cap. VIII, pág. 216.

(b) *Historia de las Indias*, t. V, pág. 387.

28. "Hacia media noche sucedió que el barco, impelido por una fatal corriente, dió en un banco de arena. El grumete notó de repente paralizado el timón, y al oír el ruido de las olas al quebrarse lanzó un fuerte grito de angustia. Colón fué el primero que se presentó sobre cubierta dando a la tripulación, ya despierta, la orden de tirar al mar el cargamento de popa y aferrar en aquella parte el ancla; pero en lugar de seguir ese consejo, perdiendo la cabeza a causa del miedo, sólo pensaron en salvarse, dirigiéndose algunos a la carabela Niña, de donde fueron rechazados (a). Como entre tanto el barco se iba inclinando cada vez más hacia el costado, para aligerarle mandó Colón echar abajo el palo mayor; pero este recurso, destinado a retrasar el hundimiento, resultó también infructuoso: las randras se abrieron y el buque se inclinó completamente hacia un costado". (Cronau, *América*, t. I, pág. 282).

(a) "Por fortuna continuó la calma, y el capitán Vicente Yañez

hizo su deber, obligando a los desobedientes a volver en socorro del general, y enviándole prontamente su barca. Con esto se salvaron todos en la carabela". (Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, t. I, pág. 119; Irving, *Vida y Viajes*, lib. IV, pág. 46). Es posible que sin la referida disposición de ánimo del capitán de la Niña, Colón hubiera perecido aquella trágica "Nochebuena".

29. "...tomé, no obstante, en sitio más proporcionado, como de más ventaja y de más comercio, posesión especial de una ciudad grande, a la que puse el nombre de *Natividad del Señor*, y mandé al punto edificar un alcázar o fortaleza, etc."; "...porque yo en ninguna parte me he detenido sino lo que me han obligado los vientos y lo que se tardó en edificar la fortaleza en la ciudad de la *Natividad*, etc." (*Carta de Colón a Rafael Sánchez —Navarrete, Viajes de Colón*, págs. 206 y 208).

30. Colón levó anclas el viernes 4 de enero de 1493.

31. Diego de Arana, pariente de Colón, alguacil mayor; Pedro Gutiérrez, sobrino de fray Juan Pérez de la Rábida; Alonso de Mendoza, de Sevilla; Alvar Pérez de Osorio, de Castrojeréz; Bernardino de Tapia, de Ledesma; Cristóbal de Alano, del Condado (de Niebla); Castillo, platero de Sevilla; Diego García, de Jeréz; Diego de Tordoya, de Cabeza de Vaca; Diego de Capilla, del Almadén; Diego de Torpa; Diego de Mambles; Diego de Mendoza, de Guadalajara; Diego de Montalván, de Jaén; Domingo de Berneo; Francisco Fernández; Francisco de Godoy, de Sevilla; Francisco de Vergara, de Sevilla; Francisco de Aranda; Francisco de Henao; Francisco Jiménez, de Sevilla; Guillermo Ires, de Calvey (Irlanda); Hernando de Porcuno; Jorge González, de Triqueros; Juan de Urnigas; Juan Morcillo, de Villanueva de la Serena; Juan Cuevas, de Gastuera; Juan de Barco, de Barco de Avila; Juan Patiño, de la Serena; Juan de Villar, del Villar; Juan de Mendoza; Martín de Lograsán, cerca de Guadalupe; Pedro Carballo, de Cáceres; Pedro de Talavera; Pedro de Foronda; Sebastián de Mayorca; Tayarte de Lajes, inglés; y Tristán de San Jorge. (Navarrete, *Colección de los Viajes*, t. II, pág. 19).

32. El lugar que ocupa fué descubierto por Colón el sábado doce de enero de 1493.

33. *Diario de bitácora*, jueves 10 de enero.

34. Cinco leguas al oeste de Puerto Plata y cinco al este del sitio escogido para fundar la Isabela.

35. Dos lamentables inexactitudes se han venido repitiendo al escribir acerca de la resistencia que el domingo 13 de enero le opusieron los

ciguayos a Colón y el sitio en donde tuvo efecto, durante su viaje de regreso. Se dice que el Almirante fué "atacado" (a) en el Golfo de Samaná, hoy Bahía de Samaná y que bautizó aquel lugar con el nombre de *Golfo de las Flechas*. El escenario de este "encuentro" entre los castellanos y los naturales del cacicazgo de Maguá, fué la Bahía Rincón, entre el Cabo del Enamorado o Cabrón y Cabo Samaná (b). Es absurdo suponer que en las condiciones que se iniciaba Colón en este viaje, pudiera pensar en nuevas exploraciones (c). "No fué sólo el viento favorable lo que indujo a Colón a emprender, sin detenerse más, su regreso a España", escribe Cronau (*América*, t. I, pág. 291), "sino sobre todo el mal estado de los barcos, que hacían tanta agua que diariamente tenía que emplear bastantes horas la tripulación en extraerla, cosa que preocupaba seriamente al Almirante" (d).

(a) A juzgar por lo que Colón mismo dejó escrito, la *batalla* a que se refieren los historiadores de la conquista, no ha existido. En su *Diario de bitácora* (domingo 13 de enero), hace constar lo siguiente: —"Fueron corriendo (los indios) a tomar sus arcos y flechas donde los tenían separados, y tornaron con cuerdas en las manos para diz que atar a los cristianos. Viéndolos venir corriendo a ellos, estando los cristianos prevenidos, porque siempre los avisaba el Almirante, arremetieron los cristianos a ellos, y dieron a un indio una cuchillada en las nalgas, y a otro por los pechos hirieron con una saeta, lo cual visto, que podían ganar poco aunque los nuestros no eran sino 7 y ellos cincuenta y tantos (55), dieron a huir, que no quedó ninguno, dejando unos aquí las flechas, otros allí los arcos. Mataran diz que los cristianos muchos déellos, si el piloto que iba por capitán déellos no los estorbara" (Navarrete, *Colección de los Viajes*, t. I, pág. 136).

(b) Véase en Carlos Pereyra (*América Española*, t. I, pág. 73), el mapa del derrotero seguido por Colón, desde el extremo noroeste de la Isla, durante su regreso a España. Véase en Montalvo Guenard (*Rectificaciones Históricas*, pág. 227), el mapa de la Provincia de Samaná.

(c) Debe tenerse en cuenta que después de su arribo a las costas orientales, en aguas de Samaná, tanto Colón como sus compañeros del primer viaje creían hallarse frente a tierra desconocida. "Desde que llegamos a esta Española, escribió Alvarez Chanca (Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 226), por el comienzo de ella era tierra baja y muy llana, del conocimiento de la cual aún estaban todos dudosos y fuese la que és, porque aquella parte ni el Almirante ni los otros que con él vinieron habían visto, etc." (Véase también Conde Roselly, *Historia*, t. I, pág. 312).

(d) *Diario de bitácora*, miércoles 18 de enero.

36. Tiburón.

37. De la Natividad salieron Colón, Vicente Yañez Pinzón y sus demás compañeros en la Niña, hasta la embocadura del Yaque, en Monte Cristi, donde encontraron la Pinta, cuyo capitán, seducido por las noticias de que en esta tierra había grandes yacimientos de metal aurífero, se adelantó desde el 21 de noviembre. (Navarrete. *Colección de los Viajes*, t. I, pág. 62; Muñoz. *Historia del Nuevo Mundo*, lib. III, pág. 99; Irving *Vida y Viajes*, lib. V, pág. 51; Humboldt, *Colón y el Descubrimiento*, t. II, pág. 122; Wassermann. *Cristóbal Colón*, pág. 98). Justificable o no, el Almirante aparentó no dar importancia a esa disposición de ánimo del capitán de la Pinta (Martín Alonso Pinzón), y siguieron juntos. (*Diario de bitácora*, domingo 6 de enero).

38. "...dijeron que, luego que el Almirante se partió déellos, comenzaron entre sí a reñir, a tener pendencias, y acuchillarse, y tomar cada uno las mujeres que quería, y el oro que podían haber, y apartarse unos de otros; y que Pedro Gutiérrez y Escobedo (Escobar) mataron a un Jácome, y aquellos con otros nueve, se habían ido con las mujeres que habían tomado y su hato, a la tierra de un señor que se llamaba Canabó, que señoreaba las minas (y creo que está corrupta la letra: que había de decir Caonabó, señor y rey muy esforzado de la Maguana, de quien hay bien que decir abajo), el cual los mató a todos diez u once; dijeron más, que, después de muchos días, vino el dicho rey Caonabó con mucha gente a la fortaleza, donde no había más que Diego de Arana, el capitán, y otros cinco que quisieron permanecer con él para guarda de la fortaleza, porque todos los demás se habían desaparecido por la Isla, y de noche puso fuego a la fortaleza y las casas donde aquellos estaban, porque no estaban, por ventura, en la fortaleza, los cuales huyendo hacia el mar, se ahogaron" (Las Casas. *Historia de las Indias*, t. II, pág. 13; Herrera. *Indias Occidentales*, déc. I, pág. 37; Fernando Colón, *Historia del Almirante*, t. I, pág. 343; Irving. *Vida y Viajes*, lib. VI, pág. 74). "Los franceses", corrobora Montesquieu (*Del Espíritu de las Leyes*, t. I, pág. 208), "han sido arrojados de Italia nueve veces; al decir de los historiadores, por su insolencia con las mujeres y las mozas. Ya es bastante para una nación el tener que sufrir la presencia y el orgullo de los vencedores; si estos añaden la incontinencia y la indiscreción, llegan a hacerse insufribles".

39. Este caserío estaba enclavado en la llanura donde se asienta el paraje de la Higuera, sección de Hato del Padre, jurisdicción de San Juan de la Maguana, a tres kilómetros de la margen occidental del río San Juan. San Juan fue fundada por Diego Velázquez en 1503.

40. Orellana, *Cristóbal Colón*, t. II, pág. 43.

41. Casa grande (Las Casas, *Historia de las Indias*, t. V, pág. 468).

42. Dice Las Casas (*Historia de las Indias*, t. V, pág. 276): "Los indios, por su lenguaje, llamaban a esta provincia *Cibao*, por la multitud de piedras, pues ciba quiere decir piedra". (Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. V, pág. 196; Bernáldez, *Historia de los Reyes*, t. II, pág. 39; Irving, *Vida y Viajes*, lib. VI, pág. 82). Y Charlevoix (*Histoire*, t. I, pág. 121): "Fignifie montagne pierreuse". El doctor Coll y Toste (*Prehistoria*, pág. 231) lo explica así: "Las dos radicales son *ciba*, piedra; *o*, montaña: *cibao*, montaña de piedra".

43. "¡Perezcan para siempre
los enemigos
de Quisqueya!

"¡Guerreros esforzados
que heredásteis
de vuestros padres
la clava y la lanza:
herid, herid
sin descanso
hasta exhalar
el último suspiro!

"¡La sangre enemiga
es un brebaje
delicioso,
que embriaga!

"¡Nada engalana tanto
al guerrero
como sus heridas
y las cabezas

que trae clavadas
en la punta de su lanza!

"¡Guerra,
exterminio,
muerte a los enemigos
de Quisqueya!

"Las doncellas
coronarán de flores
al héroe vencedor
en muchos combates
y las madres
llorarán de gozo....

"¡Guerra
exterminio
y muerte
a los hijos del Oriente,
mientras
quede uno en pie
sobre esta tierra libre!...."

44. Las Casas, *Historia de las Indias*, t. V, pág. 471.

45. También le llamaban Meonides, derivado del nombre Meon de su padre. (Para esta nota véanse: Milton, *El Paraíso Perdido*, edición anotada de Jané Hermanos, Barcelona, 1873; lib. tercero, pág. 64; y Chateaubriand, *Los Mártires*, edición de Garnier Hermanos, Paris, libro segundo, pág. 96).

46. "Hermoso es el valiente
que vuelve de la guerra
vencedor;
pero es más hermoso

el sosiego de la paz;
es mucho más bello el amor
gozado en las floridas
selvas de la Patria.

"¿Qué placer hay comparable al de la paz, cuando se goza en medio de nuestra familia y entre amigos leales?

"Dadnos una siesta favorecida por las brisas deliciosas del Oriente, una sombra densa de verdes y pomposos árboles; dadnos a gustar allí el alimenticio casabí y la yuca, que es bendición del turey; rodeadnos de amores, y pedidnos cantares armoniosos.

"Cantaremos los tiernos cantares de la virgen que palpita de amor: la dicha del esposo que recibe a su compañera, ebrios ambos de esa pasión inexplicable: el santo gozo de la Madre, cuando el niño sonríe por primera vez, acariciando sus pechos llenos de amor: la dicha

de un padre anciano, a quien rodean gallardos mancebos y hermosas doncellas, nacidas de amor: todo esto es bello; nada de esto es la guerra. Es la paz y el amor....

"Cantaremos la dulzura de la amistad, hija del cielo; y lloraremos también de amor por los que murieron en la guerra; que lucharon por la Patria, y más nunca volverán....

"¡Dejad las guerras, crueles, que vierten sangre y arrancan lágrimas!....

"Hermoso es el valiente que vuelve de la guerra vencedor; pero es más hermoso el sosiego de la paz; es mucho más bello el amor, gozado en las floridas selvas de la Patria".

47. Para los naturales, este jugo tenía la propiedad de quitar o evitar la *guaguana* o cansancio de las piernas. También lo utilizaban (como la tinta negra del guatapaná) para teñir "algunas cosas que hacían de algodón". Los españoles lo usaban en lugar de la tinta en su escritura.

48. Guerrillas de los indígenas, según Oviedo.

49. Sara Sáenz Cavia.

50. Árboles resinosos.

51. Fabié, *Vida de Las Casas*, t. I, págs. 18 y 19.

52. Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. IV, págs. 158 y 160.
53. Las Casas *Historia de las Indias*, t. I, pág. 351; Bernáldez, *Historia de los Reyes*, t. II, pág. 35; Irving, *Vida y Viajes*, lib. V, pág. 66.
54. "Y así, mandaron a Juan Rodríguez de Fonseca (Ministro de Marina y Ministro de Colonias a un tiempo), que juntase y basteciese una buena flota de navios para las Indias, en que pudieran ir hasta mil e quinientas personas" (López de Gómara, *Historia General*, t. I, pág. 55; Prescott, *Historia de los Reyes*, t. IV, pág. 96).
55. *Colonización*, pág. 49.
56. Carta al doctor Scylacius. (Véase la nota 125).
57. Antes de proseguir el viaje, entregó Colón a los comandantes de los buques sendos paquetes cerrados y sellados, especificándoles el camino de la Natividad. (Fernando Colón, *Historia del Almirante*, t. I, pág. 319; Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. IV, pág. 176; Irving *Vida y Viajes*, lib. VI, pág. 68).
58. Algunas aves marinas llamadas *rabihozadas*, que ni se posan ni duermen sobre el agua, anunciaron con inmediata anterioridad el Descubrimiento.
59. Alvarez Chanca, *Carta* (Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 215).
60. El doctor Diego Alvarez Chanca (a), sevillano, en su calidad de médico y escribano de la armada (b), dió fe de este descubrimiento, como lo hizo Rodrigo de Escobar en el primer viaje.
- (a) Escribió las siguientes obras: *Tratado para curar el mal de costado*, *Libro del ojo*, *Retardo de la vejez y conservación de la salud*.
- (b) Véase la nota 122.
61. Ya en tierra, los españoles encontraron huesos de piernas y brazos humanos. Estos hallazgos no sorprendieron al Almirante, pues por los indios que llevó a España, sabía de la existencia de esta gente. "Si mayores ventajas no hubiesen llevado al Nuevo Mundo los descubridores que la de desterrar para siempre tan abominables costumbres, dice Oréllana (*Cristóbal Colón*, t. II, pág. 214), bastaría esto sólo (la extinción de los canibales) para hacer enmudecer a los fanáticos detractores de las glorias españolas".

62. Al estimar el tiempo transcurrido desde el día de la matanza, escribe Alvarez Chanca: "A lo que parecían los cuerpos, no habían dos meses que había acaecido". (Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 234).

63. Pedro Mártir, *Fuentes Históricas*, t. I, pág. 135.

64. "Había entre ellos una mujer, a la cual, según se podía conjeturar, obedecían los demás y le hacían cumplimiento como a reina, a la que acompañaba un joven torvo, robusto, de ferocísima mirada y aspecto de león, el cual fué herido y hecho prisionero". (Pedro Mártir, *Fuentes Históricas*, t. I, pág. 137; Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. IV, pág. 184; Irving, *Vida y Viajes*, lib. VI, pág. 71).

65. *Carta* (Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 224).

66. Agüeybaná ("El Gran Sol"), cacique principal de la Isla. Fue amigo de Juan Ponce, a quien visitó en sus reales de Higüey.

67. *Puerto Rico y su Historia*, pág. 20.

68. *Colón en Puerto Rico*, pág. 128.

69. Bautizado con este nombre, porque siendo de tierra baja, despide un gran arrecife al noroeste, formando la gran ensenada de Higüey con la punta Espada, que suele (la punta) confundir a los marinos.

70. Puerto Rico fué por algún tiempo el nombre de la ciudad principal, en tanto que San Juan era el nombre de la Isla. Existen documentos del año 1582, en los cuales ya se hacía mención de la "ciudad de san jhoan".

71. *Carta* (Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 225).

72. *Vida de Colón*, t. I, pág. 312.

73. *Carta* (Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 227).

74. De los diez indios llevados por Colón a España, seis fueron bautizados, sirviéndoles de padrinos los reyes, el propio Almirante y el príncipe Juan, aplicándose a tres de ellos los nombres de Fernando de Aragón, a un pariente de Guacanagari; Juan de Castilla; y Diego Colón, que se unió en matrimonio con la india Iguagua, hija de Guarionex. (*Diario de bitácora*, miércoles 16 de enero; Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. IV, pág. 164; Prescott, *Historia de los Reyes*, t. IV, pág. 89;

Irving, *Vida y Viajes*, lib. VI, pág. 73; Humboldt *Colón y el Descubrimiento*, t. II, pág. 181; Orellana, *Cristóbal Colón*, t. II, pág. 156).

75. *Carta* (Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 227).

76. *Apologética*, pág. 321.

77. También se ejercitó en ella el leonés Juan González, que sirvió de intérprete o *lengua* a Juan Ponce, conquistador de Puerto Rico, en su primer viaje a aquella Isla en 1508. Vicente Yañez Pinzón había visitado a Boriquén en 1500.

78. Cronau, *América*, t. I, pág. 310.

79. Allí envió el Almirante algunos españoles a tierra y constataron cómo "a poca distancia de la costa habían encontrado dos cadáveres con una soga al pescuezo, hecha de corteza de un árbol (lamajagua, hoy majagua), y atados a un pedazo de madero en forma de cruz" (a). Al día siguiente "tropezaron con los cadáveres de un hombre y un niño que habían sido estrangulados con una cuerda y estaban medio escondidos entre la maleza cerca del río. Ambos cuerpos se hallaban en tal estado de descomposición que no fué posible reconocer si eran de indios o de blancos los restos que tenían ante sí".

(a) "Pasaban un palo largo por el pecho o la espalda del sujeto que querían castigar; le ataban las manos con cuerdas a este palo y así lo dejaban morir de hambre. Este era el verdadero aparato de tortura de los indios dominicanos" (Montalvo Guenard, *Rectificaciones Históricas*, pág. 127).

80. Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 228.

81. Las Casas, *Historia de las Indias*, t. I, pág. 363; Herrera, *Indias Occidentales*, déc. I, pág. 49; Irving, *Vida y Viajes*, lib. VI, pág. 73; Asensio, *Cristóbal Colón*, t. I, pág. 628; Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 229.

82. "Aquel día venimos por donde estaba la villa" —escribe Alvarez Chanca—, "y cuando llegamos hallamos muchos indios que se habían asegurado y estaban rescatando oro; tenían rescatado fasta un marco; hallamos que habían mostrado dónde estaban muertos 11 cristianos, cubiertos de la hierba que había crecido sobre ellos, e todos hablaban por una boca (todos coincidían en) que Caonabó y Mayrení los habían muerto; pero con todo eso asomaban quejas que los cristianos uno tenía tres mugeres, otro cuatro, donde creemos quel mal que les vino fué de zelos" (*Carta*, Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 232).

83. Alvarez Chanca; y Melchor Maldonado, también sevillano, que había sido embajador de los reyes españoles ante el Padre Santo, quitaron el vendaje con que cubría Guacanagari una de sus piernas, que decía herida de ciba (piedra). Según el escribano de la armada, "no le encontraron más herida en una pierna que en la otra" (Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 235).

84. Pedro Mártir, *Fuentes Históricas*, t. I, pág. 145.

85. Estando la armada frente a la costa de Boriquén, "por la noche, dos mujeres y un joven de los libertados de los canibales, echándose al mar, se marcharon nadando al suelo natal".

86. También fué bautizada con este nombre, sirviéndole de padrino el adelantado don Bartolomé Colón, Osema, la viuda de Cayacoa, antes de unirse en matrimonio con el afortunado aragonés Miguel Díaz de Aux, capitán de Colón.

87. *Diario de bitácora*, lunes 12 de noviembre.

88. *Carta* (Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 236).

89. Pedro Mártir, *Fuentes Históricas*, t. I, pág. 149; Bernáldez, *Historia de los Reyes*, t. II, pág. 29.

90. *Justicia inflexible es injusticia*.

91. El Padre Boil así como los demás miembros de la tripulación insinuaron a Colón la idea (que hubiera sido funesta en la práctica) de vengar en aquel momento la muerte de los cristianos. (Pedro Mártir, *Fuentes Históricas*, t. I, pág. 147; Las Casas, *Historia de las Indias*, t. II, pág. 14; Herrera, *Indias Occidentales*, dec. I, pág. 58; Charlevoix, *Histoire*, t. I, pág. 117; Robertson, *Historia de la América*, t. I, pág. 124; Irving, *Vida y Viajes*, lib. VI, pág. 76; Lamartine, *Cristóbal Colón*, t. III, pág. 698; Conde Roselly, *Vida de Colón*, t. I, pág. 319; Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. IV, pág. 190; Castellanos, *Elegías*, pág. 84; Charcot, *Christophe Colom*, pág. 217; Asensio, *Cristóbal Colón*, t. I, pág. 637; Lafuente, *Historia General*, t. VII, pág. 64; Castelar, *Historia del Descubrimiento*, pag. 461; Ortega Rubio, *Historia de América*, t. I, pág. 318).

92. González Ginorio, *Tanamá*, t. I, pág. 54.

93. *Del Espíritu de las Leyes*, t. II, pág. 350; Duruy, *Historia de los Griegos*, t. II, pág. 338.

94. *Diario de bitácora*, viernes 12 de octubre.
95. *Cristóbal Colón*, pág. 100.
96. Señor de tierra y agua o señor grande de los cristianos, como llamaban los indios a Colón y sus capitanes.
97. *Singar*, en términos náuticos, equivale a remar o bogar con un solo remo en la popa. (Ver la pág. 97 en *El Hijo del Mar* de Ch. Cavinet, obra premiada por la Academia Francesa. Edición de Calleja, Madrid).
98. *Historia del Almirante*, t. I, pág. 350.
99. También dió el nombre de Isabela a la isla descubierta el 19 de octubre de 1492.
100. Pedro Mártir, *Fuentes Históricas*, t. I, pág. 153; Irving, *Vida y Viajes*, lib. VI, pág. 79; Conde Roselly, *Vida de Colón*, t. I, pág. 322; Charcot, *Christophe Colom*, pág. 218; Julio Verne, *Historia de los Grandes Viajes*, pág. 95; Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. IV, pág. 193; Asensio, *Cristóbal Colón*, t. I, págs. 640 y 641.
101. *Cristóbal Colón*, t. II, pág. 9.
102. Algunos historiadores suponen que Colón murió de 60 años, en el de 1506, y que por consiguiente nació en 1446. Su hijo don Fernando asegura que llegó a Castilla desde Portugal a fin de 1484. El Cura de los Palacios, que lo conoció y trató, dice que murió *in senectute bona* de edad de 70 años, poco más o menos. (Bernáldez, *Historia de los Reyes*, t. II, pág. 82; Prescott, *Historia de los Reyes*, t. VII, pág. 126; Navarrete, *Viajes de Colón*, pág. 347).
103. Las Casas, *Historia de las Indias*, t. II, págs. 268 y 395; Herrera, *Indias Occidentales*, déc. I, pág. 98; Robertson, *Historia de la América*, t. I, pág. 158; Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, pág. X (Prólogo); Fiske, *Historia de los Estados Unidos*, t. I, pág. 27; Irving, *Vida y Viajes*, pág. 218 (Apéndice 9); Irving, *Compañeros de Colón*, pág. 6; Humboldt, *Cosmos*, t. II, pág. 458; Humboldt, *Colón y el Descubrimiento*, t. II, página 253; Lamartine, *Cristóbal Colón*, t. II, página 329; Lummis, *Exploradores Españoles*, página 59; Conde Roselly, *Vida de Colón*, t. I, página 13; Julio Verne, *Historia de los Grandes Viajes*, página 143; Cantú, *Historia Universal*, t. X, página 360; Cronau, *América*, t. I, pág. 400; Cronau, *América*, t. II, pág. 28; Wassermann, *Cristóbal Colón*, pág. 235; Fernández Duro, *Colón y la Historia Póstuma*, pág. 249; Mesa y Leompart, *Historia de América*, t. I, pág. 69; Bigotte, *Colón*



Descubrimiento, t. II, pág. 119; Pinilla, *Colón en España*, pág. 35; Castelar, *Historia del Descubrimiento*, pág. 45; Lafuente, *Historia General*, t. VII, pág. 176; Fabié, *Vida de Las Casas*, t. I, pág. 372; Charcot, *Christophe Colom*, pág. 257; Pereyra, *Las Rutas Oceánicas*, pág. 250.

104. Véase la nota 37.

105. *Historia de las Indias*, t. V, pág. 253.

106. Nota 54.

107. Boil pertenecía a la Orden de San Francisco de Paula; y fué ordenado de misa, en la iglesia de Santa María del Pino (Barcelona), el 22 de diciembre de 1481.

108. Fechada en Barcelona a 29 de mayo de 1493, con anterioridad a la autorización papal: "...Sus Altezas envían allá al docto P. fr. Buil, juntamente con otros religiosos" (Navarrete, *Colección de los Viajes*, t. II, pág. 88).

109. Nombrado por Bula fechada a 24 de junio de 1493.

110. "Quiero ahora contar" —escribe Pane— "lo que vi y pasó cuando yo y otros frailes vinimos de Castilla y yo, fr. Román, pobre ermitaño quedé y me fuí a Madalena a una fortaleza la cual hizo fabricar don Cristóbal Colón.... Al segundo día que partimos del pueblo y habitación de Guarionex.... yo fray Román Pane, pobre eremita, y fray Juan Borgoñón del orden de San Francisco, y Juan Mateo, el primero que recibió bautismo en la Española.... que se bautizó el día del Evangelio de San Juan (21 de septiembre) del año de 1496".

111. Probablemente fué este eclesiástico (compañero inseparable de Velázquez durante la conquista de Cuba), quien trató de lograr la conversión del cacique quisqueyano Hatuey a la Religión de Cristo, en los momentos en que, condenado a ser quemado vivo, se hallaba atado al poste del suplicio....

112. "Pasados algunos días de la conquista de esta Isla (La Española), varios religiosos nuestros que allí fueron en la segunda navegación de los cuales uno fué fray Juan Pérez, aquel mismo que con tantas instancias persuadió a Colón no se apartase del Descubrimiento" (Angel Ortega, *La Rabida*, t. II, pág. 264).

113. "Fray Rodrigo Pérez, dijo este testigo que vino con el dicho Almirante don Cristóbal Colón quando truxo los dieciseis navíos...." (Angel Ortega, *La Rabida*, t. II, pág. 263).

114. Real Cédula fechada en Arévalo el 1 de julio de 1493.

115. "Devoto religioso: porque confiamos en que vuestra sciencia aprovecha mucho para las cosas que ocurrieren en este viaje donde va don Cristóbal Colón, nuestro Almirante... como él vos dirá o escribirá, querriamos que por servicio de Dios nro. fuédeses con él este viaje para estar allí algunos dias... e Nos escribimos al provincial y al custodio de esa provincia, cual de ellos se hallare ende que vos dén licencia para ello: bien creemos que lo farán, y esto poned en obra, en lo cual mucho servicio más nos faráis" (*Carta de los reyes a fray Antonio-Angel Ortega, La Rabida*, t. II, pág. 189; Humboldt, *Cosmos*, t. II, pág. 290).

116. Humboldt, *Colón y el Descubrimiento*, t. II, pág. 195; Fabié, *Vida de Las Casas*, t. I, pág. 11.

117. Historiadores contemporáneos siguen incurriendo en el error, ya imperdonable, de asegurar que el licenciado Las Casas vino al Nuevo Mundo en 1493. Dice él mismo en su *Historia de las Indias*, t. III, pág. 20: "...porque yo vine aquel viaje con el Comendador de Lares a esta Isla". El futuro Obispo de Chiapa y Guatemala tenía entonces 28 años de edad; 8 menos que su colega el historiador Gonzalo Fernández de Oviedo.

118. *Derecho de Gentes o Internacional*: "...el derecho civil del universo, considerando a cada pueblo como un ciudadano del mundo", según la definición de Montesquieu (*Del Espiritu de las Leyes*, t. II, pág. 193). Fueron padres y fundadores del *Derecho de Gentes* Francisco Vitoria y Domingo de Soto, maestros de maestros en la Universidad de Salamanca (desde 1526 a 1546 el primero, y desde 1526 a 1560 el segundo), en cuyas ideas se inspiró el autor de *El Mar Libre*.

119. Fué el primero en explorar (con dos navios y unos cuantos marineros) durante ocho meses del año 1508, de orden del gobernador Ovando, la costa norte de Cuba, demostrando que era una isla. Ya sabemos que Colón murió, creyendo que aquel inmenso territorio era un continente, contrario a la opinión de su compañero el Padre Luxerna.

120. La historia hace mención de un Alonso de Ojeda, de triste memoria, muerto a fines de 1520 por el cacique Maragüey en la región de Maracapana; y del Padre Alonso de Ojeda, primo de aquél, fraile dominico, uno de los primeros inquisidores y gran favorito de los reyes.

121. El capitán San Miguel, establecido luego en Bonao, fué el primer embajador ante el cacique Enriquillo, para confirmarle las ofertas

que le había hecho el Padre Las Casas. El paso inicial para el arreglo con el patriota del Baoruco lo dió la reina y emperatriz Isabel de Portugal, esposa de Carlos Quinto, por medio de una carta que en fecha 21 de febrero de 1533 presentó el capitán Francisco de Barrionuevo a los oidores Alonso de Suazo, Rodrigo Infante y Juan de Badillo, encargados del Gobierno.

122. "El Rey e la Reina. Doctor Chanca: Nos habemos sabido que vos, con el deseo que tenéis de nos servir, habéis voluntad de ir a las Indias, e porque en lo hacer nos serviréis, "e aprovecharéis a la salud de los que por nuestro mandado allá van", por servicio nuestro que lo pongáis en obra e vayáis con el nuestro Almirante de las Indias, el cual vos hablará en lo que toca a vuestro asiento para allá, y en lo de acá vos enviaremos, en tanto que allá estuviéredes. De Barcelona a veintitres de mayo de noventa y tres, etc." (Navarrete, *Colección de los Viajes*, t. II, pág. 54).

123. Diego Méndez (el venturoso amante de Elvira) es una de las figuras más interesantes de la historia de la conquista. En el primer viaje acompañó a Colón como simple soldado y en el segundo era uno de los hidalgos y hombres de armas. Durante los años 1494 y 1495 desempeñó significativos papeles en los sucesos que tuvieron por escenario el Cibao; ya conduciendo fuerzas a través de caminos peligrosos o bien luchando al lado del Almirante contra los enemigos de la tranquilidad colectiva. Pero, su aventura máxima está representada por la travesía (160 kilómetros) que en unión de Hernando de Guevara, el sufrido amante de Iguamota; y del piloto italiano Bartolomé Fiesco, tripulantes de débiles canoas, realizara desde la isla de Jamaica a la Española (a), para recabar del gobernador Ovando la ayuda que tanto necesitaban sus compañeros, hambreados, en aquella antilla. "Con la mar tranquila y lisa como un espejo", escribe Orellana (*Cristóbal Colón*, t. II, pág. 481), "las dos canoas se lanzaron a su peligrosa aventura, impelidos por la fuerza de los remos. El adelantado, que los contemplaba desde la ribera, no tardó mucho en verlas dibujarse como unos puntos blancos casi en el límite del horizonte del mar, y quedar luego envueltas entre las tinieblas de la noche. Si el tiempo se alteraba en aquel inconstante golfo, ¿cuán fácil era que las dos diminutas naves fueran tragadas por la inmensidad de las olas!". Colón había llegado a Jamaica en 1503 (24 de junio, día de San Juan), después de una travesía tan penosa, que en ocasiones, según expresión del mismo, la mar "hervía como una inmensa caldera", y donde parecían condenados a morir de hambre... "Al cabo de cuatrocientos años", hace notar Wassermann (*Cristóbal Colón*, pág. 194), "se le pone a uno la carne de gallina al leer acá y allá las noticias dispersas que los Cronistas han recopilado, lo que Colón mismo escribió sobre el tema, lo que nos refiere Diego Porras, notario, testigo ocular y compañero de fatigas, y finalmente

lo que nos ha contado breve y concienzudamente en su *Testamento* (b) Diego Méndez, el maravillosamente fiel criado del Almirante". Revela esta disposición de Méndez, un elevado concepto del honor. Prescott (*Historia de los Reyes*, t. V, pág. 60) refiere con pinceladas magníficas el momento en que otro joven español llamado Juan de Altavila, viendo en peligro la vida del rey Fernando durante la batalla de Salamina (contra los franceses), dió su caballo al monarca y "se quedó esperando tranquilamente al enemigo por quien fué muerto en el acto". Tales ejemplos de lealtad y abnegación, en una época de ferocidad y de exterminio, deben servir de honradora orientación a los enemigos de la hidalguía de aquella España inmortal, cuyo recuerdo ha vivido sin mengua en nuestras almas, a través de cuatrocientos años....

(a) Méndez se encaminó a pie desde cabo Tiburón (San Miguel), lugar de su desembarco, hasta Yaguana, donde a la sazón se hallaba Ovando.

(b) Véase este documento en Navarrete (*Viajes de Colón*, pág. 351).

124. Velázquez fundó en Cuba las siguientes villas: Asunción de Baracoa (la población más antigua de la antilla hermana), cuyo cacique, Guama, murió en una hoguera, como Hatuey; Jagua (hoy Cienfuegos); San Salvador de Bayamo (1513); Trinidad (1514); Santiago (capital de la Isla hasta el año 1556) y San Cristóbal de la Habana (25 de julio de 1515); lugar éste donde vivía el cacique Abaguanex.

125. En 1495 publicó el doctor Nicolás Scylacius, a quien había sido dirigida en Italia, una carta de Coma fechada a 13 de diciembre de 1493 (en la Isabela), referente a lo que ocurría en el Nuevo Mundo, cuando el Universo ignoraba todavía la magnitud del Descubrimiento. Scylacius dedicó este impreso a Ludovico Sforzia (de Angleria), séptimo Duque de Milán. La *Carta-Relación* de Cúneo está fechada en la Saona el 15 de octubre de 1495.

126. Obsequio del obispo Juan Rodríguez de Fonseca. Ojeda llevaba consigo, siempre, una imagen de la Virgen Santísima, su patrona, en cuya protección confiaba.

127. Se refería a la expulsión de la Media Luna, de la Península ibérica, debajo de cuyo cielo flotara desde el siglo octavo.

128. Véase nuestro trabajo titulado "¿En qué año fué fundada la Ciudad de Santo Domingo?", en "Listín Diario" correspondiente al 15 de marzo de 1936.

129. Oviedo, *Historia General*, t. I, pág. 48; Las Casas, *Historia de las Indias*, t. II, pág. 34.

130. Muñoz. *Historia del Nuevo Mundo*, lib. V, pág. 208; Prescott, *Historia de los Reyes*, t. IV, pág. 89.

131. El 30 de mayo de 1494 se cosechó trigo, sembrado en los primeros días de enero.

132. Además de don Diego, integraban esta Junta: Pedro Hernández Coronel, el Padre Boil, Alonso Sánchez Carvajal y Juan López Luján, como vocales.

133. "Así que, por esta razón, un cacique que se llamaba Guatiguaná, cuyo pueblo era grande, puesto a la ribera del río poderoso Yaqui, que, por ser graciosísimo asiento, hizo el Almirante hacer cerca o junto del una fortaleza que llamó la Magdalena, y estaba diez o doce leguas de donde fue y es ahora asentada la villa de Santiago" (Las Casas, *Historia de las Indias*, t. II, pág. 75).

134. Las mismas que pensaban utilizar para su proyectada huida a España. Díaz y Zedó.

135. *Diario de bitácora*, miércoles 5 de diciembre.

136. Muñoz. *Historia del Nuevo Mundo*, lib. V, pág. 211; Irving. *Viajes y Descubrimientos*, pág. 25.

137. Fernando Colón. *Historia del Almirante*, t. I, pág. 382; Irving. *Vida y Viajes*, lib. VII, pág. 89.

138. Es muy importante hacer constar que en estos parajes concibió el Almirante la idea de "regresar a Europa corrido por todo su contorno elorbe de la tierra"; idea cuya práctica no pudo iniciar, debido al mal estado de los barcos, a la falta de bastimentos y al desaliento de la cansada tripulación.

139. Las Casas, *Historia de las Indias*, t. II, pág. 61.

140. Colón se hallaba en la región gobernada por el cacique Macaca, donde tantas demostraciones de afecto había recibido Alonso de Ojeda.

141. "Allí teniendo la gente del país noticia de los cristianos, fueron en sus canoas a las carabelas, dando cuenta de que habían llegado algunos cristianos de los de la villa Isabela, y que todos estaban bien, de cuya noticia el Almirante se alegró mucho, y para que estos supieran lo mismo de su salud y de los suyos, y de su regreso, cuando estaba más al Oriente

envió nueve hombres que atravesasen la Isla y pasasen por la fortaleza de Santo Tomás y la de la Magdalena, hasta la Isabela, etc." (Fernando Colón, *Historia del Almirante*, t. II, págs. 2 y 3; Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. V, pág. 224).

142. "El año de 1494 estando yo (Colón) en la isla Saona que es el cabo oriental de la ysla Española, obo eclipsis de la luna a 14 de setiembre, etc."

143. No es necesario ser muy versado en historia de América, para conocer este pasaje. El eclipse del 29 de febrero de 1504, fué el que le sirvió al Almirante para salir de la apurada situación en que se halló en Jamaica, "demostrando cuánto vale la superioridad del saber y de la inteligencia sobre la masa ignorante del vulgo".

144. "Después que estuvieron juntas (las embarcaciones del Almirante), navegaron a 24 de septiembre, hasta la parte más oriental de la Española, y pasaron a una isleta, que está entre la Española y San Juan a la que llamaban Amoná; desde esta isla no prosiguió el Almirante su *Diario* de la navegación ni dice cómo volvió a la Española, sino que yendo desde la Amoná a San Juan, le dió una grave enfermedad entre calentura pestilencial y frenesí, que le privó de repente de la vista, y demás sentidos, y de la memoria" (Fernando Colón, *Historia del Almirante*, t. II, pág. 5).

145. Las Casas, *Historia de las Indias*, t. II, pág. 139.

146. Las Casas, *Apologetica*, pág. 26.

147. Se ha comprobado que la extinción del aborígen no fué obra exclusiva de los instrumentos de guerra de los conquistadores. Esta disposición de los quisqueyanos (el abandono de sus labranzas), fué adoptada más tarde por los jamaíquinos, siboneyes y boriqueños, corriendo la misma suerte que habían corrido los nuestros.

148. "El que la Española se encontrase casi a la continua en estado de agitación y de desorden, no se debe achacar a la mala administración del Almirante, y si al turbulento y ambicioso carácter de los aventureros y caballeros de industria que la invadían" (Cronau, *América*, t. I, pág. 379; Prescott, *Historia de los Reyes*, t. VI, pág. 37).

149. El 9 de abril de 1494, poco antes de haber sido levantada la Magdalena, el Almirante envió con Alonso de Ojeda a Pedro Margarite unos cuatrocientos hombres, con el propósito de conseguir imponer respeto a los cibacenos, lo que no fué posible, debido a que este se dedicó a cometer

atropellos contra los naturales, de los que estos se veían obligados a defenderse. (Navarrete, *Colección de los Viajes*, t. II, pág. 110).

150. Nombre que le daban los indios al Yaque del Norte o Río de Santiago.

151. Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. V, pág. 229.

152. Algún tiempo después, convencido de su error y de que "es necia cosa andar con pleitos", como dice Santa Teresa en la LIV de sus *Cartas*, el Padre Boil se convirtió en uno de los más entusiastas propagadores de los méritos del Almirante.

153. *Cristóbal Colón*, t. II, pág. 102.

154. Los quisqueyanos no sabían contar más que hasta diez, y todo lo que pasaba de este número lo repetían, llegando a veinte; lo triplicaban, llegando a treinta, etc.

155. *Cristóbal Colón*, t. II, pág. 116.

156. Antes que tuviera efecto la decisión de la Corona de España en relación con los preparativos para el Descubrimiento, Colón, creyendo que allí también sus esfuerzos resultarían inútiles, escribió a su hermano don Bartolomé, que se encontraba en Portugal (1488), diciéndole que "era necesario renovar sus proposiciones al Rey de Inglaterra para que le ayudase en su empresa". En aquellos días salía para el Norte el piloto Bartolomé Díaz, amigo del futuro adelantado, con quien éste había hecho años atrás un largo viaje de exploración por las costas de Africa; y don Bartolomé Colón lo aprovechó para dirigirse a la Corte inglesa, donde encontró protección decidida para la misma empresa en el monarca Enrique Séptimo. Como el Almirante ignoraba el paradero de su hermano, a quien había escrito a Portugal, en los términos referidos, experimentó una gran satisfacción al verle a su lado nuevamente.

157. *Vida y Viajes*, lib. VIII, pág. 98.

158. Véase el *Apéndice 1*.

159. Las Casas, *Historia de las Indias*, t. II, pág. 143.

160. Navarrete, *Viajes por la costa de Paria*, pág. 2; Irving, *Viajes y Descubrimientos*, pág. 5; Cronau, *América*, t. II, pág. 7; Prescott, *Historia de los Reyes*, t. VI, pág. 63.

161. Torres capitaneaba cuatro buques, conduciendo medicinas y provisiones de boca y de guerra.

162. Este acuerdo representa el punto final de la Convención con Portugal, celebrada en Tordecillas (Castilla la Vieja), pequeña ciudad del Reino de León, residencia entonces de la Corte, el 7 de junio de 1494. (Prescott, *Historia de los Reyes*, t. IV, pág. 98). Fue confirmada por los reyes españoles el 2 de julio; y por don Juan Segundo de Portugal, el 5 de septiembre del mismo año.

163. En esta expedición iba también Bernal Díaz de Pisa con el proceso que se le había sustanciado.

164. "...y que fué Anacaona muy devota e amiga de los cristianos desde que los comenzó a ver y a hablar con ellos" (Las Casas, *Historia de las Indias*, t. V, pág. 483; Robertson, *Historia de América*, t. I, pág. 188; *Enciclopedia de Espasa*, t. V, pág. 307).

165. *Cristóbal Colón*, t. II, pág. 171.

166. Véase la nota *h* en el *Apéndice 1*.

167. Con este nombre habían bautizado los españoles un camino por ellos abierto en Sierra Nevada, durante la Guerra de Granada.

168. Recuérdense las palabras de Colón al arribar a la Isla (*Diario de bitácora*, jueves 6 de diciembre): "Viéronse muchos fuegos aquella noche, y de día muchos humos como atalayas, que parecía estar sobre aviso de alguna gente *con quien tuviesen guerra*".

169. "Colón mismo, al frente de su gente, dió el 25 de marzo de 1495, cerca de la actual ciudad de Santiago (en la llanura de Esperanza), una batalla a los enemigos, cuyo ejército se componía de unos cien mil hombres, etc." (Las Casas, *Historia de las Indias*, t. II, pág. 97; Fernando Colón, *Historia del Almirante*, t. II, pág. 19; Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. V, pág. 233; Cantú, *Historia Universal*, t. X, pág. 357; Cronau, *América*, t. I, pág. 328; Orellana, *Cristóbal Colón*, t. II, pág. 171).

170. Oviedo, *Historia General*, t. I, páginas 60 y 65.

171. Véase la nota 128.

172. Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI, pág. 261; *Enciclopedia Espasa*, t. V, pág. 307.

173. *Historia de las Indias*, t. II, pág. 139.
174. Pedro Mártir, *Fuentes Históricas*, t. I, pág. 243.
175. Catorce asientos, sesenta utensilios de mesa y cocina; y cuatro bultos de algodón "con muchísimo peso", obsequió a don Bartolomé la reina de Jaraguá.
176. Cardenal Vicecanciller. Vizconde Ascanio Sforzia.
177. Orellana, *Cristóbal Colón*, t. II, pág. 256.
178. Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI, pág. 281; Prescott, *Historia de los Reyes*, t. VI, pág. 42.
179. *Historia de los Reyes*, t. VI, pág. 42.
180. *Cristóbal Colón*, t. II, pág. 302.
181. La comisión dada al nuevo gobernador se firmó en 21 de marzo y 21 de mayo de 1499; pero su cumplimiento se difirió hasta julio de 1500, con la esperanza, sin duda, de que llegaran de la Española noticias favorables que evitasen la necesidad de llevar a efecto una medida tan perjudicial para el Almirante.
182. Bobadilla aportó en Santo Domingo el 23 de agosto de 1500. Su administración duró hasta el 14 de abril de 1502.
183. *Historia del Almirante*, t. II, pág. 36.
184. Herrera, *Indias Occidentales*, déc. I, pág. 15; Prescott, *Historia de los Reyes*, t. VI, pág. 48.
185. *Historia de los Reyes*, t. VI, pág. 51.
186. Así consta en las instrucciones fechadas a 16 de septiembre de 1501.
187. El 15 de abril de 1502 atribó la escuadra al Puerto de Santo Domingo. Su administración duró hasta el 11 de julio de 1509.
188. Don Bartolomé y el futuro célebre historiador Fernando Colón, aún niño, le acompañaban en este infortunado viaje.
189. Véase el Apéndice 2.

APENDICES

I

PRISION Y MUERTE DE CAONABO

Con anterioridad a la "batalla" librada entre indios y españoles el veinticinco de marzo de mil cuatrocientos noventa y cinco; no en el Santo Cerro (porque habiendo salido las huestes castellanas el veinticuatro de la Isabela, no pudieron haber llegado en tan corto lapso a ese lugar, sobre todo, motivado a que el camino abierto hasta entonces terminaba donde había sido levantada la fortaleza Santo Tomás), sino en las cercanías del fuerte la Magdalena (a); con anterioridad a esa "batalla", decimos, considerada como la más terrible de cuantas se libraron, Colón y algunos de sus capitanes habían llegado al firme convencimiento de que no les sería posible lograr por medio de la lucha la captura de Caonabo.

Su rebeldía preocupaba a los conquistadores y por mucho tiempo celebraron entrevistas encaminadas a procurarse un medio por el cual se consiguiera hacer que desapareciese el indomable caribe. Sus perseguidores se "devanaban los sesos" buscando solución a un problema en extremo difícil.

De acuerdo con Las Casas (b), el aprisionamiento de Caonabo se llevó a cabo del modo siguiente: "Como los indios llamaban

(a) Véase la nota 169.

(b) *Historia de las Indias*, t. II, pág. 85 y siguientes.



al latón nuestro turey (c), é á los otros metales que habíamos traído de Castilla, por la grande estima que déllo tenían como cosa venida del cielo, porque llamaban turey al cielo, y así hacían joyas déllos, en especial de latón, llevó el dicho Alonso de Ojeda unos grillos y unas esposas muy bien hechas, sotiles y delgadas, y muy bruñidas y acicaladas, en lugar de presente que le enviaba el Almirante, diciéndole que era turey de Vizcaya. Llegado Ojeda a la tierra y pueblo del rey Caonabo, que se decía la Maguana, y estaría de la Isabela obra de 60 leguas ó 70, apeado de su caballo, y espantados todos los indios de lo ver, porque al principio pensaban que era hombre y caballo todo un animal, dijeron a Caonabó que eran venidos allí cristianos que enviaba el Almirante, Guamiquina de los cristianos, que quería decir, el señor ó el que era sobre los cristianos, y que le traían un presente de su parte, que llamaban turey de Vizcaya. Oído que le traían turey alegróse mucho, mayormente que como tenía nueva de una campana que estaba en la iglesia de la Isabela, y le decían los indios que la habían visto, que un turey que tenían los cristianos hablaba, estimando que, cuando tañían á misa y se allegaban todos los cristianos á la iglesia por el sonido déllo, que, porque la entendían, hablaba, y por eso deseábala mucho ver y porque se la trajesen á su casa, la había enviado al Almirante á pedir; así que, holgó que Ojeda entrase donde él estaba y dicese que Ojeda se hincó de rodillas y le besó las manos, y dijo á los compañeros: "hacé todos como yo". Hizole entender que le traía turey de Vizcaya, y mostróle los grillos, y esposas, muy lucias y como plateadas, y, por señas y algunas palabras que ya Ojeda entendía, hízole entender que aquel turey había venido del cielo y tenía gran virtud secreta, y que los Guamiquinas ó reyes de Castilla se ponían aquello por gran joya, cuando hacían areytos, que eran bailes, y festejaban, y suplicóle que fuese al río á holgarse y lavarse, que era cosa que mucho usaban (estaría del pueblo media legua y más por ventura, y era muy grande y gracioso, llamado Yaqui, porque nace en una sierra con el otro que dijimos arriba, que sale á Monte Cristi, y el Almirante le

(c) Error señalado por el doctor Coll y Toste (*Prehistoria*, pág. 290).

puso el Río del Oro), y que allí se los pondría donde los había de tener, y que después vernía caballero en el caballo, y parecería ante sus vasallos como los Reyes ó Guamiquinas de Castilla. Determinó de lo hacer un día, y fuese con algunos criados de su casa y poca gente, al río, harto descuidado y sin temor que nueve cristianos ó diez le podían hacer mal, estando en su tierra, donde tenía tanto poder y vasallos. Después de haber lavado y refrescado, quiso, de muy curioso, ver su presente de turey de Vizcaya y probar su virtud, y así Ojeda hace que se aparten, los que con él habían venido, un poco, y sube sobre su caballo, y al Rey pónenle sobre las ancas, y allí échanle los grillos y las esposas los cristianos, con gran placer y alegría y dá una o dos vueltas cerca de donde estaban por disimular, y dá la vuelta, los nueve cristianos con él, el camino de la Isabela, como se paseaban para volver, y poco a poco, alejándose, hasta que los indios que lo miraban de lejos, porque siempre huían de estar cerca del caballo, lo perdieron de vista; y así le dió cantonada y la burla pasó a las veras. Sacan los cristianos las espadas y acometen a lo matar, si no calla y está quedo á que lo aten bien al Ojeda, con buenas cuerdas que llevaban, y, con toda la prisa que se podrá bien creer, déllo por camino, déllo por las montañas, fuera dél, hasta que después de muchos trabajos, peligros y hambre, llegaron y lo pusieron en la Isabela, entregándolo al Almirante”.

En algunos detalles de este pasaje (como v. gr., en lo de que Caonabo pidió a Colón el envío a sus dominios de la campana de Isabela), no compartimos las ideas del respetable Cronista, pues no podemos creer tan cándido al valiente cacique de quien Oviedo (d) y Fernando Colón (e) aseguran que era “un sabio guerrero” y “hombre de gran saber y agudísimo ingenio”, sobre todo, sabiendo, como sabía, que los españoles no le perdonarían la destrucción y matanza del fuerte Natividad. Improcedente estimamos también la aseveración respecto de los grillos: de haberlos llevado, habría sido imposible hacerle caballero a horcajadas; y de otro modo al caballero español le hubiera sido

(d) *Historia General*, t. I, pág. 60.

(e) *Historia del Almirante*, t. II, pág. 34.

punto menos que difícil sostenerlo atado a su cintura.... Irving (f) se abstiene de hacer referencia a los grillos.

Tampoco podemos aceptar la existencia del motivo con que se ha querido justificar en el hijo de *la tierra más elevada de los valientes*, la creencia que se le atribuye respecto al sonido divino de la campana de Isabela (g). Porque aún cuando los aruacas antillanos y los caribes de Barlovento desconocían el metal, Caonabo sabía que no era, no podía ser de origen divino el sonido que produce su contacto con otro cuerpo duro.

Después del desastre de la Natividad, para muchos caciques (y en particular para el jefe supremo de Maguana, que "era el principal de la Española") se había descornado el velo de misterio que cubría este detalle, acerca del cual la fantasía de los historiadores ha tejido una maraña impenetrable....

Aceptamos que al *Señor del Oro* se le hizo prisionero, no porque fuese tan incauto como se le supone, sino porque no pudo resistir (¡humano al fin!) la tentación a que dieran vida en su espíritu los reiterados ofrecimientos de Ojeda, el más valiente entre los subalternos del Duque de Medinaceli durante la guerra contra los moros. Además, el jefe caribe alimentaba el propósito de conocer las posesiones de la Isabela, pues pensó siempre que le sería fácil dar un golpe en aquella villa como lo había hecho en la Natividad (h).

Dentro de lo posible estaba que se hubiese llevado a cabo este propósito, ya que cuando el Almirante salió de la Isabela el veinticuatro de marzo de mil cuatrocientos noventa y cinco, después de su captura, halló a los indios que, encabezados por

(f) *Vida y Viajes de Colón*, lib. VIII, pág. 103.

(g) Conde Roselly, *Historia de Colón*, t. I, págs. 370 y 371.

(h) "Después confesó Caonabo haber muerto a veinte de los cristianos que habían quedado con Arana en la villa de la Natividad, cuando el viaje primero que fueron descubiertas las Indias; y que después, bajo color de amistad, había ido apresuradamente a ver la villa de la Isabela, con el designio, que fué conocido de los nuestros, de observar como mejor podría combatirla y hacer lo mismo que había hecho antes en la Natividad" (Fernando Colón, *Historia del Almirante*, t. II, págs. 21 y 22; Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. V, págs. 230 y 235; Irving, *Vida y Viajes*, lib. VIII, pág. 103).

Manicaotex, se dirigían al sitio en donde el esposo de Anacaona estaba prisionero; prueba evidente de que el plan de ataque a la Isabela no era un secreto para los colaboradores del jefe de Maguana.

* * *

Ya en la Isabela donde fué alojado en una habitación de la casa que ocupaba el Almirante, Caonabo permaneció sentado y pensativo, iniciándose en su atormentado espíritu la aniquiladora manifestación moral que le causó la muerte...

Refiere la historia que después de haberle soltado las ligaduras, dejándole las esposas, se mantuvo con una serenidad impasible, que claramente decía de la entereza de su carácter. Miró en torno suyo, como si buscara algún objeto digno de su atención, y permaneció luego indiferente a todo. Apenas se dignó contestar algunas palabras a las que le dirigió el Almirante; pero si Ojeda le hablaba, respondía dándole visibles muestras de acatamiento y respeto.

En vano se le dijo que Colón era el jefe principal de los blancos: para él no había ningún jefe superior a Alonso de Ojeda, ni otra autoridad más que la suya: no quería reconocer otro poder que el del caudillo que había tenido astucia y valor para aprisionarlo. Un detalle muy interesante de la iniciación de su cautiverio, es el siguiente: entró Colón al sitio en donde se hallaba el prisionero, y éste permaneció quieto, no dando la menor señal de asombro. Más tarde entró Ojeda, y se puso de pie, "quedando en esta disposición hasta que le vió salir". Preguntada la causa de esta distinción, contestó:

—"Se reconoce a los valientes; a los cobardes se les respeta".

* * *

La idea concebida por Ojeda para la captura de Caonabo, no fué parto del momento en que decidió hacerla realidad (i). Con anterioridad a esta ocurrencia, ya el Almirante se la había

(i) Orellana, *Cristóbal Colón*, t. II, pág. 158.

propuesto a Margarite (j). En cuanto a su muerte, algunos aseguran que naufragó frente a la Isabel, de acuerdo con lo que escribió Las Casas (k). Pedro Mártir (l), Oviedo (ll), Fernando Colón (m), Bernáldez (n), Muñoz (ñ), Humboldt (o) y otros afirman, y es lo cierto, que el cacique no fué víctima de los elementos sino de su indómito carácter, sucumbiendo en alta mar a su honda pesadumbre por la derrota de su raza. Su cautiverio estuvo endulzado en sus últimos momentos por el cariño de una heroína caribe aprisionada en la Guadalupe, que se interesó por su infortunio y no quiso abandonarlo aunque se la restituyó la libertad.

¡Triste suerte la de aquel gran rebelde, cuya disposición algunos meses atrás, constituía la más grave preocupación de los conquistadores!

Burlador del mar y sus misterios, tripulante de frágiles canoas, el destino le había reservado las entrañas insondables del monstruo voluble (allende su tierra natal) para que le sirvieran de inquieta sepultura....

¡Un cadáver más al fondo del mar!

Y desaparecía del escenario del Mundo el primer defensor del ideal de libertad en América, dejando bajo el peso de una viudez prematura a su esposa Anacaona, "cuya hermosura incomparable corría parejas con sus talentos y sus virtudes", y sin amparo a su raza, que había de extinguirse en la manigua quisqueyana, bajo el azote implacable de unos hombres más fuertes....

(j) Navarrete, *Colección de los Viajes*, t. II, pág. 112.

(k) *Historia de las Indias*, t. II, pág. 89.

(l) *Fuentes Históricas*, t. I, pág. 224.

(ll) *Historia General*, t. I, pág. 60.

(m) *Historia del Almirante*, t. II, pág. 22.

(n) *Historia de los Reyes*, t. II, pág. 78.

(ñ) *Historia del Nuevo Mundo*, lib. V, págs. 249 y 250.

(o) *Colón y el Descubrimiento*, t. II, pág. 190.

II

SITIO EN DONDE ANACAONA FUE SUPLICADA

Existiendo tantas y tan respetables fuentes documentales reveladoras del verdadero fin de Anacaona y del sitio en donde fué suplicada, no hemos podido explicarnos el error en que acerca de este último suceso se ha venido incurriendo. Hasta tal punto se ha desfigurado la verdad histórica; y tan grave es el desconocimiento de las obras de los primitivos Cronistas de Indias, que hombres cuyos "conocimientos" han traspuesto las fronteras patrias (a): guiados por el vuelo de la fantasía, muchas veces perjudicial al buen nombre del historiador, han cubierto aquella interesante época de nuestra historia con el manto de las más absurdas leyendas.

La verdad, la única realidad es la que nos dice que Anacaona fué ahorcada en Yaguana, capital del cacicazgo (b). Veámos las fuentes:

—Oviedo (*Historia General*, t. I, pág. 90): —"E así los quemaron á todos dentro de un bohío ó casa, salvo a la dicha Anacaona, que desde aquí á tres meses la mandaron ahorcar por justicia".

—Las Casas (*Historia de las Indias*, t. III, pág. 160): —"Finalmente aportó (Diego Méndez) á la provincia ó pueblo de Xaraguá, donde estaba el Comendador Mayor y había hecho

(a) Vicente Blasco Ibáñez, v. gr., en *El Caballero de la Virgen*.

(b) Todos los Cronistas primitivos están acordes en que la ejecución de Anacaona tuvo efecto tres meses después de la matanza. Y ya sabemos que el gobernador Ovando (por cuyo mandato y en cuya presencia se consumó el horrendo crimen), no regresó a Santo Domingo sino cerca de un año (1503-1504) después de su partida.

pocos días de antes la crueldad é injusticia quemando tantos señores é ahorcando la reyna Anacaona”.

Las Casas (*Brevísima Relación*): —“A todos otros alancearon y metieron á espada con infinita gente, y a la señora Anacaona, por hacerla honra, ahorcaron” (Fabié, *Vida de Las Casas*, t. II, pág. 225).

—Fabié (*Vida de Las Casas*, t. II, pág. 28): —“El Comendador Mayor mandó atar sesenta caciques á otros tantos palos de buhíos ó casas donde los tenían encerrados, entre los cuales había algunos que no llegaban á la edad de diez años, é mandó poner fuego al bohío é quemólos todos dentro, é mandó hacer una horca e ahorcar aquella gran señora que se llamaba Ana-Caona” (*Carta* fechada a 4 de junio de 1516 y dirigida por los Padres de la Orden de Santo Domingo, de la Española fray Tomás Ansanus, fray Pedro de Córdoba, fray Tomás de Berlanga, fray Antonio de Montesinos, fray Domingo de Betanzos y fray Tomás Ortiz a Guillermo de Croy —Monsieur Xevres, como le llamaban los españoles—, consejero del rey).

Navarrete (*Viajes de Colón*, pág. 362): —“Y esto sabido, dejé mi canoa y tomé el camino para tierra de Xuragua (Jaraguá), donde hallé el Gobernador, el cual me mantuvo allí siete meses hasta que hizo quemar y ahorcar 84 Caciques, Señores de vasallos y con ellos á Nacaona, la mayor Señora de la isla, á quien todos obedecían y servían” (*Testamento* de Diego Méndez, fechado a 6 de junio de 1536).

—Orellana (*Cristóbal Colón*, t. II, pág. 511): —“Cuando regresó (Méndez) al pueblo de Jaraguá, un triste acontecimiento afligió su corazón: la bondadosa, la noble Anacaona, la fiel amiga de los españoles, había sido convicta de traición por las declaraciones que el tormento había arrancado a varios de sus débiles compatriotas, y acababa de morir en la horca”.

—Wassermann (*Cristóbal Colón*, pág. 223): —“Contra la soberana india (Anacaona) se abrió un simulacro de proceso, se le acusó de alta traición, y “por hacerle honra”, como dice Las Casas, no se le condenó a la hoguera, sino al dogal, en una horca levantada expresamente para ella”.

BIBLIOGRAFIA

- CRISTOBAL COLON, primer historiador de sus viajes:
- Diario de bitácora* (primer viaje);
- Carta a Luis de Santángel* (Lisboa, 4 de marzo de 1493);
- Carta a Rafael Sánchez* (Lisboa, 14 de marzo de 1493);
- Memorial para los reyes* (Isabela, 30 de enero de 1494);
- Carta a Juana de Torres, ama o nodriza* (que había sido) del príncipe Juan, fechada en Cádiz el 25 de noviembre de 1500;
- Carta a los reyes* (Jamaica, 7 de julio de 1503).

ESPANOLA:

—Antonio de Herrera y Tordesillas, Cronista Mayor de Indias: *Historia General de las Indias Occidentales y de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, Editor Nicolás Rodríguez Franco, Madrid, 1730.

—Andrés Bernaldez o Bernal, Cura de la villa de los Palacios: *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, Editorial Imprenta que fué de don José María Geofrin, Sevilla, Agosto de 1869 (el primer tomo) y Octubre de 1875 (el segundo).

—Bartolomé de Las Casas (o Casaus) y Fuentes, Obispo de Chiapa y Guatemala: *Historia de las Indias* (a), Editor Miguel Ginesta, Madrid, 1875-1876.

—Bartolomé de Las Casas (o Casaus) y Fuentes: *Brevisima Relación de la Destrucción de las Indias* (Antonio María Fabié, *Vida y Escritos de Las Casas*, Editor Miguel Ginesta, Madrid, 1879, tomo II, pág. 209 y siguientes).

—Bartolomé de Las Casas (o Casaus) y Fuentes: *Apologética Historia de las Indias* (Serrano y Sanz, *Historiadores Primitivos de Indias*, Editores Bailly Bailliére e Hijos, Madrid, 1909, tomo primero).

—Cesáreo Fernández Duro, *Colón y la Historia Póstuma*, Editor Manuel Tello, Madrid, 1885.

(a) En el tomo V (pág. 237 y siguientes) se ha incluido parte de la *Apologética Historia de las Indias*.

—Cesáreo Fernández Duro, *Los hermanos Pinzón en el Descubrimiento de América*, Editorial "Emecé", Buenos Aires, 1944.

—Enrique Vedia (director de la Colección): *Historiadores Primitivos de Indias*, Editorial Rivadeneyra, Madrid, 1852-1853.

—Emilio Castelar y Ripoll, *Historia del Descubrimiento de América*, Editores Sucesores de Rivadeneyra, 1892.

—Fernando Colón Arana, hijo del Descubridor: *Historia del Almirante don Cristóbal Colón*, Editor Victoriano Suárez, Madrid, 1932. En el tomo II, página 35 y siguientes aparece el *Informe* que acerca de las antigüedades de los indios y sus creencias religiosas rindió fray Román Pane al completador del Globo.

—Francisco López de Gómara, *Historia General de las Indias*, Editorial Calpe, Madrid, 1922.

—Francisco José Orellana, *Cristóbal Colón* ("Historia Popular del Descubrimiento de América"), Editorial Imprenta del Porvenir, Barcelona, 1858-1860.

—Francisco Pi y Margall, *Historia General de América*, Editorial "El Progreso Literario", Barcelona, MDCCCLXXXVIII (1888).

—Fray Angel Ortega, *La Rábida*, Editorial San Antonio, Madrid, 1925.

—Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdéz, *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano* (cotejada, enriquecida y enmendada por don José Amador de los Ríos), Editorial de la Real Academia de la Historia, Madrid, 1851-1855.

—Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdéz, *Sumario de la Natural Historia de las Indias* ("Historiadores Primitivos", Colección Vedia, tomo I, pág. 470 y siguientes).

—Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdéz, *Fragmentos de la Historia General y Natural de las Indias* (coordinados y anotados por don Alejandro Tapia y Rivera), Imprenta de Márquez, Puerto Rico, 1854.

—Juan Bautista Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, editada por la Viuda de Ibarra, Madrid, MDCCXCHH (1793).

—José María Asensio y Toledo, *Cristóbal Colón, su Vida, sus Viajes y sus Descubrimientos*, Editores Espasa & Compañía, Barcelona, 1898.

—J. Mesa y Leompart, *Historia de América desde su Descubrimiento hasta nuestros días*, Editores Rosa y Bouret, París, 1870.

—José Espasa e Hijos (Editores), *Enciclopedia Universal* (tomo V), Barcelona, 1914.

—Juan de Castellanos, *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, Editorial Rivadeneyra, 1852.

—Juan Ortega Rubio, *Historia de América desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, Editorial Hernando, Madrid, 1917.

—Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los Viajes y Descubrimientos, que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, Editorial Imprenta Real, Madrid, 1825.

—Martín Fernández de Navarrete, *Viajes de Cristóbal Colón*, Editorial Calpe, Madrid, 1922. En la página 213 y siguientes aparece la Relación del segundo viaje colombino: *Carta al Ayuntamiento de Sevilla*, escrita por el doctor Diego Alvarez Chanca.

—Martín Fernández de Navarrete, *Viajes de Américo Vespucio*, Editorial Calpe, 1923.

—Martín Fernández de Navarrete, *Viajes de los Españoles por la costa de Paria*, Editorial Calpe, 1923.

—Manuel José Quintana, *Vidas de los Españoles Célebres*, Editores Librería de Perlado Páez (Sucesores de Hernando), Madrid, 1905-1906.

—Modesto Lafuente, *Historia General de España* (tomo VII), Editores Montaner & Simón, Barcelona, 1888.

—Pedro Mártir (de Angleria): *Fuentes Históricas sobre Colón y América*, Edición del Presbítero Doctor Joaquín Torres de Asensio. Imprenta de la S. E. de San Francisco de Sales, Madrid, 1892.

—Real Academia de la Historia, *Colección de Documentos inéditos relativos al Descubrimiento, Conquista, etc.*, segunda serie. Editores Sucesores de Rivadeneyra, 1890.

—Tomás Rodríguez Pinilla, *Colón en España: estudio histórico-crítico sobre la Vida y Hechos del Descubridor del Nuevo Mundo*, Editores Sucesores de Rivadeneyra, 1884.

FRANCESA

—Alfonso de Lamartine, *Cristóbal Colón, Descubrimiento de las Américas*, Editor Urbano Manini, Madrid, 1876-1877.

—Alfonso de Lamartine, *Civilizadores y Conquistadores*, Editorial Sucesores de Hernando, Madrid, 1915.

—Carlos Luis de Secondat (Barón de Montesquieu), *Del Espiritu de las Leyes* (traducción del doctor Nicolás Estévanez), Editores Garnier Hermanos, París.

—Conde Roselly de Lorgues, *Historia de la Vida y Viajes de Cristóbal Colón* (traducción de don Pelegrín Casabo y Pages), Editor Jaime Seix, París, MDCCCLXXXI (1881).

—Julio Verne, *Historia de los Grandes Viajes y de los Grandes Viajeros* (traducción de don Pedro Pedraza y Páez), Editor Ramón Sopena, Barcelona.

—J. B. Charcot, *Cristophe Colomb vu par un marin*, Editeur Ernest Flammarion, París.

—Pierre Francois Xavier de Charlevoix, *Histoire de l'isle espagnole ou de Saint Domingue*, Editor Jacques Guerin, París, 1730.

—Luis Grégoire, *Diccionario [Enciclopedia] de Historia, Biografía, Mitología y Geografía* (tomo primero), Editores Garnier Hermanos, París, 1884.

—M. Charles Malo, *Histoire de l'isle de Saint Domingue*, Editor P. F. Dupont, París, 1819.

—M. L. Moreau de Saint-Mery, *Descripción de la Parte Española de Santo Domingo*, traducida por el Lic. Cayetano Armando Rodríguez. Editorial Montalvo, Ciudad Trujillo, 1944.

ALEMANA

—Federico Alejandro de Humboldt, *COSMOS*, Editores Gaspar & Roig, Madrid, 1874.

—Federico Alejandro de Humboldt, *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América* (traducción de don Luis Navarro y Calvo), Editor Hernando, Madrid, 1925-1926.

—Jacobus Wasserman, *Cristóbal Colón, el Quijote del Océano*, Editorial "Ulises", Madrid, 1930.

—Rodolfo Cronau, *América, Historia de su Descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos*, Editores Montaner & Simón, Barcelona, 1892.

INGLESA Y NORTEAMERICANA

—Charles Fletcher Lummis, *Los Exploradores Españoles del siglo XV*, Editor Ramón de S. N. Araluce, Barcelona, 1916.

—Edmundo Wernike, *Los sacrificados en aras de la Conquista: Caonabo y Anacaona* (artículo); "La Prensa", Buenos Aires, octubre 29 de 1933.

—F. A. Kirkpatrick, *Los Conquistadores Españoles*, Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile.

—Guillermo H. Prescott, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, Editorial Biblioteca del Siglo, Madrid, 1848.

—Washington Irving, *Vida y Viajes de Cristóbal Colón*, Editores Gaspar y Roig, Madrid, 1851.

—Washington Irving, *Viajes y Descubrimientos de los Compañeros de Colón*, Editores Gaspar & Roig, 1854.

—William Robertson, *Historia de la América*, Editor Juan Oliveres, Barcelona, 1840.

—W. M. Jackson (Editor), *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, tomo II, páginas 124, 125 y 126.

PUERTORRIQUEÑA

—Agustín Stahl, *Los Indios Borinqueños*, Editorial Librería de Acosta, San Juan, Puerto Rico, 1889.

—Angel Archilla Cabrera, *Ceremonias necrológicas de los indo-antillanos en Puerto Rico*. Tip. Cantero Fernández, San Juan, P. R., 1920.



—Cayetano Coll y Toste, *Colón en Puerto Rico*, Editorial "La Correspondencia", San Juan, 1893.

—Cayetano Coll y Toste, *Prehistoria de Puerto Rico*, Editorial "Boletín Mercantil", San Juan, 1907.

—Cayetano Coll y Toste: *Hallazgo indígena*. En *Escritos sobre Puerto Rico*, (González Font, editor), Barcelona, 1903.

—Cayetano Coll y Toste, *La Primera Misa en América* (artículo), "Revista de las Antillas", abril de 1913, San Juan, P. R.

—Dr. J. L. Montalvo Guenard: *Caracteres físicos del indio borincano*. En la *Revista de Obras Públicas*, de Puerto Rico, diciembre de 1930; año VII, Núm. 12.

—José L. Montalvo G., *Rectificaciones Históricas: el Descubrimiento de Boriquén*, Editor Joaquín del Llano, Ponce, 1933.

—Ignacio González Martínez: *Etnología de los indios de Puerto Rico*. En la *Revista de las Antillas*, año II, Núm. 5, San Juan, Puerto Rico, julio de 1914.

—José González Ginorio, *Tanamá*, Editorial Cantero Fernández, San Juan, 1924.

—Pablo Morales Cabrera: *Astas y cueros; El lenguaje Indo-Antillano*. En la revista *El Agricultor Puertorriqueño*, 15 junio, 15, 30 septiembre, 15 octubre de 1929, San Juan, Puerto Rico.

—Salvador Brau, *Puerto Rico y su Historia*, Editor Francisco Vives Mora, Valencia (España), 1894.

—Salvador Brau, *La Colonización de Puerto Rico*, Editorial "Heraldo Español", San Juan, 1908.

CUBANA

—Antonio Bachiller y Morales, *Cuba Primitiva*, Habana, 1883.

—José Manuel Carbonell y Rivero, *Las Bellas Artes en Cuba*, Imprenta "El Siglo XX", Habana, 1928. (Edición oficial).

—Manuel Sanguilly, *Los Caribes y Colón*, Editor A. Dorrbecker, Habana 1927.

Nicolás Font y Roldán, *Cuba Indígena*, Editores Moreno y Rojas, Madrid, 1881.

—Ramiro Guerra y Sánchez, *Historia de Cuba*, Editor Ricardo Veloso, Habana, 1922.

NICARAGUENSE

—Anselmo Fletes Bolaños, *Episodios, anécdotas y leyendas del Descubrimiento y la Conquista*, Editorial Salvatierra, Managua, 1915.

MEJICANA

—Carlos Pereyra, *Historia de la América Española*, Editorial Calpe, Madrid, 1920-1925.

—Carlos Pereyra, *Las Rutas Oceánicas*, Editorial "Virtus" Buenos Aires, R. A.

ITALIANA

—César Cantú, *Historia Universal* (tomo X), Editores Garnier Hermanos, París, 1883.

HAITIANA

—Thomas Madiou fils, *Histoire d'Haiti*, Imprimerie Jh. Courtois, Puerto Príncipe, 1847.

—Emile Nau, *Histoire des Caciques d'Haiti*, Editor Charles Herisey, Puerto Príncipe, 1893.

VENEZOLANA

—Félix E. Bigotte, *Colón y su Descubrimiento: el Nuevo Mundo o la Gran Colombia*, Editor Herrera Irigoyén, Caracas, 1904.

DOMINICANA

—Antonio del Monte y Tejada, *Historia de Santo Domingo*, Editores García Hermanos, S. D., 1890.

—Antonio Sánchez Valverde Ocaña, *Idea del valor de la Isla Española, y utilidades, que de ella puede derivar su monarquía*, Editor Pedro Marin, Madrid, 1785.

—Alfonso Pinart, *Informe de su exploración de la costa de los Haitís y de las cuevas en ella existentes, rendido al Gobierno Dominicano el 4 de junio de 1881* ("Gaceta Oficial" No. 366 del 18 de junio de 1881, págs. 2 y 3).

—Apolinar Tejera, *La Bella Catalina* (Leyenda india), publicada en los números 2, 3 y 4 del periódico "El País" de Santo Domingo. Febrero y marzo 1877.

—Apolinar Tejera, *La ejecución de Anacaona* en "La Cuna de América" No. 103, S. D., 19 de enero 1909.

—Apolinar Tejera, *La Cruz del Santo Cerro y la Batalla de la Vega Real*, revista "Blanco y Negro" No. 61-64, S. D., noviembre-diciembre 1909.

—Arturo Logroño, *Compendio didáctico de Historia Patria*, Editorial "La Cuna de América", Santo Domingo, R. D., 1912.

—Bernardo Pichardo, *Resumen de Historia Patria*, Editorial Altés, Barcelona, 1930.

—Bernardo Pichardo, *Reliquias Históricas de la Española* (segunda edición), Editorial "El Diario", Santiago, R. D., 1944.

—*Boletín del Archivo General de la Nación*, No. 22.

—Cayetano Armando Rodríguez, *Geografía física, política e histórica de la Isla de Santo Domingo*, Editorial Viuda García, 1915.

—Carlos Nouel, *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo Primada de América*, Editorial Officina Poligráfica Italiana, Roma, 1913 (el tomo I).

—Carlos Nouel, *Carta al doctor J. B. Dehoux (Baoruco, Santo Domingo, enero 18 de 1934)*.

—Carmen Lara Fernández, *La Isabela: primera ciudad cristiana del Nuevo Mundo*, Editora Montalvo, 1947.

—Casimiro Nemesio de Moya, *Bosquejo Histórico del Descubrimiento y la Conquista de la Isla de Santo Domingo*, Editorial "La Cuna de América", Santo Domingo, 1913.

—Carlos Larrazábal Blanco, *Manual de la Historia de Santo Domingo* "Revista de Educación" de la República Dominicana, número 39 y siguientes).

—*Colección Lugo* (Parte inédita relativa a Santo Domingo de la *Historia del Nuevo Mundo* por Juan Bautista Muñoz), en el No. 11, *Boletín del Archivo General de la Nación*.

—Emiliano Tejera, *Palabras indijenas de la Isla de Santo Domingo, con ampliaciones i citas hechas por don Emilio Tejera*, Imprenta de Luis Sánchez Andújar, C. T., 1935.

—Emilio Rodríguez Demorizi, *Colón en la Española*, Editorial Montalvo Ciudad Trujillo, 1942.

—Emilio Rodríguez Demorizi, *La Isabela* (apuntes y documentos), Habana, 1945. (Publicación de la "Sociedad Colombista Panamericana". Patronato pro-reconstrucción de la Isabela).

—Fernando A. de Meriño, *Elementos de Geografía física, política e histórica de la República Dominicana*, Editores García Hermanos, Santo Domingo, 1889.

—Fidel Ferrer, *Introducción a la Historia de Santo Domingo*, Editorial de J. Gneco & Compañía, Santo Domingo, 1912.

—Fray Cipriano de Utrera, *Santo Domingo: Dilucidaciones Históricas*, Editorial "Dios y Patria", Ciudad Trujillo, 1927-1929.

—Fray Cipriano de Utrera, *La Inmaculada Concepción*, Editorial Imprenta Franciscana, Ciudad Trujillo, 1946.

—Francisco X. Angulo Guridi: *Iguaniona*, drama histórica en verso y en tres actos. S. D., 1881.

—Guido Despradel Batista, *Las raíces de nuestro espíritu*, Editorial "El Progreso", La Vega, 1936.

—Guido Despradel Batista, *De Prehistoria: apuntes sobre Arqueología Quisqueyana* en *Boletín del Archivo General de la Nación*. Números 5, 6, 7, 8, 10 y 11.

—Gilberto Sánchez Lustrino, *Caminos Cristianos de América*, Editorial Zelio Valverde, Río de Janeiro, 1942.

—Gustavo Adolfo Mejía, *El Descubrimiento y la Conquista* en *Boletín del Archivo General de la Nación*, No. 11. pág. 221 y siguientes.

—Inés Aminta Consuegra, *La Flor de Maguana* (Leyenda indígena), publicada en el número 22 del periódico "La Patria" de Santo Domingo, 8 de septiembre de 1877.

—Javier Angulo Guridi, *Geografía físico-histórica, antigua y moderna de Santo Domingo*, Editores García Hermanos, 1871.

—José Gabriel García, *Memoria para la Historia de Quisqueya*, Editores García Hermanos, 1876.

—José Gabriel García, *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, Editores García Hermanos, 1894.

—José Joaquín Pérez, *Fantasías Indígenas* (Episodios y leyendas de la época del descubrimiento, la conquista y la colonización de Quisqueya). Editores García Hermanos, 1877.

—Joaquín S. Incháustegui, *Reseña Histórica de Bani*, Editor Guerri, Valencia, 1930.

J. Marino Incháustegui, *Cristóbal Colón y la Isla de Santo Domingo*, Editorial "El Diario", Santiago, 1942.

—José Almoína, *La Biblioteca Erasmista de Diego Méndez* (Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo). Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1945.

—José Joaquín Pérez: *Fantasías indígenas*, S. D., 1877. (En este libro figura como apéndice la leyenda en prosa *Flor de Palma o la fujitiva de Borinquen*).

—Luis E. Alemar, *Santo Domingo, Ciudad Trujillo*, Editorial "El Diario" Santiago, 1943.

—Luis Padilla D'Onis, *Historia de Santo Domingo: Prehistoria Dominicana*, Editorial "Cultura", México, 1943.

—Manuel de J. Galván, *Enriquillo* ("Leyenda histórica dominicana"), Editorial García Hermanos, 1882.

—Manuel Ubaldo Gómez, *Resumen de Historia de Santo Domingo*, Editorial "La Información", Santiago, 1928.

—Max Henríquez Ureña, *Panorama Histórico de la Literatura Dominicana*, Río de Janeiro, 1945.

—Narciso Alberty, *Apuntes para la Prehistoria de Quisqueya*, Editorial "El Progreso", La Vega, 1913.

—Pedro L. Vergés Vidal, *Quisqueya Primitiva*, Editorial "La Estrella", Ciudad Trujillo, 1939.

—Rodolfo D. (Cambiaso), *Quisqueyanismo* (t. I). Editorial "El Eco de la Opinión", Sto. Domingo, 1900.

—R. D. C. (Rodolfo D. Cambiaso), *Pequeño diccionario de palabras indo-antillanas*, Editorial "El Progreso", Santo Domingo, 1916.

—Salomé Ureña: *Anacaona* (Leyenda en verso). En su libro *Poesías.....*, S. D., 1880.

—Vetilio Alfau Durán, *Contribución de Higüey a la Independencia Nacional*, Editora Montalvo, C. T., 1944.

TABLA

A

- Abacoa, comarca: 41, 49.
Abarca, Rodrigo de, expedicionario: 105.
Abayagua, distrito: 41.
Acosta, Alonso, de la segunda armada colombina: 106.
Acosta, editor: 228.
Adamanay (Saona), isleta: 33, 41, 125.
Agamenón, personaje homérico: 73.
Agara, comarca: 41.
Agramante, campo de: 52.
Aguacadiba, región: 16.
Aguada, región: 19.
Aguado, Juan de, compañero de Colón en el segundo viaje: 106, 133.
Aguaybó, distrito: 41.
Agüeybana, cacique puertorriqueño: 16, 46, 74, 199; cacique y región quisqueyanos: 41.
Aibamoca, comarca: 40
Ainácia, mujer de Guacanagarí: 39, 97.
Alberti, Narciso, historiador: 232.
Alceste, diosa griega: 38.
Alcobasa, distrito: 41.
Alejandro, conquistador: 94.
Alejandro Sexto, Papa: 81 (V. Borgia, Rodrigo).
Alemar, Luis E., historiador: 232.
Alfau Durán, Lic. Vetilio, historiador: 233.
Alia, río afluente del Tíber: 140.
Almoína, José, escritor: 232.
Alonzo, Pedro, colono: 16.
Alvarado, Diego, capitán: 174.
Alvarez Chanca, Doctor Diego, de la segunda armada colombina: 16, 22, 27, 77, 85, 86, 95, 106, 119, 194, 198-200, 201, 205, 227.
Amador de los Ríos, José, escritor: 226.
Amantes dichosos (areíto): 49.
Ameiro, cacique: 16.

- América, continente: 48, 174, 220, 226; del sur: 46.
 Amoná (Mona), isleta: 46, 125; canal: 86.
 Anaibelca, india: 39, 108.
 Anamuya, río: 41.
 Andrómaca, mujer griega, esposa de Héctor: 36, 113.
 Angleria, región: 22, 104, 227.
 Angulo Guridi, Francisco X., escritor: 231.
 Angulo Guridi, Javier, escritor: 232.
 Anigaria, región: 40.
 Aniguayagua, provincia: 47, 187.
 Anríquez, Pedro, cartógrafo: 106.
 Ansanus, Fray Tomás, misionero: 222.
 Antillas, islas: 15, 17, 18, 26, 122, 188.
 Anville, D', geógrafo: 68.
 Arabos, cacique: 46.
 Aragón, Fernando de, indio: 199.
 Araluce, Ramón, editor: 228.
 Aramaná, cacique: 16.
 Aramocao, comarca: 40.
 Arana, Diego de, jefe de la guarnición dejada por Colón en el fuerte Natividad; 62, 193, 195, 218.
 Arana, Pedro, colono: 170.
 Arasibo, cacique: 16.
 Arcadia, región del Peloponeso: 48.
 Archilla Cabrera, Angel, historiador: 228.
 Arimao, río: 88.
 Aristocles (Platón), filósofo: 24.
 Aristófanes de Bizancio, escritor: 25, 48, 109.
 Arminio, caudillo germano: 68.
 Aruaca, tronco racial: 13.
 Aruacay, región: 15.
 Arriaga, Luis de, capitán: 106, 132, 145, 191.
Ascendencia del hombre (Darwin): 14.
 Asensio y Toledo, José María, historiador: 35, 188, 200, 201, 202, 226.
 Asturias, príncipe de: 175.
 Asüey o del Fondo, lago: 52.
 Atalanta, princesa griega diestra en el manejo de la flecha: 85.
 Atenas, ciudad: 19.
 Atenea Promacos, divinidad protectora de la guerra: 73.
 Augusto, célebre romano: 114.
 Avignonet, región: 25.
 Ayaguana, distrito: 41.
 Ayalibis, comarca: 41.
 Ayay o Ay-Ay, isla: 85.

Aymamón, cacique: 16, 62.

Azua, región: 30, 41, 164.

B

Babiaca, nombre del caballo de Rodrigo Díaz de Vivar (el Cid): 135.

Baco, dios del vino: 116.

Bachiller y Morales, Antonio, historiador: 229.

Baeza, ciudad: 105.

Bainoa, comarca: 40, 68.

Bailly Bailliere e hijos, editores: 225.

Bajabonico, río: 101, 103.

Ballester, Miguel, capitán: 159, 164.

Baní, cacique: 69; comarca: 42.

Bánica, comarca: 42, 109.

Bao o Cibao, río: 69.

Baoruco, comarca: 40, 47; montañas, célebres por haber sido escenario del levantamiento de Enriquillo: 75, 187, 205.

Baracoa, región cubana donde fué supliciado el cacique Hatüey: 18.

Barahona, individuo: 146.

Barahonda, comarca: 40

Baratubarú, región: 15.

Barbasía, comarca: 40.

Barcelona, ciudad de España: 84, 196, 203, 226-229, 231.

Barlovento, islas asiento de los indios caribes: 23, 46, 218.

Bartabanó, puerto: 124.

Bastidas, Rodrigo de, descubridor: 16, 174.

Batey, comarca: 40.

Batiquirí, región: 123.

Bayajá, comarca: 40, 108.

Bayamo, región: 16.

Baybráma, cemi: 71.

Bayoán, cacique: 19, 74.

Becerrillo, perro: 151.

Belial, personaje miltoniano: 158.

Bellona, divinidad protectora de la guerra: 73.

Bema, favorita del Guarionex quisqueyano: 39, 87, 146, 163.

Berardi, Juanoto, mercader: 146.

Berlanga, Fray Tomás de, misionero: 222.

Bernáldez, Padre Andrés, historiador: 196, 198, 201, 202, 220, 225.

Betanzos, Fray Domingo de, misionero: 222.

Beziat, Juan, curandero: 25.

Bía, río: 42.

Bigote, Félix E., historiador: 202, 230.

- Blasco Ibáñez, Vicente, escritor: 21, 221.
 Bobadilla, Francisco, gobernador: 105, 172, 173, 175, 177, 191, 211.
 Bocaiguá, comarca: 41.
 Bohechio Anacaucha, cacique hermano de Anacaona: 30, 37, 49, 47, 51, 53, 55, 68, 110, 126, 147, 151, 154-156, 165, 170, 182.
 Bohío, comarca: 40, 101.
 Boil, Padre Bernardo, supremo representante de la religión en la Colonia: 103, 104, 109, 127, 128, 146, 153, 201, 203.
 Boinaés, ídolo: 26.
 Bonao: cacique: 156; comarca: 41, 42; fortaleza: 156, 164, 174.
 Borgia: César, príncipe italiano: 81; Lucrecia, hermana del anterior: 81; Rodrigo, Papa: 81, 104.
 Borgoñón, Fray Juan, misionero: 26, 104, 203.
 Boriquén, nombre primitivo de la isla de Puerto Rico: 23, 33, 41, 46, 74, 86, 105, 125, 199, 200, 201.
 Boyá, comarca: 41.
 Brau, Salvador, historiador: 18, 82, 86, 229.
 Breno, caudillo galo: 140.
 Bretón, Fray Raymundo, misionero: 27.
 Bucar, rey: 136.
 Buenos Aires, ciudad: 226, 228, 230.
 Buyacaguera, comarca: 40.
 Buyaibá, región: 28, 71, 73, 75.

C

- Cabanacoa, comarca: 40.
 Cabires, divinidades pertenecientes a la religión del fuego: 76.
 Cabo del Enamorado o Cabrón: 194.
 Cabo Engaño: 177.
 Calpe, editorial: 226.
 Caguas, cacique puertorriqueño: 16; cacique de origen quisqueyano radicado en Cuba: 16, 74.
 Caiguani, comarca: 40.
 Cain, hijo primogénito de Adán y Eva: 18.
 Cainí, nombre primitivo de la isla Tortuga: 60.
 Cajay, comarca: 40.
 Cajaya, comarca: 40.
 Calcas, adivino: 73.
 Calpe, editorial: 226.
 Camaguey, región: 16, 17.
 Cambiaso, Rodolfo D., historiador: 235.
 Camilo, general romano: 140.
 Camín, río: 50, 51, 171.

- Camulógenes, escritor: 71.
 Canarias, islas: 81, 83.
 Canóhana, cacique: 16.
 Cantero Fernández, editor: 228, 229.
 Cantú, César, historiador: 202, 210, 230.
 Caoba, comarca: 40.
 Caobanicú, comarca: 40.
 Caonabo, principal reyezuelo de Quisqueya: 18, 19, 22, 40, 42, 49, 52, 55, 64, 66-69, 71, 73, 75, 77, 89, 97, 109, 112, 113, 123, 126, 132-134, 137-139, 145, 147, 149, 153-156, 169, 188, 191, 195, 200, 215-218.
 Caonao, región: 16.
 Caracamisa, cacique: 97.
 Caracas, ciudad: 230.
 Caracol, bahía: 192.
 Carajate, región: 16.
 Caraneo, lugar: 88.
 Carbonell y Rivero, José Manuel, historiador: 23, 229.
 Careybaná, comarca: 42, 108, 112.
 Caribata, comarca: 40.
 Caribe, tronco racial: 15, 18, 26, 42, 85.
 Carlos Quinto, emperador: 15, 22, 205.
 Cartagena, ciudad: 30.
 Casabo y Pages, Pelegrín, traductor: 227.
 Casas o Casaus, Fray Bartolomé de las, historiador: 14, 16, 19, 23, 24, 26-33, 37, 39-41, 54, 69, 77, 86-88, 95, 103, 105, 124, 144, 155, 187, 188, 191, 195, 196, 198, 200, 201, 202, 210, 215, 220-222, 225; Pedro, padre del anterior: 105.
 Castelar y Ripoll, Emilio, historiador: 66, 188, 201, 203, 226.
 Castellanos, Juan de, poeta e historiador: 86, 188, 201, 226.
 Castilla, Juan de, indio: 199.
 Castilla, región: 22, 39, 40, 83, 111, 191, 202, 203, 216, 217, 220.
 Casuf, río: 41.
 Catalina de Miguel Díaz: 39 (V. Osema); india puertorriqueña: 90.
 Cavinet, Ch., escritor: 202.
 Cayacoa, nombre de cacique y de comarca: 41. (V. Osema).
 Cayaroa, comarca: 41.
 Cayemí, comarca: 41.
 Cayguanú, valle: 47.
 Cayrí o Queyrí, isla: 83.
 Cedó, Fermin, metalúrgico: 105, 116, 120.
 Ceres (o Cloe), diosa romana: 28.
 Cervantes, Miguel de, escritor: 106, 120.
 Cibao, comarca: 41, 69, 102, 108, 130, 145, 152, 159, 196.
 Cicerón, jurisconsulto romano: 158.
 Cid Campeador de Vivar, héroe español: 113.

- Ciguay, comarca: 41.
 Cimodocea, descendiente de Homero: 72.
 Cinquín, cabo: 59.
 Ciudad Trujillo: 228, 231, 232.
 Claus, C., naturalista: 14.
 Cleopatra, reina egipcia: 48.
 Clodia, heroína romana: 90.
 Coayo, comarca: 40.
Colección Lugo: 231.
 Colombia, país: 15.
 Colón: Bartolomé, hermano y lugarteniente del Almirante: 127, 128, 143, 149, 153, 155-157, 159, 160, 162, 163, 174, 179, 201, 211; Cristóbal, Descubridor del Nuevo Mundo: 13, 14, 16, 22, 26, 27, 40, 45, 59-64, 77, 81-89, 91-96, 97, 101-104, 106, 108, 114-116, 119-125, 127, 128, 143-149, 151-153, 155, 157, 159-165, 172-181, 187, 190-192, 195, 198-200, 201-210, 211, 215-219, 225, 226; Diego, hermano del Almirante: 104, 122, 126-128, 143, 146, 158, 174; Diego, hijo del Descubridor: 81; Diego, indio intérprete: 39, 111, 199; Fernando, hijo del Almirante, historiador: 16, 20, 26, 28, 42, 86, 87, 101, 173, 188, 195, 198, 202, 210, 211, 217, 218, 220, 226.
 Colorado, caño: 87.
 Coll y Toste, Cayetano, historiador: 15, 23, 28, 86, 103, 196, 216, 229.
 Coma, Guillermo, compañero de Colón en el segundo viaje: 82, 96, 106, 119.
 Concepción (La): fuerte: 145, 146, 159, 160, 164, 165, 180; puerto: 40.
 Consuegra, Inés Aminta, escritora: 232.
 Coquibacoa, nombre primitivo de Venezuela: 13.
 Córdoba, Fray Pedro de, misionero: 222.
 Córdoba, región: 60.
 Cornelia, célebre romana: 113.
 Cornelio Celso, enciclopedista: 14.
 Coroiay, comarca: 40.
 Coroso, comarca: 42.
 Cortés, Hernán, conquistador de Méjico: 15.
 Corvalán, Ginés de, explorador: 106, 122.
 Cos, ciudad cuna de Hipócrates, padre de la medicina: 14, 24.
 Cosa, Juan de la, capitán: 106.
 Cotubanamá, cacique: 18, 41, 69, 180.
 Cotuí, comarca: 41.
 Cronau, Rodolfo, historiador: 86, 120, 192, 194, 200, 202, 210, 228.
 Croy, Guillermo de (Monsieur Xevres), consejero del rey: 222.
 Cuba, isla: 16-18, 33, 74, 97, 106, 123, 124, 203.
 Cubao, comarca: 40.
 Cucú, favorita de Anacaona: 50.

- Cuellar, Alonso de, colono: 16.
 Cuellar, María de, esposa de Diego Velázquez: 116.
 Cuenca, región: 111.
 Cueyabá, región: 17.
 Cúneo, Michael de, compañero de Colón y autor de una relación del segundo viaje: 77, 106.
 Curiana, comarca: 41.
 Cyrus, divinidad persa: 35.

CH

- Chalderico, caudillo sicambro: 68.
 Charcot, J. B. historiador: 188, 201, 203, 227.
 Charlevoix, Pierre Francois, historiador: 68, 188, 196, 201, 227.
 Chateaubriand, Vizconde de, escritor: 37, 69, 196.
 Chavón río: 41.
 Chiapa, región: 22, 28, 64, 204.

D

- Dajabón, comarca: 40; río: 108 (V. Guatapaná).
 Dajao, comarca: 41.
 Damasco, ciudad oriental: 51.
 Darwin, Carlos Roberto, naturalista: 14.
De Nobo Orbe (Pedro Mártir): 89.
 Dehoux, J. B., doctor: 231.
 Delfos, ciudad de la antigua Grecia: 70.
 Delgado, Agustín, teniente: 15.
 Delmonte y Tejada, Antonio, historiador: 230.
 Demócrito, filósofo: 94.
 Denia, marqués de: 105.
 Descourtils, explorador: 23.
 Despradel Batista, Guido, historiador: 231, 232.
 Díaz de Aux, Miguel, capitán: 105, 121, 127, 132-136, 148, 162, 174, 201,
 Díaz de Pisa, Bernal, contador: 105, 116, 120, 121, 210.
 Dios: 17, 28, 128, 179.
Doce Tablas (Las), primera legislación escrita de los romanos: 19.
 Domínguez Juan, presbítero: 164.
 Dominica, isla: 45, 83.
 Dorrbecker, A., editor: 229.
 Duán, comarca: 40.
 Dubós, abate: 69.

- Duey, río: 41.
 Dupont, P. F., editor: 228.
 Duque de Medinaceli: 218.
 Duruy, Víctor, historiador: 14, 21, 25 35, 201.

E

- Ebro, río: 116.
 Echagoian, Lic. Juan, Presidente de la Audiencia: 31.
El hijo del mar (Cavinet): 202.
El mar libre (Grocio): 204.
El Paraíso Perdido (Milton): 158, 196.
El Príncipe (Maquiavelo): 157.
 Elefante, cabo: 59.
En busca del Gran Kan (Blasco Ibáñez): 21
 Endimión, amante de Selene, Diana o la Luna: 49.
 Eneas, príncipe griego cantado por Virgilio en la *Eneida*: 90.
 Enriquillo, cacique: 37 75; lago: 35, 47 (V. Jaraguá, lago).
 Eros, dios del amor entre los griegos: 53.
 Escobar, Diego, alcaide: 158, 160, 170.
 Escobar, Rodrigo, escribano: 62.
 Escudo, puerto: 190.
 Esculapio, dios de la medicina: 25.
 España, país: 60, 63, 87, 104, 119, 121, 125, 127, 129, 145, 146, 155, 156, 159, 161, 164, 172, 173, 176, 194, 198, 199, 229.
 Española, isla predilecta del Descubridor: 13, 22 28, 33, 60, 81, 84-86, 88, 101, 106, 123-125, 160, 162, 173-175, 180, 190, 194, 211, 218 222.
 Espasa (Casa editora): 188, 226.
 Esperanza, llanura: 132 210.
 Esperia, región de la antigua España: 48.
 Espinal, Fray Alonso de, misionero: 176.
 Espinosa, Juan de, alguacil: 174.
 Esquilo, poeta trágico griego: 47.
 Esquivel, Juan de, conquistador: 17, 18, 77, 106, 174 180, 191.
 Estévez, Nicolás, traductor: 227.
 Euforion, ser alegórico que simboliza la Poesía: 49.
 Euro, viento que sopla de oriente: 86.
 Europa, continente: 37.
 Evadné, mujer de Capaneo, jefe tebano: 38.
Exterminio salvador (areito): 70.
 Extremadura, región: 83.
 Eyquen Miguel (Montaigne), escritor: 19.

F

- Fabié, Antonio María, historiador: 187, 188, 197, 203, 222, 225.
 Faramundo, líder salio: 69, 76.
 Farrar, doctor: 24.
 Fauno, semidios de la antigüedad pagana: 28.
Fausto (Goethe): 27.
 Fernández de Navarrete, Martín, historiador: 17, 22, 26, 27, 188, 193-195, 198-200, 201-203, 220, 222, 226, 227.
 Fernández de Oviedo, Gonzalo, historiador: 14, 16, 20, 27, 33, 38, 39, 41, 69, 81, 86, 187, 188, 197, 204, 210, 217, 220, 221, 226.
 Fernández Duro, Cesáreo, historiador: 188, 202, 225, 226.
 Fernández Martel, Alonso, de la segunda armada colombina: 105.
 Fernandina, isla: 102.
 Fernando *el Católico*, rey de Aragón: 81, 159.
 Ferrer, Fidel, historiador: 231.
 Fiesco, Bartolomé, piloto: 205.
 Filipina, bahía: 124.
 Flammarión, Ernesto, editor: 227.
 Fletcher Lummis, Charles, historiador: 202, 228.
 Fletes Bolaños, Anselmo escritor: 229.
 Flor de Oro, nombre español de Anacaona: 39.
 Florida o Bimini, región: 45.
 Font y Roldán, Nicolás, historiador: 229.
 Francia, país: 25.

G

- Galván, Manuel de J., escritor: 232.
 Garay, Francisco, notario: 106, 164.
 Garcí Lasso Inca de la Vega, historiador: 106.
 García, Alonso Cansino, escribano público: 105.
 García Barrantes, capitán: 152, 159.
 García Hermanos, editores: 230-232.
 García, José Gabriel, historiador: 232.
 García Mohedas, Luis, encomendero: 41.
 Garnier Hermanos, editores: 196, 227, 230.
 Gaspar & Roig, editores: 228.
Génesis (mosaico): 18.
 Geofrín, José María editor: 225.
 Alemania, país: 68.
 Gil García, de la segunda armada colombina: 106.
 Ginesta, Miguel, editor: 225.

- Gioachemo, puerto del brasil de los españoles: 47.
 Girao, metalúrgico: 105.
 Gneco y Compañía, J., editores: 231.
 Goacoa, comarca: 41.
 Goethe Juan Wolfgang, escritor: 27.
 Gomera, isla: 83.
 Gómez, Manuel Ubaldo, historiador: 232
 Gómez Trello, receptor o tesorero: 106.
 González de Gallegos, de la segunda armada colombina: 105.
 González Font, editor: 229.
 González Ginorio, José, historiador: 201, 229.
 González, Juan, intérprete: 200.
 González Martínez, Ignacio, escritor: 229.
 Gracia (puerto de): 63.
 Gracias (Las), diosas que presidían la alegría del vivir: 49.
 Gran Canaria, isla: 82.
 Gran Chaco, región: 45.
 Granada, región: 82, 105, 107, 210.
 Grecia, país: 21, 25, 36, 68, 93, 173.
 Grégoire, Luis, historiador: 188, 227.
 Grijalva, Juan de, capitán: 16.
 Guabamico, río: 41.
 Guabos, comarca: 41.
 Guacabo, cacique: 16.
 Guacanagari, cacique: 16, 28, 39, 40, 62, 77, 89, 90, 95-97, 148, 149, 191, 192, 199, 201.
 Guacayarima, comarca: 40, 47.
 Guadalquivir, río: 60.
 Guadalupe, isla: 45, 83-85, 90, 102, 220 (V. Tureyqueri).
 Guajaba, comarca: 40, 68.
 Guajataca, región: 107.
 Guama, cacique: 74.
 Guamanea, comarca: 42.
 Guamani, cacique: 16.
 Guamiquina: señor de tierra y agua: 37; nombre que daban los indios a los jefes cristianos: 95, 111, 112, 216, 217.
 Guana, comarca: 42.
 Guanabo, isleta: 40.
 Guanajatebenekena, mujer de Bohechio: 37, 154.
 Guanarey, comarca: 40.
 Guaraguey, río: 63.
 Guaraconel, cacique: 106.
 Guaricano, capital del cacicazgo de Maguá: 41, 159.
 Guarién, nitaino: 69.

- Guarionex: cacique puertorriqueño: 19, 74; quisqueyano: 40, 41, 69, 87, 146, 163, 177, 199, 203.
- Guarique: comarca: 63; puerto: 62, 76.
- Guarocuya, cacique sobrino de Anacaona: 47, 69, 182, 187.
- Guatapaná, nombre indígena del río Dajabón: 108.
- Guatemala, región: 204.
- Guaticaba, indio: 28.
- Guatiguaná, cacique: 19, 69, 87, 106, 126, 128, 130, 131, 145.
- Guaunabo, cacique: 48.
- Gaurabo, comarca: 41.
- Guay Sabana, intérprete: 27.
- Guayagán, comarca: 41.
- Guayamuco (Artibonito), río: 109.
- Guayaney o Guaraca, cacique: 16.
- Guaybamoca, comarca: 41.
- Güaybá, Güeybaná o Agüeybana, cacique: 19, 46, 74.
- Guaynia, región: 46.
- Guayulón, comarca: 40.
- Guerín, Jacques, editor: 227.
- Guerra, Cristóbal, conquistador: 16.
- Guerra y Sánchez, Ramiro, historiador: 17, 229.
- Guerrí, editor: 232.
- Guevara, Ana de: 39 (V. Iguamota).
- Guevara, Hernando de, expedicionario: 106, 158, 172, 174, 205.
- Gutiérrez, Pedro, compañero de Arana en la Natividad: 62, 193, 195.

H

- Habana: región: 16; capital de la República de Cuba: 229, 231; San Cristóbal de la: 206.
- Haití, provincia: 108.
- Hamelot, escritor: 35.
- Harrisse, Henry, historiador: 17.
- Hatasú, reina de Tiro: 70.
- Hatuey, cacique quisqueyano radicado en Cuba: 18, 74, 203.
- Héctor, famoso capitán troyano: 36, 113.
- Helena, esposa de Menelao: 36.
- Henares, Alcalá de, ciudad: 22.
- Henríquez Ureña, Max, escritor: 232.
- Hernández Coronel, Pedro, alguacil mayor: 105, 148, 162, 164.
- Hernando, editor: 226-228.
- Hernhutes de Zittau (hermanos), historiadores: 21.
- Heródoto, historiador griego: 37.

- Hertzberg, G. P., historiador: 14.
 Herrera, Alvaro, teniente: 14, 86.
 Herrera Irigoyén, editor: 230.
 Herrera y Tordesillas, Antonio de, historiador: 188, 195, 200, 201, 202, 211, 225.
 Hierro, isla del: 83.
 Higuera, paraje: 195.
 Higüey: cabo: 86; ensenada: 199; región: 13, 16, 18, 19, 40, 41, 46, 69, 77, 180, 199 (V. Iguayagua).
 Huig Van Groot (Hugo Grocio), internacionalista: 105.
 Hipócrates, médico griego: 14.
 Homenaje (torre del): 180.
 Humacao, cacique: 16.
 Humboldt, Alejandro de, explorador e historiador: 14, 21, 86, 146, 195, 200, 202, 204, 220, 228.



- Ibocoa, comarca: 40.
 Icacayagua, comarca: 41.
 Iguagua, hija de Guarionex y mujer del indio Diego Colón: 39, 199.
 Iguamo, río: 41, 187.
 Iguamota, hija de Caonabo y Anacaona y mujer de Hernando de Guevara: 39, 72, 77, 155, 171, 172, 183.
 Iguamucú, comarca: 40.
 Iguanamá, cacica: 40, 180; Isabel: 41.
 Iguaniona, cacica: 39, 64, 87.
 Iguayagua, nombre de Higüey: 41.
 Igueguasi, comarca: 40.
 Incháustegui, J. Marino, escritor: 232.
 Incháustegui, Joaquín S., escritor: 232.
 Indias, región: 30, 102, 106, 121, 145, 146, 160, 218, 221, 225.
 Indo, río asiático, en la India: 37.
 Icoondo, Juan Bartolomé, servidor del rey Manuel de Portugal: 103.
 Irving, Washington, historiador: 16, 86, 143, 187, 188, 193, 195, 196, 198-200, 201, 202, 218, 228.
 Isabel *la Católica* reina de Castilla: 81, 122, 159.
 Isabela, isla: 202; primera ciudad cristiana del Nuevo Mundo: 94, 102, 115, 119, 121, 122, 125, 143, 145, 147, 152, 156, 158, 164, 193, 215-217, 219, 220, 225, 231.
 Isis, diosa egipcia: 28.
 Italia, país: 195.

J

- Jackson, W. M., editor: 228.
 Jácome, individuo muerto en la Natividad: 195.
 Jaén, provincia andaluza: 105.
 Jagua, comarca: 40.
 Jaguey, comarca: 42.
 Jaibón, comarca: 40.
 Jaina, lugar: 121, 156.
 Jamaica, isla: 13, 16-18, 106, 123-125, 205, 225.
 Jané Hermanos, editores: 196.
 Jánico, río: 121.
 Jánique, comarca: 41.
 Jano, rey del Lacio: 72.
 Jaraguá o Aniguayagua, región: 13, 19, 30, 35, 39, 40, 46, 49, 55, 68, 109,
 110, 126, 141, 147, 152, 153, 156, 162, 165, 169, 174, 181, 182, 187,
 211, 221, 222.
 Jardines de la reina, islotes: 102, 124.
 Jatiés, comarca: 40, 68.
 Jayacú, comarca: 42.
 Jerez, Juan de, piloto en la conquista de Puerto Rico: 106.
 Jesucristo: 60, 104, 109, 192, 203.
 Jiaguata, comarca: 41.
 Jima, río: 41.
 Jimena (doña), esposa del Cid: 113.
 Jobobaba, cueva: 26.
 Jorge, Fray, misionero: 104.
 Juan, hijo de los reyes españoles: 81, 104, 199.
 Juan Segundo, rey de Portugal: 210.
 Juma, comarca: 41.
 Juno, diosa griega y romana: 28.
 Júpiter, dios mitológico, esposo de la anterior: 106.

K

- Kirkpatrick, F. A., historiador: 228.
 Krishnamurti, Jiddu Alcyon, filósofo: 71.

L

- La Decadencia de Occidente* (Spengler): 113.,
La Novia de Mesina (Schiller): 70.
 La Vega, villa: 34, 41.

- Lacio, antigua región de Italia: 28, 90.
 Laertes, anciano amigo de Penélope: 36.
 Lafora, Gonzalo, médico y escritor: 25.
 Lafuente, Modesto, historiador: 201, 203, 227.
 Lamartine, Alfonso de, historiador: 86, 188, 201, 202, 227.
 Lara Fernández, Carmen, escritora: 231.
 Larrazábal Blanco, Carlos, historiador: 231.
 Latimer, Jorge, comerciante: 23.
 Latino, soberano de una parte del Lacio: 90.
 Lepe, Diego de, conquistador: 16.
 Linares, Toribio, colono: 170.
 Lisboa, ciudad: 26, 103, 187, 225.
 Locayo, comarca: 40.
 Logroño, Arturo, historiador: 230.
 Loipa, dama de compañía de Iguamota: 171.
 López de Gómara, Francisco, historiador: 16, 26, 29, 38, 86, 187, 188, 198, 226.
 López de Luján, Juan, explorador: 106, 108, 115, 116, 119, 121.
Los baños de Argel, (Cervantes): 120.
Los Mártires (Chateaubriand): 37, 196.
 Luxerna, Padre, compañero de Colón: 204.

LL

- Llano, Joaquín del, editor: 229.
 Lloréns Torres, Luis, poeta: 114.

M

- Mabó, cacique: 16.
 Mabodamaca, cacique: 19, 74, 107.
 Macabonao, comarca: 42.
 Macaca, región: 17.
 Macao, comarca: 41.
 Macaoquico, comarca: 40.
 Macencio, soberano de una parte del Lacio: 90.
 Macorís, río: 41, 46; de arriba (comarca): 40, 106, 108; de abajo (comarca): 41.
 Machaón, médico: 25.
 Madiou fils, Thomas, historiador: 230.
 Madrid, ciudad: 202, 225-230.
 Magallanes, Fernando de, descubridor: 20.
 Magdalena (La), fuerte: 106, 108, 123, 132, 145, 160, 161, 203, 215.

- Maguá, región: 13, 19, 55; río: 41, 69, 87, 108, 152, 159, 194.
- Maguana, región: 13, 19, 40, 41, 48, 66, 68, 69, 71, 73, 108-110, 114, 126, 132, 139, 145, 147, 152, 159, 161, 188, 190, 195, 216, 218, 219.
- Maguey, comarca: 41.
- Maireni, lugarteniente de Caonabo en la destrucción de la Natividad: 18, 52, 69, 73, 75, 77, 89, 97, 200.
- Maisí, estrecho (Paso de los vientos): 60; punta: 123.
- Majagua, cacique: 16; comarca: 41.
- Majubiatibirí, cacique: 27.
- Malaver, Alonso de, compañero de Colón en el segundo viaje: 105.
- Maldonado, Alonso, alcalde mayor: 176.
- Maldonado, Melchor, de la segunda armada colombina: 101, 104, 105, 291.
- Maló, Charles, historiador: 188, 228.
- Mammon, dios de la riqueza: 31 (V. Plutos).
- Managua, ciudad: 229.
- Manatigauraguana, cacique: 97.
- Manicaotex o Manicabés, cacique: 47, 48, 51, 52, 69, 107, 147, 149, 151, 191, 219.
- Maniés, comarca: 41.
- Manini, Urbano, editor: 227. ..
- Manitú, bojjique o sacerdote: 53.
- Manuel, rey: 103.
- Manyico, comarca: 41.
- Mao, río: 109 (V. Río Verde).
- Maosía Sibobés, cacique: 26.
- Maquiavelo, Nicolás Bernardo de, escritor: 157.
- Marañón, río: 13.
- Marchena, Fray Antonio de, astrónomo: 104.
- Margarite, Pedro, capitán: 105, 122, 126, 127, 146, 153, 191, 220.
- Marién, región: 13, 19, 39-41, 55, 68, 69, 95, 97, 108, 109, 122, 148, 152, 191, 192.
- Marigalante o María Galante isla: 45, 83.
- Marín, Pedro, editor: 230.
- Mariscal, gallego fundador de Azua: 42.
- Marojú, ídolo: 26.
- Marque, cacique: 160.
- Marquez, Diego, capitán: 84, 105.
- Márquez, editor: 226.
- Marte, dios protector de la guerra: 73.
- Martín, Diego, veedor u observador: 176.
- Mártir (de Angleria), Pedro, historiador: 14, 16, 20, 22, 28, 30, 37, 47, 81, 86, 87, 104, 157, 188, 199, 201, 202, 211, 220, 227.
- Mateo, Juan, el primero que recibió bautismo en La Española: 293.
- Matinzo, hijo de cacique: 190.

- Mauní, comarca: 40.
 Mayagumaca, india: 39.
 Mayobanex, cacique: 64, 87, 163.
 Mayorís, comarca: 41.
 Medel, Alonso, capitán: 164.
 Mejiatrillo, Rodrigo, capitán: 181, 182.
 Méjico, país: 15, 28, 33, 34, 232.
 Melesígenes (Homero), príncipe de los poetas helénicos: 72. (V. Meonides).
 Melilla, región: 16.
Memorial de Santa Elena (Napoleón): 39.
 Ménades, mujeres frenéticas, compañeras de Baco: 106.
 Méndez de Segura, Diego, capitán: 16, 17, 106, 127, 132, 148, 174, 188, 221, 222.
 Mendoza, Alonso de, del primer viaje colombino: 193.
 Menéndez y Pelayo, Marcelino, escritor: 21.
 Menés, divinidad egipcia: 28.
 Meon, padre de Homero: 196.
 Meonides, príncipe de los poetas griegos: 196.
 Merino, Pedro Alonso, conquistador: 16.
 Meriño, Fernando A. de, escritor: 231.
 Mesa y Leompart, J., historiador: 188, 202, 226.
 Milton, Juan, poeta: 158, 196.
 Miraguaña, comarca: 40.
 Moca, comarca: 41.
 Moisés, legislador del pueblo hebreo: 18.
 Mojica, Adrián de, expedicionario: 106, 158, 160, 170, 174.
 Molina, Alonso de, compañero de Pizarro: 38.
 Monrey, Hernando de, factor o encargado de la Hacienda: 176.
 Monserrate, isla: 84.
 Montalvo, editor: 228, 231-233.
 Montalvo Guenard, J. I., historiador: 194, 200, 229.
 Montaner & Simón, editores: 227, 228.
 Monte Cristi, región: 88, 103, 123, 195, 216.
 Montesinos, Fray Antonio de, misionero: 222.
 Montesquieu, Barón de, escritor: 14, 37, 39, 65, 69, 193, 195, 227.
 Morales, Andrés, cartógrafo: 106.
 Morales Cabrera, Pablo, escritor: 229.
 Moreau de Saint-Mery, historiador: 60, 228.
 Moreno & Rojas, editores: 229.
 Moroveo, caudillo sicambro: 76.
 Mosquito, bahía (La Concepción): 60.
 Moya, Casimiro Nemesio de, cartógrafo e historiador: 68, 69, 231.
 Muñoz y Ferrándiz, Juan Bautista, historiador: 153, 188, 193, 195, 196, 198, 199, 201, 202, 211, 218, 220, 226, 231.

Murcia, ciudad: 30, 86.

N

Napoleón, emperador: 39.

Narváez, Pánfilo de, capitán: 16.

Natividad, primer establecimiento europeo en el Nuevo Mundo (fuerte):
18, 57, 73, 76, 85, 86, 88, 89, 92, 93, 101, 123, 193, 195, 198, 217, 218.

Nau, Baron Emile, historiador: 48, 230.

Nausicaa, hermosa mujer griega: 36.

Navarro Calvo, Luis, traductor: 228.

Navarro, Fernando, capitán: 152.

Navarro, Pedro, expedicionario: 105, 106.

Neiba: comarca: 40; río Yaque del sur: 154.

Némesis o Nemesis, diosa de la venganza: 72, 91.

Néstor, personaje homérico, célebre por su cordura y su experiencia: 40, 48.

Nevis o Nieves, isla: 85.

Nicaragua, región: 15.

Nicéfora, diosa de la victoria: 77.

Nicuesa, Diego de, conquistador: 16, 105.

Niño, Pedro Alonso, expedicionario: 156.

Niona, india: 188-190.

Nisao, comarca: 42.

Nisinao, comarca: 42.

Niti, capital del cacicazgo de Maguana: 42, 66.

Nombre de Dios, ciudad: 105.

Nouel, Carlos, escritor: 231.

Núñez de Balboa, Vasco, descubridor de la Mar del Sur: 16.

Núñez de Guzmán, Pedro, comendador: 106.

O

Ocampo, Sebastián de, primer explorador de Cuba: 105.

Octavia, brillante y hermosa romana: 113.

Ojeda, Alonso de, capitán: 16, 17, 35, 84, 106, 108-111, 113-116, 119, 121,
123, 127, 132-136, 145, 146, 148, 150, 169, 191, 216-219.

Ojeda, Fray Alonso, inquisidor: 204.

Olano, Sebastián de, receptor: 22, 106, 119.

Oliveres, Juan, editor: 228.

Olmos Ayala, Francisco, compañero de Colón en el segundo viaje: 105.

Onaney, india rival de Anacaona en el corazón de Caonabo: 39, 64, 66,
110, 138.

Once mil vírgenes, islas: 85.

- Oncken, Guillermo, historiador: 14.
 Ordás, Diego de, capitán: 15.
 Ordás, Pedro de, conquistador: 17.
 Orfeo, poeta de la mitología griega: 116.
 Orellana, Francisco José, historiador: 102, 128, 132, 147, 170, 188, 200, 205, 210, 211, 219, 222, 226.
Origen de las especies (Darwin): 14.
 Orinoco, río: 15.
 Orocobis, cacique y región: 16.
 Ortal, Gerónimo, teniente: 15.
 Ortega, Fray Angel, historiador: 203, 226.
 Ortega Rubio, Juan, historiador: 188, 201, 226.
 Ortiz, Alonso, de la segunda armada colombina: 105.
 Ortiz, Fray Tomás, misionero: 222.
 Osema, india viuda del cacique Cayacoa y luego mujer del capitán Miguel Díaz de Aux: 39, 201.
 Osichabar, hermano y confidente de Guacanagarí: 62, 95.
 Osiris, divinidad egipcia: 28.
 Ovando, Nicolás de, gobernador: 41, 77, 104, 175-177, 179-183, 187, 191, 204, 221, 222.
 Ozama ría: 41, 156, 162.

P

- Pacífico, islas del: 20.
 Padilla D'Onís, Luis, historiador: 232.
 Padre, ható: 195.
 Padre Santo: 201.
 Palmista (punta): 190.
 Palos de Moguer, puerto: 88.
 Pane, Fray Román, misionero: 26, 28, 101, 203, 226.
 Paraíso (valle): 60.
 Pare, Ambrosio, médico galo: 24.
 Paria, golfo: 13; región: 15, 163.
 París, ciudad: 226-228, 230.
 Paso de los Hidalgos, desfiladero: 148.
Paz y Amor (areíto): 72.
 Pedraza y Páez, Pedro, traductor: 227.
 Penélope, mujer de Ulises: 36, 113.
 Peneo, río de Tesalia: 50.
 Peñalosa, Francisco o Diego, escribano: 106.
 Percena, general romano: 90.
 Pereyra, Carlos, historiador: 194, 203, 230.
 Pérez de Ayala, Ramón, escritor: 68.

- Pérez de Luna, Fernán, notario: 105, 124.
 Pérez de Osorio, Alvar, del primer viaje colombino: 193.
 Pérez de Pulgar, Hernán: 107.
 Pérez, Fray Juan, misionero: 104, 193, 203.
 Pérez, Fray Rodrigo, misionero: 104, 203.
 Pérez, José Joaquín, poeta: 232.
 Pérez, Rodrigo, capitán: 174.
 Perú, país: 19, 34.
 Pi y Margall, Francisco, historiador: 188, 226.
 Pichardo, Bernardo, historiador: 231.
 Pigafetta, Francisco Antonio, cronista de la expedición de Magallanes: 20.
 Pinart, Alonso, explorador: 230.
 Pinos, isla: 124.
 Pinzón, Martín Alonso, célebre marino de Palos: 63, 195; puerto: 103.
 Pirra, mujer de Deucalion: 110.
 Pizarro, Francisco, conquistador del Tabantinsuya: 38.
 Pizarro, Pedro, conquistador-cronista: 34.
 Plutos, dios de la riqueza: 25, 31.
 Podaliro, médico: 25.
 Polixena, hija de Príamo, rey de Troya: 36.
 Ponce, ciudad: 229.
 Ponce (de León), Juan, conquistador de Puerto Rico: 16, 41, 77, 84, 106, 191, 199, 200.
 Portugal, país: 103, 146, 210.
 Prescott, William, historiador: 20, 38, 45, 106, 162, 175, 198, 199, 202, 210, 211, 228.
 Príamo, rey de Troya: 36.
 Ptolomeo Dionisio, hermano de Cleopatra: 48.
 Publio, célebre romano: 114.
 Puerto de la Misa: 124.
 Puerto de Paz: 61.
 Puerto Hermoso o Escondido: (Las Calderas): 179, 190.
 Puerto Plata, ciudad: 63, 180, 193.
 Puerto Príncipe (Cuba): 102.
 Puerto Príncipe (Haití): 230.
 Puerto Rico: ciudad: 199; isla: 16, 23, 86, 106, 199, 200, 226.
 Punta Espada: 199.
 Punta Santa: 88

Q

- Quintana, José Manuel, historiador: 132, 227.
 Quintero, Juan, piloto en la conquista de Puerto Rico: 106.
 Quisqueya, uno de los nombres primitivos de la Isla de Santo Domingo:

13, 17-19, 32, 34, 39, 46, 53, 65, 68, 69, 71-73, 91, 112, 130, 131, 169, 188, 190, 196, 232.

R

- Rábida (convento): 193.
 Reclus (hermanos Eliseo, Elías y Onésimo), geógrafos: 14.
 Reino de León: 210.
Relación de las cosas de la Isla Española (Echagoian): 31.
 Rentería, Pedro de la, encomendero socio del Padre Las Casas: 88.
 Rincón, bahía: 64, 87, 194.
 Río del Oro (Yaque del Norte): 88, 217.
 Río Grande: 126, 131.
 Río Janeiro, ciudad: 232.
 Río Verde (Mao): 109.
 Riquelme, Pedro de, capitán: 158, 170, 174.
 Rivadeneyra, editor: 226, 227.
 Rivera Chevreumont, Evaristo, poeta: 23.
 Rivera, Per Afán de, compañero de Colón en el segundo viaje: 105.
 Robertson, William, historiador: 188, 201, 202, 210, 228.
 Rodó, José Enrique, escritor: 19.
 Rodríguez, Cayetano Armando, escritor: 228, 231.
 Rodríguez, Cristóbal, intérprete: 88, 164, 174.
 Rodríguez Cayetano Armando, escritor: 228, 231.
 Rodríguez Fonseca, Juan, superintendente de las Indias: 146, 198.
 Rodríguez Franco, Nicolás, editor: 225.
 Rodríguez Pinilla, Tomás, historiador: 188, 203, 227.
 Rojas Sandoval, Juan, de la segunda armada colombina: 105.
 Roldán Jiménez, Francisco, alguacil mayor: 106, 157-160, 161-164, 169, 172, 176, 191.
 Roma, ciudad: 19, 140, 173, 231.
 Rosa y Bouret, editores: 226.
 Roselly de Lorgues, historiador: 35, 86, 87, 188, 194, 201, 202, 218, 227.
 Rousseau, Juan Jacobo, escritor: 14, 39.

S

- Sabana, comarca: 42.
 Sabanaquito, comarca: 40.
 Sabaneque, región: 16.
 Sabita, río: 41.
 Sáenz Cavia, Sara, escritora: 197.
 Sagot, médico e historiador: 21.

- Sairabón, comarca: 41.
 Salamanca, Diego, capitán: 164.
 Salazar, Diego de, compañero de Colón en el segundo viaje: 107.
 Sales Farré, Manuel, escritor: 22.
 Samaná: golfo o bahía: 194; cabo: 194; región: 40, 87, 194.
 Samanines, comarca: 40.
 San Cristóbal, isla: 85, 102.
 San Francisco: hospital: 180; monjas de: 37; Orden: 104, 203; de Paula: 203.
 San Gerónimo (Orden) 104.
 San Juan (de la Maguana): 40, 74, 188, 195.
 San Juan (el Bautista): 86.
 San Juan (Puerto Rico), isla: 199.
 San Juan, río: 195.
 San Miguel, Hernando de, capitán: 106, 204.
 San Nicolás, bahía: 60; hospital: 180; puerto: 59, 123.
 Sal Salvador, isla: 102.
 San Vicente, isla: 45.
 Sánchez Andújar, Luis, editor: 231.
 Sánchez Carvajal, Alonso, regidor de Baeza: 105, 164, 174.
 Sánchez Hernán, colono; 16.
 Sánchez, Rafael, tesorero real: 26, 193, 225.
 Sánchez Lustrino, Gilberto, historiador: 232.
 Sánchez Valverde, Antonio, historiador: 230.
 Sanguilly, Manuel, historiador: 229.
 Sanlúcar, barra: 176.
 Santa Ana, puerto: 123.
 Santa Catalina, puerto: 146.
 Santa Cruz, cabo: 124; isla: 45, 85, 87.
 Santa María de la Redonda, isla: 84.
 Santa María, puerto: 146.
 Santa María; del Pino: 203.
 Santa Marta, región: 15.
 Santa Rosa de Jaina, lugar: 81.
 Santa Ursula, isla: 85.
 Santángel, Luis de, escribano real: 26, 187, 225.
 Santiago: de Chile: 228; fuerte: 152, 159; Orden: 105; pueblo: 39, 152, 156, 180, 210, 231, 232.
 Santo Cerro: 215.
 Santo Domingo, ciudad: 41, 153, 156, 162, 164, 172, 174, 177, 179, 180, 211, 221, 230, 231-233; isla: 23, 190, 231.
 Santo Tomás: fuerte: 105, 121, 123, 132, 145, 152, 215; puerto: 62.
 Sarmiento, Juan, cronista: 38.
 Saturno, dios de la antigüedad pagana: 28.
 Savona, región italiana: 107.

- Scylacius, doctor: 198.
 Schiller, Juan Cristóbal Federico, escritor: 70.
 Schultz, Theodoro, misionero: 21.
 Seix, Jaime, editor: 227.
 Semíramis, reina de Asiria: 35.
 Serrano y Sanz, Manuel, escritor: 225.
 Sevilla, ciudad: 16, 105, 106, 119, 146, 193, 225, 227.
 Sforcia, Ascanio, vizconde: 211.
 Sierra Nevada: 210.
 Simón, Fray Pedro, misionero: 38.
 Soco, río: 41.
 Solón, legislador ateniense: 19.
 Sopena, Ramón, editor: 227.
 Soto, Domingo, padre del Derecho Internacional: 204. (V. Vitoria, Francisco)
 Sotomayor, Cristóbal de, colono: 19.
 Stahl, Agustín, médico e historiador: 24, 228.
 Stuart Mill, John, escritor: 191.
 Suárez, Victoriano, editor: 226.
 Suyabey, comarca: 40.

T

- Talavera, Bernardino, vecino de Yáquimo: 17.
 Tampé, valle regado por el Peneo: 48.
 Tapia y Rivera, Alejandro, historiador: 226.
 Taragubaol, cemi: 75.
 Tarconte, soberano de una parte del Lacio: 90.
 Tejera, Apolinar, historiador: 230.
 Tejera, Emiliano, historiador: 231.
 Tejera, Emilio, historiador: 231.
 Tello, Manuel, editor: 226.
 Terreros, Pedro, oficial: 177.
 Thusnelda, mujer bárbara: 68.
 Tiber, río: 90, 140.
 Tiburón (San Miguel), cabo: 124.
 Tierra Firme, continente: 16, 172.
 Tisín o Cosín, Fray Juan, misionero: 104.
 Titicaca, lago: 27.
 Tito Livio Patavino, historiador: 94.
 Tordesillas, ciudad: 210.
 Toro, Miguel de, capitán en la conquista de Puerto Rico: 105, 148.
 Tortuga, canal: 190; isla: 59.
 Torres, Antonio de, piloto de la segunda armada colombina: 84, 104, 119, 146, 176, 177, 210.

- Torres de Asensio, Joaquín, presbítero: 227.
 Torres, Juan de, nodriza del príncipe Juan: 225.
 Tressierra, Fray Juan de, misionero: 174.
 Trinidad, isla: 45, 124.
 Triptolemo, divinidad griega y romana: 28.
 Tululao, cacique: 64.
 Tumbes, región: 38.
 Tupac-Inca-Yupanqui, emperador: 55.
 Tureyqueri, nombre indígena de la Guadalupe: 43, 45, 49, 54, 55, 74, 83.
 Turno, soberano de una parte del Lacio: 90.

U

- Uayna Capac, emperador inca: 38.
 Umbría, Giovanni de, piloto en la conquista de Puerto Rico: 106.
 Ureña, Salomé, poetisa: 233.
 Utrera, Fray Cipriano de, historiador: 104, 231.
 Utuzado, región: 119.
 Uxmatex, nitaino: 52, 69.

V

- Valdivieso, Pedro, capitán: 158.
 Valencia, ciudad: 86, 229, 232.
 Valenzuela, Francisco de, compañero de Colón en el segundo viaje: 105.
 Valverde, Zelio, editor: 232.
 Vallejo, Alonso de, comisionado para llevar preso al Almirante: 105.
 Vedia, Enrique, historiador: 226.
 Vega, Juan de la, compañero de Colón en el segundo viaje: 107.
 Vega Real, llanura: 40, 69, 108, 121, 145, 147, 148, 151, 163.
 Velázquez Cuellar, Andrés, comisionado: 176.
 Velázquez, Diego, conquistador de Cuba: 16, 88, 97, 106, 181, 182, 187, 191, 195, 203.
 Velázquez, Francisco, colono: 174.
 Veloso, Ricardo, editor: 229.
 Velvis, Pablo, metalúrgico: 116.
 Venezuela, país: 13, 20.
 Vera Paz, villa: 39.
 Vergés Vidal, Pedro L.: 233.
 Verne, Julio, escritor: 188, 202, 227.
 Vespucio, Américo, cartógrafo: 103, 106, 146.
 Viento (Paso del), canal: 24.
 Vieques, isla: 85.

- Villacorta, Pedro, tesorero: 105, 116, 176.
 Villalobos, Francisco, de la segunda armada colombina: 105.
 Villamán, Martín, conquistador: 19, 77, 191.
 Vitoria, Francisco, padre del Derecho de Gentes: 204.
 Vizcaya, región: 216, 217.

W

- Wasserman, Jacobo, historiador: 94, 188, 195, 202, 205, 222, 228.
 Wernike, Edmundo, historiador: 228.

Y

- Yabajayucú, comarca: 41.
 Yabiquí, río: 41.
 Yabucoa, río: 41.
 Yaguac, comarca: 41.
 Yaguacayec, cacique: 74.
 Yaguana, capital del cacicazgo de Jaraguá: 30, 35, 40, 46, 51; villa: 52, 77, 155, 167, 169, 180, 221.
 Yaití, comarca: 40.
 Yamasá, río: 41.
 Yañez Pinzón, Vicente, marino de Palos: 16, 106, 192, 195, 200.
 Yaque, río: 69, 108, 121, 123, 132, 154, 195; Yaqui: 216.
 Yáquimo, región: 17, 30, 40, 47, 169.
 Yuisa, cacica: 16.
 Yukiyu, monte: 74.
 Yuma, río: 156.
 Yuquibo, cacique: 16.

Z

- Zorrilla de San Martín, Juan, poeta uruguayo, autor del admirable poema *Tabaré*: 64.
 Zúñiga, Francisco de, compañero de Colón en el segundo viaje: 105.
 Zurita, doctor Alonso de, oidor: 28.

INDICE GENERAL

Introducción.....	11
Capítulo Primero: <i>Una invasión de la Tureyqueri</i>	43
Capítulo Segundo: <i>Destrucción del fuerte Natividad</i>	57
Capítulo Tercero: <i>Ante lo irremediable</i>	79
Capítulo Cuarto: <i>La dignidad en una reina india</i>	99
Capítulo Quinto: <i>Los enemigos del orden</i>	117
Capítulo Sexto: <i>El ocaso del reino de Jaragua</i>	141
Capítulo Séptimo: <i>La tragedia de Yaguana</i>	167
Notas.....	185
Apéndices.....	215
Bibliografía.....	225
Tabla.....	237

Este libro ha sido compuesto sin un solo guión, sin ninguna palabra dividida, por el linotipista Sr. Ramón Medina, lo que constituye una gran novedad tipográfica en la República Dominicana.

ERRATAS

<i>Pag.</i>	<i>Línea</i>	<i>Dice</i>	<i>Léase</i>
16	18	güaybaná	Güaybaná
50	27	infante	instante
51	27	había	habían
70	10	bélito	bélico
122	3	Reana	Reina
132	12	Maguana	Magdalena
132	17	contigente	contingente
134	9	fuí	fué

